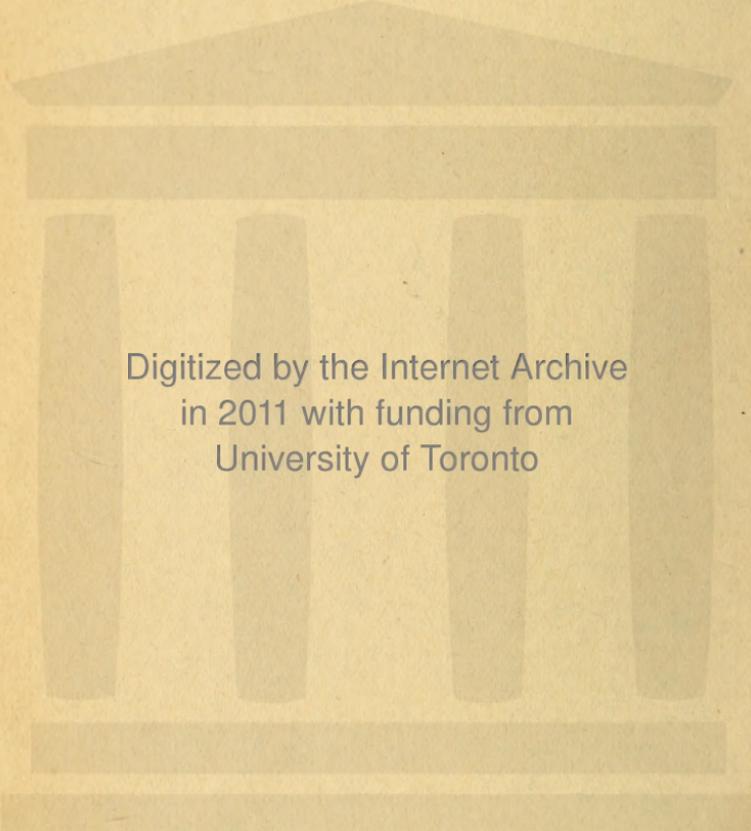




3 1761 08831747 4





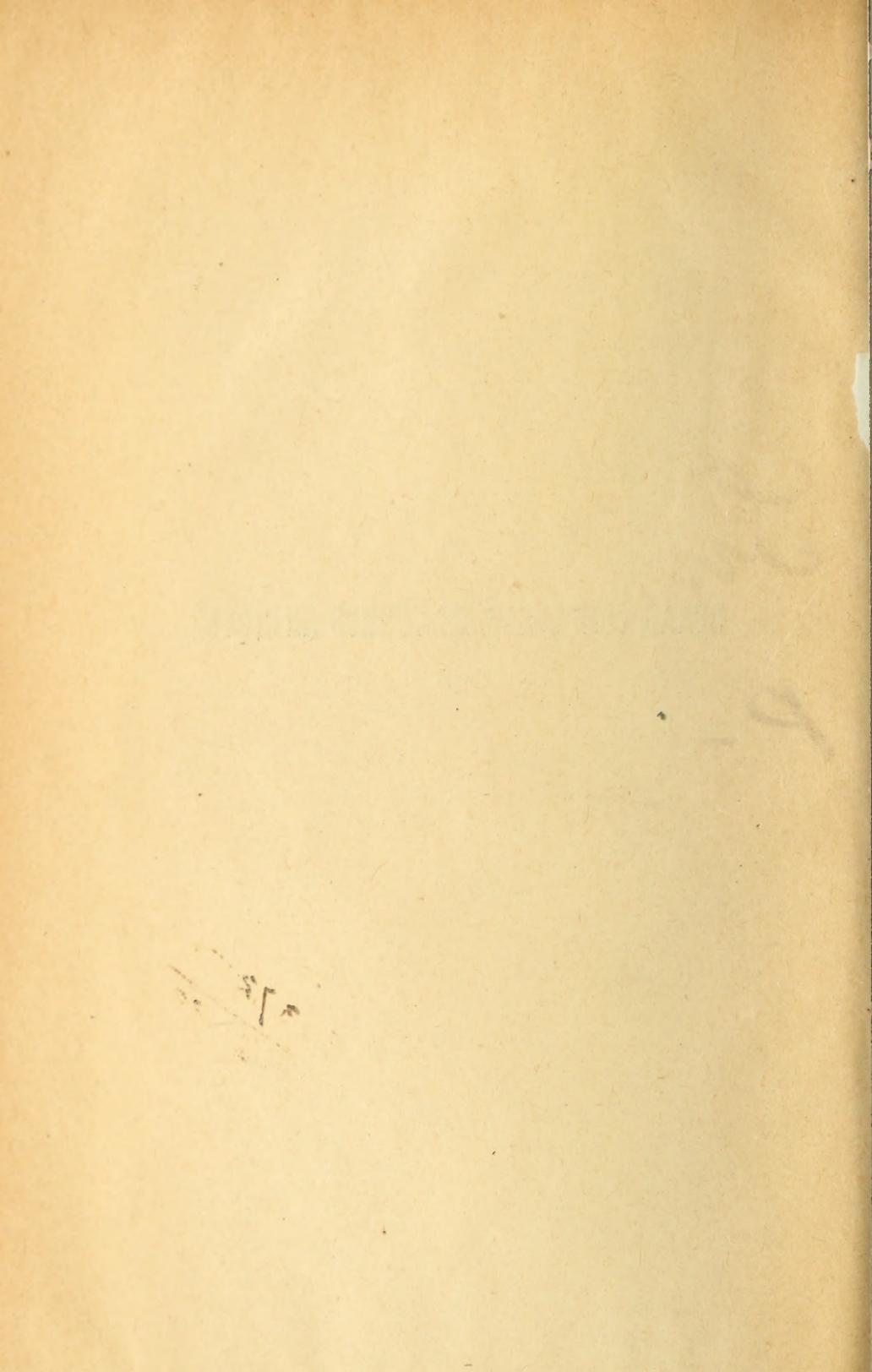


Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

com/

OBRAS COMPLETAS DE CURROS ENRÍQUEZ





03766k

Obras completas de Curros Enríquez

V

La Lira Lusitana

La Señorita de aldea

De mi álbum

Artículos y poesías en gallego y castellano

Precedidas de un admirable estudio crítico por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret; seguidas de importantes juicios acerca de la labor literaria de Curros Enríquez, por eminentes literatos, y con el aditamento de diversas notas, escritas por el recopilador de estas obras.

233725.
25.6.29.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1912



ES PROPIEDAD

Á GUISA DE PRÓLOGO

Escuchando el «Nouturnio». (1)

Carta dirigida por su insigne autor á D. Manuel Casás Fernández, notable literato y elocuentísimo abogado coruñés, principal organizador de la velada necrológica celebrada en memoria de Curros Enríquez en el Teatro Principal de Coruña la noche del 3 de abril de 1908.

SR. D. MANUEL CASÁS FERNÁNDEZ.—Coruña.

Muy señor mío y de mi consideración: No me hubiera atrevido á aceptar la invitación que se sirvió usted hacerme el 15 de marzo para asistir al acto de conmemoración que Galicia dedica á su ilustre hijo Curros Enríquez, porque habiendo de leer en él sus poesías, sólo los que conocen á fondo el idioma en que están escritas podrían, sin mengua de la belleza que encierran, repetir sus musicales estrofas.

Tiene tales acentos de dulzura el lenguaje ga-

(1) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

llego, me produjo tal impresión cuando lo escuché por primera vez en labios de las paisanas de Lugo, que sería atrevimiento imperdonable el intento de leer, por labios extraños á la pronunciación gallega, los versos de su más ilustre poeta contemporáneo.

Pero tampoco puedo dispensarme, ya que tiene usted la bondad de invitarme á ello, de consagrar un recuerdo á su memoria y de pagar, con algunas líneas de entusiasta elogio, la deuda de gratitud contraída con quien me ha hecho sentir en sus versos la honda melancolía que en su alma de poeta producía la contemplación de las miserias humanas.

Tuve yo noticia por primera vez de sus obras, en el Incio. Analizaba Benito Quiroga la psicología gallega, y atribuyendo á la tranquila belleza de sus valles y al color brumoso de su cielo la melancolía que refleja el carácter de sus habitantes, nos daba como prueba de sus asertos el sello especial de la poesía gallega. Alguien citaba los cantares de Rosalía de Castro, cuando uno de sus hijos trajo el volumen titulado *Aires d'a miña terra*. Tener el libro y empezar á hojearlo fué todo uno.

La casualidad hizo que nos fijáramos en el «Nouturnio».

Era el anochecer, y la hora y el paisaje algo agreste de aquel valle parecían responder á la primera estrofa en que la mano maestra del poeta traza en cuatro versos un admirable cuadro de paz y de reposo:

D'a aldea lexana fumegan as tellas;
 Detrás d'os petoutos vay pónchos'ò sol;
 Retornan pr'os eidos co'a noite as ovellas
 Triscando n'as veiras o céspede mol.

Pero esos cuatro versos que ponen calma en el espíritu y bienestar en el alma, preceden á otros cuatro que con rudo contraste evocan la figura del dolor encarnada en un anciano que trabajosamente sube la cuesta del monte :

Un vello, arrimado n'un pau de sanguíño,
 O monte atravesa de car'ò piñar.
 Vay canso; unha pedra topou n'ò camiño
 E n'ela sentouse pr'a folgos tomar.

Y apenas esbozado así el protagonista, surge la nota característica de la poesía, la voz de la Naturaleza, que responde indiferente á la angustia de los mortales:

— ¡Ay! — dixo — ¡qué triste,
 Qué triste eu estou! —
 Y un sapo qu'o oía
 Repuxo: — ¡Cro, cro!

Queda un momento suspenso el ánimo, presintiendo el obscuro drama que el poeta prepara y que aparece en las dos siguientes estrofas, síntesis desgarradora de la justicia humana, que el pobre anciano refiere en términos familiares á los paisanos de Galicia. ¡Cuántos las recordarán al oír sonar la campana de la torre!

¡As ánemas tocan!... Tal noite com'esta
 Queimousem'a casa, morreum'a muller,

Ardeum'a xugada n'a corte y-a besta,
 N'a terra a semente botous'a perder.
 Vendín pr'os trabucos vacelos e hortas
 E vou pol-o mundo d'entón á pedir;
 Mais cando non topo pechadal-as portas,
 Os cans sáyenm'elas e fanme fuxir.

¡Pobre criatura! Cuál se encoge el corazón y se cierra la garganta ante su cruel abandono. Él llora. ¿Quién le oirá? Ningún ser humano le tiende la mano, pero en medio del silencio suena la voz misteriosa de la Naturaleza, que le habla el lenguaje de lo infinito, y al oírla el caminante parece entenderlo y le dice:

— Canta, sapo, canta:
 Ti y-eu ¡somos dous! —
 Y-ó sapo choroso
 Cantaba: — ¡*Cro, éro!*

Á cuya respuesta, para todos, menos para él, ininteligible, desborda la amargura de aquel corazón herido, y comparándose con el mísero ser que suspira en la obscuridad, solloza estas palabras:

Soliños estamos entrambos n'a terra,
 Mais n'ela un buraco tialcontras y-eu non;
 A ti non te morden os ventos d'a serra
 Y a min as entrañas y-os ósos me ron.
 Ti, nado n'os montes, n'os montes esperas,
 De cote cantando, teu térmeno ver;
 Eu, nado entr'os homes, dormendo entr'as feras,
 E morte non hacho, si quero morrer.

Y mientras estas palabras que parecen lágrimas caen de sus labios, la campana de la vieja torre lanza al aire su melancólico tañido, cuya vibración despierta en el alma la idea de un ser supremo que allá en la noche, en la obscuridad y en la desgracia, nos habla de algo que nuestro espíritu ignora, pero que presiente como su única redención. Y entonces, el alma dolorida exclama aquellos dos versos en los cuales la amargura se confunde con la desesperación:

— Xa tocan... ¡Recemos,
Que dicen qu'hay Dios!

Exclamación que el poeta recoge diciendo:

Él reza, y-ò sapo
Cantaba: — ¡*Cro, cro!*

Pero esto no basta. Faltaba algo en ese cuadro de suprema tristeza; faltaba el desenlace del drama. Era precisa la nota que enlazase la primera estrofa con las demás y viniese á resumir el poema de lágrimas y angustias:

A noite cerraba, y-o rayo d'a lua
N'as lívidas cumes comenza á brillar;
Curisco que tolle n'os álbores brua
Y-escóitase ó lexos è lobo ouvear.
O probe d'o vello, c'os anos cangado,
Ergueuse d'a pedra y-ò pau recadou;
Virou par'os ceos ó puño pechado
E car'os touzales rosmando marchou...

Y así desaparece la visión entristecida. Aquella silueta del mendigo errante parece la síntesis de la existencia humana. El cuadro en que se destaca el cantar melancólico del sapo, la infinita tristeza de la versificación, son una página de sublime pesimismo que sólo encuentra semejante en el *Risorgimento* de Leopardi. La inspiración inimitable de Curros Enríquez supo agrupar magistralmente los elementos todos de la existencia. La Naturaleza que vive, sonrío y dura; el ser humano que sufre, marcha y desaparece en la noche, y el destino fatal que enlaza ambos términos, y que Curros Enríquez resume en la última estrofa:

C'os ollos seguindo-o
N'a escura extensión,
O sapo quedouse
Cantando: — ¡*Cro, cro!*

El gran Quintana, en una inspiración semejante, lanza al espacio su vigoroso acento, y elevándose sobre la miseria humana exclama:

Y el mundo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.

Curros Enríquez dice eso mismo á sus olvidados tristes paisanos, pero se lo dice en el único lenguaje en que pueden entenderle, en su forma especial, inimitable, poética. Porque nadie que haya leído esta poesía, pensando y revolviendo en su memoria sucesos y momentos que se asemejan á los dolores del viejo y desgraciado cami-

nante, dejará de repetir, humedecidos sus ojos y temblorosa la voz, aquella desgarradora frase del «Nocturno»:

Xa tocan... ¡Recemos,
Que dicen qu'hay Dios!

Y aquí termino. Leer en alta voz el «Nocturno» ante un auditorio que lo sienta y lo comprenda, debe ser fruición inmensa reservada á los que conociendo ese idioma y esa tierra puedan, al hacerlo, identificarse con el alma de Curros Enríquez; pero ya que me está vedada esa fortuna, espero que si estas líneas llegan al auditorio reunido para honrar su memoria, sean miradas como modesta rama de roble que deposita sobre su féretro quien queda de ustedes atento seguro servidor q. b. s. m.,

SEGISMUNDO MORET.

Madrid, 29 de marzo de 1908.

*
* *

La poesía «Nouturnio» — una de las más bellas que produjo el maravilloso numen de Curros Enríquez — forma parte del tomo I de estas obras completas, y figura entre las composiciones de *Aires d'ua miña terra*.

Después del magnífico estudio que acerca de «Nouturnio» ha escrito la galana pluma del Sr. Moret y que saborearán con deleite nuestros lectores, fuera complemento precioso el poder traducir en verso castellano las estrofas escritas por su autor en el dulce y armonioso dialecto gallego. Un muy querido amigo nuestro, el ilustre escritor y catedrático del Instituto de La Coruña, D. Leopoldo Pedreira, nos envió ha meses una notable traducción hecha por dicho señor y publicada en un periódico de la ciudad herculina á raíz del fallecimiento de Curros Enríquez. Aquellas cuartillas sufrie-

ron extravío, y como no queremos que nuestras manos pecadoras profanen los versos del poeta, á continuación trasladamos á prosa vil el asunto de la hermosa poesía, sin otro ánimo que el de que nuestros lectores tengan no más que una idea aproximada de cuantas bellezas atesoran aquellos versos del fenecido vate orensano.

Nocturno.

En la aldea lejana húmean las tejas de sus caseríos; por sobre los picachos ya ocultándose el sol; vuelven hacia el ejido los rebaños de ovejas, ya con noche, triscando en las verdes hileras el césped en flor. Un anciano misérrimo que apoya su decrepito cuerpo en un palo de chopo, atraviesa el monte con rumbo al pinar. Va cansado, y al hallar una piedra en su camino, siéntase en ella para tomar aliento.

Tocan las campanas en la vecina iglesia á ánimas, y el desdichado exclama con tristeza: «Tal noche como esta ardió mi casa, perdí á mi compañera, quemóse el establo, y la simiente, próxima á dar fruto, perdióse también. Vendí para el Fisco mis ganados, mis huertos... ¡De entonces, vago por el mundo implorando la caridad de las gentes, y cuando las puertas no hallo cerradas, ládranme los canes y me obligan á huir!»

En esto, cuando la angustia del pobre viejo es mayor, percíbese en cercana charca el canto de un sapo, y el anciano dice: «¡Canta, sapo, canta; tú y yo somos dos!» El sapo lloroso parece decir con su *¡cro, cro!*: Tienes razón; somos dos desgraciados.

Y repite el viejo: «Ambos somos huérfanos en la tierra; pero tú, más afortunado, encuentras un albergue que á mí se me niega; á ti no te apuñalan los vientos de la sierra; á mí me roen las entrañas y los huesos. Tú, nacido en los montes, en los montes esperas, cantando, el fin de tu vida; yo, nacido del hombre, duermo entre las fieras, y la muerte no acude á mis repetidos llamamientos... Ya tocan... ¡Recemos..., que dicen que hay Dios!...» Y el viejo reza y el sapo repite: ¡*Cro, cro!*

Por fin cierra la noche, noche hosca y fría; un rayo de luna comienza á brillar en las lívidas cumbres; un viento helador azota las ramas, y en la lejanía se escucha el incesante aullar de los lobos. El viejo, encorvado por el peso de los años y de los infortunios, levántase de su asiento, coge el palo, dirige al alto el sarmentoso puño cerrado con rabia, y gruñendo, maldiciendo de su suerte, aléjase hacia la espesura. El sapo, que parece seguir con los ojos la silueta del anciano en la obscura extensión, queda cantando ¡*cro, cro!*, como si dijera: ¡Efectivamente, soy más feliz que tú! ¡Que Dios te acompañe, miserable viejo!

LA LIRA LUSITANA ⁽²⁾

POEMAS PORTUGUESES

ORIGINALES DE LOS MEJORES VATES CONTEMPORÁNEOS

(2) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

PRÓLOGO

La literatura portuguesa alcanza tan extraordinario y floreciente desarrollo en nuestros días, que su preterición á otras, con más ó menos fortuna divulgadas, no se explicaría ciertamente en nuestro país sin inferir á la nación hermana una gravísima ofensa.

Apenas se comprende cómo siendo España y Portugal de un mismo origen; siendo tal la identidad de sus razas; teniendo ambas casi una misma lengua y una misma historia; uniéndolas unos mismos recuerdos del pasado y unas mismas esperanzas para lo porvenir; ligadas en lo moral por los mismos lazos y en lo físico por los mismos continentes, no han logrado todavía fundir en una sus literaturas, viviendo, por el contrario, los dos pueblos gemelos identificados en todo menos en la santa comunión del pensamiento.

Convengamos, sin embargo, en que no es á Portugal á quien más debe reprocharse esa infecunda obstinación en un absurdo individualismo literario. Con tan buenos historiadores, con tan buenos novelistas, con tan buenos poetas como

nosotros, la patria de Herculano, de Almeida Garrett y de Eça de Queiroz, traduce á nuestros poetas, á nuestros novelistas y á nuestros historiadores; acude á sus teatros á escuchar las creaciones de nuestros dramaturgos y lee arrebatado de entusiasmo, de ese entusiasmo que nosotros, hombres serios, no sentimos ya por nada ni por nadie, la prodigiosa palabra de nuestros incomparables oradores.

Si responde ó no España á la honra que así se le dispensa, no hay para qué decirlo: España no se toma el trabajo de traducir del portugués; si acaso, plagia; lo cual no es obstáculo para que, cuando á veces la hiere el recuerdo de sus pasadas grandezas y medita en el papel importantísimo que aun podría desempeñar en el concierto de las naciones de Europa, á serle dado presentarse en él cogida del brazo de Portugal, exclame con la copa de Champagne en la mano y haciendo alarde de esa prodigiosa originalidad que la distingue:

*Le monde, en s'éclairant, s'élève à l'unité;
Je suis concitoyen de tout homme qui pense.*

Empero, abrigar determinados ideales de resultados prácticos para lo venidero, y no trabajar por ellos; hablar de la conveniencia de estrechar las relaciones sociales y políticas entre los pueblos, y no importarnos nada sus adelantos ni sus hombres eminentes; brindar en un banquete por la unión y prosperidad de las naciones, y

olvidarnos de si existen en el mapa, apenas se disipan los últimos vapores de la orgía, parecemos profundamente lastimoso, mirado de lejos; mirado de cerca, parecemos infame.

Demstrar cuánto hay de criminal en el olvido en que tenemos la literatura de nuestros vecinos, y el contrasentido que resulta de la coexistencia de ese olvido con determinadas aspiraciones, no sin causa por aquéllos condenadas, es el objeto que nos proponemos al decidirnos á dar á la prensa este pequeño trabajo.

Nuestra tarea, hoy por hoy, no representa más que el producto de una rápida ojeada sobre la poesía portuguesa contemporánea.

La poesía lírica portuguesa cuenta en la actualidad con dos cultivadores eminentes: Teófilo Braga y Guerra Junqueiro.

De poderosa inteligencia ambos, al par que de fecunda y rica imaginación, quizá no haya un solo país en Europa y América donde sus obras no sean conocidas, excepción hecha del nuestro. Glorias las más legítimas de que puede envanecerse en nuestros días el pueblo de allende el Miño, el primero debe su reputación, entre otros, á los magníficos libros *La visión de los tiempos*, *Tempestades sonoras* y *Torrentes*, y el segundo al notabilísimo poema, escrito á los veintidós años, *La muerte de Don Juan*; siendo el uno jefe reconocido de lo que pudiéramos llamar escuela histórica, y el otro fundador de esa poesía extraña, original, exuberante de belleza y gracia, que armoniza en brillantísima síntesis el clásico natu-

ralismo y el idealismo no romántico, polos inquebrantables del Arte.

Seis poemas tan sólo nos es dado ofrecer en esta colección. De los tres primeros nada tenemos que decir: la sencillez de sus asuntos excluye toda explicación que tienda á producir en el ánimo de los amantes de lo bello el efecto emocional que, á despecho de las imperfecciones de la traducción, es inseparable de las verdaderas obras de arte.

No para buscar ese efecto precisamente, sino para mejor inteligencia de los tres poemas restantes, conviene advertir que «La sombra del Profeta», donde se cantan los amores de los ángeles, ya elocuentemente cantados por Tomás Moore en sus leyendas preadamíticas, está inspirado, según el autor hace observar oportunamente, en el libro de Enoch, capítulos 7 al 17, y en el Génesis, capítulo 4, v. 1. Quien haya leído esos libros, recordará los nombres de los ángeles que se olvidan del paraíso por el amor de las hijas de los hombres.

El «Fin de Satanás» es una bella apología de la misericordia de Dios en el día del Juicio, que recuerda en lo atrevido de la idea una de las más originales obras de Juan Pablo Richter. Por último, la «Infancia de Homero» completa el pensamiento de la «Vejez de Homero», poema del mismo autor, que no hemos podido proporcionarnos. Esto no obstante, no hemos querido excusarnos de traducir ese fragmento, que como tal publicamos, en gracia al indisputable mérito

que encierra. En este trozo se describe una serena y apacible noche en el archipiélago griego. El rumor de las brisas y de los mares y el zumbido de los insectos confúndense en un coro inmenso hablando del poeta ciego, del sublime Aeda. Los ríos dicen: Le hemos visto nacer; nosotros ahogamos sus primeros vagidos. Las cigarras cantan: Nosotras hemos arrullado su sueño, poblado de encantadoras imágenes. Las brisas murmuran: Nosotras hemos llevado en nuestras alas sus estrofas. Los mares: Le hemos transportado de isla en isla. Las islas: Le hemos recogido cuando andaba errante y le hemos alzado altares donde se le rinda perdurable culto. La voz del Vesubio, simbolizando la voz de Vico, filósofo napolitano que negó la existencia del poeta, interrumpe el general concierto, gritando: ¡Homero no existió! Pero los ríos, los mares y las islas continúan: Le hemos visto, le hemos oído, le amamos, le sentimos en nosotros, porque él es el alma de la Grecia antigua.

Tales son las poesías cuya traducción ofrecemos, traducción libre, en verdad, pero no tanto que hayamos prescindido en ella, tal vez con exagerada escrupulosidad, de detalles de fondo y forma que hemos considerado necesarios. Á pesar de eso, es posible que se resienta nuestro trabajo de muchos defectos; pero traducir bien y en verso es difícil. Ningún vaciado responde tan perfectamente al molde, que no deje algo que hacer á la lima.

Una traducción es un cambio de moneda. Al

traducir á una lengua, como al penetrar en una nación, no debe exigírsenos la del país de donde procedemos, sino una equivalente. En este cambio sólo hay de sensible que tengamos que ofrecer en cobre lo que nos dan en oro.

EL TRADUCTOR.

LA LIRA LUSITANA

GUERRA JUNQUEIRO

Tragedia infantil.—Lealtad.—El Mirlo.

TRAGEDIA INFANTIL

I

Ella.

Son dos hermanitos : ella,
De cuatro años solamente,
Es como un ángel de bella
Y de una gracia esplendente.

Su cuerpo, que diera á Fidias
Tormento, en lo esbelto y breve,
Es dulce cual las orquidias,
Y cual la palmera leve.

Producir un cuerpo tal,
Con tal encanto y primor;
Sólo al cincel inmortal
Le fuera dado de Amor.

Tomándola, ciega y loca,
Por una rosa bermeja,
Mieles buscando, en su boca
Vino á posarse una abeja.

Sus grandes ojos rasgados
Con limpidez infantil,
Fueron del azul formados
De las mañanas de abril.

Tras ansia, una vez, prolija,
Pero con toda ventura,
Nacióle á Bebé una hija
Ya casi de su estatura.

Lleváronla á bautizar
Y hubo alegría ruidosa:
Un banco sirvió de altar,
Sirvió de hisopo una rosa.

Bebé, con mimo divino,
Concurrió al templo en su afán;
Su hermano hizo de padrino,
De cura y de sacristán.

Mimí le han puesto por nombre,
Y á fe que es nombre escogido,
Pues no nació mujer ni hombre
Con quien tenga parecido.

Muñeca más desdichada
No se ha visto ni se ve:

¡Fué de trapo fabricada
En el taller de Bebé!

No tiene piernas, ni brazos,
Ni garganta la infeliz.
Su faz ostenta unos trazos
Con ínfulas de nariz.

Sus bellos rizos dorados
Son de pelo de baúl,
Y sus ojos, espantados,
Uno negro y otro azul.

¿Qué importa? Mal que le cuadre,
Bebé adora á su Mimí;
La halla lindísima... Es madre,
Y las madres son así.

¡Santa ilusión! Para ella,
Que la alimenta á su seno,
No hay una joven más bella,
Nada tan perfecto y bueno.

¡Qué bien le está aquella cinta!
La boca vale un tesoro;
Los ojos, mancha de tinta,
Son dos estrellitas de oro.

Ella misma lo confiesa :
Es Mimí lo que más ama.
Comen á la misma mesa,
Duermen en la misma cama.

Cuando enferma Mimí estuvo,
Ella en cuidarla se esmera,
Y nunca una reina tuvo
Más solícita enfermera.

¡Y qué ternura exquisita,
Qué gesto tan singular,
Si la pócima prescrita
Era mala de tomar!

Bebé entonces la llamaba,
El remedio la ofrecía,
Y por ver si la engañaba :
«¡Ay, qué rico!...», le decía.

La enferma es impertinente
Á veces; dice pecados;
Se enrabisca; no consiente
En tener los pies tapados...

Bebé, con mil sutilezas,
Cuéntala cuentos de hadas,
Donde hay reyes y princesas,
Donde hay moras encantadas.

Y á poco, en lazos amantes,
Bebé y su niña llorosa,
Sueñan con genios, diamantes,
Y caramelos de rosa.

II

Él.

Cuenta tres años el niño,
Y no hay nada más hermoso
Que su altivez y su aliño
Y aquel andar orgulloso.

Quando sale con su hermana,
Cual si llevara una flor :
Ella, la tímida y vana;
Él, el fuerte, el protector.

Ella le habla de amor llena
Y él la mira con ternura:
Parecen Paris y Elena,
Por supuesto, en miniatura.

Tiene él en su erguido busto
Tonos que del lino son;
Es rubio, alegre y robusto,
Como cachorro león.

Nadie á travieso le iguala;
Nada para en torno á sí.
Su risa parece el ala
Ardiente de un colibrí.

Es el *vir* trabajador
Que ora destruye, ora crea,
Hecho de crueldad y amor,
De voluntad y de idea.

Dase á perseguir babosas
En sus impulsos bravíos;
Hojas arranca á las rosas
Y hace con ellas navíos.

Si acaso nadando observa
En el estanque profundo
Un palo, un trapo, una hierba,
En fin, una isla, un mundo,

Sobre él, terrible almirante,
Lánzase sin más consejos,
Con una flota brillante
De dos periódicos viejos.

Detesta oficios sencillos,
Ama empresas peligrosas.
Es un Atila de grillos,
Un Nemrod de mariposas.

Guarda en dos cofres estrechos
Un magnífico rebaño
Y un grande ejército, hechos
De media libra de estaño.

Cuando lo forma en batalla,
En menos que canta un cuco

Derriban una muralla
Sus cañones de saúco.

Las fortalezas modernas
Ruedan por allí en pedazos;
Quedan jinetes sin piernas
Y granaderos sin brazos.

Y sobre el campo candente,
Él, el héroe imperturbable,
Galopa soberbiamente
Sobre una escoba indomable.

Después, harto ya de guerra,
Deja su ros de soldado,
Y labra y siembra la tierra
Dentro de un palmo cuadrado.

III

Los dos.

Una vez, todo anhelante,
Andaba por el jardín,
Ruidoso como un gigante
Y alegre como un clarín,

Tratando de edificar,
Bajo floridas cortinas,
Una Roma secular
Sobre sus siete colinas.

Con lodo de un charco inmundo
Y mimbres de los juncales,
Eleva al azul profundo
Rotondas y catedrales.

No encuentra su instinto vago
Dificultad que le amosque.
Con una concha hace un lago,
Y con tres hierbas un bosque.

Por donde el reptil su baba,
Tiende él la locomotora;
Y cae de su frente lava,
Cual rocío de la aurora.

Alza palacios, bazares;
Siembra campos, coge frutos,
Construye templos y altares
En menos de dos minutos.

Y si no inventa, ániquila;
Es arquitecto y guerrero;
Mirada de héroe tranquila
Y manos de carbonero.

Profesa un odio horroroso
A las hormigas crueles.
A Rhodas quita el coloso,
Y á Ninive los vergeles.

Lanza, con intrepidez,
Del Ossa encima el Pelión.

Es un carro cualquier nuez,
Y cualquier mosca un trotón.

Siempre que en su mente apunta
Un proyecto, no desmaya;
Dadle un palo y, aun sin punta,
Perforará el Himalaya.

Con una valla cercó
Los cuadros de las simientes,
Y un arado construyó
Con tres palillos de dientes.

En su mirar, que gobierna,
Brillan fulgores de espadas.
Suéltene la hidra de Lerna:
¡La matará á dentelladas!

Con todas las cualidades
De una hacendosa mujer,
Mientras el niño ciudades,
Hace Bebé de comer.

Mimí en un sueño ligero
Dormita... De cuando en cuando,
Su madre espuma el puchero
Y va á arrullarla cantando.

Torna el guiso á revolver,
Ve si tiene sal bastante,
Y poniéndose á coser
Con aire alegre y radiante.

Mientras su niña hechicera
Duerme en un sueño florido,
Con ilusoria tijera
Cortá ilusorio vestido.

Mas ya es hora; el pequeñuelo
Debe ya de andar cansado
De tanto creador anhelo
Y tanto esfuerzo gastado.

Con lloros, Mimí, incesantes
Va á despertar, de horror presa;
Es necesario cuanto antes
Poner la sopa en la mesa.

¡Ved cómo el servicio brilla!
¡Qué Trimalción infantil!
La marca de la vajilla
Tiene la firma de abril.

Jamás loza tan preciosa
Vió mesas de embajadores:
Los platos, hojas de rosa;
Las copas, urnas de flores.

Hay allí el lujo extremado
De una saturnal pagana:
Para cada convidado...
Dos pepitas de manzana.

IV

El crimen.

En tanto, el pequeño, ardiendo
Cual bajo un sol tropical,
No se da paz, persiguiendo
Un proyecto colosal.

Sobre una roca improvisa
Una torre atrincherada,
Más baja que la de Pisa,
Pero harto más inclinada.

Para su coronamiento
Fáltanle, empero, banderas
Que agite furioso el viento
Al son de marchas guerreras.

Búscalas con frenesí
Por una y por otra parte:
«¿Y el vestido de Mimi?...
¡Qué magnífico estandarte!

Mas si lo nota Bebé,
Que es lo que hay de más lloroso...
¡Bah, no importa!» Y, pie tras pie,
Como un ladrón, cauteloso,

Se acerca al lecho de amor
Do yace Mimí tranquila;
Quiere volverse... ¡Valor!
Sus piernas tiemblan..., vacila.

Bien se le alcanza al malvado
Que un crimen va á cometer...
Mas si el traje es encarnado
Y es nuevo... ¡qué le ha de hacer!

No resiste... Fuera en vano.
Lo coge... En el mismo instante
Llega Bebé, y á su hermano
Sorprende en robo flagrante.

Ya sus banderas perdidas,
Hace una espantosa mueca,
Y á puntapiés homicidas
Despedaza la muñeca.

Loca, consternada, absorta,
Bebé dió un grito estridente,
Como una flecha que corta
El aire rápidamente.

La familia, que lo oyó,
Corre llena de recelo.
Bebé, pálida, cayó:
La alza su madre del suelo.

«¿Qué tienes? ¡Ay, qué agonía!
¿Te has hecho daño? Á ver, ¿dónde?»

¿Dónde fué?... ¡Virgen María!
¡Habla!...» Bebé no responde.

Se ahoga, se desgañita,
En lágrimas anegada.
La decrepita abuelita
Prométele mermelada.

Jura que la ha de enseñar
Su padre, si á hablar no accede...
Pero ella no puede hablar.
¡Vaya, está visto, no puede!

De una azotina no escasa
Líbrala á tiempo el perdón.
.....
Es de noche. Entran en casa.
Tocaban á la oración.

V

El remordimiento.

El chico, desencajado,
Mudo, quedó en el jardín,
Inerte como un forzado,
Sombrío como Caín.

Negros fantasmas quiméricos
Daban hondas carcajadas.

Veía lirios cadavéricos
Y flores ensangrentadas.

Contemplábanlo las piedras
Con siniestra indignación.
Las enmarañadas hiedras
Gimen bajito: «¡Ladrón!»

«¡No, para ti no habrá cielo!»,
Dice un lucero argentino.
Sobre un ciprés un mochuelo
Silbaba ronco: «¡Asesino!»

Conteniendo el trote recio,
De sus brutos desde el lomo,
Mirábanlo con desprecio
Sus cien soldados de plomo.

Y á sus pies, trizas la ropa,
Yacía Mimi insensible,
¡Ay!, con los sesos de estopa
Fuera del cráneo... ¡Era horrible!

Lamentando sus excesos,
Alzó los restos del drama...
¡Iban juntas, con los huesos,
Tripas de algodón en rama!

Guardó en su gorro estropeado
Aquella carnicería;
Y cual marcha un condenado
Por la dolorosa vía,

Lleno de dolor sincero
Entró en casa, hosco é imponente.
Un gato sobre un alero
Mayaba lúgubremente,

Y en el cielo esplendoroso
La luna, roja, suspensa,
Mostraba un disco monstruoso,
Como una palmeta inmensa.

VI

La enfermedad de Bebé.

Desnúdanla, échanla en cama,
Y no encontrándola herida,
El padre indignado exclama:
«¡Una rabieta!... ¡Por vida!...»

Mas no cesa en su dolor
Bebé. ¿Qué tendrá? ¡Misterio!
Su madre llama á un doctor,
Y entra un doctor grave y serio.

Tómala el pulso, medita,
Y con aire autorizado:
«Es una indigestioncita
— Dice —; nada de cuidado.»

Y encargando una tisana,
Se alejó la Medicina.

Á veces la pena humana
Es una garra leonina

Que se nos clava en el pecho,
Nos aplasta, nos estrella,
Y el cuerpo al fin cae deshecho,
Postrado debajo de ella.

Así, la niña llorosa,
Por el cansancio vencida,
Aletargada reposa,
Más bien muerta que dormida.

VII

El sueño de Bebé.

Bebé sueña que Mimí
Su postrer aliento arranca
Sobre almohadón carmesí,
En lecho de guata blanca.

Al resplandor de los cirios
Yace en ataúd estrecho;
Sus blancas manos de lirios
Puestas en cruz sobre el pecho.

Su boca ha sido asaltada
Por la gangrena invasora;
Boca color de alborada,
Color de violeta ahora.

Tiene el seno macilento,
Rígido é inmóvil el talle...
Allá fuera gime el viento,
Aúllan perros en la calle...

Desde un rincón de la sala
Bebé, que á su hijita adora,
Hondos suspiros exhala
Y cual nunca gime y llora.

Allí está, yerta, tendida,
Muda y en eterna calma,
La que es vida de su vida,
La que es alma de su alma.

¡Ya en su blonda cabellera
Prender no podrá una flor!
Tan hermosa como era
Y matarla... ¡Oh, qué rigor!

Sus grandes ojos velados,
Dos firmamentos, quizás
Estarán siempre cerrados
Y no se abrirán ya más...

¿Y si esto fuese mentira?
¿Si fué un sueño que pasó?...
¡Ah! Parece que respira...
¡Aun vive! ¡No ha muerto, no!

¡Mas las campanas doblando!
¡¡Mimí!! ¡La van á enterrar!...

Ya están los curas cantando...
Ya se la quieren llevar...

Las criadas, compungidas,
Besan á la niña muerta...
¡Ya con hachas encendidas
Los pobres rodean la puerta!

Le echan el agua bendita...
Van á clavar el cajón...
La angustia, que es infinita,
Revienta en una explosión.

Bebé, la mirada fija,
Lívida, terrible, opresa,
Se arroja sobre su hija
Cual tigre sobre su presa.

Sus tristes ojos sombríos
Lloran, lloran sin cesar.
¿Qué importa que sean ríos,
Si dentro de ella hay un mar?

Suplica, blasfema, implora,
Llama á la muerte inhumana...
Despertó entonces... La aurora
Entraba por la ventana.

Mira, y ve junto de sí
(Maravilla que no espera)
Á la ex difunta Mimí,
Tan rolliza y tan entera.

Radiando de gozo sano :
«¿Quién hizo tal?», preguntó.
Salta de un rincón su hermano,
Y dice riendo: «¡Fuí yo!»

* * *

LEALTAD

Había en su mirada dulcísima un profundo
Rastro de íntima pena que nadie comprendió:
Era un mastín decrépito, un perro vagabundo,
El más vulgar de cuantos el fisco respetó.

Acostumbrado al viento y al frío y las heladas,
Del barrio de la plebe las calles apartadas
Víasele á deshora husmeando pasear;
Y á veces de la luna al rayo solitario
El viejo perro aullaba un canto funerario,
Triste, cual las tristezas osiánicas del mar.

Cuando arreciaba el agua y el frío era incle-
[mente,
Del templo guarecíase detrás del portalón;
Echábanlo, y entonces huía humildemente,
Sin que el trancazo innoble ni el puntapié inso-
[lente
Un grito le arrancara de justa indignación.

Inofensivo, manso, del transeunte amigo,
Jamás ladró á la capa roída del mendigo,
Ni miedo fué á la infancia, ni horror á la vejez.
Y del respeto á cambio que todos le debían,

Si á palos por doquiera los viejos le seguían,
Corríanle á pedradas los niños á su vez.

Un día, un pintor de esos de triste catadura
Á quienes sobra genio, si falta protección,
Hallóse en la revuelta de una calleja oscura
Con la siniestra estampa del perro matalón.

Era el pintor un alma versátil y sencilla,
Que en la estrechez viviendo de una épica buhar-
[dilla,

Feliz en sus ensueños de nombre universal,
La sed fatal sentía de aplausos y de gloria,
Esa pasión que á veces conduce á la victoria,
Y á veces al hediondo lecho de un hospital.

Quedóse, al verle, el perro mirándole y parado,
Y de un secreto impulso del corazón llevado,
Hablóle así el Apeles, mirándole también:
«¡Cuán rara semejanza entre nosotros noto!
Yo soy, cual tú, ¡oh colega!, un proletario roto,
Sin patria, sin familia, ni amigos ni sostén!»

Un rayo de la luna que se elevaba en calma,
Vino en los tristes ojos del perro á sorprender
Una lágrima ardiente, cual la explosión de un
[alma

Que pugna sus cadenas de hierro por romper.

No se ocultó al artista lo horrible de este an-
[helo

Que el ansia revelaba de un mudo corazón,
Y continuó: «Comprendo tu amargo desconsuelo;
Ven, y desde hoy vivamos en fraternal unión.»

Y leales compañeros, heroicos puritanos,
 Vivieron desde entoncee entrambos como her-
 [manos,
 Placeres é infortunios sintiendo por igual,
 Y no hubo dicha ó duelo, rigor ó bienandanza,
 Amargo desaliento ni próvida esperanza
 En que no reclamase su parte cada cual.

Y cuando el pobre artista, hambriento y mise-
 [rable,
 Desfallecer sentía su genio inquebrantable,
 Cual desfallece á veces el fuerte luchador;
 Cuando en su examen íntimo miró la fe perdida
 Y quiso la monótona jornada de la vida
 Interrumpir, el hierro pulsando matador,
 Los ojos de su perro, entonces de amor llenos,
 Decirle parecían con lánguido mirar:
 «¿No ves? ¡Yo también sufro! ¡Y el hombre sufre
 [menos
 Cuando hay quien á su lado comparta su pesar!...»

Mas la fortuna, al cabo, la diosa millonaria,
 Entróse en la buhardilla y díjole al pintor:
 «¡El hijo de las Musas viviendo como un paria!
 Arroja de tus hombros la hopa funeraria
 Y sigueme: te esperan la dicha y el amor.»

El mundo desde entonces tuvo sólo placeres
 Para el artista, dulces sonrisas las mujeres,
 Lauros la patria, y oro y honor la sociedad;
 Deslumbradora gloria iluminó su vida,

Y por doquier siguiéronle, escolta distinguida,
El éxito, el aplauso, la popularidad.

Era feliz: su dicha velando satisfecho
El animal, insomne del amo junto al lecho,
El golpe contenía de su respiración;
Y cuando de la aurora la blanca luz rayaba,
Dejando el sibarita su sueño, despertaba
De un beso de su perro sintiendo la impresión.

—

Empero, rodeado de goces y delicias,
Pronto al pintor cansaron del perro las caricias,
Que al fin ya no tenían encantos para él.
Le incomodó su aullido, y atarazó su boca;
Le hastió su compañía, y, corazón de roca,
Molióle á bastonazos, incompasivo y cruel.

Y como el desdichado ni pelo ya tenía,
Su dueño, que mirarle sin asco no podía,
Mandóle de los sótanos las cloacas á habitar;
De allí le trasladaron á un frío cuarto obscuro
Y de alimento diéronle, de un hueso mondo y
[duro,
La esquirla que otro perro no pudo atravesar.

Ya todos le trataban peor que un asesino;
Y al grillo condenado y á bárbara prisión,
En vano lamentaba, gruñendo, su destino,
Que nadie de él tenía piedad ni compasión.

Su lomo, carcomido por el rigor del hambre,
Cayó sobre sus llagas de moscas un enjambre,
Y un día, gangrenado, sintiéndose morir,

«No moriré sin verle — pensó de angustia hen-
 [chido —;
 Exhalaré á sus plantas mi postrer gemido;
 Le debo amor, y quiero con mi deber cumplir.»
 Y exhausto, y arrastrándose jadeante, mori-
 [bundo,
 Humilde, acobardado, cual pordiosero inmundo,
 En la morada espléndida metióse del pintor.
 «¡Tú aun vivo! — exclamó éste con ira en el sem-
 [blante—.
 ¡Salgamos!...» Y partieron : el perro iba delante,
 Mirándole á intervalos con infinito amor.

—
 Era una noche horrible, noche invernal, som-
 Del mar alborotado la augusta sinfonía [bría;
 En las desiertas playas dejábase sentir.
 Llegaron á unas rocas; el perro lazariento
 Detúvose, escuchando como un presentimiento
 Bajo sus pies las olas monótonas gemir.

Á un ademán del amo, postrado el triste perro,
 Mudo, impasible, inerme, dejóse amordazar;
 Sintió sobre la nuca la pesadez del hierro
 Y el ritmo oyó de un frío y erótico cantar...

Y en tanto que sublime, magnífico, sereno,
 La hora presentía fatal del Nazareno
 Al recibir de Judas el ósculo traidor,
 «¿Qué importa? — parecía decir su vista incierta—;
 Sólo él me llamó amigo; sólo él me abrió su
 [puerta.
 ¡Muramos, si mi muerte complace á mi señor!»

Mas éste, sin oírle, cogióle, y de repente
 Le sepultó en las aguas, su canto al terminar.
 Oyóse un sordo grito ahogado en la corriente,
 Y luego, de la luna al resplandor naciente,
 Quedó una cosa blanca flotando sobre el mar.

El despiadado artista, en su malvado anhelo,
 Al arrojar su víctima al agua, no miró
 Que entre el dogal cogido del perro, iba el pa-
 ñuelo

Que de su amor en prueba su amada le bordó.

«¡Maldito can! — decía al retirarse airado —
 Mi nombre, mis tesoros, todo lo hubiera dado
 Antes que de esa prenda la pérdida sufrir...»
 No pudo aquella noche pensar en otro objeto,
 Y se acostó iracundo, alucinado, inquieto,
 Queriendo vanamente en su ansiedad dormir.

Cuando del nuevo día la luz bañaba el suelo,
 Llamar sintió á la puerta; se levantó y abrió.
 El perro entró, y exánime, de lealtad modelo,
 Sobre la muelle alfombra abandonó un pañuelo,
 Lamió los pies del amo, miróle... y expiró.

* * *

EL MIRLO

Yo he conocido un mirlo
 Negro, vibrante, rápido, nervioso,
 Madrugador, jocoso;
 Apenas se anunciaba

La luz clara del día, la arboleda
Con sus gárrulas risas resonaba.

Cuando el cura del pueblo, importunado

Por el huésped alado,

Del todo aun no despierto,

Salía á abrir la puerta que da al huerto

Murmurando terribles ironías,

Oculto del vergel en la espesura,

Gritábale el volátil: «¡Buenos días!...»

Y al viejo padre cura

No agradaban aquellas cortesías.

Éste era un vejestón bien conservado,

Un tonel de alegrías y rencores;

No ostentaba palomas su tejado

Ni su ventana flores.

Tenía una pasión: la cetrería;

Y desde que en cazar se ejercitaba

Ya la gota cruel no le aquejaba,

Á Dios gracias y á Noé..., como él decía.

El mirlo, poco ó nada inteligente

Del latín en los sabios solecismos,

Continuaba cantando, indiferente

Del párroco á los negros exorcismos.

De su locuacidad incomodado

Y rebosando en santas intenciones,

Pensó el cura una vez, viendo posado

Al mirlo en su sembrado:

«¡Me acaban con el grano estos ladrones!...

¿Por qué habrá Dios criado

Esta turba de mirlos y gorriones?»

El pajarillo, en tanto,

Honesto como un santo,

No bien allá en Oriente
La estrella matinal resplandecía,
Cuando ya diligente
Por la troje, y risueño,
Á perseguir se daba honradamente
Todos cuantos parásitos veía,
De la hormiga al insecto más pequeño.
Á pesar de lo cual, el proletario,
El buen trabajador, de vida obscura,
Nunca ha pedido aumento de salario.
¡Y aun le persigue, loco, el señor cura!
Llevado á la era el trigo
Y sobre él puesto un espantajo vano,
Dijose, hablando el buen abad consigo:
«¡Á ver ahora quién se atreve al grano!»
Y durmió aquella noche satisfecho;
Pero apenas lució la nueva aurora
Se despertó, escuchando, con despecho,
Del mirlo audaz la jácara sonora.
De pronto deja el lecho;
Arrebujado á medias en su ropa
Sale al balcón en actitud guerrera,
Y ve al mirlo saltando allá en la era,
De su sombrero encima de la copa...
Llegó la cosa á tanto,
Que enfermó el padre y enfermó de espanto;
No hablaba, no reía,
Y fué tal su disgusto y tan constante,
Que el bermejo color de su semblante
Pálido se trocó desde aquel día.
Hizo la enfermedad huella tan dura
En aquel valeroso ánimo ahito,

Que por perderlo todo el padre cura,
Perdió... (¡quién lo creyera!) el apetito.

Leyendo en su jardín cierta mañana
En voz alta el *Antiguo Testamento*,
Descubrió entre la hiedra, que lozana
Una pared vestía comarcana,
De un nido con seis mirlos el asiento.

Al verlo el cura, dijo :

«La madre el fruto se comió vedado;
Luego, si bien colijo,
Se transmitió el pecado.

¿Pagó la madre? No. Pues pague el hijo.

Es doctrina infalible. Estoy vengado.»

Y cogiendo las míseras parejas,

Hambrientas y desnudas,

Metiólas de una jaula entre las rejas,
Que sintieron cerrar de asombro mudas.

Dejó luego la jaula suspendida

En la rama de un sauce desgajada,

Y volvió á su lectura interrumpida,

Con una sonrisita desdentada.

La noche iba cayendo silenciosa
Y velaba su faz Naturaleza,
Bajo un manto de sombra religiosa.
Una bella tristeza

Se extiende por doquier indefinida.
 El sol, al ocultarse tras el llano,
 Deja siempre en el alma dolorida
 Un misticismo heroico, dulce y sano.

Doradas por un rayo postrimero,
 Las torres de la iglesia resplandecen
 Como el casco y la lanza de un guerrero.
 En la cumbre del monte solitario,
 Inmóviles los árboles, parecen
 Las descarnadas plantas de un herbario.
 Tornaban al hogar los labradores
 Y en paz dormían esas cosas suaves :

Los rebaños, las flores,

Los niños y las aves.

Dormían..., mas el cura está despierto.

Con paso torpe é incierto
 Fué á descolgar la jaula de la altura,
 Y la sombra de su árida figura
 Como una mancha se extendió en el huerto.
 Entonces, con diabólica alegría,
 Murmuró al ver las aves inocentes :
 «¡Y qué gordas están! ¡Por vida mía!
 ¡Guisadas con arroz son excelentes!»

.....
 La luna apareció. De los arbustos
 Brillaban en las hojas las sonrisas
 Tranquilas y apacibles de los justos.
 Á las abiertas yemas arrancado
 De los tallos en flor, llevan las brisas
 Por doquier un efluvio perfumado.

En los senos profundos
 De la materia en sueños, escuchábase

Un himno vago, fresco, penetrante.
 Todas las fuerzas vivas de los mundos
 Sostenían un diálogo gigante.
 Es preciso un silencio concentrado,
 Una aptitud poética, nerviosa,
 Para entender la cifra misteriosa
 De ese lenguaje vegetal, no hablado.
 En el campo, en el bosque, en la laguna,
 Estallan como besos mil rumores,
 Y al magnético rayo de la luna
 La vega invade una explosión de flores.

.....
 El mirlo entonces fué derecho al nido,
 Calor á sus hijuelos procurando;
 Llevábales del pico suspendido
 Con el tierno alimento el musgo blando.
 Rápido se posó sobre la piedra
 Del muro; alzó otra vez su ala de gasa,
 Y separando el pabellón de hiedra,
 Miró... y ¡ay triste! no encontró su casa.

Convulso, atolondrado

Al golpe de un dolor rudo, infinito,
 Recorre el huerto de uno al otro lado.

Busca, inquiere, se afana.

¡Todo inútil! De pronto suelta un grito,
 Sus hijos viendo en la prisión insana.

«¿Quién aquí os encerró?»

Y el mayorcito

Dijo, agitando al par su ala temprana:

«Fué ese hombre..., ese hombre negro!

Cuando le vimos, todos te llamamos,
 Pero tú estabas lejos y no oías,

Y al vernos solos frente de él... lloramos.
Mírale... ¿No le ves? Mira... ¡Es tan feo!
¡Es tan feo! Mas ábrenos la puerta
Y escóndenos debajo de tus alas.
No nos tengas más tiempo en esta huerta.
En el campo hay más luz, mejores galas.
Todo allí es libertad y poesía,
Del sol á los purísimos reflejos.
¡Quién tuviera tus alas, madre mía,
Para volar, para volar muy lejos!»
Y el mirlo, alucinado,
Clamó:

«¡Cómo! ¿Es pecado,
Es un crimen amar estas criaturas?
¡Dios mío! ¡Y me las han encarcelado,
Tan cándidas, tan buenas y tan puras!
¡Y tú lo ves, Señor, y lo consientes!
Robármelos... ¡Y nunca daño hicieron
Á nadie mis hijitos inocentes!
Con mi calor yo los crié á mi seno,
Y para su alimento he separado,
¡Trabajo atroz!, del grano malo el bueno.
Para darles abrigo he destrozado
Mi pico en los breñales, y hame herido
En rudo encuentro el gavilán malvado.
¡Cuánto amor, cuánto afán, cuánto desvelo
Para buscarles ese pan que nunca,
Nunca sin sacrificios nos da el Cielo!
Y cuando, ya criados, sonreía,
Con la esperanza de mirarlos, leves,
Cruzar en jubilosa algarabía
Los abismos del éter insondables,

¡Avaras de mi paz, manos crueles
Los privan de mi amor!... ¡Ah, miserables!

La luz, la luz, el cántico glorioso
Que en ecos mil de la creación se exhala
Al despertar la aurora, he ahí el arcano
De nuestra vida, nota que resbala
En el concierto inmenso y soberano.

Y ¡ay! sofocar un ala
Es sofocar el pensamiento humano.

Mas yo tengo la culpa... Anochecí
Cuando el nido dejé... Todas las tardes
Salgo para volver al otro día,
Pero hoy tardé. ¡La culpa es mía..., es mía!
¡Hicisteis bien..., hicisteis bien! ¡Cobardes!

.....
Este aire me asesina. ¡Oh, quién tuviera

Las garras de una fiera
Para romper esta prisión maldita!...
¡Y cuán dulce la noche y cuán hermosa!
¡Por todas partes luz, calma infinita!
¡Sólo en mi pecho sombra tenebrosa!»

—

Y la noche, serena, omnipotente,
Sonreía entretanto castamente
En su cendal envuelta de vapores,
Mientras de la arboleda en las plateadas
Copas, de hojas lucientes como espadas,
Gorjean los canoros ruiseñores.

Los vegetales, pálidos, felices,
Hundían en la tierra sus raíces,

Procurando su savia dulce y buena,
Con las feroces ansias monstruosas
De las pequeñas crías vigorosas
Al ubérrimo pecho de la hiena.
La luna, melancólica, durmiente,
 Desdémona doliente,
Vagaba silenciosa por la altura,
Su luz vertiendo soñadora y fría,
 Blanca, cual la armonía
 Y cual la verdad, pura.
Y entre la luz, los cantos y las flores,
En la atonía cruel y el paroxismo
 De los grandes dolores,
 El mirlo solitario
Yacía inerte, exánime, sereno,
Cual la madre inmortal del Nazareno
En la terrible noche del Calvario.

TEÓFILO BRAGA

La sombra del Profeta: Samiaza ó el amor de los ángeles.
Fin de Satanás.— La infancia de Homero.

LA SOMBRA DEL PROFETA

Super flumina...

El anciano murió, viendo á su hija
En poder de las hordas imperiales,
Á su cariño santo arrebatada
Para encantar las noches crapulosas
Del palacio de Ciro, y mudo yace.
Como la mole herida por el rayo,
Rodó por tierra al instantáneo golpe.
Jahel, la más hermosa entre las bellas
Vírgenes de Sión, va, cual paloma
En las garras del buitre suspendida.
¿Adónde? No lo sabe. Sabe sólo
Que deja atrás al pobre anciano muerto.
¡Niña y sola en el mundo! Había nacido
En Babilonia, la imperial, mas nunca
Viera los sitios que cantó el profeta:
Los ríos sonoros, los jardines
De las campiñas del Sarón, las tumbas
Donde duermen los viejos patriarcas.

El dolor de su pueblo la hizo triste,
Dió á sus labios la voz del vaticinio
Y á su faz la expresión del que refleja,
Frente á frente de Dios, sus maravillas.
Antes de darla á luz su pobre madre,
Largos años estéril, lamentaba
No haber sido elegida y en su vientre
No engendrar al mejor de los profetas.
¡Cuánto lloró!

La fe le abandonara,
Aliento que al espíritu reanima
Y abre á los ojos horizontes nuevos.

Un día hacia el desierto encaminóse,
Ansiando hablar de Elías con la sombra.
Penetró en las cavernas del Carmelo
Y pronunció conjuro misterioso.
Una voz contestóle, semejante
Al vendaval que azota la montaña :
«Cuando florezca en tu jardín un lirio,
Grato al Señor será también tu fruto.»

Infinito placer, júbilo inmenso
Su existencia doró desde aquel día.
¡Oh, esperanza! Alborada rutilante,
Que en pos luciendo de la noche negra
Llamas al alma á divinal concierto.
Á tu luz, de relámpago bendito,
Vese del cielo la dorada cimbra.

Al gemir de las tribus bajo el hierro
Del cautiverio insano, vino á unirse
De un nuevo ser el lánguido vagido.
Era Jahel. Su madre presentóla
Al templo abierto del espacio libre,

Y en él de castidad formuló el voto.
¿Quién osará tocar con mano impía
En su virgínea veste consagrada?
¿Quién beberá en el cáliz elegido
Sin temer la sentencia de rüina?

I

En el palacio de marfil de Armenia
Todo es luz y armonías y esplendores
Y fiestas y locura. Esclavos, príncipes
Hacen la corte al déspota monarca.
Los salones de pórvido luciente
Tienen rosas y flores por alfombra;
Luz de color suavísimo los baña,
Que á somnolencia plácida convida.
Las bóvedas inmensas repitiendo
El dulce son de las marmóreas fuentes,
Adormecen el ánimo cansado.
Bellas mujeres, las hurís de Tiro,
Ceñida al hombro la flotante túnica,
Olor de áloes y de mirra exhalan.
Sostienen cien esfinges las columnas
Del salón del festín, cubierto de oro
Y púrpura de Sidon. Apoyada
La cabeza en su cetro de diamantes,
Que deslumbra los ojos, entró Ciro
Rodeado de sensual magnificencia.
Sus plantas, al andar, huellan las flores
Más raras y preciosas que en sus lindes

El imperial oasis producía.
Tiéndese en un diván de blanda pluma,
Y mientras de sus sueños fastuosos
Reposa de grandezas y prodigios,
Mano gentil su clámide desata
Y ungen su cuerpo jóvenes doncellas.
La sensación sintiendo halagadora
De los dedos que estallan en su carne,
Suavemente retuércese el tirano,
Como al son irritante de los pífanos
Se enrosca en espirales la serpiente.
De la estancia el rocío perfumado,
Las danzas, los suspiros, los marciales
Himnos de triunfo, el vino que chispea
En los cálices de ágata, el rüido,
Todo embriagaba al oriental monarca.

II

Ciro llamó á la esclava israelita.
Quiere su arpa escuchar conmovedora,
En sus brazos tenerla, fascinarla,
Y robar á Jehová la flor divina
Que la cautiva consagró en sus aras.
Rumor confuso de lejana música
La entrada le anunció de la doncella.
¡Hela allí! Viene lívida, ojerosa.
Ciro le indica que levante el velo,
Impaciente de amor y delirante.
¡Su belleza le arrastra y su ternura!

Ungiéronla con óleo perfumado,
Y el rey, loco de amor, así la dice :
¡Jahel, Jahel! Reclínate en mi seno
Como se inclina al sol y cae el dorado
Racimo de Engadí, en la siesta ardiente.
Ven, tú de las hermosas la escogida,
Y abrázame en el fuego de tus ojos.
Rico es el polvo de oro que en tu crencha
Mis siervos derramaron; rico el manto
Con que quiero elevarte hasta mi trono;
Pero es más rico aún lo que me ocultas.

III

Jahel aproximóse temblorosa.
¡Cuán bella estaba así, cuán hechicera
— Ella, tan pura, tan pequeña —, casi
Á la altura de un beso! Su mirada,
En la húmeda pupila adormecida,
Ofrece á la pasión sordo incentivo.
Leve, flexible, como caña débil,
Era la poma por el sol dorada
Bajo el cielo oriental; falta cogerla.
Ella desconocía ese deseo
Que deja siempre el corazón hastiado.
Ciro ardía en amor al contemplarla,
Cual las brasas de sándalo y de mirta
Que humean en los áureos pebeteros:
Pero el señor de imperios y naciones,
De su esclava humillado en la presencia,

No se atreve á tocarla... Allá á lo lejos
 Sonar se oyeron arpas misteriosas :
 «¡Jahel, Jahel! Encantadora virgen,
 Orgullo de Israel, sueño de amores :
 Dame te estreche, fugitiva nube.
 Quiero escuchar tu voz. ¡Habla! Te adoro.»
 Desprendióse Jahel de entre sus brazos,
 Cual la paloma que remonta el vuelo,
 Y tomando una cítara, caída
 Sobre el tapiz de pieles de pantera
 Que revestía el gineceo, preludia.
 Sus trenzas sueltas por los hombros caen;
 Parece la inspirada profetisa
 Que bajo las palmeras del desierto
 Á las tribus anuncia su destino.
 Fijos los ojos en el cielo obscuro,
 Así cantó con voz tranquila y grave :

SAMIAZA Ó EL AMOR DE LOS ÁNGELES

THRENO PRIMERO

I

«Salve, amor inmortal, llama divina,
 Motivo eterno del eterno canto,
 Fuerza y ley de que todo se origina;
 De la inmensa creación perenne encanto
 Reflejado en las formas que se enlazan;
 ¡Unidad, de nuestra alma anhelo santo!
 Por ti los orbes rutilantes trazan,
 Arrebatados en febril cadencia,
 Surcos de luz que el infinito abrazan.

Sin ti fuera imposible la existencia,
Quimeras las más puras realidades,
Toda substancia inerte y sin esencia.

Tú eres torrente que la vida invades,
Sinfonía del himno de los mundos,
Prisma ideal de celestes claridades.

Á tus ardientes besos y fecundos
Estremécese próspera Natura,
Agitada en anhélitos profundos.

Se abre la flor, prodigio de hermosura,
Y su desnudo seno y aromoso
Se ofrece al germen de la brisa pura.

Siente sed el estío caluroso;
Son las nupcias motivo de alegría.
¡Tú el instante aceleras misterioso,
¡Oh, amor!, eterno verbo de armonía!

II

Foco brillante de ese amor inmenso
Que en sí concentra inextinguible hoguera,
El ángel es, en su éxtasis, suspenso.

Ante el Señor, en la celeste esfera,
Los ángeles, con cántico yocundo,
Su gloria ensalzan, que eternal impera.

Mientras otros, dispersos por el mundo,
Contemplan cómo todo cuanto existe
Cumple su fin, misterio el más profundo

De amor y muerte — ley obscura y triste,
Antítesis fatal é inexorable,
Que ningún ser elude ni resiste.

Del grande Amor enigma indescifrable,

Cántanlo en salmos vívidos, sonoros,
 Ascendiendo en escala perdurable
 Tronos, patriarcas, serafines, coros.

III

Mas ningún ángel á Samiaza iguala:
 Vive en la luz, anégase en la aurora;
 Baña en el éter palpitante el ala.

Tipo gentil de gracia seductora,
 La bondad se revela en su semblante
 Y es dulce su mirada soñadora.

De alas blancas, de un blanco deslumbrante,
 El rumor que su vuelo producía,
 De una lira semeja el son distante.

¡Samiaza! Es su nombre una armonía,
 Un perfume llevado por el viento,
 Una estrofa de espléndida poesía.

Nunca á un ser á éste igual el pensamiento
 Dió forma del Señor, y Él lo enviara
 Por la extensión azul del firmamento.

Traspuso mundos de grandeza rara,
 Y obediente á la tierra se transporta.
 Viene á escuchar la melodía clara
 Que se levanta de la vida absorta.

IV

Ya satisfecho el divinal mandato
 Dijo á Samiaza Dios: «Ángel, ¿qué viste
 Sobre ese suelo á mi cariño ingrato?

»Pálido tornas, conmovido y triste.»

«Tú eres, Señor, la fuente de do mana
El amor que en los seres infundiste.

»Al fuego de ese amor, la forma humana
De la nada sacaste; á ti debemos
Nuestra inmarchita juventud lozana.

»Prototipos hicístenos supremos
Del puro amor; nos distes el encanto
En que tu trono altísimo envolvemos;

»Todo cuanto hay de bueno y noble y santo.
Mas ¡ay! del Universo en el gran coro
Vaga una nota de dolor y llanto.

»¡Muerte y amor van juntos! Yo te imploro,
Señor, me hagas sentir ese misterio,
Cuyo secreto tenebroso ignoro.

»Las nubes cantan en su azul imperio :

»Nosotras nos amamos, nos buscamos,
»Llevadas de hemisferio en hemisferio;
»Mas el ósculo santo que nos damos,
»Bajo el sol que doró nuestra blancura,
»Nos sepulta en la tierra que regamos.»

»Las aguas gimen con igual tristura:
«Reflejamos los cielos transparentes,
»Esmaltados de luz intensa y pura.

»Rodamos turbulentas é impacientes;
»El almo Dios sobre nosotras pasa,
»Y al fin nos sorben ¡ay! los continentes.»

»La mustia flor, ya de perfume escasa,
Dice: «Al romper la aurora fresca y roja

»Ábrense nuestros pétalos de gasa;
»Mas un soplo de viento nos deshoja
»Y el calor que fecunda nos marchita.
»¡Dura ley que entristece y acongoja!»

» El torpe insecto, dolorido, grita :
 Hijos del sol, su fuego nos calienta
 » Y á su luz agitámonos bendita;
 » Pero al venir la noche soñolienta,
 » Cuando su rayo se extinguió en el cielo,
 » ¡Ráfaga helada mátanos violenta! »
 » Rompe, Señor, del grande arcano el velo.
 ¿ Por qué pusiste en todo amor y muerte
 Y á mí me privas de sentir su anhelo?
 » ¡ Dichosos los que sufren! Grande y fuerte,
 Tú al ángel das la gracia que lo exalta;
 Pero si ha de llegar á conocerte,
 Aún el dolor, aún el dolor le falta! »

IV

Ciro asombrado oía los arpegios
 De la doliente voz, que se filtraba
 De su pecho en lo íntimo. ¡ Los ángeles
 No tienen lira tan sonora y dulce!
 Mudas están las báquicas orquestas.
 Todo parece que en redor escucha.
 En cojines de seda reclinado,
 La languidez sintiendo del deseo,
 Ciro quiere más cantos, más suspiros.
 Jahel pulsa de nuevo el cinnor santo
 Que de sus manos trémulas cayera;
 La desceñida túnica de lino
 Deja entrever sus formas delicadas;
 Su voz adquiere el ritmo tempestuoso

De la alta profecía. En ese instante
La inspiración volcánica, terrible,
Dió á su semblante una expresión siniestra.

THRENO SEGUNDO

I

«Junto al Hermon, al pie de la montaña,
Del tiempo antiguo en las pasadas eras,
Raza altiva vivía, audaz y extraña.

Sus hijos, vigorosos como fieras,
Moraban ya en el bosque, ya en la gruta,
Hermanos de chacales y panteras.

De inquieta sangre y cabellera hirsuta,
Ellos poblaron la extensión de horrores,
Viviendo en perdurable, honda disputa.

Pero en compensación á esos rigores,
Las vírgenes aquellas engendraron,
Por las cuales, muriéndose de amores,
Á la tierra los ángeles bajaron.

II

El azote de Dios cayó tremendo
Sobre la tribu miserable un día,
De lepra y peste con castigo horrendo.

La tierra quedó estéril y baldía,
Y del hambre temiendo las torturas,
Loca la gente y consternada huía.

Débiles seres, cándidas criaturas,

Por sus madres al huir, abandonadas,
Poblaron las desiertas espesuras,
Al furor de las aves entregadas.

III

Samiaza nuevamente el éter corta
Para escuchar el inmortal concierto
Que se levanta de la tierra absorta.

De pronto, triste queja, lloro incierto
Oye exhalarse al borde del torrente,
Allá, donde halla límite el desierto.

Acércase á la sima diligente.
¡Es una pobre niña la que llora,
Que el frío helado de la noche siente!

Flor á quien niega en su primer aurora
Su amparo el tallo, en que gentil se mira;
Allí su madre la arrojó traidora,
Y el buitre fiero en torno de ella gira.

IV

El ángel, contemplándola, bendijo
El dolor que la vida nos revela,
Y de piedad vertió llanto prolijo.

Por su bien, nueva madre, se desvela;
Lecho de rosas dale por guarida,
Y mientras ella duerme, el ángel vela.

Y viene á despertarla á la salida
Del sol, y guía sus pasos en el suelo;
Y por verla y guardarla, hasta se olvida
De sí, de Dios y de su patria, el cielo.

V

De día en día más gentil y bella,
La pobre niña huérfana crecía;
Mas ¿cómo el ángel revelarse á ella?

Extraño afán su espíritu sentía;
Le encantaba su gracia soberana,
La amaba... ¡y ella nunca lo sabría!

Rebelde, sordo á su pasión tirana,
Fáltale el verbo en que el amor se expresa,
Noble atributo de la forma humana...

De infinito dolor el alma presa,
Buscó para su amada un dulce nombre
Y la llamo Tamiel, de fe en promesa.

¡Nada que más conmueva y tanto asombre
Como el dolor de un ángel, en la fría
Atmósfera agitándose del hombre!

Tamiel, en tanto, en soledad vivía,
Y Samiaza le hablaba en el lenguaje
De la naturaleza casta y pía.

Ora la sonreía entre el follaje,
Ora la estremecía con el blando,
Suave rumor del aura en el bosqueje.

Y poco á poco, la ansiedad medrando,
Del ángel puro en la divina esencia
Iba el amor terreno penetrando.

Loco, por fin, de afán y de impaciencia,
Á Tamiel prometió mostrarse un día
De un hermoso galán en la apariencia.

Tamiel creyó morir de alegría
Al oír la promesa misteriosa,

Y esperando la aurora que venía,
Cuanto serlo aquí cabe, era dichosa.

VI

Corpórea forma pidió á Dios, sediento
El ángel..., y sus alas se desprenden
Cual hojas secas que arrebatada el viento.

Las cuerdas de su cítara suspenden
El cántico inmortal; de su pupila
Á raudales las lágrimas descienden.

Sus ensueños de gloria, su tranquila
Paz, todo en doloroso panorama,
Ante sus ojos súbito desfila.

¡Ya de sus goces se extinguió la llama!
¡Perdió su sien el resplandor sagrado!
¡Hombre es el ángel ya!... ¿Qué importa, si ama?

De un sueño delicioso y regalado
Despiértase Tamiel, y se estremece
Viendo un lindo doncel, triste, á su lado.

«¡Tú no eres la visión que resplandece
En mis ensueños! Samiaza sonreía;
Tú lloras, y tu llanto me entristece.

»¿Qué buscas junto á mí?—Tamiel decía—
No; tú no tienes sus sonrisas francas...
Mi amado sobre el éter ascendía,
Y tú careces de sus alas blancas.»

VII

Samiaza llora. Del dolor cautiva,
Su alma tan ruda decepción no arrostra.

Y es que el amor con el desdén se aviva
Y la pena que eleva es la que postra.»

V

Ciro dormía ya profundamente,
Como el león cansado, oyendo en sueños
La vibración del plectro cadencioso,
Que dulce suavidad vierte en su alma.
Jahel cantaba ahora más serena;
Su canto la protege en el combate
Contra el fiero monarca voluptuoso.

Pura como Judith, en vez de espada,
Por prolongar el sueño del tirano,
De nuevo va á pulsar el nablo augusto.

THRENO TERCERO

I

«Samiaza en su destierro languidece,
Como flor á una roca trasplantada
Del vergel en que fresca y pura crece.

Mustia como la flor, su alma apenada
Bebía la frescura que da vida
De la hermosa Tamiel en la mirada.

Á veces, sorprendiéndola dormida,
La contemplaba en su ardoroso empeño
Con expresión de duelo indefinida.

Ver su semblante mágico y risueño

Era su afán; su encanto más precioso
Arrullar con sus cánticos su sueño.

En sus escasas horas de reposo
Préstale el césped generosa alfombra.
¡Ya no sonrío en éxtasis glorioso,
Ni alas ya tiene que le presten sombra!

II

Un día oyóse un grito sofocado
Allá en la gruta en que Tamiel dormía,
Y al punto el ángel acudió á su lado.

Tamiel no estaba allí. Legión impía
Sorprendióla de bárbaros guerreros,
Que huyen con ella por la selva umbría.

Atajando caminos y senderos
Samiaza corre, los alcanza y traba
Lucha mortal con los salvajes fieros.

Y como si otra vez la fuerza brava
De su vida pretérita tuviera,
De cada golpe un monstruo derribaba.

¡Venció por fin! Tamiel libre ya era,
Y estaba en su poder ya rescatada.
Ella le sonrió... ¡La gloria fuera
Ruín premio á esa sonrisa comparada!

III

Del Hermon en la cumbre fué el combate;
El sol ya en el ocaso se escondía
Cuando, de la fatiga que le abate

Sin reposar Samiaza, descendía
Al valle con Tamiel. Su sombra vaga
Por doquiera el crepúsculo extendía.

La ave nocturna, á quien la sangre embriaga,
Fosforesciendo á los airados ojos,
En torno á los cadáveres divaga.

Y en tanto que devora sus despojos,
Samiaza va faldeando la montaña,
Destrozados sus pies por los abrojos.

Sudor sangriento su semblante baña.
Teme otra horda encontrar asoladora,
Y una inquietud inmensa le acompaña.

Llegó al valle; la frente soñadora
Reclinó de su amada sobre el seno;
Y durmiéronse así. La nueva aurora
Iluminó aquel grupo casto y bueno.

IV

Abrió á la luz del sol sus ojos bellos
Tamiel, y de Samiaza, que aun reposa,
Acarició sonriente los cabellos.

Los ecos de la selva sonora
Forman himno magnífico, uniforme,
Que embriaga el alma en placidez dichosa.

De pronto una pantera horrible, informe,
Que del monte bajó, rápida llega
Y hunde á Tamiel bajo la garra enorme.

Al sordo ruido que en la ruda brega
La bestia hacía, despertó Samiaza,
Y de su puño á un golpe de ira ciega
La aplastó, como al golpe de una maza.

V

Tamiel se desplomó, pálida, yerta.
Su amado la llamó, y ¡ay! no responde...
Y aun la llamó otra vez... ¡Estaba muerta!

Entre sus manos el doncel esconde
Dolorido la faz. No se le alcanza
Que á veces puede, sin saber por dónde,
Venir á consolarnos la esperanza.

VI

Desde el cenit el astro rutilante
Iluminaba el valle y la colina
Con luz intensa, viva, deslumbrante.

La frente alzando que á la luz inclina
Samiaza transfigúrase, y advierte
Que se remonta á la mansión divina.

Allá en el aire, un coro inmenso y fuerte
Cantaba: «¡Bien venido el que ha tocado
El misterio fatal de amor y muerte!

»El amor que á la tierra te ha lanzado
Te dió otra vez del ángel la hermosura.
¡Cuando el día del Hijo sea llegado,
Tú llevarásle el cáliz de amargura!»

VI

Luminosa aureola ciñe el rostro
De la bella Jahel; la profetisa
Siente el misterio aterrador, que ha sido

El sueño incomprensible del Oriente.
Ciro dormía aún, sueño profundo,
Sueño letal que embarga los sentidos
Del soberbio monarca de monarcas.

Un águila veloz desciende entonces
Sobre su frente ungida, y la corona
Le arrebató imperial. Ciro, convulso,
Quiere seguirla, pero rauda el águila
Corta el espacio azul y desaparece,
En sus garras llevando la presea.
Vuela hacia la alta cumbre del Carmelo,
Del torbellino en alas. Ciro síguela;
Tras ella trepa el escarpado monte,
Pero el águila audaz al mar se lanza.
¡No importa! Lleva la corona, y Ciro
Quiere reinar... Ahogado, jadeante,
Del Carmelo tocó la cima ansiada.
De una gruta salvaje salió entonces
Sombra terrible, la espantosa sombra
Del más grande de todos los profetas,
Elías, alma eterna del desierto.

«¡Despierta!», le gritó. Ciro, obediente,
Despertó de la aciaga pesadilla.
La pudorosa virgen aun cantaba,
Y su canto era fresco cual rocío.
El rey, interpretando el fatal sueño,
Teme al Dios de Israel, potente y grande,
Y acepta humilde el providente aviso.

Ya del alba las tintas brilladoras
En el cielo oriental resplandecían,
Cuando Ciro despide pura é intacta
Á la virgen cautiva, sonriente.

«¡Ve, mujer, á anunciar con la alborada
 Á tu pueblo, que llora al pie del río,
 De libertad feliz la ansiada aurora!»

Dijo, y las arpas, mudas, suspendidas
 Del árbol babilónico, que al viento
 Sólo quejas tristísimas lanzaran,
 Pulsadas por los míseros esclavos
 Canto grandioso de alegría entonan:

«La virgen de Adonai viene á anunciarnos
 El rescate que un sueño hemos creído;
 Mas si es sueño, ¿por qué del alma salen
 Himnos en vez de quejas?»

De hoy más dirán las gentes, las edades:

«¡Dios bendijo á su pueblo!»

Jehová nos protege; es nuestro escudo.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Con lágrimas la tierra hemos regado,

Mas hoy la mies segamos prometida.

Jehová nos libró del cautiverio,

Cual de las aguas del mar Rojo antaño.»

* * *

FIN DE SATANÁS

I

Diæs magnus.

De la trompa del Juicio el ronco acento
 Lúgubre y triste por doquier resuena;
 Á su voz, que recorre el firmamento,
 Surge la Humanidad, de espanto llena.

Interrumpiendo el sueño á las edades,
El mensajero del Eterno avanza.

Profundas ansiedades

Vacilan entre el miedo y la esperanza.

Rotas las leyes físicas del mundo,
Caótica sombra los espacios puebla,
Cual si otra vez el «hágase» fecundo
Fuese á escucharse entre la densa niebla.

Los astros apagábanse en la altura

Chocando en rudo embate.

Sólo una estrella en el cenit fulgura

Como lejana aurora de rescate.

Nítido y puro lumínar sagrado,
Aún ésa brilla, solitaria estrella,
Flor olvidada en campo ya espigado,
La obscuridad esclareciendo, bella.

Su luz es suave y llena de armonía

Como un mirar divino,

Faro que fulge en tempestad bravía,

Paz imponiendo al negro torbellino.

Luce en las sombras, dulce, inmaculada,

Cual lámpara colgada en templo agosto,

Tímida, melancólica y velada,

Cual la postrera lágrima de un justo.

Hondo terror la Humanidad domina,

Que espera el fallo de su juez severo.

De la inmensa rüina

Quedaba únicamente aquel lucero.

II

Génesis del mal. .

Entonces del abismo proceloso,
En tumbos epilépticos saltando,
Se alza Satán, siniestro y rencoroso,
Con la mirada al cielo interrogando.
Tendió al espacio los airados ojos,
Por el fragor del trueno estremecido,
Y ante el Señor, de hinojos,
Exclamó con acento conmovido:
«Señor, bien ves perdida aquella estrella
Que á solas brilla en la desierta altura.
Es hija del dolor; dame por ella
Mi destino final. ¡Ésa es mi hechura!»
Y al contemplar la estrella en lo infinito,
Resplandeció más viva
É iluminó la frente del precito,
Dolorosa, sublime, pensativa.

Y el Eterno, escuchándole abstraído,
Como cuando en un ser la vida inflama,
Ó cuando sobre el ánimo afligido
Bálsamo de placer y amor derrama:
«Espíritu increado y siempre en guerra
— Dijo —, pero en esencia alto, divino;
Tú al par del hombre luchas en la tierra,
Y así luchando cumples tu destino.

Llevaste al mundo la misión tremenda
De mantener la libertad humana

Y de rasgar la sofocante venda
Que el pensamiento esclavizó tirana.

¡Tú formulaste de protesta el grito
Contra la violación de todo fuero,
É infundiste la sed de lo infinito

Desde el hombre primero!

La razón despertaste del letargo
En que el dogma sumió la inteligencia,
Y le diste á probar en vaso amargo
La negación, de la verdad esencia.
Combatiste indignado la mentira
De cuantos en mi nombre anuncian muerte;
Frente al que goza, has puesto al que suspira,
Has dicho al débil por dónde era fuerte.

Cuando en esclavitud al hombre viste,
Inerme paria que asaltó el marasmo,
Tú á ayudarle colérico saliste
Con el arma invencible del sarcasmo.

¡La carcajada acerba! Ella aniquila
Dioses y reyes, que por tierra lanza.
Ella expresa la duda que vacila,

¡Y también la esperanza!

De la Naturaleza santa y pura
Hediondo muladar hizo el asceta;
Mas tú lanzaste en toda criatura
La tentación, que el claustro no respeta.

Las torturas por que has atravesado
Apariencia te dieron vil é inmunda.

¡Álzate, serafín inmaculado,
Y anégate en la luz que me circunda!

La por ti derrotada torpe hueste,
Malvado te pintó, te vió sombrío,

Y comparó tu marcha con la peste
Y tu mirar terrible al odio frío.

Llamáronte Ahriman, Astaroth, Siva,
Trono de sombras diéronte y de asfalto,
¡Á ti, que en la mirada franca y viva
Llevabas luz bajada de lo alto!

Fué por la compasión, santa flaqueza,
Por que el hombre del hombre se hizo esclavo.
Tal de Hércules la impávida entereza
Venció al flaco Euristeo, nunca bravo.
Esa flaqueza me hizo un sacrificio
De amor: la pura lágrima de Eva...
En la tremenda hora del jüicio,
¡Sus, hasta mí esa lágrima te eleva!»

III

Stella salutis.

Mira de nuevo al astro luminoso
Satán: su dulce claridad le embriaga.
La paz su seno inunda tempestuoso
Y oye en el cielo una armonía vaga.
Nimbo inefable ciñele, divino,
Y penetra en la gloria triste y lento,
Mientras la estrella alumbra su camino
Sobre el universal desquiciamiento.

LA INFANCIA DE HOMERO

Fragmento.

Niño aún, mas sediento de renombre,
Anfínomo dejó el hogar paterno
Y á las fiestas de Homero se encamina,
Vencer creyendo á los poetas todos.

¡Con cuánta lentitud corren los días!
Transida de dolor, Naís contempla
Continuamente el mar, y halla desierto
Siempre el confín azul del horizonte.
¡Ni una vela á lo lejos que en sus pliegues
Le traiga una esperanza lisonjera!
Un círculo de sombra en sus pupilas
Vela la inmóvil, límpida mirada.
¡No sabe qué habrá sido de su hermano!
Desde que el alba asoma hasta que en negro
Crespón la noche se avecina, inquieta,
Sentada en su azotea, al mar conjura.
El ruido de las olas, estrellándose
Contra la playa, ahoga sus sollozos;
Su cabello y su manto al aire flotan,
Revueltos cual sus tristes pensamientos.

¡Naís, la rubia hija de Mileto,
Princesa encantadora! Su aya al lado
Busca ansiosa consuelos que brindarle.

Interroga al oráculo, mas éste,
Eternamente mudo, no responde.
Ansiosa hacia la playa se dirige,
Y á las divinidades sacrifica;
La más propicia invoca, y todo en vano.
Naís suplica de este modo á Antémor:

«¡Padre mío, qué insólita tardanza!
¡Mi hermano sin venir! Sueña rüinas
Mi fantasía á veces, y... ¿quién sabe?...
¡Oh, mandad disponer vuestras galeras:
Quiero marchar en una, mar adentro,
Esperarle y de vuelta acompañarlo,
Pues trae las palmas de inmortales triunfos!»

Parte ufano el bajel, de rica púrpura
Y de oro recamado, en cuya popa
Cantando van á coro las doncellas.
Naís, más triste cada vez, miraba
Cómo la quilla corta la corriente.
Nada columbra en el cerúleo piélagó;
Lívida sombra nubla su semblante:
De los nautas inquiere dónde sopla
El monzón; hondo miedo la perturba.
Cree á Anfinomo errante en mares fieros,
Llevado en la borrasca á extrañas tierras,
Perdido y muerto en tenebrosas sirtes.

En tanto, como un dios sobre las aguas,
Deslízase el bajel en mar de leche,
Bajo azul cielo, á impulso de auras suaves.

De pronto, el alción cruza, perseguido,
Las alturas y síguenle bandadas
De aves que anuncian no lejana tierra.
Allá en el horizonte, débil mancha
Se descubre; se avivan los colores
Y destácanse rocas y colinas
Esmaltadas de mágica verdura.
Embalsamada virazón terrestre
Esparce en todos súbita alegría.
¡Han llegado ya á Chío! Naos innúmeras
Atracan en el puerto, engalanadas,
Venidas á las fiestas, de otras islas.

«Afinad, afinad mi plectro de oro,
— Dice Naís al coro de doncellas —
Mi canto virginal debe escucharse
En las sagradas fiestas con que honramos
Al hijo de Chriteis. Allí, sin duda,
Encontraré á mi hermano entre las gentes.
Sólo él podrá con su armoniosa lira
Vencer mi canto, en que el amor alienta;
Sólo á sus pies pondré mi áurea guirnalda.
Pero cuidad que no me reconozca.
Como un vate menor quiero á las fiestas
Acudir. ¡Oh, doncellas! Ocultadme
La cabellera rubia bajo el lazo
De la gentil corona. Que en mí vean,
Cuando me miren, el más bello y noble
Joven del Archipiélago. Hoy me inflama
Sacrosanta alegría inspiradora.
¡Á tierra conducid al nuevo Aeda!»
Feliz con la esperanza que le guía,

Tiende Naís los anhelantes ojos
Sobre la hirviente multitud... ¡No encuentra
Al hermano á quien ávida buscaba!
El general placer su pena acrece;
Atenta escucha los sonoros cantos,
Y en ninguno la voz oyó, querida,
Ningún rostro al de Anfinomo semeja;
¡Entre el estruendo piérdense sus ayes!
Naís estaba en ese instante hermosa;
Era imposible verla sin amarla.
Posada sobre el plectro la alba mano,
Una marmórea estatua parecía
Palpitando animada por el genio.
Viéronla los cantores y aclamaron
El candor infantil del nuevo vate.
Pulsó el arpa Naís: bajo sus dedos
Despréndense torrentes de armonía
Que por el aire silenciosos vagan.
La multitud se agolpa en torno de ella,
Y con mudez de Oráculo la escucha.
Por fin alzó la voz, dulce y sentida,
Y arrebatada y trémula cantaba.

.....

Flébil concierto oíase en los aires
Que la noche arrulló del Archipiélago...
Eran susurros plácidos de río
Mezclados al cantar de las cigarras;
Era el gemir de brisas dulces, ledas,
Agitando las aguas y las frondas;
Eran los vastos, azulados mares,
Bordados de islas, reflejando rosas
Y entonando canciones misteriosas.

¡Hablaba todo del sublime Aeda!

Los ríos, en su marcha perezosa,
Deslizándose, en místicos rumores,
Como brazos que buscan otros brazos,
Y caen al fin del propio ardor rendidos,
Iban diciendo á las vecinas selvas
Y á los lejanos ecos de los valles:
«Nosotros le hemos dado blanda cuna,
Y escuchamos sus prístinos vagidos
En las ruidosas fiestas confundidos.»

¡Hablaba todo del sublime Aeda!

Los insectos sonoros, en la noche
Callada, con su cántico estridente,
Decían en confuso acento gárrulo:
«Nuestra voz arrulló su primer sueño,
Y mientras él dormía, no temido
Por los númenes patrios, vengadores,
Revelámosle en sueño los secretos
Que ocultos yacen en la eterna lira,
Á cuyo son la Humanidad se inspira.»

¡Hablaba todo del sublime Aeda!

Y en tropel caprichoso, locas, rientes,
Cual náyades flotando sobre el agua,
Ó cual bacantes que del bosque tornan,
Brisas inquietas llegan murmurando:
«Nosotras jugueteamos con sus rizos,
El rumor escuchamos de su plectro,

Esparcimos al viento sus canciones,
Y suspensas de encanto, todavía
Repetimos al mundo su armonía.»

¡Hablaba todo del sublime Aeda!

La onda blanca y gentil, que desgredada
Pasa besando el alto promontorio
Y va á perderse de una playa en otra;
El mar Egeo, en lecho de esmeralda,
Y el blando mar de Myrto, entre el rüido
Que al nocturno concierto se incorpora:
«Nosotros le llevamos de isla en isla;
Misterios revelámosle eternas,
Y él los cantó en estrofas inmortales.»

¡Hablaba todo del sublime Aeda!

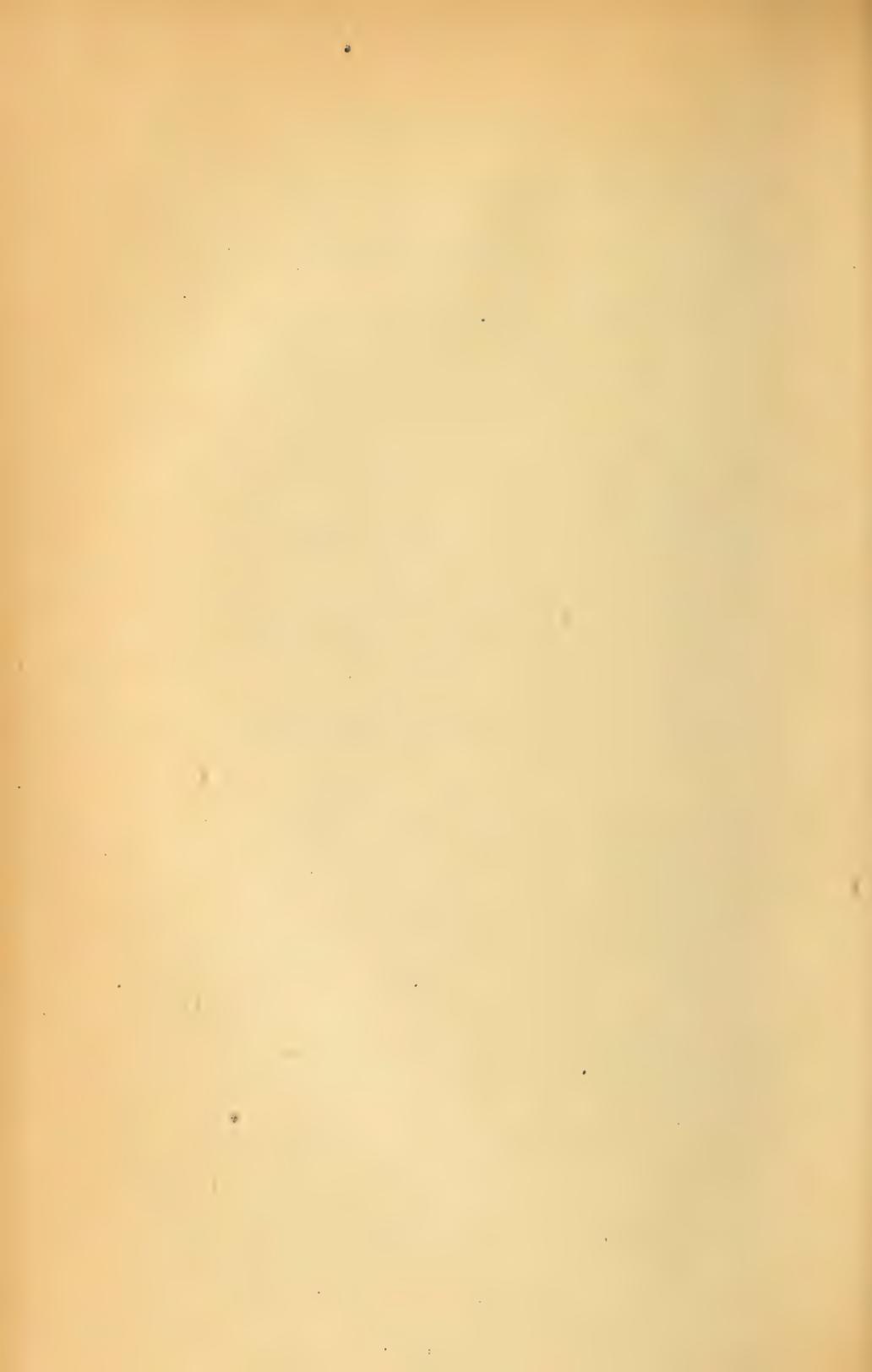
Y las islas, alzándose del agua
Como ninfas de un lago azul, tranquilo,
Conchas del mar profundo al sol luciendo,
Dicen también, su voz uniendo al coro:
«Acogámosle pobre y vagabundo,
Como viandante en quien el genio habita;
Altares le erigimos, y hemos dado
De nuestro amor al huésped tal ejemplo,
Que, por su asilo ser, somos ya un templo.»

Al dulce canto á cuyo son en sueño
Las horas de la vida se deslizan,
Breve silencio sucedió, turbado
Por espantoso estruendo, nunca oído.

Como en un alto cráter que revienta,
Vapor sulfúreo exhálase á los aires;
Candente lava al turbio mar descende,
Iluminado por velada luna.
Era el Vesubio, que con ronco grito:
«¡Homero no existió — dice —; es un mito!»

Mas de los ríos el susurro blando,
El ardiente cantar de las cigarras,
El gemir de la brisa melancólico,
Jugando con las aguas y las frondas,
El infinito mar, las verdes islas,
Proseguían en plácido concierto:
«Nosotros le hemos visto y escuchado,
Disputámosle aún en liza honrosa,
Dímosle el ser y entre nosotros canta,
Cual ALMA PARENS de la Grecia antigua.»

De su alta inspiración en el delirio
Ígnea aureola el rostro á Naís rodea.
La juventud le presta encanto y gracia,
Cuando todos inquietos se preguntan:
«¿De dónde viene? ¿Quién le enseña el canto?
¿Será tal vez un Dios?» En ese instante
Las trenzas caen sobre sus hombros, libres.
¡Eran cabellos de mujer! Sonrieron
Locos de amor los vates, y arrojaron
Á sus pies las coronas y las liras.



LA SEÑORITA DE ALDEA (1)

(3) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

LA SEÑORITA DE ALDEA

Pocas veces las escuelas tradicionalistas cumplen mejor la misión que representan dentro de la esfera del pensamiento moderno, como en esos momentos en que, extenuadas de fatiga por la violenta marcha á que las sujeta la civilización, viajera incansable de la luz, condenada á perseguirla por entre asperezas y sombras, hacen un pequeño descanso en su jornada, y antes de saludar la nueva aurora y de recibir en el soplo perfumado del aura emanada de las regiones altas, vírgenes aún, el beso de bienvenida, vuelven los ojos al pasado, cuyas esplendorosas maravillas se desvanecen como los últimos rayos del sol en el ocaso, tienden hacia él sus brazos y suspiran y lloran por los recuerdos que dejan tras sí, lamentando en su desesperación y maldiciendo esa continua sucesión de los tiempos, esa inexorable rotación de los astros, á compás de cuyo movimiento las generaciones se divorcian de las generaciones, las razas desaparecen, las leyes se humanizan, los usos se transforman, y todo progresa, todo mejora y adelanta.

Partir de lo concreto á lo abstracto, de lo relativo á lo absoluto; ascender desde la llanura á la montaña por un camino de abrojos y de precipicios; buscar una luminosa alborada á través de una noche de espantosos crepúsculos; salvar las ásperas fronteras del mundo poblado, para ingresar desorientados en el mundo desierto; marchar á lo indefinido, partiendo de lo determinado; á la lucha, renunciando la calma; á la duda, generadora de la verdad, dejando la fe entre las zarzas del camino, es una tarea de titanes, es un trabajo colosal á pocas organizaciones posible y no á todos los espíritus dable, sin consentir en arrancarlos un grito de protesta.

El yunque es vigoroso, y sin embargo gime bajo el golpe del martillo.

He ahí cómo se justifica la actitud hostil de esas escuelas enfrente de las teorías contemporáneas. Es condición del espíritu, á su inmersión en el Jordán de la nueva idea, no entrar en un período de renacimiento ni realizar una sola de sus evoluciones hacia la perfección, sin sentirse presa de un escalofrío. ¿Y qué es el progreso para esas escuelas más que un río cuyas aguas purificadoras producen el espasmo?

Hay alianzas que no pueden aceptarse sin grandes violencias.

Alejarse de la orilla, donde quedan nuestros penales, sin tender á ellos una vez siquiera nuestros ojos humedecidos por las lágrimas; huir del hogar querido sin dirigirle desde la última revuelta del sendero la angustiada mirada del rey

moro; sentir desmoronarse al soplo renovador de la idea la gigantesca fábrica de ese maravilloso mundo del pasado, cuyos muros creímos de diamante, y no conmovernos, sería exigir demasiado á nuestra pobre naturaleza, que así vive de esperanzas como de recuerdos.

No; no pidáis al hombre que para entrar en la vida nueva se despoje por completo del polvo de ese mundo en que ha recogido los gérmenes que aun nutren su existencia; no le pidáis que renuncie á sus encantos, y abra en su memoria una tumba á sus recuerdos para escribir sobre ella aquel tristísimo «¡No volverán!» del patriarca hebreo, porque al hacerlo anularéis en él la prerrogativa más bella del alma: el sentimiento; y privaréis al edificio que tratáis de levantar, del más poderoso é indispensable de sus atractivos: el Arte.

¿Qué sería de la Ciencia si el pensamiento, vencidos todos los obstáculos que en su carrera especulativa encuentra para realizar su objetivo, llegase á la posesión de la última verdad, y franqueadas todas sus fronteras se cerniese en los horizontes infinitos, frente por frente de la inteligencia creadora? ¿Qué sería del Arte cuando, rebasados los hasta ahora indeterminados límites de la belleza, no hubiese ya más que una sola religión, un solo ideal, una sola ley, un solo tipo? Satisfechos entonces con nuestras conquistas, colocados á una altura, por decirlo así, periespiritual, conseguidos y realizados todos nuestros ensueños, viviendo una vida de pleno porvenir

y plena luz, nos desdeñaríamos de escuchar la leyenda de los tiempos que pasaron y renunciaríamos al estudio de las sociedades muertas, inútiles ya de todo punto, y ni siquiera aprovechables por su fase cómica, que es la fase más triste de todas las cosas, sus caracteres y costumbres, por extravagantes ó sublimes que hayan sido.

Retardemos, sí, retardemos todo lo posible el advenimiento de esa época. ¿Qué sería entonces de la señorita de aldea?...

Y ello es, por inverosímil que parezca, que la señorita de aldea, nueva Circe, vive y se desarrolla en proporción de la multiplicidad de los incultos bosques de nuestra patria, siendo, por lo tanto, exclusivamente gallega. Menos fantástica que el mito, aunque no participe de ninguno de sus encantos, ella os dará testimonio abrumador de su existencia cuantas veces os dediquéis á recorrer los pintorescos valles y montañas de Galicia, ora llevados del deseo puramente artístico de visitar sus silenciosas abadías, sus ruinosos monasterios, sus castros y sus dólmenes; ora no tengáis otro objeto que saludar á vuestro antiguo camarada, beber á su mesa una botella de tostado y pagársela con esas puerilidades fraseológicas de tanto precio para los amigos rurales, que casi siempre fundan en ellas vuestro derecho á su voto y el de sus colonos en la próxima elección de diputados.

Descuidado tal vez su tocado (y ya sabéis hasta qué punto antihigiénico puede llegar el descuido del tocado de las aldeas); inclinada sobre el bor-

de de un estanque de un modo capaz de engendrar deseos en las soledades, si las soledades tuviesen pupilas, como alguna vez pretende Víctor Hugo; en una actitud que os induciría á confundirla con una náyade jugando con las aguas, si ciertos movimientos uniformes de sus brazos no os obligasen á sospechar que se emplea todo lo más poéticamente que le es posible en lavar una prenda de ropa, la señorita de aldea acaba de revelarse á vuestros ojos con toda la exuberancia de su belleza silvestre, y en todo el vigor y en toda la fuerza de sus privilegiados pulmones, interesados solamente en dejar llegar á vuestro oído, al compás de las detonaciones producidas por la ropa jabonada que azota contra el lavadero, la canción no tan moderna como soporífera de Atala, á trozos intercalados de ciertos sonidos extraños y ciertos trémolos y *fiorituri* emigrados de la muñeira.

Fascinados por el agreste atractivo de su hermosura, no precipitéis, sin embargo, el penco monterrosino de paso cicatero en que cabalgáis, único artefacto locomóvil permitido en Galicia para ir á su encuentro y saludarla, porque será inútil. El escándalo hípico sobre que hacéis la travesía, quizá no comprenda el significado de vuestro acicate, cuyos afilados dientes jamás le han producido otra cosa que un delicioso cosquilleo en sus ijares, y la dama cuyas gracias queríais admirar de cerca, al divisaros camino del pueblo y en dirección á ella, abandonará de pronto la inocente diversión á que se dedicaba,

dejará que el panal de jabón ruede envuelto en la ropa al fondo del estanque, y cubierta de rubor, toda confusa, loca, huirá, como la cierva herida, á refugiarse en el solar paterno, afortunadamente cercano, prorrumpiendo en gritos incoherentes y salvajes.

Y ¿cómo no, si, viajeros importunos, habéis querido sorprenderla traidoramente en uno de los misterios más transcendentales, aunque menos conmovedores, de su sacerdocio doméstico? ¿Cómo no, si abusando del habitual abandono á que autoriza la vida del campo, os habréis atrevido á profanar el templo de la Ceres montañesa, sin anunciaros previamente con las palabras sagradas? Quince ó veinte días antes de vuestra llegada descolgaría de la percha el vestido con que de año en año, por la fiesta del Corpus, suele hacer su entrada triunfal en las ciudades; neutralizaría el efecto del intenso rojo de sus mejillas, color de muy mal gusto en esta época, combatiéndolo con algunas dosis de vinagre de la última cosecha, y de esta suerte, completada su *toilette* con el eficaz auxilio de la partera del lugar, podría presentarse á vosotros de una manera más interesante y más digna del decoro de su casa y de su sexo.

¡Ah! No esperéis que os perdone jamás este allanamiento de morada, esta sorpresa que pudo exponerla á que formaseis de ella un concepto poco favorable. De hoy más, su carácter se hará receloso, su oído adquirirá una elasticidad pasmosa para recoger á grandes distancias todos

los rumores de la Naturaleza, y no confundir con el ruido del viento el trote de un caballo, sobre el cual se acerca á sus dominios un afortunado hijo de las ciudades, y ni una sola vez se asomará á la ventana ni saldrá siquiera á la puerta de su casa sin presentarse convenientemente engalanada con su capota de terciopelo de Levante, su pelisa de raso de lana, su vestido de chaconá con volantes y su zapato de rusel, traje que aun cree de última moda y que ella misma confeccionó con materiales adquiridos por donación testamentaria de su difunta abuelita, en vista de un patrón que llegó á sus manos envolviendo confituras, y cuya fecha, que podría remontarse al año de gracia de 1832, ha sido alevosamente arrancada del papel por los ratones, inapreciables colaboradores á veces de primorosas obras artísticas.

Inútil será ya toda estratagema. Prevenida hasta contra lo fortuito, en vano las coincidencias conspirarán contra ella y querrán tenderle un lazo: su instinto de mujer acecha en continua vigilancia, y el amor de sí misma, que ha adquirido en ella el refinamiento de los flúidos imponderables, no os permitirá bajo ningún pretexto que volváis á confundir á la señorita de aldea con su terrible rival, la grosera labradora.

Pero no es interesante nuestra heroína solamente en esos instantes, que pudiéramos llamar de descuido. Para estudiarla, para conocerla bien, es necesario transponer el dintel de su templo, su casa, penetrar en su gabinete y departir con ella

largo rato, porque sólo así podremos adquirir la medida exacta de su valor y tener una idea aproximada de su modo de ser especialísimo.

Vedla si no al día siguiente de vuestra llegada á la aldea, cuando portadores de la visita de un amigo de su familia que vive en la ciudad, ó con cualquier otro pretexto, acompañado de vuestro huésped, vais á saludarla.

Á través de los cristales de su ventana, retirado observatorio desde el cual ni un solo accidente de vuestra vida de forastero pasará inadvertido á la poderosa atracción de sus pupilas, os ha visto abandonar la casa de vuestro amigo, y esto bastó para comprender que va á ser objeto de vuestras atenciones. ¿Cómo lo sabe?, preguntaréis. ¿Tiene acaso en ella el sentido profético privilegio que ha solicitado en vano hasta ahora el sentido común? ¿Es tal vez adivina? Algo conoce la magia negra, y no es del todo profana á la interpretación de los signos cabalísticos; sabe, por ejemplo, echar las cartas, conjurar un alma en pena y firmar pactos de sangre con determinados poderes ocultos; cree en la eficacia de las raspaduras de uñas como activo afrodisíaco, en la rosa de Jericó como garantía de buen suceso en los partos laboriosos, y en toda esa química sombría, muchos de cuyos experimentos, realizados *in anima vili*, entretienen agradablemente la monotonía de sus veladas de invierno; pero á más de esto, y sobre todo esto, la señorita de aldea suele tener presentimientos, y su corazón pocas veces se engaña.

Así es que vuestra visita no le coge de susto : vive prevenida; y si por un momento habéis creído sorprenderla, os engañasteis, porque os esperaba.

¿Verdad que está llena de gracia é insinuante como nunca? En sus labios retoza esa sonrisa dulce y seductora que la mujer menos cómica sabe arrancar del fondo de un espejo, como el alquimista de la Edad Media sacaba del fondo de la retorta, después de repetidos é infructuosos ensayos, una aleación metálica desconocida, y á no ser por cierto aire de cortedad que embaraza todos sus movimientos, acaso la confundiríais con la más encopetada y desenvuelta cortesana. ¡Qué distinguido porte! ¡Qué circunspección al escuchar las razones que os mueven á visitarla! ¡Qué majestad y qué altivez en su apostura! ¿Quién creerá que pueda ser ésta la misma que ayer se dió á correr como un gamo á la simple aparición de vuestra cabalgata, camino de la aldea? Y sin embargo, en todo eso hay un fondo de rusticidad que la denuncia.

Bajo una triple capa de almidón machacado, específico que sólo ella hace substituir con ventaja á los tan decantados polvos de arroz, mediante un procedimiento que es uno de sus secretos de tocador, pronto reconoceréis de un modo que no deje lugar á dudas el bermellón natural de sus mejillas, y cuando esto no fuese bastante á tranquilizaros, en la timidez con que responde á vuestro saludo, abandonándoos su dedo índice para que lo estrechéis en vuestras manos, per-

fectamente envuelto en un guante, cuyo color originario no fué bastante á borrar un reposado baño de tinta, y en la dificultad de expresión con que tropieza al querer manifestar sus ideas, tendréis otros tantos signos mortales para conocer la legitimidad de nuestro tipo.

Una de las cosas que más contribuyen á caracterizarle es su conversación, que participa de la doble amenidad de la novela y de las selvas, y que será culta hasta la gazmoñería si la habláis de amores, ó candorosa hasta la fatuidad si la obligáis, por una galantería propia de vuestro carácter, á lastimarse de la existencia triste y por demás obscura de las aldeas; pero en uno y otro caso, su elocuencia os dejará mucho que desear por lo que respecta á pureza de estilo y elegancia de dición, pues si elogiáis sus ojos os dirá que no es «merecente» de tantos favores; si la preguntáis por qué no ama, os contestará que porque tiene bastante «pedrominio» sobre sus pasiones; y una vez y otra os prodigará, con un lujo verdaderamente superfino, frases tan correctas como éstas: «haiga» por «haya», «deliriar» por «delirar», «metá» por «mitad», «zócalos» por «zuecos», «petar» por «llamar», «é yo» por «y yo», «dean» por «den», y otras no menos interesantes.

Extraordinariamente aficionada á la lectura, pero alejada del mundo literario lo bastante para ser exclusiva depositaria del gusto dominante á principios de siglo, la señorita de aldea reúne una escogida biblioteca, compuesta de las nove-

las de D.^a María de Zayas, de las *Noches lúgubres*, de Cadalso, de *Aladino ó la lámpara maravillosa*, y de varios entretenidos *Trovos nuevos* para cantar los enamorados, de autor anónimo, según se desprende de la franca y terminante declaración hecha por un ciego vendedor de coplas en el acto de rematar sus géneros por la «corta cantidad de dos cuartos».

Mas no se crea por eso que carece de ilustración y no conoce más ó menos á fondo los adelantos realizados por nuestro siglo en el terreno de la Ciencia y del Arte. Aventuraos á interrogarla respecto de las dos más grandes conquistas de nuestros tiempos; preguntadle qué opina acerca de esa maravillosa máquina destinada á fundir en uno todos los pueblos del mundo, la locomotora, y de ese hilillo mágico consagrado á transmitir de un polo al otro, con la rapidez del rayo, la palabra del hombre, el telégrafo. ¡Oh! —exclamará—. ¡La locomotora! Buenos caballos deben ser los que lleva dentro cuando corre tanto... ¡El telégrafo! ¿Qué clase de veneno será el que circula por sus alambres, que produce la muerte instantánea de los pájaros que en ellos se columpian en el momento de transmitirse un parte?... Quizá os parezca candorosa la contestación; pero yo os aseguro que no la escuchará un representante del país gallego sin sentir en su alma los remordimientos que Dante puso en el alma del suicida, y en su rostro la vergüenza del ladrón de corbata blanca, sorprendido *in fraganti*.

Por lo demás, si como literata y erudita está muy lejos de satisfacer la señorita de aldea todas las exigencias de nuestra época, como mujer hacendosa y como dama, es un prodigio de economía.

Para comprenderlo así, bastará que la veamos en el tocador y en la cocina.

En cuanto á su *boudoir*, sírvele ordinariamente de espejo un fragmento de cristal azogado, resto de una venerable luna de Venecia, cuidadosamente transmitida de generación en generación hasta los buenos tiempos de su mamá, en cuyas manos se hizo añicos una noche, no se sabe cómo ni por qué, en ocasión de hallarse arreglando su tocado delante de su esposo para asistir á un baile de elecciones celebrado en los salones de la abadía parroquial; utiliza á guisa de *coldcream* la mantecá de lechón, y usa por cosmético la bandolina hecha con pepitas de membrillo, en que es fecundísimo su huerto, y por pomada el aceite común, extraído en cantidades respetables de la repleta alcuza, con grave perjuicio del guiso cotidiano, que resultará probablemente menos sabroso que de costumbre.

Su elixir dentífrico constitúyenlo por temporadas el carbón machacado y la ceniza de tabaco. Dada esta circunstancia, fácil es comprender la agradabilísima emoción que experimentará viéndose fumar uno tras otro veinte *coraceros*, aunque no sea más que ante la idea de recoger á vuestra espalda, del rincón adonde las arrojasteis con desdén, igual número de pudibundas colillas.

Así, pues, no vaciléis en sacar la petaca y fumar cuantas veces se os antoje en su presencia; tenéis su permiso. ¡Pues no faltaba más! — os dirá —. ¡Vaya! Sí, señor. Cabalmente no hay esencia para mí más agradable que el olor del tabaco.

Dicho lo cual, de la manera más delicada y menos sospechosa que pueda haber, si no apuráis el último cigarro, desechándolo á medio quemar, es porque no tenéis entrañas ó no veis más allá de las narices.

Lo grave es que, ni aun por ésas, blanquea su dentadura: la gran cantidad de hidrógeno disuelto en el aire de las montañas y el excesivo hierro que arrastra el agua que brota de los peñascales para abastecimiento de la aldea, se la ennegrecen cada vez más, corroyéndosela poco á poco.

No siempre la señorita de aldea vive en la aldea. Semejante á esas parietarias llenas de frescura y lozanía que hermocean los vetustos muros de nuestros viejos castillos, suele presentarse á veces allí donde menos se espera, como en virtud de una misteriosa generación espontánea. Hija del poderoso indiano que á fuerza de privaciones y fatigas logró reunir en América una fortuna respetable, ó del hacendado *vinculeiro* que halló medio de reponer su capital amenazado dedicándose á la exportación de cereales y ganado, con lo cual ha conseguido entre la gente rústica que se le llame hoy tan mayorazgo como si nunca hubiesen existido las leyes de desvinculación, allí la encontraréis dondequiera se ce-

lebre una feria, donde haya una romería ó se disponga un baile, no siendo, por consiguiente, difícil verla así en la villa como en la ciudad, donde los instintos comerciales de sus progenitores la conduzcan, ganosos de prepararla una buena colocación, ya exhibiéndola montada á la antigua, indolentemente recostada en la jamuga, sobre una mula perfectamente enjaezada con collar de cascabeles y anteojeras, ya sobre un jumento de gran alzada, cuyas extremidades desaparecen bajo el exagerado vuelo de su vestido de amazona, porque no hay que echar en olvido — y esto nada tiene de extraño — que la señorita de aldea, sin poseer la noción más ligera del arte de Equitación, monta como un nómada, y salva con su caballo en pelo un precipicio con la misma facilidad que un gaucho.

Atribúyese á Arquímedes, como una muestra de la potencia de su genio, el dicho de la palanca. ¡Gran cosa! Dad á la señorita de aldea una pieza de tela, y con ella deslumbrará al mundo. De ella saldrá el traje con que se pone de largo; con ella arreglará su traje de paseo, su traje de casa su traje de baño, su traje de luto y su traje de bodas. ¿Por ventura lo dudáis?... Entonces no conocéis las virtudes de la corteza del aliso, no sabéis hasta dónde alcanza el amarillo jugo de la cicuta, ignoráis que hay en América un árbol que se llama campeche, desconocéis en absoluto la utilidad de la caparrosa y de la zarzamora y, por último, no sabéis que en uno de los ángulos de la cocina hay un pote de quince ollas de cabida,

destinado única y exclusivamente á contener todas esas materias que, puestas en infusión, han de producir el tinte que se desea, con todos los cambiantes del raso, el brillo mate del terciopelo ó la opacidad de la lana.

Pues, ¿y qué diremos de sus conocimientos culinarios?

Poned en sus manos pecadoras la cabeza de un ajo, media pierna de vaca, un poco perejil, media docena de patatas, y veréis qué diversidad de platos, qué variedad de condimentos os presenta. Y no se diga que al levantaros de la mesa os sentís poco satisfechos. Hartos y muy hartos habéis de llegar á los postres, si es que antes no habéis renunciado á continuar vuestra función gastronómica, en presencia de tal cual hebra de finísima seda culebreando en un mar de roja salsa, ó de un incauto volátil que encontró en el vientre del redondo tubérculo digno mausoleo á sus gloriosas cenizas.

Por regla general, la señorita de aldea no ama. No porque carezca de la sublime facultad del amor que Dios colocó en el alma de todas las mujeres, y con especialidad en ésta, á quien la soledad y el apartamiento en que vive mantienen en una constante predisposición erótica, sino porque no encuentra en los estrechos límites de la aldea en que vive objeto alguno acreedor á la pasión inmensa que atesora. ¡Cuántas veces en las dulcísimas noches primaverales, en la estación lujuriosa de las flores y de los aromas, en esa época en que la Naturaleza toda

parece prorrumpir en un misterioso himno de amor, que se desvanece en los cielos, perdiéndose más allá de sus serenidades infinitas; en esa época en que todo tiene par, en que nada está abandonado, en que todo vela por todo, y desde el insecto al hombre no hay un ser que carezca de amante compañía, porque la primavera es la Pascua de la creación, en que todos los odios se reconcilian y se firman los más duraderos pactos; cuántas veces en esas noches el desvelado espíritu de la señorita de la aldea es el único que tiene que permanecer mudo en el concierto universal, ahogando en sí los gérmenes de amor que le devoran! Nada más interesante entonces que su pensamiento, errando por los aires en busca de un protector halago, de un beso de cariño que le haga olvidar la dolorosa orfandad en que vive, ni más expresivo y conmovedor que la silenciosa lágrima que se desliza por sus mejillas, como la queja de amargura que bajo el peso de la maldición se escapa involuntariamente del pecho del excomulgado.

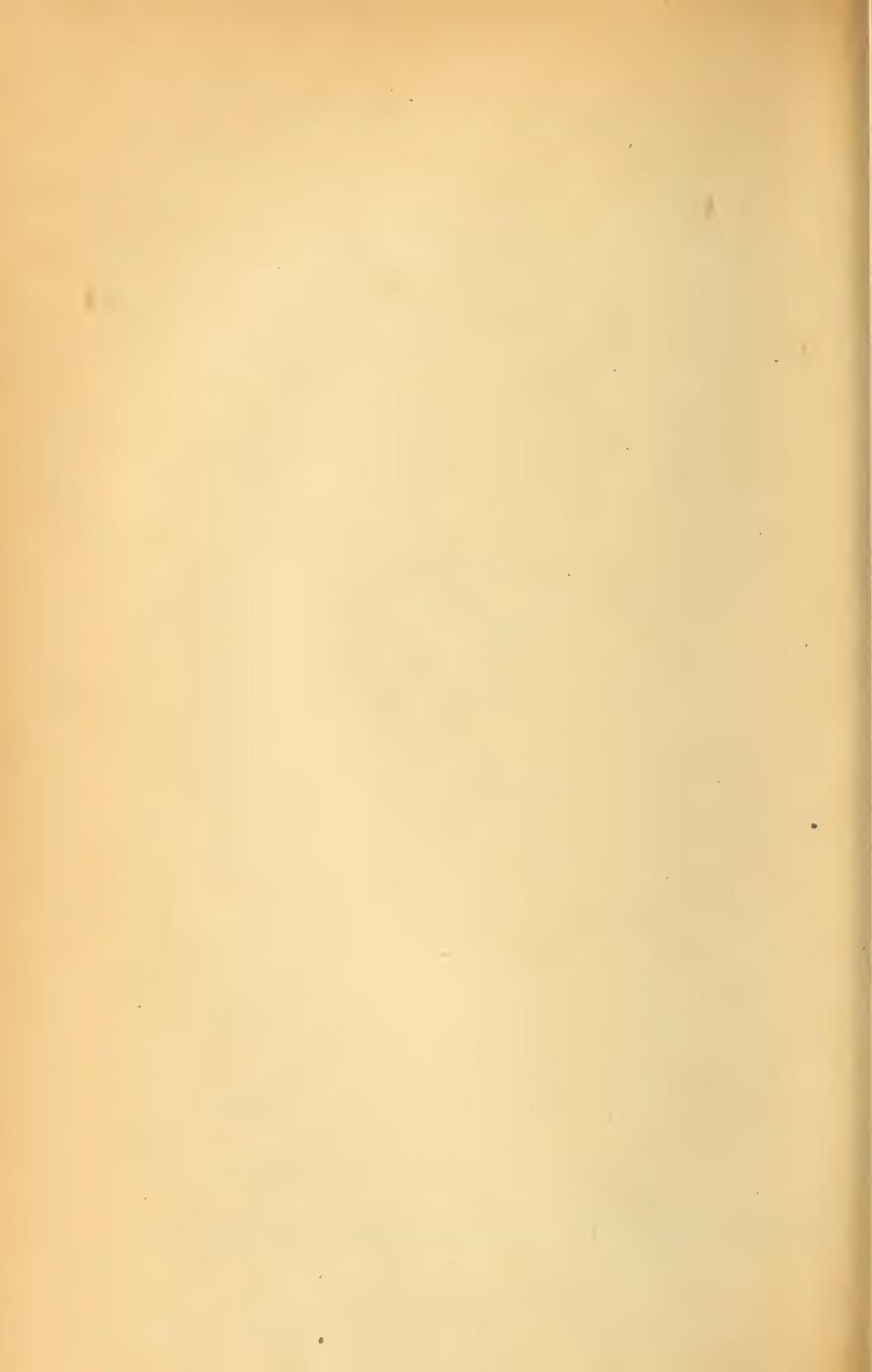
¡Pobre señorita de aldea! Los que te creen ridícula subdivisión del género á que pertenesces, te calumnian. Esposa fiel y amante, capaz de toda la pasión y de toda la indiferencia que caracterizan la raza felina, cuando la mano de un forastero, enamorado de tus excepcionalísimas virtudes, va á buscarte á tu retiro y te conduce hasta el altar; excelente y bonachona madre, cuando suena para ti la hora sublime de la familia, tú no suscitarás en el hogar, con tus caprichos, esas

terribles escenas á que dan lugar las mujeres que, teniéndose por más ilustradas que tú, creen ver en el no siempre tranquilo semblante del esposo, trabajado por los afanes de la vida, la melancolía precursora del adulterio, ni consentirás que los hijos de tus entrañas, fecundados por docenas para bien de la patria y perpetuidad de tu nombre, se alimenten al calor de pechos mercenarios, pudiendo nutrirse de los tuyos, abundantes como los de Venus, cuyo néctar es fama que al derramarse en los cielos dejó indeleblemente trazada la mancha blanquecina que aun conocemos con el nombre de Vía láctea.

DE MI ÁLBUM ⁽⁴⁾

POESÍAS

(4) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.



DE MI ÁLBUM

À María Tubau.

En los serenos días
De la paz, idos para siempre acaso,
Te vi surgir, y vi cómo ascendías,
Y del Arte en los cielos te perdías
Para en ellos brillar, sol sin ocaso.
Y entonces te admiré, porque yo admiro
Con religioso culto el noble giro
 Del ala ó de la nube
 Que, partiendo de abajo,
No sin terrible, colosal trabajo,
Obstáculos venciendo, al cielo sube.

Empero, hoy que á la tierra,
Estremecida por fragor de guerra,
Te veo descender y, semejante
 Á la Beatriz del Dante,
Vestida de color de llama viva,
En medio á los que sufren apareces,
Les brindas esperanza y les ofreces,
Con tu óbolo y tu amor, rama de oliva;

De tu piedad testigo,
Que del soldado enfermo te hace hermana,
¡Oh Musa, del teatro soberana!,
Hoy te admiro, te aplaudo y te bendigo.
Que no es del horizonte allá en la altura
Donde irradia del sol la luz más pura,
Ni en la cumbre de altísima montaña:
Su llama creadora
Brilla más á mis ojos cuando baña
La humilde hierba que en los campos mora
Y lleva la alegría á la cabaña.

À Amelia Piñeiro.

SONETO

Para expresarte yo cómo te quiero,
Ninguna lengua términos concilia:
No es tan grande el amor de la familia,
Ni el amor celestial tan verdadero.
Mira tú si te adoro y te venero
Que pienso á veces, si tu fe le auxilia,
Que Satanás con Dios se reconcilia
Y el ángel vuelve á ser que fué primero.
Tan honda es la virtud que en ti se encierra
Que, al rayo nada más de tu mirada,
El mal se trueca en bien, en paz la guerra;
Y, como el que hizo todo de la nada,
Harás tú un Paraíso de la tierra
Con sólo una oración por ti rezada.

Á Finita Vales Piñeiro.

Para expresarte mi amoroso exceso,
Rompo las cuerdas de mi lira de oro,
Y de sus cuatro notas formo un beso
Tierno, dulce, purísimo, sonoro.

Al través de los mares,
No tan amargos como mis pesares,
¡Ojalá que á ti llegue blandamente,
Y al posarse en tu frente,
Semejante á una estrella,
De toda sombra guarde, providente,
Y todo mal, tu cabecita bella!

Á Jesusito Vales.

Llegan noticias
Por el Atlante
Que es Jesusito
Buen estudiante,
Dulce, obediente
Con sus papás
Y cariñoso
Con los demás.
Si no me engañan
Esas noticias,
¿Para qué quiero
Yo más delicias?

De gozo salto:
 ¡Chuscurreuschús!
 Ahí van mil besos
 Para Jesús.

Á Dolores Novo de Castillo.

Su nombre y su tarjeta
 Me hablan, ¡oh, Dios!, de cosas tan amadas,
 Que siente al recordarlas el poeta
 Sus mejillas en lágrimas bañadas.
 ¡Pobre Pepe! ¡Adorable Victorino!
 Con quienes de la vida en el camino
 Creí llegar al término lejano...
 ¡Antes que yo cumplieron su destino!
 ¿Cuándo del mío sondaré el arcano?

Á Rosa María O'Farrill.

(Dos viajeros en ferrocarril.)

Ella con su gravedad
 Y *él* exhibiendo sutil
 Títulos de propiedad...
 Van en gran velocidad
 Al matrimonio civil.

Á Pastora Egües. (Ranchueño.)

Chica: hoy no escribo postales,
 Pues como estamos en huelga,
 Si rompo la huelga yo,
 Me romperán la cabeza.

À Carmelina Barón.

Con qué suave delicia
Contra su seno virgen acaricia
Esa dama gentil á esos palomos...
Viendo yo cosas tales
Suelo decir: ¿Por qué ciertos mortales
En vez de animalitos hombres somos?

À Emilia Calé y Quintero. (Madrid.)

El que, niña, tu genio ha celebrado
Y recogió el cadáver de tu tío
Y á la Musa cantó que te ha engendrado,
En extranjeras playas desterrado
Tu recuerdo agradece tierno y pío.

À Magdalena Martínez.

(Una mujer con alas de mariposa.)

¡Una mujer con alas
De mariposa! Y ¿para qué esas galas,
Si á tan contrarios seres
Un instinto contrario los acosa?
Cándida y sin doblez la mariposa,
Pérfidas é insensibles las mujeres.

Las unas, la caricia
Buscan del aura riente entre las flores;

Las otras hallan, ¡ay!, en los dolores
De nuestras almas su mayor delicia.

Muy mal, pintor, á la mujer retrata
Tu lápiz, que, venal, adular quiere...
Pues la mujer la luz que enciende, mata,
Y en esa luz la mariposa muere.

Á Matilde Martínez.

¿Ves los horrores que digo
En lo que á Magda escribí?
Pues si yo no soy amigo
De la mujer, por castigo
Denme á tu hermana y á ti.

Á María Hernández.

«*Ponga usted algo, honrando
Mi cartulina...»*
Para *poner*, Marieta,
No soy gallina.
Algo he cantado un tiempo;
Mas ya me callo,
Porque caí en la cuenta
De que soy gallo.

Á María Luisa Raluy.

Mirando esa coqueta,
Que no se sabe si se burla ú ora,
Comprendo la Coleta,

Evocación sombría del averno,
Que nos pinta Burget en su encantadora
Fisiología del amor moderno.

Á Rosalía Iruch.

Niña: mi vida es un drama
En que el galán y la dama
Son la virtud y el dolor:
Yo el que sostengo la trama
Y Dios el silbado autor.

Á Magdalena Hernández.

Quiera Dios, cual me asedian
Estas postales,
Que te asedien los novios
Cuando seas grande;
Pues de ese modo
Verás que no se puede
Cumplir con todos.

Á Magdalena Barceló.

(Regreso de D. Quijote, apaleado, á su aldea.)

Es humana condición:
Cuando alguna decepción
El ideal estropea,
Todos entran en razón,
Cual don Quijote en su aldea.

À Adolfina Fernández Lloréns.

(Un prestamista dando dinero con interés.)

Ese infame prestamista
Es un hombre de talento:
Postales llena á la vista,
Pero al doscientos por ciento.

À Irene Rodríguez.

(Paisaje de Bretaña, muy parecido á Galicia.)

Si viste el campo bretón
Y el campo gallego viste,
¿No te llamó la atención
Qué alegres las tierras son
Y que el habitante es triste?
Gallego y bretón dejaron,
Cometiendo un grave yerro,
El Norte, en que se criaron,
Y la tristeza encontraron,
Por castigo, en su destierro.

À Luisa de León Madrazo.

(Salón desierto de un hospital, con una preciosa enfermera en primer término.)

Puesto que me siento mal
Y la salud mucho se ama,
¿Habrà para mí una cama
En ese santo hospital?...

Á Angelina Blanco.

(Dama con calzón de punto ceñido, frac, chaleco muy descotado, sombrero de copa y bastón.)

Por el frac, por el sombrero
Y un detalle singular
Que aquí apuntarte no quiero,
Pudiera este caballero
Ser mi esposa ante el altar.

Á Mercedes Beci.

Para que tu álbum, que avariento encierra
Tesoros mil, profane con mi nombre,
Razón no aduzcas que me venza en guerra.
Bástale á la mujer serlo en mi tierra,
Para tener un siervo en cada hombre.

Á Carmelina Arechavala. (Cárdenas.)

La angelical Carmelina
No ha cumplido trece meses,
Y ya, comiendo las eses,
Me dice en carta muy fina:
«De usted, por esta región
Tantos autógrafos veo,
Que me entró de uno deseo
Para honrar mi colección.»
Vaya, que me hizo reir...
Y no hay para qué decir

Que la chica hará fortuna,
Sabiendo, desde la cuna,
Con tanta gracia mentir.

Á María Menéndez.

(La bella Otero.)

Esa mujer, por Cristo, me persigue...
¿Cómo expresarla yo que no consigue
Mi voto su belleza casquivana?
Yo lo siento; no es fea, está nutrida,
No viste mal del todo mi paisana;
Pero siempre lo dije : Á ella, vestida,
Prefiero yo, desnuda, una cubana.

Á la Srtá. Mundo de Llada. (Placetas.)

Hubiera contestado tu tarjeta,
De haber otra antes que ésta recibido.
Español y pöeta,
Soy, como poeta y español, cumplido.
Versos me pides, y antes que los leas
Debo advertirte, y súfrello con calma,
Que yo los hago á las mujeres feas,
Pues tras de una fealdad siempre hallo un alma.

Á E. V. y P.

¿Una *bella estrofa*... á mí?
¡Por el Dios que me crió!
Si la belleza está en ti,
¿Cómo producirla yo?

À Victoria Meitin.

(*La Cleo de Mérode.*)

Ese peinado en *bandós*,
Cleo, dicen que lo dejas
Para tapar dos orejas
De asno, que debes á Dios.

Mal haces, si ello es así,
Y tapándolas te excedes :
¿Con qué otras orejas puedes
Oír lo que hablan de ti?

À Natalia Mesa.

La limosna que ofrecemos
Al pobre y al desvalido
Nos la recoge en depósito
El Banco del Paraíso.

À su hermana María Josefa.

La gloria es un gran convite
Donde no tienen acceso
Ni la mujer sin virtud
Ni los hombres sin talento.

À María Batlle.

Amargara más la vida
Que una taza de café,
Sin ese terrón de azúcar
Que se llama «la mujer.»

Á ...

(Retrato de Alfonso XIII.)

Infelizmente heredero
De una raza que hundió á España,
Ni sé odiarte ni te quiero,
Ni que contrastes espero
La estrella que te acompaña.

Á María Lucía Triay.

Tras de cantar á tanta mujer fea,
De tu nombre á la sombra ya descanso,
Como el cisne... del río en el remanso,
Bajo toldo de flores se recrea.
Un instante el arrullo dulce y manso
Del perfumado céfiro me orea,
Bato el ala... y prosigo mi camino.
¡Compadece, Lucía, mi destino!

Á Miss Concepción Caral.

Si es usted de este país
Y el escritor que usted invita
No es de Londres ni París,
¿Por qué se llama usted Miss
En lugar de *señorita*?

Á Sarah Heredia.

(Una dama saltando un lago á la luz de la luna,
que la mira como enojada por lo que deja ver.)

Cuando esa dama saltó
El lago, alzando la enagua,
La luna se enfureció...
¡Más me enfureciera yo
Si estoy debajo del agua!

Á Silvia Aballí.

No escribo en este papel
Porque usted á usar me invita
La lengua francesa en él.
¿Acaso MADAMOISELL
No es igual que *señorita*?

Á Clara Luisa Aballí.

Hablando con un inglés
Decirse Miss no está mal.
Con un español formal
Pudiera ser descortés,
Si quien le habla español es
Y posee su lengua igual.

Á Rosa de los Reyes López Saúl.

*(En un jardín un galán ofrece una joya á una dama
que está sentada en un banco de piedra: una estatua
parece mirarlos con el rabillo del ojo.)*

Asumo el trance: regalo
La joya, ocupo el asiento;
Pero me fijo en la estatua
Y... ¡á rezar el Padrenuestro!...

Á Luisa Fernández Martínez.

Con sobrada justicia
Hace al perro su dueño una caricia,
Pues si observarlo quieres,
Verás en esta nuestra edad de hierro,
Que hay hombres y mujeres
Mucho menos leales que ese perro.

Á Isidora María Vázquez. (Cárdenas.)

Alguien, bella Isidora, que te adora,
Versos me pide de hermosura llenos...
Allá van. Malos son; pero, Isidora,
Si es que amas y el amor todo lo dora,
Con que los mires tú ya serán buenos.

À Victoria Roura.

En la lucha por la gloria
Que hace inmortal la memoria
De un Hugo ó un César Cantú,
Sólo acepto la victoria
Si esa Victoria eres tú.

À Clemencita Gener.

N-a miña terra, unha moza,
Pra c'o as xentes se levar,
Ten que barrer, cociñar,
Rezar, fiar e ir á roza.
A folgazana non goza
De sona, nin lado ten;
Fóxenlle os homes de ben,
Mora en cabana sin tella
E morre solteira e vella
Sin que a encomende ninguén.

À Ángela García Fernández.

Como di (¡tal fué la siega!)
Á mis pensamientos fin,
Te mando éste del jardín
Fértil de Lope de Vega :
«Del Sur, la China, Ceilán,
Perlas, diamantes, rubíes;

Holandas, telas, tabíes
 De Flandes, Persia y Milán
 Podrá tener en el suelo
 El señor ó el mercader;
 Pero la buena mujer
 Viene de mano del cielo.»

Á María Juara y Arrondo.

(Una elegante de lindos ojos azules.)

— N'ese ollo d'azul tan rico,
 Nena, algo che se meteu,
 Fáisca, aréa ou muxico :
 ¿Queres que ch'o tire eu?
 — Eu quero, ¿e con qué?
 — ¡C'un bico!

Á Blanca Hierro.

*(Que me escribió una tarjeta quejándose de mi
 porque no voy por su casa.)*

Me deja de asombro lleno
 Hayas llegado á pensar
 Que pueda enojado estar
 Un hombre con su ángel bueno.
 No voy á verte, á conciencia
 De que mi ausencia y distancia
 Prestan virtud y substancia
 Á otra más grata presencia...

Es celosa la vejez,
Tú á Cupido rindes culto,
Y no yendo á verte, oculto,
Las dos cosas á la vez.

Pero yo contigo sueño,
Y sin tú estar junto á mí,
Te amo siempre y pienso en ti
Mucho más que tú... en Carreño.

Á Matilde Sánchez.

(Una belleza soberana.)

¡Hermosura singular!
Por ella, así como suena,
Iré al punto á rescatar
Para Francia, la Lorena,
Para España, Gibraltar.

Á María Teresa Medina.

Postal: si no eres traidora,
Pon á los pies de Teresa
(Si tiene pies tu señora)
Los labios con que la aurora
Á las azucenas besa.

Á Rita Inda. (Guanajay.)

Que buena tienes que ser
Dice tu carta galana.
¡Qué mucho, si eres cubana!
¡Qué extraño, si eres mujer!

Á Amalia Hierro.

De mis juguetes de niño
Hice almoneda, mozuelo.
Un viejo los remató...
¡Y era yo mismo aquel viejo!

Á María Lefebre. (Vedado.)

De todos los pensamientos,
Aquellos los buenos son
Que no encuentran expresión
Y, mudos, viven contentos.

Á Concha Inda.

(Sobre un busto del emperador Octavio.)

Sobre este seno de mármol
Un surco de tinta dejo.
¡No lo dejes tú de sangre
Sobre los humanos pechos!

Á Elisa Varela Jado.

(Una niña con una paloma en las rodillas.)

Tal envidia siento en mí
Del idilio que ahí asoma,
Que quisiera ser paloma
Para contemplarte así.

Á Filomena Hernández.

Pide por esa boca,
Cara de cielo;
Que si tú tienes gracias,
Yo tengo versos.

Á Lolita Agüero. (Santiago de Cuba.)

Las nieves de ese paisaje
Frías, como nieves, son;
Pero son mucho más frías
Las nieves del corazón.

Á Mercedes Varona.

Yo guardo mis pensamientos
Como tú guardas tus prendas;
Si los que tengo te envió
Me voy á quedar por puertas.

Á Carmen Pérez Galdós. (Paseo, 20. Vedado.)

Dos mil y trescientos versos
En tarjetas llevo escritos.
¡Con quien me los pide, carguen
Dos mil trescientos... maridos!

À María Julia Bolado.

(Dos niñas preciosas.)

Dos bellas niñas, ¡por Dios!,
Si así vuestra dueña es,
Por renunciar á las dos,
Me quedaré con las tres.

À María Luisa Gener.

Las niñas muy aplicadas
Que saben bien la lección,
De sus profesoras son,
Y sus papás, adoradas.
Por su talento admiradas,
Todos las rinden, cautivos,
Homenajes expresivos,
Y, de sus triunfos dichosos,
Las saludan orgullosos
Sus *padrinos adoptivos*.

À Mme. Flora Fernández-Andes de Rodríguez. (Sevilla.)

(La tarjeta representa un viejecito puesto en cuatro pies y su nieto montado en él y dándole con un látigo.)

¡Pobre abuelo, transformado
Del nieto en rocín jocundo!...
Pero, viéndole, he pensado
¡Que así se burla en el mundo
El Porvenir del Pasado!

Á Guillermina D. Molina y Feijóo.

(Una balaustrada, donde hablan dos amantes.)

Por esa balaustrada,
Si no pasa el amor, no pasa nada.
Viendo ese grupo, ocúrreme (y soy franco)
Que ni ella es una ingrata, ni él es manco.

Á Josefina Barraqué.

(La bella Otero.)

Á ese cuerpo anguloso y desgarrado,
Con cara de torero,
El gusto universal, degenerado,
Hale dado en llamar *la bella Otero*...
¡El gusto universal es embustero!

Á Nena Rivero.

Los que me dicen que pecas
De dos cosas en tu edad:
De exceso de gravedad
Y de horror á las muñecas,
Óigante de vez en cuando
Dos melodías ó tres,
Y que me digan después
Si eso se aprende jugando.
Dios, que en sus hijos mejores
Pone su propia substancia,

Cuando los priva de infancia
Para hacerlos creadores,
Dales, en compensación
De los juegos que les quita,
La luz del genio bendita
Y la humana admiración.

Á Estela Andréu.

Las flores de esos tiestos medio mustias,
La actitud de Mimí que lee esa carta,
Esa jaula sin pájaro..., interesan
Mi sensibilidad... ¡Aquí hay un drama!

Á María Rodríguez. (Matanzas.)

Un amigo que se foy,
E cuya ausencia me doy,
Encárgame, Mariquiñas,
Que che poña aquí unhas liñas
N'a lingua que un can non roy.
Pasmado me ten che praza
Leer ò meu idioma rudo.
¡Ti eres tola, pol-a traza;
Mais queres que te compra
Y alá che vay meu saúdo!

Á Rosa y Gabriela Dihigo.

Por complacer á un amigo
De Rosa y Gabriela Dihigo,

Llamado don José Pego,
De vuestro álbum al abrigo
Deja su nombre un gallego.

À Mercedes Fernández Fuertes.

(Una joven á quien el Amor habla al oído.)

¡Qué cosas no le dirá
Á esa doncella Cupido,
Cuando ella se tapa ya,
Por no escucharle, el oído.
— Pero ¿no le oye?

— ¡Qué va!

À Teté Rivero.

Tu frente refleja
Celeste bondad,
Candor tu mirada,
Tus labios piedad.
Siempre que te veo
Digo para mí:
¡Dios hace sus ángeles
De niñas así!

À María Pereira Rolandell.

Niña con alma de diosa
Que, enfermo, me has visitado;
No creas, no, que he olvidado
Tu visita generosa.

Tu presencia candorosa
Me obliga á tal gratitud,
Que aun pienso en plena salud
Que, más que las medicinas,
De tus miradas divinas
Me ha curado la virtud.

Á Clarisa Cuero.

(Pidiéndome un pensamiento)

Tiene una hoja la espada,
Tiene tres un pensamiento;
Por eso, más que la fuerza
Destroza y mata el ingenio.

Á Isabel Herrero.

Ese pintor galante
Da á elegir al modelo la postura,
El espejo poniéndole delante.
Para mí, si se trata de pintura,
Cualquier postura es buena á la hermosura.

Á Margot García.

(Un Amor disparando una flecha á una joven que, sintiéndose herida, le dispara á su vez un taponazo de una botella de Champagne.)

El Amor, aljaba al brazo,
Hirió á esa dama, cruel,

Y ella, en venganza, sobre él
Descerrajó un taponazo.
Lo mereció el bribonazo,
Pues la hirió en el corazón;
Mas yo, en igual ocasión,
No hiciera lo que hizo ella,
No por perder la botella:
¡Por no perder el tapón!

Á Fidelia Téstar.

(*Retrato de Edmundo de Amicis.*)

De todos los poetas italianos
De nuestra edad, es el de más talento;
Artífice sin par, bajo sus manos
La forma es luz, la arcilla pensamiento.

Á Isabel Taboada.

De Herodes llévenme á Poncio,
Como llevaron á Cristo,
Si en tu misiva no he visto
Algo de *Lauro* ó *Leoncio* (1).
Suele Dios dar un amigo
Á quien dos ha menester,
Como le da á la mujer
Belleza, por su castigo.

(1) Laureano Rodríguez ó Leoncio Varela.

Quien, abusando de ti,
 Hacia mí te encaminó,
 Si es mi amigo, ¿por qué no
 Te hace los versos por mí?
 El escaso rendimiento
 En ese giro fué tal,
 Que por irme en él tan mal
 Quemé el establecimiento.

À Julia Montemar.

(Retrato de Enrique Rochefort.)

Es Enrique Rochefort
 Gran libelista, grande hombre;
 ¡Pero el queso de su nombre
 Es mejor!

À Rosa Bacallao.

«... Y luego las mujeres todavía
 Son mi dulce manía...»
 Dijo Espronceda, viéndose al espejo,
 Al notar de sus canas la blancura.
 ¡Yo soy mucho más viejo,
 Y la manía de él en mí es locura!

À Elvira Crestar.

Psiquis y Amor (enlazados).

Si alguna vez en mente humana cupo
 Mostrar cómo está el alma al cuerpo unida,

Bien conseguirlo el genio griego supo,
Uniendo esencia y forma en ese grupo,
En pentélico mármol esculpido.

À María Teresa Gener.

(Retrato de Juan J. Rousseau.)

Fué un sofista colosal
Á quien loco Taine (1) llamó.
Su contradicción fué tal,
Que el *Emilio* que engendró,
No aun nacido, lo mató
Con su *Contrato Social*.

À Margot Gener.

(Retrato del trágico Pedro Corneille.)

Genio tan grande es Corneille (2)
Que, como hasta Rafael
Lo bello al Arte faltó,
La Humanidad careció
De lágrimas hasta él.

À Juana Suárez López.

Juana de mi vida: en ascuas
Con tus elogios me pones,

(1) Se pronuncia *Ten*.

(2) Se pronuncia *Cornel*.

Y te envío dos millones
De gracias para estas Pascuas.
Mándame tú dos lechones.

Á Carmen Suárez López.

Hechicera Carmencita:
Tu atenta carta leí
Con placer, pues sé de ti
Que eres muy buena y bonita.
Niña así no necesita
Pensamientos en tarjetas
Ni alabanzas de poetas,
Sino un novio que reuna,
Para labrar su fortuna,
Honradez, fuerza y pesetas.

Á María Baquer.

(La bella Oicero.)

Perdonada le queda la molestia
Que dice usted me causa su pedido;
Lo que yo no perdono es que á esa bestia
Le cuelguen tanta plata en el vestido.

Á Guillermina Garrido.

Me he descuidado un poco en contestarte;
Hoy, robando un momento á mi tarea,
Te saluda y mil dichas te desea
Quien, sin verte jamás, sabe adorarte.

À Carmen Pons.

En tu carta, que comento,
Me dices: «Tenga el honor
De enviarme un pensamiento.»
¡Caramba con el favor!

À Úrsula Cobo.

Úrsula, si no te encuentras,
Cual la del cantar, «hilando,
Con una rueca y un huso,
Cáñamo, cáñamo, cáñamo»,
Ten compasión, ¡por tu madre!,
De quien, tarjetas llenando,
Vive entregado á un suplicio
Bárbaro, bárbaro, bárbaro.

À Irene Cobo Revilla.

Irene: si tu alma pía
Siente dolor de mis males,
Ó añádele horas al día
Ó no me pidas postales.

À Dulce María Vázquez.

Hija de un paisano mío
¿Y no complacerte yo?
Estoy, con eso y sin eso,
Siempre á tu disposición.

À Miss Juanita Morales.

Si no nació Miss Juanita
Donde nació Mister Bliss,
¿Por qué el *señorita* quita?
¿Acaso es más *señorita*
Echándose encima el Miss?

À Eloísa García.

(Una mujer muy guapa y muy descotada.)

Aunque no sea más sobre este seno
Que dejar un autógrafo, ya es bueno.

À Elvira García.

(Otra belleza también descotada.)

No más tarjetas de esa guisa mandes,
Porque, al ver esos hombros,
Como las nieves caen en los Andes,
Pueden caer las almas en escombros.

À Clementina Sarrapiñana.

Al son del caramillo
Encanta una beldad á un pajarillo.
Tú no has menester tanto
Para encantar los hombres con tu encanto.

À Herminia Menéndez.

(El Peñón de Gibraltar.)

¡Gibraltar! Negro padrón
Que la infamia perpetúa
De España al par que de Albión;
Llave de que hizo un ladrón
Para sus robos ganzúa;
Sangriento y bárbaro altar
Donde á mi patria se inmola,
¡No se llame mar el mar,
Mientras no engendre la ola
Que te ha de hundir y tragar!

À Celia Alonso.

Me pides, linda Celia, un pensamiento.
Todos se me acabaron y lo siento.
En mi jardín, plantado á la española,
Dos flores quedan que hoy el gusto esquivá:
 La gualda siempreviva
 Y la roja amapola.
Si alguna eliges, piensa que, en cualquiera,
Eliges la mitad de mi bandera.

À Rosa Sthenor.

Para el hombre que sabe lo que vale
 La gloria y el poder,
 No hay sepulcro que iguale
Al alma tierna de una gran mujer.

Á Caridad Mendoza.

Si algún día (y aun no es tarde)
Me encuentro en necesidad,
La Caridad que me ampare
Sé tú, bella Caridad.

Á Eloísa Mendoza.

Para un hombre como yo,
Lo primero es la mujer,
Después la fama, y, por último,
Volver á empezar después.

Á Angelina Rodríguez.

Ante tu juventud, bella Angelina,
Galantemente mi vejez se inclina.

Á Hortensia Villegas.

Esa casita, entre flores,
Ese limpio lago azul,
Ese bosque, un par de libros
Y una niña como tú.

Á María Teresa Arenal.

(Una niña enseñando á comer á la mesa un perro.)

Esa niña á un pobre perro
Á comer quiere enseñar.
Puede que cuando sea grande
El perro la enseñe á amar.

À Elvira Barroso.

(La dolora de Campoamor donde dice : «El alma mia goza tanto en sufrir...»)

El alma de una mujer
Que encuentra placer sufriendo,
Puede sólo comprender
Cuánto se llora riendo.

À Elvira Villaverde.

¡Vaya un par de niñas bellas
Segando hierba á placer!
Después de cortarla ellas
Estoy por irla á comer.

À ... Ureña Heredia.

Aunque no sé tu nombre,
Ni si eres linda ó fea,
Con flores deja que tus pies alfombre,
Que para honrarla el hombre,
Bástale á la mujer que mujer sea.

À Irene Mugía.

Si eres gallega, cal dis,
Como ò diaño non o torza,
Entre as mozas máis xentís
Tés que ser contada â forza.

À María Loinar de la Torriente.

Visto de frente,
 Di: este paisaje,
 Del sol ausente,
 ¿No te da horror?
 Nieve esparcida...
 Mustio boscaje...
 ¡Tal es la vida
 Sin el amor!

Mas ¡qué completa
 Distinta cosa
 Si la tarjeta
 Ves al trasluz!
 Tierra jocunda...
 Nubes de rosa...
 ¡Que así es fecunda
 De amor la luz!

À Margot Schwayer Lainar.

Yo amé la independencia;
 Mas fué que no sabía,
 ¡Oh, colmo de la humana inconsecuencia!,
 Que hay una dulce y santa tiranía
 Que es preciso aceptar, y es tu presencia.
 Yo amé la abolición. Joven ignavo,
 Luché por ella con esfuerzo bravo...
 ¡Quién me dijera entonces, ¡oh flaqueza!,
 Que el que impugnó la esclavitud, esclavo
 Vendría á ser de tu imperial belleza!

À Isabel de la Sierra (gallega).

Pra che comprir ò antoxo,
Un pensamento busquey
Do meu xardín n'o rastroxo,
E solasmentes topey
Esa murcha fror de toxo.

À Amalia Zárraga.

*(La diosa Pomona llevando una guirnalda
en la mano.)*

¿Para quién tejió Pomona
Tan espléndida corona?
— Me pregunté —, y respondí:
Si la gracia galardona
Ó la virtud, ¡para ti!

À la Srta. Claudina Mimó.

(Una belleza semidesnuda.)

Ya es inútil ser gallego
Para no abrasarse en fuego
De amor ante ese retrato,
Que volviera loco á un griego
Del tiempo de Pisistrato.

De esa hermosura en presencia,
Angustias siento mortales
Que prueban con la evidencia
La perniciosa influencia
De las tarjetas postales.

Á Rosa de la Torre y Huerta.

Son el hombre y la mujer
De nuestra vida el binomio.
Dios lo plantea; el demonio
Quien lo suele resolver.
La fórmula : el matrimonio.

Á Mercedes Chanat. (Sol, 99.)

Si vate tan bueno fuera
Como en tu carta me dices,
Merceditas lisonjera,
Aquí en mis versos felices
Un testimonio te diera.

Mas que te engañas ya ves
Ante la ofrenda mezquina
Con que, humillada á tus pies,
Celebra mi arpa, cortés,
Tu hermosúra peregrina.

Á Consuelo Casal.

País nevado : un cazador:
Un perro : un mar amarilló...
¿Quién nos pintara mejor
La gloria y su falso brillo,
El poeta y el editor?

À Gloria Canales (duplicada).

¿Más pensamientos? ¡Por Dios!
¿Me toma usted por maceta?
Yo soy un pobre poeta,
Y un poeta... no son dos.

À María Concepción Castañer.

(Una joven leyendo en cama la carta de su novio.)

¡Mira esa fisonomía!
¡Qué diferencia, alma mía,
Entre un novio y un poeta!...
No leerás tú esta tarjeta
Con tan radiante alegría.

À Obdulia Edelmann.

(Segadores al sol.)

Como no sienten el sol
Esos pobres segadores,
No sienten remordimientos
Las que siegan corazones.

À Teresa Azoy Pardo.

(Un molino y un pajarito.)

¿Sabes, junto de esa aceña,
Lo que el pájaro medita?
Pues hace esta reflexión :

«Un molino es esta vida
Y la rueda la mujer;
Bajo su presión activa,
El hombre más fuerte y duro
Entra grano y sale harina.»

Á Berta Ramos Merlo.

¿Qué versos esta tarjeta
Podrá llevar en rigor,
Á la que es la Oda mejor
Del más ardiente poeta?

Á una hija de M. Rodríguez Valdés.

Cuando á tu atenta postal
Iba á dar satisfacción,
Rompíme, de un tropezón,
El izquierdo parietal.

No, pues, conceptos me pidas
Al nivel de tus talentos,
Que todos mis pensamientos
Se escapan por las heridas.

Mas, si á una cabeza rota
Suple un sano corazón,
Él te envía la expresión
De mi amistad más devota.

Á María Teresa Demeche.

Que mi nombre recuerdes,
Niña, me asombra.

Tu infancia es luz y fuego,
 Mi vejez, sombra;
 Y tu camino
Inauguras, ¡ay!, cuando
 Yo le termino.
 Por ti las horas pasan
 Vertiginosas,
Como sobre las flores
 Las mariposas;
 Para mí, como
Gusanos que se arrastran
 Con pies de plomo.

Á Estelita Montero Piñeiro.

Mientras de rayo de oro
Sea tu cabellera,
Y parezcan tus labios
Una granada abierta,
Por más que la prohiban,
Yo te prometo, Estela,
Que he de pasear por Cuba
Triunfante mi bandera.

Á Margot Montero.

En tus pupilas serenas
Hay tal encanto, que al verte
El alma de paz me llenas,
 De tal suerte,
Que en las ansias de la muerte
Puedo exclamar : ¡Vengan penas!

Así, pues tú me las quitas,
No me dejes de mirar,
Si quieres calmar mis cuitas,
 Á pesar
De que no está bien echar
Á... poetas... margaritas.

Á Lucía Hortsman.

Por que te quedè, Lucía,
Un buen recuerdo de mí,
Si es que me muero algún día
(Pues del Certamen salí,
Que es salir de pulmonía),
 Deja que le pida á Dios
Que si ha de infligirte males,
Para dicha de los dos
No sea en forma de tos
Ni de tarjetas postales.

Á Valentina Sarachaga.

¿Más tarjetas? ¡Oh, qué plaga,
Señorita Sarachaga!...
Hágame usted el favor
(Ó si no no me lo haga)
De darme empleo mejor.
 Si la vida he de pasar
Día y noche en escribir,
Con tanto postalear,

¿Cuándo me he de abanicar?
¿Cuándo me podré dormir?

À Luz Gay.

(Contestando á un ideal romántico en que dice que quiere morir de tedio y que en su sepulcro no caiga ni un rayo de sol.)

Luz : para mí la mejor
Muerte es la muerte de amor;
Y si tumba he de escoger,
Por tumba pido al Señor
¡El alma de una mujer!

À María del Carmen Cabello.

Que hoy cumples quince años cuentan
Las vestes que te decoran,
Los anhelos que te alientan,
Tus sueños, que se acrecientan,
Tus muñecas, que te lloran.
¡Quince años! ¡Con qué placer
Todo en tu torno se apiña,
La transformación por ver
De la crisálida-niña
En mariposa-mujer!
Al tender tus alas bellas
Se alzan del bosque rumores,
Canta el ave sus querellas,

Tienen más luz las estrellas
 Y más esencia las flores.
 Y en un himno triunfador,
 Naturaleza rendida
 Á tu encanto seductor,
 Te dice : ¡Sé bien venida
 Á los reinos del Amor!

Á Paz Broguer.

(Una mujer ante un espejo.)

Cuando de arreglarse trata
 Esa pecadora ingrata
 De un espejo ante el cristal,
 ¡Qué bien afila el puñal,
 El puñal con que nos mata!

Á Gloria Canales (triplicada).

Tal arte tienes, ¡oh Gloria!,
 Para pedir pensamientos,
 Que estoy, para que te surtas,
 Por remitirte el cerebro.

Á Dolores Troche.

(Fiesta gallega: la gaita.)

Pónme en tal obrigación
 Saber que tes afición
 A terra que ò Miño rega,

E que d'a fala gallega
Che gusta ò prácido son,
Que si un día vas parar
Tarde ou cedo ô meu lugar,
Eiche cantar a muiñeira,
E como esté limpa a eira
Hémola os dous de bailar.

À Ramona Ferrer.

Por la nieve invadido
De esos dolientes pájaros el nido,
Muerto se hubieran sin el dulce grano
Que les da esa Hada con piadosa mano.
Amando ó socorriendo la indigencia
De los más pobres seres,
Las Hadas casi siempre son mujeres,
Y la mujer es siempre Providencia.

À Sofía Verdes.

No te conozco y lo siento :
Me da el alma que eres bella,
Y nunca miré una estrella
Sin el impulso violento
Sentir de acercarme á ella.

À María Sola.

(Muiñeira.)

D'aquel curuto no máis empinado,
Unha estreliña me tray namorado :

Unha estreliña de tal craridá,
Que todo é noite donde ela n'está.

—

É tan brillante, tan doce e sinxela,
Que ôs anaquiños me morro por ela,
E mentres eu desbagúllome aquí,
Ela, n'os ceños... ¡ri que te ri!

—

Como ela mora n'as grandes alturas,
Non fay reparo d'as miñas tristuras,
Y-eu xa non sey de qué me hey de valer
Para de celos facela morrer.

—

¡Fóxesme^{as} min mentres d'outros arrolas!
D'home de ben xa me can as cirolas;
E si esta noite non me has de falar,
Co'a ama do crego m'hey dir á folgar.

À Mercedes Gálvez.

Por respeto á tu apellido
Te complazco, pues Dios sabe
Que había hecho juramento
De no escribir más postales.

Á María Bárcena.

Complaciente debe ser
El hombre con la mujer;
Pero no se ha de abusar,
Que por el mucho tirar
Suele la cuerda romper.

Á Lola Muxó.

En punto de discurrir
He llegado al ideal,
Pues ya no sé qué decir,
¡Oh Lola!, en una postal.

Á Carmen Fraga.

Cielo azul, montañas verdes,
Nieves, un lago, un hogar...
Alma que en sueños te pierdes,
¡Qué gran nido para amar!

Á María Reyling.

(Una niña representando la Prensa.)

No extraño verte mover,
Niña, impasible, esa prensa.
¡La Creación es inmensa
Y la mueve la mujer!

Á Conchita Alonso.

(Un pescador curtido.)

Digo siempre que contemplo
 Á ese rudo pescador.
 ¡Cuánto habrá pescado él!...
 ¡Qué poco he pescado yo!

Á Berta Canle.

(Que me dice que tiene todos mis versos, menos uno.)

Dos son los versos que te faltan, Berta.
 Uno te dice : ¡Hermosa! El otro : ¡Alerta!

Á Octavio Montoro.

Como naciste en una edad perversa,
 Ten siempre, Octavio, este precepto fijo :
 En la fortuna próspera y adversa
 No olvides nunca de quien eres hijo.

Á María Usabiaga.

Si sigue este vendaval,
 Que van á decir te advierto
 Muy pronto en mi funeral:
 — ¡Pobre Curros! ¿De qué ha muerto?
 — De una tarjeta postal.

Á María de la Estrella González.

(Obispo, 90, altos.)

(El escudo de España en colores.)

Adora como á Dios en ese escudo
La nación que domó dos continentes,
Porque si Dios hacer el mundo pudo,
Tan sólo España lo mostró á las gentes.

Á Mercedes Amézaga.

Los tabaqueros no tuercen,
No amasan los panaderos,
Nadie trabaja... y ¡me obligas
Á que te escriba yo versos!

Á Margarita Carrillo.

Yo bien quisiera escribirte
Versos en esta tarjeta,
Mas lo impiden los huelguistas
Y ama su vida el poeta.

Á Julia López García. (Cárdenas.)

Viendo que los tabaqueros
Interrumpen sus tareas,
Mi Musa — rezagadora —
También se declara en huelga.

Á María Esther Gutiérrez Massiá.

Salió mi Musa á la calle
Con motivo de la huelga
Y la pegaron un tiro...
Esther, ¡ruega á Dios por ella!

Á María Teresa Gutiérrez.

Dice el *Comité Central*
Que, desde que *nuestra* huelga
Se declaró general,
Al que escriba una postal,
Cubano, español ó belga,
Se le cuelga...
Conque... ¡se acabó el percal!

Á Ángela Gutiérrez.

Harta de hacer versos gratis
Mi Musa se unió á la huelga,
Pidió aumento de salario
Y me la han llevado presa.

Á Carmen Amézaga. (Matanzas.)

Dos cosas están de más
En estos tiempos de huelga:
Las fábricas de tabacos
Y los versos del poeta.

À Mercedes Amézaga. (Matanzas.)

Cuando iba, por complacerte,
Un pensamiento á estampar,
Viene un huelguista y me advierte
Que no debo trabajar.
¡Vaya, adiós! Y buena suerte.

À Isabel Méndez Plasencia.

Es el espacio corto en tal exceso,
Que aún no me queda sitio para un beso.

À Margot Gener.

Quien por una lección deja una fiesta,
Suma una perfección y un vicio resta.

À Herminia Jerez y Mora.

La tocadora de pífano
Que veo en esta tarjeta,
Antes la he visto en un cuadro
Del pintor Alma Tadema.

Como entonces, mis oídos
No perciben sus cadencias,
Pero perciben mis ojos
Algo con que se recrean.

Á Cecilia Velar.

¿Conque galleguita y quieres
Que te haga versos, Cecilia?
¡Muchacha! Entre la familia
No se conquistan mujeres.

Á Silvia Gutiérrez.

Á mi edad todavía una hermosura
Vista así, al natural, me da tortura.

Á Mercedes M. Fernández.

Si á darse llega el caso
De que vuelva á ser joven quien ya es viejo,
He de ir tan paso á paso
En elegir mujer, y tal consejo,
Que á la que tenga una postal, la dejo,
Y con quien no la tenga... ¡no me caso!

Á Dolores Negrete Cacho.

(La bella Otero.)

Quien en la vida quiera
Disfrutar de concordia,
Librele Dios, en su misericordia,
De hombre que guise y de mujer torera.

Á Stella Montero. (Santa Clara.)

Dichoso el peregrino
Cuya senda de abrojos
Ilumine, perenne ante sus ojos,
¡Oh dulce Stella!, tu fulgor divino.

Á Adelina Maresma. (Cárdenas.)

(Un borrico.)

«Hay quien piensa que no pienso»,
Oí á un jumento ayer tarde.
¡Y escribí una enciclopedia
Con mis tarjetas postales!

Á Margarita Ruiz. (Cárdenas.)

Que no se echen margaritas
Á puercos, dicen doquier;
Mas si son cual tú, bonitas,
¡Por Dios, que quisiera ser
Puerco de esas Margaritas!

Á la misma.

Á pares en tus tarjetas
Me pides los pensamientos.
Así te dé Dios, casada,
Á pares los herederos.

Á María Juana Galí.

¡Qué espléndida hermosura! ¡Qué guedeja!
¡Qué ojos llenos de dulce poesía!
¡Qué arco triunfal el de su noble ceja!
¡Qué boca! Y... ¡quién diría
Que la que á una madona se asemeja
Pudiera en realidad ser una harpía!

Á Margarita Nogueira.

Como yo tu postal no he recibido,
Ésta te mando ahora y he cumplido.

Á Mercedes Soler. (Guanajay.)

Yo tengo por misión en esta vida
El querer bien á todas las Mercedes.
Tú Mercedes te llamas; conque puedes
Ya figurarte si serás querida.

Á María Meneses.

Mariquiñas, Mariquiñas,
Quen s'estime non me chame.
Olla que ò ano é de fame
Y-anda a garduña âs galiñas.

Á Marcelina de Haro.

¡Qué lástima que un cuerpo tan bonito
Aparezca velado!...
¡Y pensar que los griegos
Hace ya dos mil años
Toda manera de ocultar lo bello
Tenían por escándalo!

Á Josefina Arango. (Guanajay.)

Siendo hija de un juez, tú serás justa,
Y ser justa en la tierra es ser divina.
Toda divinidad de altares gusta.
¿Quieres en uno adoración augusta?
¡Sube á mi corazón, que á ti se inclina!

Á Lucrecia de Haro.

Lindísima Lucrecia:
Sabes que se te quiere y se te aprecia.

Á Elena Liñero. (Remedios.)

(Dos sevillanas.)

Llevan las sevillanas
En la mantilla
Un letrero que dice:
«¡Viva Elenita!»
Y en la guitarra
La canción con que suelen
Pasarme el alma.

Á Angélica Saavedra.

(Una echadora de cartas.)

Ésta las cartas me echó,
Y como en ellas saliere
Que una Angélica me quiere,
Se echó á reir... ¡Cómo no!

Á Cándida Castellón.

Por complacerte, tengo mucho gusto
En dejarte mi nombre en ese busto.

Á Ana Luisa Diago.

Si fueran originales
Las que copias suelen ser,
Bien pudiera yo tener
Todo un serrallo en postales.
¡Oh, qué mujeres tan bellas!
Pero aun siendo tan bonitas,
Yo hiciera mis favoritas...
Á las que están detrás de ellas.

Á Josefina Arango.

Tras de la huelga pasada,
Mi Musa, que es una obrera,
Hacerte versos quisiera,
Pero ¡no está para nada!

À Hortensia Poncet y Cárdenas. (Guanabacoa.)

¡Poncet! Yo he conocido
Una familia de ese tu apellido,
Familia noble, cariñosa, buena,
De toda virtud llena
Y á todo mal extraña
Que, de origen francés, vive en España.
Si á ella perteneces, ya por cierto
Debo tener que en tu recuerdo he muerto,
Pues que bastan veinte años para, al cabo
(¡Oh terrible castigo!),
Olvidarse el amigo del amigo
Y el amo del esclavo.

À Leopoldina Solís.

La dulzura en la mujer
Es cual la calma en el mar,
Que hace la nube esperar
Y la borrasca temer.

À Mercedes Solís.

(La bella Otero.)

Esa mujer me asusta;
Es, como yo, gallega, y... ¡no me gusta!

À Tula de Rojas. (Placetas.)

(Una joven domesticando pichones.)

Cuando una mujer veas
 Domar pichones,
 Es que se está ensayando
 En domar hombres.
 Déjala que haga,
 Porque, según domare,
 Será domada.

À Julieta S. Baluja. (Quemados de Marianao.)

Verso, prosa ó música
 Quieres que te escriba,
 Y no tengo espacio
 Ni aun para la firma.
 ¡Qué odas, á tenerlo,
 Te escribiera aquí!
 ¡Qué cuentos de hadas
 De ingenio sutil!
 ¡Qué óperas! ¡Qué *scherzos*!
 ¡Qué valsos! ¡Qué danzas!
 ¡Y qué peteneras!
 ¡¡Y qué gallegadas!!
 Respecto de música...
 No tengo rival
 En la *ratonera*
 Y en la *celestial*.

À María Teresa Villegas.

Hallo entre mis papeles
Tu tarjeta olvidada.
¡Hay olvidos crueles!
Imponme por castigo tu mirada.

À Odilia A. Vassallo.

Vaya, por ser lo primero
Que me pides, te pondré
Aquí un pensamiento. ¿Y qué
Te diré en él? ¡Que te quiero!

NOTA.

Escrito lo que antecede,
Me fijo en su nombre y caigo
En que no es usted soltera...
Torpe anduve, ¡voto al chápиро!
Traslade usted esa postal
Á sus diez ó doce años,
Y como la firma un viejo,
Todo quedará arreglado.

À Josefina Cordero.

(Una belleza medio desnuda.)

Poeta natural, artista rudo,
Digo con mi franqueza acostumbrada
Que antes que una mujer así *tapada*
Me gustaría al desnudo.

Á Martirio Fernández.

(*Colombina y Pierrot, de morros.*)

Para desdeñarle así,
Colombina hermosa, di:
— ¿Qué te hizo ese vil Pierró?
— ¿Y á usted le importa algo? — ¡Sí!
— ¿Y á ti no te importa? — ¡No!

Á Julia Cendras.

(*Mesalina.*)

¿Mesalina? ¡Jesús! Fué Mesalina
De todos los soldados concubina
Siendo la esposa del Emperador,
Y hallándose éste ausente, aunque te asombre,
Te diré se casó con otro hombre
Porque era algo mejor que su señor.
¡Qué horror! Esto da pena.
Sin embargo, alma mía,
Mesalina era buena.
Juzga lo que sería
Del asqueroso Adán la prole obscena.

Á Luisa Supervielle.

¿Complacida?... ¡Ya lo creo!
Pide, manda, ordena, di.

Tu más mínimo deseo
Un decreto es para mí.

Á Rosa Loriente.

(Un niño en la cama, orando.)

Dulce, ingenuo, sin aliño,
Puestas las manos en cruz
Mira al cielo con cariño...
¿Qué ve, qué escucha ese niño
En la región de la luz?

Si ángeles son los que ve,
Si es Dios el que le habla allí,
¿Qué me vale lo que sé?
Yo con mi ciencia perdí
Lo que él ganó con su fe.

Á María Martínez Tirado.

¿Más postales? Ya es un vicio.
¡Qué ensañamiento! ¡Qué encono!
Niñas, no más sacrificio.
¡Me matáis! *Mas os perdono*
De Dios en el santo juicio.

Á Patricito Sánchez.

Te quiero sin conocerte,
¡Patricín!
Quien es hijo de un patriota,
Patriota ha de ser al fin.

À Victoria Varona.

Sí, Victoria, estoy cansado
De escribir tontunas mil;
Pero quien escribió tantas,
Aun tiene una para ti.

À Amelia Álvarez.

(La esfera de un reloj.)

¡Ay! Pliegue á Dios que las horas
Que señale ese reloj,
De tristeza para mí,
¡Sean para ti de amor!

À Elvira Rico.

(Una mujer hermosa.)

Me agrada esta hermosura:
Tiene gracia y se la ama y se la admira;
Pero si he de decir la verdad pura,
Más que ella tú me agradas, dulce Elvira.

ARTÍCULOS Y POESÍAS ESCOGIDOS

ESCRITOS POR SU AUTOR EN IDIOMA CASTELLANO
Y EN DIALECTO GALLEGO

ARTÍCULOS Y POESÍAS

CONFIDENCIAS ⁽⁵⁾

No es fácil adivinar, entre las diversas corrientes en que hoy se divide el gusto por la novela, cuál será la favorable á este libro, que tiene para nosotros el doble atractivo de lo inesperado y lo agradable.

Primera producción en su género de un joven periodista en cuya intimidad, casi fraternal, vivimos hace muchos años, y que jamás en nuestras conversaciones literarias nos había dejado entrever afición alguna á esta índole de trabajos, sus páginas sólo después de impresas nos fueron conocidas, y no ciertamente por voluntad del autor, sino por haber hecho la casualidad que cayeran en poder nuestro los números del periódico en cuyo folletín se han publicado.

(5) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Quienes conocen á Luis Pardo saben á qué atenerse respecto de estas reservas, hijas de una modestia nativa y de una desconfianza injustificada en las propias fuerzas, virtudes ambas ni frecuentes ni cotizables en el mercado de las letras.

Péro vicios habían de ser las que estimamos virtudes, y todavía tendríamos que celebrarlos en la ocasión presente, como causa y origen, aparte la sorpresa recibida, del placer con que hemos saboreado la lectura de estas *Confidencias*.

Si de la novela española contemporánea pudiera decirse, como decía Ganganelli de la ciencia teológica de su tiempo, que era como la Luna, que después de haberse dejado ver llena, no muestra más que su mitad, para terminar ocultándose, nosotros no vacilaríamos en afirmar que *Confidencias* corresponde á la primera de las tres fases lunares; y lo demostraríamos con sólo hacer notar la sencillez de su argumento, la naturalidad de sus situaciones, la autenticidad de sus caracteres y la corrección de forma que aproximan tanto esta obrita á la manera de hacer de nuestros clásicos, cuanto la separan del estilo hoy en boga la falta de ese transcendentalismo, casi siempre fracasado, de ese juego de pasiones monstruosas, ofrecido como producto de la observación y á título de «documento humano», sin serlo; de esa afectación de lenguaje, artificioso y rebuscado, y de ese fatalismo científico de la escuela inglesa, que hará de Byron un degene-

rado, porque nació cojo, y un ladrón de Schiller, porque tenía la nariz torcida; defectos todos en que parece consistir el secreto del arte de novelar en nuestra época. Y, realmente, si en eso consiste el Arte, ya puede echarse en el surco nuestro amigo y renunciar á toda esperanza de feliz suceso.

Su obra comienza por no obligarnos á abrir el Diccionario para consultar el significado de la palabra *ingreme*, por ejemplo, palabra que suele no traer para mayor desgracia nuestra; ninguno de sus personajes se permite prorrumpir en interjecciones como ¡leñe!, ¡releñe!, bajo cuya asonancia no es difícil descubrir lo que fuera mejor quedase pudorosamente oculto; ninguna de sus situaciones nos pondrá en el caso de dejar el libro para echar mano de la botella de vino Catyllon, bueno contra la dispepsia; no hay en ella nada, en fin, que excite nuestros nervios, que abruma nuestro cerebro, revuelva nuestra bilis ó levante nuestro estómago.

Una tierna historia de amor, sencilla y sin contrastes, narrada llanamente y sin pretensiones por un amigo á otro; tal es el asunto de estas *Confidencias*, título que indudablemente responde al carácter autobiográfico de las mismas. En ellas el escritor desaparece y se anula á sí propio para confundirse con el narrador, apenas bosquejados en el primer capítulo la índole del asunto y los principales personajes que han de animarle y sostenerle.

Cuando esa narración se interrumpe por con-

tingencias inseparables de los mismos acontecimientos que refiere, no es siquiera el autor quien la reanuda, sino una carta del protagonista, que pone, con la noticia de su enlace, inesperado fin á la historia.

El lector juzgará de su mérito por las emociones que sienta; desde luego no serán fuertes, antes dulces y tranquilas, y un tanto melancólicas, porque, á pesar del loable esfuerzo de nuestros humoristas por disfrazar cuanto la existencia tiene de penoso, el hecho es que en la vida entra por más el dolor que el placer, y mientras el dolor impere en ella tiene forzosamente que imperar en el Arte.

El lector nos dirá también si Matilde es un tipo real ó soñado; si las desventuras á que la somete la codicia de su familia, tienen ó no precedentes, y si el proceder de Bernardó, uniéndose á ella por indisolubles lazos, confirma ó contradice la noción eterna del deber moral, presente en todas las conciencias, y que están obligados á cumplir. cuantos alienten sentimientos caballerosos y honrados.

Por lo que á nosotros respecta, que no somos ni descontentadizos ni exigentes, *Confidencias*, humilde, y menos que humilde, pobre como es de aparato, de alardes y refinamientos artísticos, declaramos que nos ha satisfecho. Precisamente ha herido en nosotros una cuerda sensible, la del sentimiento, y nos ha dado una lección que agradecemos, pese al orgullo de nuestro sexo: la de que ni la independencia, ni los goces que la so-

ciudad reserva al hombre joven y apto para lanzarse con ventaja á la conquista del porvenir, son sacrificio bastante, ni precio de rescata suficiente, cuando se trata de evitar una sola lágrima á la mujer que amamos.

Madrid, 1891.

LA MUJER GALLEGA ⁽⁶⁾

Tiene adversarios, lo sé; pero sé también que pocos han podido sostener ante ella sus argumentos sin declararse vencidos á la postre por el terrible dilema de sus curvas.

Dios, que ha hecho de esa línea el sistema de los mundos; que ha encerrado en ella el secreto de la vida; que la ha puesto en el espacio para revelarnos el infinito; que la ha puesto en el cerebro para generar el pensamiento, y en la serpiente del Paraíso para hacer posible la redención, púsola también, con mayor amplitud que en ninguna otra, en la mujer gallega, para encerrar en un símbolo de carne, que es una promesa de fecundidad, la consoladora idea de la persistencia de nuestra especie.

Pero esa mujer no posee la línea solamente: tiene también el color, que la embellece, y la nota, que la anima, sin lo cual poco tendría que envidiar á las estatuas griegas.

*
* *

No voy á discutiros su *gracia*, porque para ello necesitaría fijar antes el sentido de ese vocablo.

(6) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Si por gracia se entiende cierta exuberancia de hermosura, cierta movilidad muscular, cierta elasticidad de tejidos puramente fisiológica y externa, una sola lección de clínica bastaría á demostrar que la mujer gallega es más graciosa que la andaluza, dado que en ésta, por razón del clima en que nace, son menos abundantes y duraderas las savias que mantienen flexibles, bañándolos en tibia atmósfera de humedad, la complicada red de sus nervios, humedad que se agosta en breve bajo el ardiente sol del Mediodía.

Si, por el contrario, la gracia es el arte de exteriorizar el alma, dializándola, por decirlo así, á través de los poros, y haciéndola vivir en los ojos, en la boca, en la actitud y en todos los movimientos, en este caso no os negaré que la mujer de mi tierra no ha llegado todavía á ser maestra en ese arte. Opónese á ello un imposible físico: la mayor densidad de su naturaleza, la mayor plasticidad de sus formas, su mayor solidez, en una palabra, que opone á la expansión de su espíritu resistencia semejante á la que encontraría una luz para alumbrar á través de una muralla de bronce.

¿Acusa este fenómeno, perfectamente explicable por la ley de la impenetrabilidad de la materia, una imperfección, ó constituye un privilegio en la mujer de mi raza?

Me inclino por lo último. Todos sabéis que el gallego ama como nadie su país; todos sabéis que la mujer gallega guarda como nadie su hogar. Con estos precedentes, ¿no encontráis lógi-

co que el alma de nuestras mujeres guste poco de abandonar el templo de su corazón, donde tan feliz debe encontrarse, para ponerse á *flanear* por esos mundos de Cristo, envuelta en gasas y encajes, seduciendo cadetes y toreros, ó maravillando á ingleses impresionables?

No quiere esto decir que no tengan gracia mis paisanas. ¡Vaya si la tienen! Sólo que no es una gracia que se eche á la calle al menor motivo: por asistir á la parada, por tomar parte en una riña, por curiosear lo que pasa al vecino, por detener con el trabucazo de una mirada provocadora al inadvertido viandante, no; su gracia es seria, augusta, majestuosa, dueña de sí misma, digna á la vez de quien la lleva y de quien sepa apreciarla.

Pasa con ella lo que con las minas de oro: que son muchos los que las buscan y pocos los que las encuentran; y no porque no existan, sino porque no saben buscarlas.

*
* *

Y, sin embargo, han calumniado á la mujer gallega. La llaman «sosa»... los que no la trataron.

Despreciemos también esa falsedad.

Falso también, y además ridículo, es lo que dice el inglés Mr. Ford en su libro *A Handbook for travellers in Spain*, cuando afirma que las mujeres gallegas conservan sus encantos poco tiempo.

Podrá acontecer eso con la mujer que se dedica á las labores del campo; pero esa mujer lo mismo puede ser gallega que vascongada, castellana que andaluza.

Y si en otro sentido pudo decirlo ese autor, la mujer gallega debe agradecer esas frases, porque perder los encantos de la juventud para ganar las veneraciones de la maternidad, lejos de ser una censura, constituye el más sublime elogio.

*
* *

¡Los encantos de la mujer gallega! ¡Oh, si no la conocéis, haced por conocerla, y os pasará lo que á un amigo mío á quien llevé un día al templo de mi pueblo para enseñarle una imagen, obra acabada de escultura!

La imagen no había sido colocada todavía en el altar: alzábase sobre su peana en el suelo, y a su lado rezaba una joven de sorprendente hermosura.

Mi amigo se adelantó, miró el grupo, y cayó de rodillas.

Cuando llegué hasta él, miréle prosternado, no delante de la imagen, sino de la mujer, y sus labios se entreabrían murmurando:

Dios te salve, María, llena eres de gracia... ¿Se había equivocado? No. ¡Las había confundido!

*
* *

Preferidla á todas. Es la única que, á un tiempo, hila, ama y ora.

MORSAMOR ⁽⁷⁾

(*Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y Tiburcio de Simahonda, por D. Juan Valera. — Madrid, 1899.*)

Tal es el título de la última obra de D. Juan Valera, celebrado autor de *Pepita Jiménez*, *El comendador Mendoza*, *Las ilusiones del doctor Faustino* y tantas otras producciones admirables, así por el ingenio que en ellas se derrocha, con profusión verdaderamente meridional, como por su erudición y su estilo.

Escrita, según nos dice él mismo en su dedicatoria á su primo el conde de Casa Valencia, «para distraer sus penas egoístas al considerarse viejo y tan quebrantado de salud, y sus penas patrióticas al considerar á España tan abatida», y habiendo puesto en ella «cuanto se ha presentado á su memoria de lo que ha oído ó leído en alabanza de una época muy distinta de la presente, cuando era España la primera nación de Europa», cualquiera creería que iba á encontrar sus páginas empapadas en tristezas y á echarse al cinto una completa apología de la España in-

(7) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

mortal del siglo XVI, en el cual se desarrollan los acontecimientos. Pero esto sería desconocer á Valera, hombre que sabe «comprimirse» cuando llega el caso — y éste es uno de ellos —; en quien la razón se sobrepone siempre al sentimiento, y á quien si preguntáramos: Diga usted, D. Juan —pero dígalo sin sorna y con entera franqueza—, ¿qué España le parece á usted más grande: la de Gonzalo de Córdoba ó la de Weyler?, de seguro que contestaría: La verdad, no sé por cuál de ellas decidirme; se lo diré á usted *con el tiempo*.

Quiere esto decir que cualquiera que dentro de un siglo ó dos tratara de sorprender en la lectura de *Morsamor* la impresión que en Valera había producido la pérdida de nuestras colonias, tendría que sufrir un desencanto, porque nada en este sentido le revelaría, á pesar de «las penas» á que se refiere el prólogo y de las tristezas de que el escritor parece poseído.

Y es que Valera no da su brazo á torcer por nada de este mundo; y sintiendo mucho — quizá es el hombre de letras de sentimiento más hondo con que hoy contamos —, posee como nadie el arte de contenerlo y diluirlo, de suerte que no llegue á nosotros en forma de chorro, sino como á través de un pulverizador, y nos conmueva, no por chapuzón y de golpe, sino por saturación y lentamente. El sentimiento de Valera es como esos alcaloides sutiles de la escala aromática que no matan sino á plazo largo, y con los cuales no se puede contar para improvisar herencias ó deshacerse de una mujer importuna.

En cuanto á reivindicaciones y apologías, ¿quién piensa en ellas, ni cómo Valera, para conseguir las ó simbolizarlas, había de valerse de un pobre fraile miserablemente engañado por otro, que hace de él una especie de D. Quijote prematuro, lanzándolo por el mundo en busca de aventuras grises que no tienen nada de particular, convirtiéndolo en testigo pasivo de los grandes descubrimientos de portugueses y daneses, metiéndolo alguna que otra vez en aprietos graves, poniéndolo en contacto con mujeres de mal vivir y zarandeándolo por esos mares de Dios hasta obligarle á penetrar en la India, asistir en Benarés al culto de Crishna, presenciar el paso de la nao *Victoria* por el cabo de Buena Esperanza y volver, maltrecho y mohino, á su convento, para morir convencido, no sólo de la inutilidad de su larga peregrinación, sino de que ésta no existió, porque fué el producto de un sueño provocado en él por Fr. Ambrosio, poseedor de secretos mágicos, eficaces narcóticos y ciencias esotéricas?

Cierto que semejantes personajes y tan largo itinerario, preséntanse á maravilla para que el Sr. Valera haga verdaderos alardes de erudición y conocimientos, ó por lo menos de las notas que en sus abundantes lecturas ha recogido, así como para describir admirablemente tipos, países y costumbres—dígalos la corte del rey D. Manuel, en Lisboa, la de Roma bajo León X, el estudio de la religión India, los retratos de Olimpia y Urbasi, etc., etc.; pero ni Fr. Miguel ni Fr. Tiburcio,

en lo poco que tienen de teólogos, ni en lo mucho que tienen de aventureros, realizan nada ni descubren nada que, aplicado hoy al estado del alma nacional, pueda consolarla de las desgracias presentes ni la infunda esperanzas para lo futuro.

Parécenos, sin embargo, entrever en la figura de Fr. Miguel, religioso de escasa vocación, que rabia en el convento por lanzarse á emular en el siglo las proezas de los portugueses, lo cual consigue gracias á la intervención de Fr. Ambrosio, que hace con él lo que el diablo con Fausto, tornándolo de viejo en joven y hasta de monje en caballero andante, un símbolo de la España santurrón del siglo XVI, que atacada también de súbito por un delirio de grandezas, salió del claustro para conquistar mundos, estimulada y deslumbrada por lo que veía hacer á otras naciones. Y este símbolo parece esclarecerse y tomar cuerpo cuando, devuelto al convento Fray Miguel, y agonizando, le dice á Fr. Ambrosio en son de reproche: «Convencido estoy de que has querido darme una lección moral parecida en su traza á la que dió D. Illán de Toledo, famoso mágico, á cierto ambicioso... Alégrate y enorgullécete. Has querido curarme de mi ambición desesperada. Duro ha sido el remedio. Como quien con hierro candente quema un cáncer, tú has curado el que roía mis entrañas. No sólo te perdono, sino que te agradezco la cauterización dolorosa. Mi sed de poder y de gloria se aquietó y sació con satisfacciones soñadas. Hoy, al recono-

cer que fueron sueño, reconozco también la vanidad de tales satisfacciones, aun cuando sean reales. *El sabio lo ha dicho: que ni la carrera es de los ligeros, ni la guerra de los fuertes, ni el pan de los sabios, ni las riquezas de los doctos, ni la gracia de los artifices, sino el tiempo y la casualidad en todo.*»

Pero si Fr. Miguel representase á España en la intención del novelista, Isabel la Católica tenía que estar, siguiendo el simbolismo, representada por Fr. Ambrosio de Utrera; y como éste lo que hizo fué una jugarreta de mal género y á sabiendas á su compañero de claustro, síguese que una jugarreta igual habría hecho á Colón la buena reina al enviarlo al descubrimiento de América, por lo cual, perdida ésta para España, bien perdida está, y debemos agradecer el favor á todos los Ambrosios de Utrera que por varios modos han contribuído á su ruina, porque nos han hecho despertar de un sueño y nos han curado de nuestras ambiciones.

Si ésta puede ser, que lo dudamos, la filosofía que se desprende de la última producción del Sr. Valera, declaramos que nos satisface menos, muchísimo menos que la de todas sus obras anteriores, donde suele haber más sentido de la realidad y una noción más sana, más perfecta y acomodada al arquetipo eterno, de lo que aquí en la tierra se entiende por responsabilidad, por moral y por justicia distributiva.

El dicho del sabio que el Sr. Valera subraya, como lo hacemos nosotros, antójasenos de un

fatalismo á que no llegaron Hartmann ni Schopenhauer; porque si hemos de conceder al tiempo y á la casualidad importancia tal en los destinos humanos que decidan de las cosas y de los acontecimientos, creando el Derecho y sancionando la Historia, ¿qué falta nos hace la libertad, ni qué viene á ser el hombre sino materia inerte, manejada á placer por esas dos fuerzas ciegas? Y no es esto lo peor, sino que para colmo de contrasentidos, esa misma materia inerte, sin poder creador, ni iniciativa, ni espontaneidad, ni nada, tiene y se le reconoce, por el dicho del sabio, autoridad para, á la vez que se declara siervo humilde de la casualidad y del tiempo, decirle á la Providencia, convertido de pronto en dictador: «Tal día y á tal hora hundirás el mundo antiguo; tal día y á tal hora suscitarás un Cristo, un Gutenberg, un Lutero, un Mirabeau, porque si no lo haces, esa casualidad y ese tiempo, que están por encima de ti, harán estéril la sangre del Calvario, no servirán para nada los caracteres de imprenta, pondremos la mordaza sobre la libertad de la palabra, y los derechos del hombre serán un nombre vano y una ridícula entelequia.»

¿Habrà necesidad de otro argumento para condenar semejante doctrina, si por ventura viniese á preconizarla la última novela del autor de *Pepita Jiménez*? Sí que lo habría: el aplauso que tendrían que tributarle los manes de los señores virreyes, adelantados, presidentes de Audiencia, veedores y capitanes generales, muertos, y los

empleados —rapiñas, separatistas, filibusteros y norteamericanos—, vivos, que hicieron lo que han podido por despertar á España de un sueño de cuatrocientos años, y para quienes, en vez de censuras, tendrían que sonar desde hoy himnos de gratitud y cantos de alabanza.

No sabemos por qué, se nos figura que el señor Valera teme, sin embargo, que el público, y sobre todo la crítica, puedan sacar esa deducción de su voluminosa y por lo demás encantadora y admirable novela. En sus páginas hay un halago muy significativo para *Clarín*, no por merecido menos extraño.

Clarín es reconocido, pero... dudamos que lo estime en todo lo que vale.

Habana, 1899.

EL MAYORAZGO DE VILLAHUECA ⁽⁸⁾

Entre los jóvenes españoles que con más fortuna cultivan las letras en Cuba, merece lugar muy distinguido Atanasio Rivero, redactor del *Diario de la Marina*, de la Habana, donde se dió á conocer por sus chispeantes y graciosísimas *Comidillas*, que hubo de coleccionar y vender como pan bendito, bajo el título de *Duelos y quebrantos*.

Celebran en él sus partidarios, porque los tiene en crecidísimo número, á pesar del reducido teatro en que actúa, la frase correcta y castiza, de raíz puramente clásica, la agudeza y causticidad de la intención, la movilidad del estilo y la gracia — la gracia sobre todo — que fluye de su pluma con la facilidad y la frescura del agua en el manantial, y como ella ininterrumpida y bullidora.

Tal vez abusa á veces de tan singulares dotes naturales, dando tortura á los conceptos con paranomasias y juegos de vocablos casi siempre pueriles, aunque siempre oportunos; pero, la verdad sea dicha, de esos tropiezos, por fortuna escasos, sabe salir con tanta majestad y gallardía,

(8) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

que casi nos vemos obligados á perdonárselos, á trueque de las compensaciones de que van seguidos, para recreo del espíritu y deleite del buen gusto.

Brillante muestra de lo que vale Rivero como escritor, nos la ofrece en su última producción, *El mayorazgo de Villahueca*, lindísima novela de costumbres, con algo de tesis, y cuyo argumento vamos á exponer en breves palabras.

Manuel Pendueles, alias *Manolote*, de prosapia noble, buen chico, aunque un poco alocado, está destinado á la iglesia por su madre, señora muy religiosa y muy dada á frecuentar «los divinos» en un pequeño pueblo de Asturias; pero el rapaz, que ha visto á tiempo á una jovencita casquivana, la cual vive en la misma localidad, y que además está influído por Perico Berdiales, barbero del lugar, republicano furioso, tremendo librepensador y blasfemo empedernido, piensa en todo menos en hacerse cura. Esta contrariedad mortifica á la buena de D.^a Ana de Gayanes, que es la madre en cuestión, quien, si puede tolerar que el cuerpo de su hijo se pierda casándose con Perinola — este es el nombre de la novia —, sobrina de un capitán retirado de Carabineros, no está de ningún modo dispuesta á que se pierda su alma en los infiernos, juntándose con Berdiales y recibiendo sus perniciosas lecciones. Así, pues, se decide á alejar á su hijo de aquel medio ambiente y á mandarlo á Oviedo, al lado de su hermano, el deán de la catedral, á quien quiere entrañablemente D.^a Ana.

Pero el deán, que es un señor algo laxo en materias de moral, bastante despreocupado y que, como si esto fuera poco, no debe participar de las creencias de su hermana en punto á las perfecciones de la vida religiosa, contesta á las recomendaciones de aquélla: «¡Oh, *mater admirabilis!* Bonito estoy yo para meter en pretina al bragazas de tu hijo. No hay que asustarse, hermana; nos rascaremos juntos. No espero que por mis consejos vuelva al redil, porque no puedo darle consejos»; lo que equivale á decir que el tío se declara impotente para contener á su sobrino. Doña Ana lamenta el fracaso de su plan, y, colocada en la alternativa de casar á *Manolote* ó labrar su perdición haciéndolo cura, opta por lo primero, exigiéndole tan sólo que para ello se ponga bien con Dios y, en expiación de toda su vida de escándalos, acompañándose del barbero, poniendo motes á los curas y diciendo en público, en descrédito de los santos, que el perro de San Roque tiene el moquillo, vaya el día de la fiesta de la patrona desde Villahueca al santuario del Vito, en actitud de penitente, de rodillas, desnudas las piernas, los brazos en cruz, presidiendo la procesión, delante de todo el pueblo.

Manolote, sintiéndose querido por Perinola, accede, por lograrla, á tan humillante exigencia, aunque sabe que le fué ingerida á su madre por el elemento clerical de la villa, secundado por el alcalde, el boticario y las demás gentes de su partido; y aunque no sin protesta, se somete á tan atroz sacrificio, con gran contentamiento de los

lugareños, que aprovechan la ocasión para vengarse del descreído y reirse de él después de escarnecerle.

Mucho sufre al cumplir esa penitencia el pobre mozo; pero todo lo da por bien empleado, porque una vez terminada, sabe que va á obtener la mano de la mujer á quien tanto quiere.

Manolote concurre á la procesión; llega al santuario, de rodillas, arrastrándose por aquella cuesta, mientras el cura y el sacristán le cantan los salmos penitenciales, y cuando después de una escena terrible, en que el protagonista, ya cumplido el voto, toma un desquite muy propio de su carácter violento, en que le ayuda su tío el deán, regresa á su casa para ir á estrechar y unirse para siempre á Perinola, sabe con asombro que ésta acaba de huir del pueblo en compañía de un militar, cuyos galones la fascinaron.

Tal es el asunto que sirve á Rivero para su último libro. Su protagonista, que recuerda por la ineficacia de sus sacrificios al Giliat de *Trabajadores del mar*, se hace interesante desde las primeras páginas, y tanto el hijo de D.^a Ana como el barbero y el deán están perfectamente trazados, por más que no para todos aparezca este último, en que el autor cargó la mano, con todas las condiciones de observación y realidad que exigen los modernos cánones de la novela, aunque mucho pudiera decirse en su defensa, dada la relajación que alcanzan en nuestra época ciertas instituciones y las costumbres tolerantes, sencillas, del país en que se desarrolla la acción de la obra,

costumbres que no rechazan que un sacerdote entre con precauciones á beber sidra en una taberna, ni que haga alarde de determinadas ideas más ó menos ortodoxas, especialmente si esto se hace para contestar agravios y humillaciones que hieren el amor propio, que es el caso del deán saliendo en la ermita del Vito á vengar con justas increpaciones el cruel escarnio que en nombre de la religión acaban de hacer de su sobrino.

Pero si hermosos son los tipos que Rivero nos ofrece en *El mayorazgo de Villahueca*, bellísimas merecen reputarse casi todas las descripciones en que abunda la obra, sobre todo la descripción de un ciclón en el capítulo «Tempestades», el suplicio de *Manolote* en el titulado «El Calvario», y la actitud de Perinola en «*Consummátum*». Todas estas páginas están escritas con un sentimiento del Arte, una fuerza de análisis y una intuición psicológica prodigiosos, pudiéramos decir insuperables.

Deliciosas por la sal que hay en ellas y los rasgos felices con que caracteriza á sus autores, son igualmente las cartas de Berdiales á *Manolote* y del deán á su hermana.

Como muestra del estilo de la obra, véanse los siguientes trozos, en que se describe la subida del penitente al santuario:

«A las cuatro de la tarde todo Villahueca estaba reunido en el Castañedo, de donde arranca el camino de cabras que conduce al santuario. Esperaban con ansia la llegada de *Manolote* y con

el deseo cruel de verle caminar de rodillas, purgando los pecados de todos, ofreciéndose en holocausto de la general impiedad. Allí estaban los que le habían empujado al sacrificio, los que habían esgrimido contra él las armas de la arteria, de la injuria, del testimonio malo que él había hecho bueno con sus desmanes. Todos afectaban seriedad, cuando el alma les bailaba en el cuerpo, y todos aparentaban murmurar oraciones, cuando mascullaban blasfemias. El cura, grave, emocionado, tembloroso, destacábase entre todos, acompañado de tres monaguillos armados de cruz y ciriales. Tenía en la mano un libro antiquísimo forrado en pergamino, y leía para contener su inquietud. Un grito sordo, ahogado, anunció al votivo. Llegó el mayorazgo pálido, relampaguente de ira; miró á la multitud con desprecio, con odio al cura; besó á su madre y diciéndole angustiosamente «Por ti», se hincó de hinojos y empezó á andar torpemente. Á la cabeza iban los monaguillos, en medio *Manolote* y detrás el cura. La muchedumbre los rodeaba; en todos los labios palpitaba la emoción; *Manolote* caminaba furiosamente, tropezando, lastimándose; D.^a Ana, llorosa, medio muerta, se sostenía en brazos del alcalde; la policía imponía orden y el barbero sollozaba blasfemias.

»El cura leyó en aquel libro viejo de autor desconocido: *Memento homo quia pulvis est et in pulvere reverteris.*

»Ensoberbéceste y te desvaneces con el nombre de mocedad. Miras á la flor de la vida y te

glorías, y te enamoras de ti por tu buena disposición y hermosura; porque tu mano es vigorosa al movimiento, porque los pies te sirven al salto veloces, porque el viento esparce tus cabellos, porque tu vestido, embriagado de púrpura, arde prendido en la luz del veneno tirano. Á esto miras, mas no te miras á ti. Yo te enseñaré cómo en este espejo eres lo que eres.

»¿No has visto en lugar público destinado á enterrar los muertos los misterios de nuestra Naturaleza? ¿No viste los rimeros y montones de huesos, sin orden, revueltos unos con otros? ¿Las calaveras, desnudas de carne, que con las oscuras cavidades que fueron ojos se muestran en horrendo espectáculo? ¿Viste las bocas rígidas y los demás miembros arrancados y esparcidos al albedrío de la corrupción?»

Memento homo quia pulvis est.

»*Manolote* sentía el ruido de la lectura como si una catarata se despeñara de lo interior de su cabeza; las carnes, frías, rechazaban, doliéndose, aquellos pedruscos martirizantes; caminaba presuroso, limpiándose el sudor, firme en sus deseos de terminar aquel bochornoso espectáculo; los monaguillos gateaban delante de él trabajosamente, y D.^a Ana lloraba, renegaba el barbero, y la tristeza había embargado todos los ánimos.

»El cura con voz tonante leyó:

«Señor Dios de las venganzas, libremente obró; engrandécete tú que juzgas la tierra; da su merecido á los soberbios.

»Había otro dentro de él, porque ya el diablo, su posesor, se había entrado en sus entrañas, y quien se entró en el corazón de Jesús se había entrado en el secreto de su mente.

»La exaltación, la hinchazón, la arrogancia, la fanfarronería no son del magisterio de Cristo, que enseñó la humildad; antes nacen del espíritu del Antecristo.

»Muchos soberbios fueron de la tierra tragados, y otros, con sus rayos encendidos.

»Si algunos se quieren levantar ante Dios, por la abertura de la tierra serán arrojados al profundo.»

Memento homo quia pulvis est.

»La ascensión por el camino de cabras conductor de la fe de los villahuecanos, hacía-se cada vez más penosa, y á la arena había sucedido la piedra, á la grama y el helecho las espinosas árgomas.

»*Manolote* seguía dolorosamente la ascensión, rotas las ropas, desolladas las rodillas; un jirón de calzoncillo que rastreaba en el suelo estaba tinto en sangre; no veía; afanábase por terminar el martirio; respiraba roncamente; saltábanle los ojos en las órbitas, y la palidez de la muerte invadía su semblante. Algunos sollozos se escapaban de los pechos menos duros; acometió un desmayo á D.^{na} Ana, y siguió la comitiva. *Manolote* corría con furia cuanto un hombre puede correr de hinojos.

»El cura siguió leyendo:

«Veránle los buenos, y temerán y reirán sobre

él, diciendo: «Veis el hombre que no puso en
»Dios su confianza, antes esperó en la multitud
»de sus riquezas, y prevaleció en su dignidad.»

»Por eso Dios te destruirá en el fin, te arran-
cará y arrojará de su tabernáculo, y tu raíz de la
tierra de los que viven.

»Hombre, tú no viste cuando Dios te amasaba
de polvo... No sabías de qué eras ni cuál eras.
Por esto á la Naturaleza lo diste todo, á ti mismo
te diste á ti, y á Dios nada.

»Pagástele con afrenta y maldiciones, y por el
beneficio y la honra diste infamia.»

Memento homo quia pulvis est.

»Un pedrusco incrustado en las carnes llegó al
hueso, arrancando un gemido al mártir; inclinó-
se; apoyó la mano en el suelo, y se la destrozó en
las árgomas punzadoras. Escapóse entonces un
rugido á su garganta, un rayo de sus ojos y una
blasfemia de su corazón.

»Leyó el cura:

«Sobre el áspid y el basilisco pasearás y pisa-
rás...»

»Los guijarros rodaban arrancados por las ro-
dillas del mayorazgo, que continuaba su marcha
con un arrastramiento de reptil enloquecido;
una mueca dolorosa había fijado el temblor de
sus labios; sacudía la cabeza dando al aire sus ca-
bellos, que semejaban crines de potro bravío; se
desgarró con las membrudas manos las mojadas
ropas, descubriendo un pecho velludo de poten-
te torso; una llamarada furiosa relampagueó en

sus ojos, y un hilo de amarillenta baba pendía de una de las comisuras de sus labios. Y siguió subiendo, subiendo el camino de cabras con doloroso arrastramiento de reptil enloquecido...

»Sólo una tercera parte de la cuesta faltaba por subir; allí terminaba la sombra de los árboles, y el monte pelado, pedregoso, estéril, sólo daba de sí rocas y espinos; el camino desaparecía en la pedrea y una senda marcada levemente se perdía más allá, y más allá todo era camino, zarzas secas, guijarros ardientes abrasados por aquel sol dormicero, que no sabía alumbrar, calentar ni arder á las nueve de la mañana, y que ahora se enseñoreaba en lo alto del espacio, rigiendo con candente látigo su carro de fuego.»

Por falta de espacio renunciamos á transcribir la terrible escena que sigue, toda ella descrita con el mismo vigor, con la misma verdad, con el mismo arte; pero lo transcrito basta para dar idea del mérito que entraña *El mayorazgo de Villahueca*, y para que se apresuren á leerla los aficionados á lo transcendental y simbólico en el género que á tanta altura han colocado en nuestros días Pérez Galdós, Pereda, Palacio Valdés y Valera.

HORAS DE OCIO ⁽⁹⁾

Supone una tan portentosa disciplina de todas las actividades cerebrales y psíquicas, un triunfo tan completo—intentado ó realizado—sobre las indolencias y las rebeldías del espíritu y de la materia el escribir libros, que nunca hemos podido abrir uno sin sentir profundísima emoción. Y esta emoción sube de punto cuando el libro que llega á nuestras manos es el primero que su autor publica, porque entonces parécenos asistir á la iniciación de un destino, á la revelación de un misterio, á una de aquellas sagradas metempsicosis del viejo mundo oriental por virtud de las cuales, así como la fantasía de los antiguos convertía los hombres en héroes y lo héroes en dioses, de la misma manera, si bien con mayor exactitud y verdad, suelen convertirse en nuestro tiempo los innominados en celebridades y las celebridades en árbitros de las naciones.

Toda primicia es sagrada, en efecto; y esto debían saberlo bien las pasadas mitologías cuando hacían de ellas ofrenda y holocausto á los dioses. Quizá poseían la revelación de que debían serles gratas. Y es que en los primeros frutos, aun sin sazonar, están contenidas las promesas de

(9) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

las grandes cosechas, el sacrificio de las vocaciones y la pureza inmaculada, valiosa como símbolo y como realidad, de la ofrenda misma. El primer perfume de la flor recién abierta, el primer beso de la mujer amada, la primera victoria, el primer hijo, la primera luz que hiere los ojos del prisionero al través de los hierros de su cárcel, abren el corazón á la esperanza, dilatan el alma con la seguridad de las propias fuerzas y tienen tales prestigios que, sin pretenderlo, se imponen á todo nuestro ser, y nos embriagan y seducen de igual modo á los hombres que á los dioses, pues no en vano participaban éstos de nuestra naturaleza, y por algo tenían nuestras propias pasiones.

Reune, por consiguiente, títulos bastantes á nuestra atención la presente obra, con sólo ser la primera que da á la estampa su autor, carísimo amigo, paisano y compañero nuestro en la prensa, Sr. Somoza.

Esta amistad, este paisanaje y este compañerismo han de limitar forzosamente nuestra libertad para analizar su libro, ya, antes que por tales razones, limitada por nuestra irremediable incompetencia. Por fortuna no es un juicio lo que se nos exige, sino un prólogo; y en esta clase de trabajos no es de preceptiva cabalgar sobre las teorías, los principios y las tendencias del Arte, ni perderse en disquisiciones filosóficas ni análisis lingüísticos para formular decretos inapelables. Basta á nuestro objeto consignar, al correr de la pluma, la impresión recogida en su lectu-

ra, emitir sencillamente nuestra opinión, sin razonarla siquiera, desde el punto de vista individual en que nos es lícito hacer apreciaciones, y recomendar, citándolos, aquellos trabajos del tomo que han dejado más huella en nuestro espíritu ó herido más hondamente nuestra curiosidad, abandonando íntegra á la crítica la tarea de un estudio más inteligente y desapasionado.

Comencemos por denunciar una enorme superchería estampada al frente de este volumen. Somoza le titula *Horas de ocio*, y en el ocio nos ha de perdonar le digamos que no se producen libros como el suyo. En el ocio, ni libros ni nada. Indudablemente ese título está buscado ex profeso por un refinamiento de poética coquetería, para hacernos creer que el autor es una feliz excepción entre la prole de Adán, por Jehovah condenada á ganarse el pan con el sudor de su frente. ¡Qué más quisiera él! Pero, por desgracia, no es así. Somoza se ha olvidado de que está en los trópicos, que es peninsular y que se procura el sustento trabajando veinte de las veinticuatro horas del día; lo cual, en todas partes, menos en la Habana y en la clase de periodistas, en que él figura, es trabajar más de lo que se puede y de lo que se debe.

No tratemos de averiguar si el pan que con tanta fatiga disputa á la concurrencia es suficiente para su «congrua sustentación»; pudiera resultar que no á poco que hurgásemos en el asunto; y un indicio grave de ello parece encontrarse en la publicación de este tomo, que, ó mu-

cho nos equivocamos, ó más que gloria viene buscando un suplemento de crédito para integrar el vulgarísimo corrusco, siendo de sospechar que el autor, que quiso engañarnos, resulte en esto engañado á su vez, pues no responderíamos de que su obra le proporcionara, aunque no fuese sino que para contrariarle, más fama que provecho; que no dejan de ser frecuentes los casos de los que, escribiendo para salir del día, se encontraron á la postre con que, sin salir de él, se entraron de patitas en la gloria. Pero sea como quiera, y sin dar por un hecho que haya llegado este caso, hagamos constar la superchería. No existen tales *ocios*, y únicamente se explica que Somoza nos hable de ellos en la portada de su libro como de una aspiración sibarítica, como de un ideal de bienestar y descanso que en fuerza de deseado se le antoja poseído. Titulárase aquél *Horas de angustia ó de rabia*, y nada tendríamos que oponer los que sabemos cómo han sido concebidas sus páginas: en el bregar continuo del pobre escritor, condenado á llenar cuartillas día y noche con artículos políticos y literarios, crónicas de arte, folletines, sueltos, gacetillas y toda la balumba de materiales improvisados que la prensa exige de sus mártires para llenar ese tonel de las Danaidas que llamamos periódico... No deja, por lo demás, de ser extraño que la pluma que trazó la monografía de *El Periodista*, sometido al suplicio del Tántalo, con que en breve tropezará el lector, se haya reservado para sí, perteneciendo al gremio, un

oasis de que se olvidó de hablarnos en ese trabajo, autorizándonos por eso mismo para crearlo una pura fantasía, por completo inaccesible al «cuarto poder del Estado». No; Somoza no tiene horas de ocio de que disponer; ni él, por vanidoso que sea—y no lo es ni poco ni mucho—, querrá que le tomemos por un Vanderbilt de minutos y segundos, ya que no pueda serlo de millones y billones. Es un trabajador heroico, siempre en la mina, en el yunque, en la rueda, bajo el látigo del destino implacable, como el forzado de las galeras del rey bajo el látigo del cómitre, y no le conocemos más ocios que los que le proporcionan sus grandes crisis nerviosas, con fiebres de 40 grados, curadas en la Quinta de Salud del Centro Gallego. Tampoco puede decirse que sea aficionado á las huelgas generales ni particulares. Por *ácrata* le tenemos; pero *ácrata* de buena ley, con su socialismo cristiano (véase su *Socialismo revolucionario*) estilo León XIII, de los que, en vez de supresión, piden aumento de horas de trabajo; y en vez de aumento de jornal, disminución de ignorancia para el obrero; cosas todas que nos garantizan que Somoza, más que para la ociosidad, nació para la lucha, y más que para promover huelgas, para deshacerlas.

Hemos hablado de las frecuentes fiebres á que someten á nuestro amigo sus excesos de producción—que acabarán con él, si Dios no lo remedia—, y esto nos lleva como de la mano á consignar que muchos de los artículos aquí coleccio-

nados, tal vez los mejores, si entre ellos puede haber categorías, fueron escritos en el lecho del dolor y en estados morbosos verdaderamente crueles. No haríamos esta indicación, que parece excusada, si ella no viniese á demostrarnos el poderoso instinto artístico del joven escritor, perdurando en él hasta en circunstancias fisiológicas anormales, como se revelaba más intenso en Poe, Musset, Nerval y otros muchos, en anomalías análogas, aunque de origen bastante menos noble.

Y no hay duda: Somoza, como escritor, es un artista que cada día realiza un progreso en su arte, y ha de serlo más á medida que avance en años y experiencia. La afición al estudio de los maestros del lenguaje nos da por adelantado esa seguridad, y cuando eso no bastare, su rara percepción de la belleza y su sensibilidad para dejarse influir del natural nos lo garantizaría.

Léase su estudio *Galicia*, acerca de las «Crónicas» del insigne Juan Rivero, y dígasenos si es posible realizar algo superior en esta clase de trabajos, más delicada asimilación de ideas, más perfecta correspondencia entre el asunto y la expresión, ni más lujo de forma para vestir los conceptos.

En ese estudio, así como en *La mujer gallega*, *La emigración de la mujer*, *Las dos Galicias*, *Galicia romántica* y *El Cristianismo*, la frase fluye abundante y sin esfuerzo alguno, como el agua corriente esmaltando de verdor cuanto á su paso encuentra y produciendo la sensación fresca de

la cascada de una gruta goteando sobre un lecho de rosas.

Y no es que el escritor sienta más esos asuntos porque toquen de cerca á su tierra y susciten en él ideas y recuerdos muy arraigados; porque asuntos distintos son *Asturias pintoresca*, *Asturias en la Historia*, *Lazos de sangre*, *Apuntes literarios*, *Redimida*, y, sin embargo, no abundan menos en ellos el lujo de expresión, las notas de sentimiento y los brillantes matices del estilo.

Hagamos observar, ya que del estilo hablamos, la singular homogeneidad que presenta el de nuestro amigo, no obstante el desgaste á que obliga la constante labor del periódico, que tanto perjudica la elegancia literaria y altera el carácter de los peculiares tecnicismos. Por necesidades del oficio, en el periódico las ideas tienden á sintetizarse, y las formas á reducirse á lo estrictamente necesario á su expresión. Así, cuantos á él se dedican con asiduidad, acaban generalmente por adquirir cierta rigidez de dicción que la anquilosa, haciéndola perder su flexibilidad y gallardía y el relieve que parece ser parte esencial de toda belleza plástica. En este punto, So-moza es una excepción afortunada, porque, antes que por falta, peca por exceso de facundia y brillantez en sus producciones. Mas ¿no constituirá esto un defecto grave? Para muchos, indudablemente; y nosotros en ese número figuramos.

No toda la belleza está en el color y en la carne. Hay más arte y acaso más verdad en lo que Rembrandt y Ribera dejan adivinar en sus som-

bras y medias tintas, que en la profusión de color y riqueza de masas que Rubens puso en sus lienzos, los cuales, no dejando nada por ver ni nada que desear, si no matan, limitan extraordinariamente la acción transcendente del Arte. Por eso Tácito y Alighieri son más celebrados en lo que no hacen más que insinuar, que Cantú y Lope en lo que expresan con plenitud abrumadora de léxico.

Perdónasele á Châteaubriand la exuberancia y ampulosidad de su prosa y su derroche de frase, en gracia á la magnificencia de sus pensamientos y sentencias; mas ya no sucede lo propio con la autora de *Corina*, que no ha podido hacerse admirar mucho más acá de sus contemporáneos, porque bajo las flores de su estilo, hoy marchitas y convertidas en lugares comunes, no ha encontrado la posteridad otra cosa que una falsa crítica y un aparatoso y artificial sentimentalismo.

No quiere esto decir que Somoza abuse del Diccionario; pero en algunos de sus trabajos es evidente que se nota tendencia muy marcada á las amplificaciones que los hacen aparecer difusos; y quien así comienza, fácilmente pudiera extraviarse si á tiempo no tira de las riendas á Pegaso. De ese modo, lo que sus obras perdiesen en extensión lo ganarían en intensidad; su prosa no caería en amaneramientos á fuerza de repetir imágenes, giros y construcciones, y lograría imprimir juventud eterna á su estilo, para lo cual posee el secreto en la riqueza de sentimiento que anima todos sus trabajos.

El sentimiento: he ahí lo que avalora y hará vivir muchas de las composiciones contenidas en este tomo, que ante todo y sobre todo es una obra *sentida* y vivida desde la primera á la última página.

Somoza comienza por sentir á Galicia, su patria, como la sienten pocos de sus paisanos. *El año nuevo en mi aldea* y *Galicia romántica* son dos joyas literarias del género descriptivo que no leerá sin emoción ningún desterrado ni emigrante. En ellas el poder de evocación es tal que el lector, por cosmopolita y partidario del progreso que sea, tiene que dejarse invadir irremisiblemente por la nostalgia del terruño y pensar en él con la ternura que despiertan las patrias abandonadas, las soledades yermas, antes pobladas de encantos para nosotros, los dulces lugares en que se deslizó nuestra infancia y donde yacen las santas memorias de todo lo que, á la sombra del campanario de la aldea, durmiendo en la paz del Señor, *specta resurrectionem mortuorum...* Y acaba por sentir el compañerismo y la amistad como hoy no los siente nadie, porque sólo el alma entusiasta é ingenua de Somoza—el alma del protagonista de *Páginas de mi historia*, que nos escuchan—puede entregarse como él se entrega á las efusiones del cariño sin el menor recelo ni el más leve temor al cambio y mudanza de los afectos que trae consigo el comercio de la vida, dándonos por remate y corona de su libro las semblanzas de gran número de camaradas y hermanos de letras, de quienes estamos

seguros que corresponden á la merced que reciben con la misma leal admiración que á él le inspiran.

Ninguno de ellos traicionará, de fijo, la fe de su corazón con el aleve sarcasmo, la vil diatriba ni la cobardé é injustificada calumnia; ninguno pagará con ultrajes la espontánea apología de sus talentos y virtudes, demostrando en ello que carecen de unos y otras; y si en el duro combate de la existencia, que entibia tantos recuerdos, pudieran olvidar el beneficio recibido, por lo menos no deshonrarán el nombre de quien les trata generosamente, ni morderán la mano honrada que hace justicia á sus méritos, emulando las hazañas de los Ginesillos de Pasamonte.

Nada más tenemos que decir de *Horas de ocio*, fieles á nuestro propósito de rehuir un análisis detallado de todos y cada uno de los artículos que contiene, porque sería adelantarnos al lector ilustrado, privándole del placer de hacerlo por sí mismo, ó quizás estableciendo prejuicios que rechaza toda crítica independiente y seria.

Para nosotros es éste un hermoso libro que, lleno de ambiente gallego, ha de agradar á los gallegos antes que á nadie. Y si esas son, como parece, sus únicas pretensiones, casi nos atrevemos á vaticinar que ha de satisfacerlas colmadamente, obteniendo las simpatías de cuantos quieren recrearse en su lectura.

EL ANIVERSARIO ⁽¹⁰⁾

(PARA «REMEDIOS ILUSTRADO»)

Si hay algún día fausto para los pueblos, es aquel en que ven consagradas las instituciones por que han luchado contra la tiranía y las encuentran simbolizadas bajo la forma de gobierno más en consonancia con sus aspiraciones.

Por eso nada tan legítimo como la alegría del pueblo cubano al alborear el 20 de mayo de 1906. Es su fiesta onomástica, porque le recuerda el día en que nació para la libertad y la independencia, para la dignidad y el derecho—el 20 de mayo de 1902—; porque ese día fué inscripto en el registro de bautizados con el nombre de *República*, y porque desde entonces por él es conocido y saludado en todos los países del mundo.

Desde ese día, el pueblo cubano tiene personalidad, tiene libertad, tiene responsabilidad: tres cosas sin las cuales no puede vivir el hombre, á menos de confundirse con los brutos y con lo que hay de más abyecto y despreciable en la tierra: el esclavo.

Celebrar esa fecha es agradecer los sacrificios hechos por sus apóstoles y sus héroes para po-

(10) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

nerle en posesión de ese tesoro; es honrar las cenizas de los que cayeron en la lucha por la conquista del decoro nacional; es pagar una deuda sagrada á los que aportaron á esa sublime empresa el capital de su sangre y de su vida, y notificar á las generaciones que vienen el deber en que están de asegurar los intereses de ese préstamo con un reconocimiento perdurable.

El pueblo cubano no debe profanar ese día, el más grande de su historia desde el de su descubrimiento, con ningún crimen, con ningún abuso.

Yo recordaré siempre con horror la noche del 11 de febrero de 1873.

Me retiraba de la tribuna pública del Congreso de los Diputados, de Madrid, donde acababa de proclamarse la República española, sin costar á mi patria una sola gota de sangre.

La plaza de las Cortes, la Carrera de San Jerónimo y todas las calles adyacentes estaban llenas de una multitud jubilosa que, loca de entusiasmo, aclamaba á los partidos republicanos y monárquicos que, ante la gravedad de las circunstancias, vacante el trono y con dos guerras civiles encendidas, habían llegado á tan feliz conjunción de voluntades y opiniones.

Cansado de gritar como ella, como ella ebrio de dicha y de contento, abriéndome á codazos camino por entre las apretadas filas populares, pude abandonar el edificio para dirigirme á mi casa, que estaba en uno de los barrios entonces más apartados del centro de la capital. Agitados

todos mis nervios, emocionadísimo, secándome las primeras y las únicas lágrimas de alegría que han brotado de mis ojos; orgulloso de haber asistido á aquella proclamación, soñando para España un porvenir que aún no ha llegado, bajé por la calle de Alcalá, doblé por el Ministerio de la Guerra, hacia Recoletos, seguí la larga avenida de la Castellana, y, cuando atravesaba sus hileras de murta para subir á la calle del Marqués de Salamanca, en cuyo extremo Norte tenía mi habitación, un hombre que me seguía se echó á mí como un tigre, en medio de las sombras de la noche, y, blandiendo sobre mi pecho una navaja, iba á despojarme del abrigo que me cubría y del dinero que llevaba en el bolsillo. Se entabló una lucha sorda y terrible entre los dos, á que puso término la oportuna intervención de un guardia que se interpuso y obligó á huir al saltador, mas no sin enviarme desde lejos la navaja abierta, que rastreó silbando á mis pies, y recogí y entregué en la próxima Sección de Policía.

Así celebró aquel malvado, que indudablemente estaba entre las muchedumbres entusiasmadas, el acto glorioso que acababa de realizarse, y por virtud del cual él, un bandido, quedaba elevado á la dignidad de ciudadano redimido é investido de la facultad de un soberano.

No amara yo la libertad como la amaba; no fuese yo entonces, como lo era, un republicano convencido, y ¡qué tremenda decepción hubiera sufrido en aquel mismo momento!, ¡qué choque

se hubiera producido entre el ideal que de niño acariciaba y la realidad grosera que se me imponía, entre la pureza inmaculada de mis ensueños y las bastardías de la vida práctica!

Pero la dura prueba que mis ideas y principios pudieron resistir esa noche no pueden resistirla todos. Y un crimen semejante, en ocasión análoga, perpetrado por el ciudadano de una República, ingrato con los beneficios que recibe, bastaría á deshonrar esa institución en el concepto de muchos para quienes la Humanidad se halla ya purgada de toda imperfección y ha realizado el tipo de la belleza suprema...

¡Hijos de la noble Cuba, gozad de vuestras fiestas sin profanarlas! Sabed ser dignos de la libertad que para vosotros conquistaron la toga y la espada, la propaganda y el fusil, y haced de modo que los mártires de la independencia que moran en la inmortalidad no tengan que decir, arrepentidos, con el príncipe de la elocuencia romana: «Me acusan de que hice erigir á Lépido una estatua en los Rostros, y de que yo mismo la hice derribar después. Es cierto: en lo primero llevé la mira de substraerlo á la insensatez; pero la locura de aquel hombre inconstante pudo más que mi prudencia. Con todo eso, no hice tanto mal erigiéndole aquella estatua como bien derribándola.»

EN GALLEGO

A NENA N-A FONTE ⁽¹¹⁾

Nena que n-esa fontaña
Queres hencher a tua cántara,
Sin conecer que non s'henche
Vasixa que foy rachada;
Por máis que baixes os ollos,
Por máis que xogues e-o as sayas,
Ben s'adiviña que choras
N-o longo d'as tuas pestanas...
Qu'esas pestanas longuiñas
Non che creceron sin auga,
Porquè sin rego non crecen
N-as veigas as espadanas.

Orense, 1874.

(11) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

A FOUCE D'O ABÓ ⁽¹²⁾

SONETO

Tres vecel-a afiey: foy a primeira
Cando, ardendo seara e mail as meses,
Segou tantas cacholas de franceses
Que non colleran en montós n-a eira.

Foy a segunda cando, prisioneira
A patria d'os teocráticos intreses,
Esgazón tras mil loitas e riveses
Do poder absoluto a ruin bandeira.

Pol-a vez derradeira afioa agora...
—¿E para qué, aboeliño?—excrama ò neto,
Póndose diante d'él, co-a faldra fora.
—Para que segues ti — repuxo inquieto —
O froito qu'eu semey, e que xa cora —
Dixo, e sorriu, con risa d'esquileto.

(12) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

A CRISTOBO COLOMBO ⁽¹³⁾

SONETO

Rebelde contr'os feitos consumados,
O descubrir América bendita
Fuches d'a Cencia que a creación limita
O primeiro entr'os grandes sublevados.

Por ti mares e terras ensanchados,
Deducir pudo a mente que medita
A maxestá de Dios, santa e infinita,
D'a maxestá d'os mundos revelados.

Así, pr'o siglo que hoxe te saúda,
Cando âs sombras tirache un continente,
Tirache a créncia âs brétemas d'a duda;

E sabe dende entón a humana xente
Que n-a loita d'a vida, forte e ruda,
Vela ô seu lado Dios eternamente.

Madrid, 1892.

(13) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

N-A APERTURA D'O CENTRO GALLEGO ⁽¹⁴⁾

(Poesía leída por su autor en la velada inaugural de esta Asociación, verificada en el Teatro de la Comedia de Madrid la noche del 27 de marzo de 1893.)

I

Véndovos en roda, meus hirmaus queridos,
A cántiga miña prestes a escoitar,
Zómbanme as orellas, márranme os sentidos,
Y-así Dios me salve, como estremecidos
Todol-os meus ôsos, toupo por chorar.

¡Afóganme as bágoas!, que non é pra menos
Ver aquí ò meu pobo, ¡pobo d'Israel!,
Porque como él cruza desertos estenos,
Porque como él ceiba doloridos trenos,
Porque como él sofre, por que é bon como él.

Soltos, esparxidos e desnorteados,
Cal aves sin niño, d'aquí pr'acolé
Fomos pol-o mundo sigros non contados,
D'o tempo esquecidos, por nosos pecados,
En que nos víu xuntos parva a humanidá.

(14) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

¡Quién dixera, vendo tanto acabamento,
Tanta testa baixa, tan mortas pasiós,
Que non hay grandeza, que non hay portento,
Que non hay conquista nin descubrimento
Que feito non fose n-o antigo por nos!

II

A Cencia o pregoa y-a Cencia non mente.
Cando ò mar ô mundo todo sulagou,
Pr'acá d'o Pirene y-o Apenino inxente
Sobr'as olas tráxicas quedou solamente
O curruncho celta, que enxoiito librou.

D'ese canto os homes, d'o Cosmos aislados,
N-o pleno desfrute de pas secular,
Fundaron costumes, leis, artes, Estados,
E xa non cabendo n-os eidos poboados
Tendo ò mar aberto, botáronse ô mar.

Diante des as terras d'o Oceano saían
N un resurximento de pombas, azul.
Eravos que as aguas que ô globo cobrían
Os niveis polares buscando, fuxían
As portas abríndolles d'o Leste e d'o Sul.

Por elas entraron os bos navegantes
Tendidal-as velas que ò ábrego henchéu;
Chegaron as costas d'o Egeo distantes,
Bicaron a aréa d'as prayas sonantes
E foy d'ese beixo que a Grecia nacéu.

Preguntade ôs héroes n-a *Iliada* cantados,
 De qué raza veñen, de qué terra van,
 Y-os ventos d'as naves en que son levados,
 D'aromas dexertas e fiunchos cargados,
 Diránvos que chegan d'o céltico chan.

Aquela subrime y olímpica xente,
 De fortes xigantes aquela invasión,
 Non fala os idiomas que falan n'o Oriente.
 Araban as terras, gardaban semente...
 ¡Y-así sólo labran onde ò sol se pon!

Aquelas mulleres (Penélope o diga)
 Que mentres seus homes van lonxe loitar,
 N-a casa quedaban fiando unha estriga,
 As mesmas son d'esas que, en mortal fatiga,
 D'os seus se separan pra máis non tornar.

Aquelas cuadrigas con pedra e con tellas
 Que van pr'a cidade que funda Anfión,
 Ten as mesmas rodas, ladrais e chavellas
 Y-as mesmas xugadas de bois en parellas
 Que teñen os carros d'a nosa rexión.

Aquelas runfiadas e brincas silvestres
 De sátiros trencos e ninfas xentís,
 Son cópea d'as festas e danzas campestres
 Levadas por como d'as rocas alpestres
 Pr'as áticas terras, d'o noso país.

Aqueles respetos á mortos e vivos,
 Aquela acolleita que ôs hóspedes dan,

Os cuetos, os dioses y-os xenios cativos,
O amor â familia y-ôs lares nativos,
Que veñen vos dicen d'o druídico chan.

Aqueles viaxeiros, trocando as edades,
Farán os seus Sócrates, d'os nosos Feijóos,
D'os nosos Viriatos os seus Alcibiades,
Seus Sumos Pontífices d'os nosos abades,
D'as nosas *cuadrillas* suas grandes lexiós.

D'a nosa zanfona farán seu salterio,
Seu pífano acaso d'a gaita farán,
Que sone d'Eleusis n'o sacro misterio,
D'as nosas pandeiras seu sistro funerio,
E d'as nosas frutas a fruta de Pan.

III

Si a Grecia está chea d'os nosas costumes,
Todo n-ela indica que a fundamos nos;
Ten os mesmos nomes os ríos y-as cumes,
Y-hastra os mesmos ceos y-os mesmos perfumes
Que é nosa confirman co'a firma de Dios.

¡Sí! A nos tan axados e tan divididos,
A nos, máis befados que fillos sin nay,
Cando vivíamos concordes e unidos
¡Sobre aras de pórfido e d'ouro bruñidos
Queimábannos mirra tres mil años fay!

Cinguimos coroas en tempo lexano,
Fomos dioses, héroes, primates e reis;

Diante nos postrábase ò xénero humano
 Y-o cego de Cheos y-o vate mantuano
 Cantaran os versos que vos ll'inspiréis.

.....

IV

Os sigros pasaron; d'a Grecia say Roma,
 Que ò xenio expansivo d'os celtas herdou;
 Destroy, y-esquecida d'o orixe que toma
 Cando chega á España y-os gallegos doma
 ¡Non sabe que n-eles sua raza domou!

Tal é a nosa historia n-o escuro pasado;
 Xunto ela as miserias presentes ¡ay! son
 Cecais ò castigo d'un grande pecado.
 Galegos, ¿queredes millora d'estado?
 ¡Xuntaivos, pr'a nosa rexeneración!

Namentres que, errantes por patria estranxeira,
 Non nos axuntemos pr'a nosa honrar,
 Será a nosa vida como a lanzadeira,
 A tecer un lenzo sin venda n-a feira
 A dar moitas voltas sin sair d'o tear.

ATURUXOS ⁽¹⁵⁾

Pol-a época y-o medio en que se concibeu e say a luz, pode dicerse que este libriño é un estranxeiro.

N-unha era guerreira en que todas as letras de molde n-a isla de Cuba andan entretidas en combinar aldraxes, en urdir calunias y-en estereotipar ôrdes de Máximo Gómez e bandos de Weyler, unha coleución de cantares se non representa a môr d'as insensateces, débese respetar, e aínda é pouco, a môr d'as rebeldías

Está fora d'o ambiente e fora d'a ley. Compre, pois, fusilal-a.

Representa a protesta d'o home-paxaro enfrente d'o home-tigre; o verbo d'a paz, diante d'o brado de guerra; a voz d'a musa como d'a d'o fusil Maüser, d'o cañón Ordóñez e d'a ametralladora Whitworth; ò amor â terra enfrente d'o odio âs tradicións, ò fogar, a familia y-a propiedade.

Pois ben: os paxaros y-as musas nada teñen que facer eiquí, n-esta inmensa morea de cinzas e faiscas, n'este gran bulleiro, n'este voleán de pasiós satanesas, n-este lamazal feito de carniza podre, de ôsos machacados e sangue humana

(15) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

coallada, onde os pes esbaran como n-o chan d'un *Spoliarium* y-as almas se afogan faltas d'aire san, de consolo e de esperanza.

O dito: hay que fusilar estes *Aturuxos*. ¡Ora! Fálannos d'amor, de patria, de relixión, cousas todas vitandas ou redículas, hoxe por hoxe, en Cuba, e pra máis—circunstancia agravante—, fálannos de todo eso en verso, como si os poetas puderan ser patriotas n-un país en que, pra sel-o, hay que facerse contratista d'o exército ou d'obras municipás, dependurar n-a porta, cando menos, sete varas de percalina, ou figurar n-o censo d'un partido político.

Apunten... ¡arm!

Mais agardade un pouquiño... ¿Cargástedes ben ò fusil? ¿Afiástedes ben ò machete?

¿Estades certos de que ò descargar ò golpe, non vos fallará ò tiro ou se romperá a folla? E, anque ò tiro non marre, ¿tendes seguridá de que, unha vez ferido, caerá ò reo pra non erguerse máis?...

A Poesía non vos morre, meus queridos; é como a vaca vella: sempre cocendo e sempre crua... Dios deulle sete folgos como òs gatos, e por máis que fagades, e por máis que patuxedes, non lograrés nunca barrel-a de sobr'o praneta, onde ten a misión de vivir eternamente pra levantar os corazóns y-arrincánd-os d'este entullo pezoñento en que s'atafegan, leval-os n-as suas áas òs goces supremos d'os ideás soñados.

Pol-o consiguiente, será bon solicitar un indulto.

Estamos n-o tempo d'eles, e mércanse baratos.

¿Cómo habían de morrer estes versiños, que non fal mal a ninguén—cantos de cotovía que chilra n-os aires, lonxe d'as miserias d'os homes, indifrente âs pasiós d'o corazón y-âs fames asesinas d'o estómago—, mentras vive e trunfa a prosa apoléxica d'a imbecilidade, d'o rombo e d'a ingratidade imperantes?

¡Canta, paxariño, canta! Teus arpexios son nuncios de paz, heraldos de vida, promesas de felicidade. Oíndote, penso n-os meus eidos, n-os meus fillos mortos, n-os país defuntos, santas obrigas que teño cuase esquencidas n-o medio d'este inferno ensordexedor en que non respiramos se non fume de pólvora e vapor d'inxofre.

¡Canta cotovía, canta! O teu canto é unha inxenua saudación de paz, un *Te Deum laudamos* d'os corazóns fartos de sufrir, unha aspiración ô ceo, mudo, hostil e impenetrable xa ôs nosos rogos. ¡Quén sabe! ¡Ay! Pode que ese canto, tenro e sinxelo, como o de un neno n-o berce, logre comovel o e faga descender sobre nos, que tanto a precisamos, unha rexenadora chuvia de perdós e misericordias.

EN CORSO ⁽¹⁶⁾

Mariñeiriños d'a Marola,
 D'illas Cíes e d'o Orzán,
 Remendade ben as velas,
 Daille sebo as cordas xa;
 Reparade as vellas redes,
 Os coitelos afiay
 Y aprestaivos, mariñeiros,
 Pol'a patria á mariñar.

—

Dende ò Norte americano
 Chega á España occidental,
 D'ignominias e de aldraxos
 Unha negra tempestad,
 E n-as olas que levanta
 Y-a Galicia van parar,
 ¡Cuspos flotan de desprecio
 Para vos e vosa nay!

—

Mariñeiriños d'a Marola,
 D'illas Cíes e d'o Orzán,

(16) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Non seredes mariñeiros
Si temedes hoxe ô mar;
Unha fôrca en cada verga,
N-a cintura un bon puñal,
N-o temón un brazo forte
Y-a bogar, bogar, bogar...

Mariñeiriños d'a Marola,
D'illas Cíes e d'o Orzán,
Grande pesca vos agarda,
Si sabedes ben pescar;
Unha lancha de centollas
Vinte e cinco pesos val,
Un cargamento de *yankees*
Valvos... ¡â imortalidá!

MADRIGAL

A ...

A fada Loreley, d'o Rhin n-os picos,
Non mostra ôs pescadores a-as suas pescas
Ollos máis dulces nin d'azul máis ricos...
¡Dan ganas de sorbelos en dous biccs
Coma si foran duas almexas frescas!

Non ten a sonolenta e roxa Aurora
Cabeleira máis fina nin máis crara.
S'en vez de ser quen son, Diana eu fora,
¡Con qué pente d'amor, miña señora,
Con qué pente d'amor vos penteara!

Habana, 1900.

A ESPÍÑA ⁽¹⁷⁾

(Poesía leída pol-o autor a noite d'o 11 de xaneiro de 1903, n-o Teatro de Tacón, d'a Habana, con motivo d'o XXIII aniversario d'a fundación d'o «Centro Gallego», dedicada ó Sr. D. Lisardo Barreiro.)

I

Pra que vos fale esta noite
Metéronme certo empeño
E un pouco á falarvos veño,
Si hay por eiquí quen me escoite.

Anos fay que n-os riñós
Levo cravada unha espiña,
E como me doy aiña
Vóum'a á quitar diante vos.

Si mentres m'arrinco berro,
Disimulaime a molesta:
Láyase a besta y-é besta,
E ferro, e quéixase ò ferro.

(17) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Moito non s'han d'alegrar
De ver que inda teño alentos
Os que beberon os ventos
Para facerme calar.

Mais d'eses que, aquí chegado,
Con gaita me recibiron
E cando enteiro me viron
Quixeron verme aforcado;

D'eses, con almas de can,
Que coidan, n-a sua insolencia,
Que se merca unha concencia
Por catro codias de pan;

D'eses que medrando vin
D'os abusos d'o poder
Y-a xornal quixeron ter
Un cómprice mudo en min;

D'eses pra quen todo enteiro
O orden moral é un nagocio,
A cubiza un sacerdocio
Y-o millor Dios ò diñeiro;

D'eses pra quen fun *mambí*
Cando era máis español
Y-henchén c'os *mambís* o fol
Ida xa España d'eiquí;

D'eses entre quen semeey
Semente de paz y-amor

Pra coller un deshonor
Por cada gran que ceibey;

D'eses que n-a loite cega
Que descontra min trabaron
Hastra matar non pararon
A probe TERRA GALLEGA;

D'eses que cando a fundey
Ofercéronme a sua caixa
E... díronseme d'e baixa
Cando á cobrarlla mandey;

D'eses que de rabia cheos
D'a porta me despediron
E abríronm'a cando viron
Que m'a abrían os alleos;

D'eses que n-a época vella
Dixeron de min horrores
En papés de duas coores:
Alaranxada e bermella...

(Que pra eso a nosa bandeira
Servíu n-a sua man odiosa:
Pra erguerse ante a xente nosa
E arriarse ante a extranxeira);

D'eses que, o nome calando,
Non me quero eiquí ocupar:
Quen as fay ten que as pagar,
¡Y-eses xa as están pagando!

II

O amigo que me convida
A cantar n-esta velada,
Pesante de ver calada
A miña Musa ferida,

Quer que vos diga as razóns
Por qué non sallo nin entro
N-a *Benéfica*, n-o *Centro*,
Nin n-as gallegas reuniós.

Según él, fuxindo ò trato
D'os peisanos que me queren,
Doulles pe pra se ofenderen
E pra terme por ingrato.

Quen conoce a miña hestoria
E sen méretos m'ergueu;
Quen dende que os deprendeou
Tray meus versos n-a memoria;

Quen onde se me aldraxou
Sacou a cara por min,
E cando un couce collín
Deulle él sete á quen m'o dou,

Ten lexítimo dereito
Posto que ò amor fay vasallos,
Os máis finos agasallos
D'un nobre ò fidalgo peito...

Fala ben quen así fala
Y-eu, coberto de rebor,
Nada teño que repor,
Que âs veces calar é gala.

¡Son algo ingrato, é verdade!
Mais podo decir en cru,
Que n-a miña ingratitú
Non entrou nunca a vontade.

Xornaleiro d'o porvir,
Decote sobre ò meu tallo,
Eu vivo d'o meu traballo
E traballo pra vivir.

Y-así, á un xornaleiro tal
Que non agarda milloras
Nin d'a rebaixa d'as horas,
Nin d'o aumento d'o xornal;

Que non ten casas nin tendas,
Nin merca papel d'o Estado,
Nin da diñeiro ô fiado,
Nin cobra foros nin rendas,

A deixar ò seu meester
Non-o podedes forzar
Si é que non o querés matar
D'o que non querés morrer...

E son eles dende entón
Xefes d'a obreira milicia,

¡Os que han de alzar a Xusticia
Por cúpula d'a creación!

Pra a miña pedra labrar
Nin forza nin tempo sobra,
E debo dar fin â obra
Antes de se ò sol deitar.

III

Ahí xa tendes as razóns
Por qué non sallo nin entro
N-a *Benéfica*, n-o *Centro*
Nin n-as gallegas reuniós.

¿Nin para qué me queredes
N-eses lugares? ¡Eu lixo!
Botóume d'eles quen dixo
Que iba á esculca de mercedes;

Botóume quen dixo un día
Que n-os seus ricos estrados
Están demáis os letrados,
A Música y-a Poesía.

Botóume (¡qué patrio apego!)
Quen sentou, pérfidamente,
Que d'o *Centro* ò presidente
Non precisa ser gallego.

Cando esa infamia escoitey
Saín; fixen, n-o momento,

De non volver xuramento,
E cumprín o que xurey.

¿Querés que falte ô xurado?
Penduray d'aqueles muros
As copias d'os homes puros
Que teñen â Patria honrado:

Os nosos historiadores
E sabios naturalistas;
Nosos prezados artistas,
Poetas e pensadores.

Adornade aqueles teitos
Que ò pincel galaico esmalte,
Con frisos onde resalte
A lenda d'os nosos feitos.

Onde, d'un sol que feitice
Os rayos fecundadores,
Reventen d'aroma as frores
Y-a froita en mel s'esnaquice;

Onde fumegue ò casar,
Y-onde, cal dous desposados,
N-o leito nupcial deitados,
Dorma a terra e estronde ò mar.

Facey que cando visite
O salón d'a biblioteca,
Quen alí leve a alma seca,
Tope a fe que o rezusite.

Lendo ò Sabio Rey, Macía,
 Feixóo, Colmeiro, Pondal,
 Pastor Díaz, á Areal,
 Rosalía e máis Murguía.

Facede d'a nosa quinta
 Un lugar onde ò doente
 D'a muller y-o fillo ausente
 As extrañezas non sinta.

Facede que os emigrantes
 Que aquí chegan en procura
 D'o que lles nega a man dura
 De seus duros gobernantes,

Topen bo consello en nos,
 Caridá, agarimo, acobos,
 ¡Pra que non caya entre lobos
 Quen fuxe d'entre ladrós!

Facede, en fin, que os que vamos
 Sin patria a rodar ò mundo,
 Con lazos d'amor profundo
 Unha eiquí d'hirmans teñamos,

Onde, for cal for a sorte
 Que nos trazar nosa estrela,
 Xa que outra non temos, ela
 Nos peche os ollos n-a morte.

.....

Nada vallo e nada son;
 E tan ben fora cal dentro,

Si eu teño d'entrar n-o *Centro*
Será c'o esa condición.

E inda á poñer outra chego
Aquí, didiante d'a xente:
¡Non terey por presidente
A quen non nacer gallego!

.....

Fólguese en festas rumbosas,
Bailas, troulos e parrandas,
Quen vay, cal santo n-as andas,
Un chan trillando de rosas.

Perde ò tempo en vaguexar
Quen pense que n-esta vida
Toda a brega está contida
Entre un almorzo e un xantar.

Eu, que convencido estou,
Vendo esta tracamundana,
De que a gran misión humana
Inda se non comenzou;

Cada vez que á soyas penso
Cómo inda entre as multitudes
Soben ô pau as virtudes
Y-ô crime quéimase incenso;

Que oyo tanto zorro listo
Falar d'o chan adorado
Despois de tel-o entregado
Cal fixo Xudas con Cristo;

Que ô través d'os longos mares
Vexo poboaciós enteiras
Deixar as patrias ribeiras,
Os doces nativos lares,

Para ir pidindo por Dios
O negro pan forasteiro,
Mentres se adona ò usureiro
D'as terras de seus abós;

Cando vexo escurecidos
Os varós máis sinalados
E acolleitos e louvados
Os treidores y-os bandidos;

Cando se cuspe n-a testa
Onde a luz d'o xenio arde,
E cinguese â d'o cobarde
O loureiro en vez da xesta;

Cando ò fin da patria asoma;
Cando a raza se aniquila
E peta a lanza d'Atila
De novo âs portas de Roma,

Debo espreitar os camiños...
Debo aspilleirar os portos...
¡Gardar as tumbas d'os mortos
Y-os berces d'os pequechiños!

Dios, á quen prougo deixar
Moitas cousas incompretas,

Impúxolles ôs poetas
O deber de as terminar.

IV

E abonda xa de poesía.
Mais que decirvos non sey,
Senon que non reneguey
D'a miña casta hastra ò día.

Dende que en Cuba surxín,
O mesmo fun d'o que son:
Nin troquey ò corazón,
Nin a concencia vendín.

O que é xusto defendín,
Non me neguey â razón;
Loëy o que entendo bon,
O que malo, combatín.

Se n-a vella ley vivín
E se loitey con tesón,
Hayo de decir por min,
Verme tornar pra ò terrón
C'os mesmos cartos que vin.

.....

¡O terrón! ¡Ay! ¡A aldeíña
Onde se nace e se crece,
Que inda de lonxe parece
Que nos acena e aloumiña!

¡O terrón, que cobre os ôsos
 D'os vellos que abandonamos,
 E que con fondos recramos
 Chamando están pol-os nosos!

¡O terrón! Se a sorte cruel
 Me fay ò mundo deixar
 Fora dél e d'o meu lar,
 Gallegos, ¡levame á él!
 ¡Alí podrey descansar!

.....

Catro cousas m'ensinou
 Meu pay, que Dios teña en gloria,
 E pois véñenme â memoria,
 Aquí pra remate as dou:

«O millor viño, ò d'a adega;
 A millor carne, a d'a alcatria;
 A millor terra, a d'a patria;
 ¡A millor patria..., a gallega!»

.....

N-A TUMBA DE ROSALÍA ⁽¹⁸⁾

Collidas á pedir de porta en porta
(Que eu non herdey xardíns nin hortas teño)
¡Sombra sin paz d'a nosa musa morta!
Aquí estas frores á tragnerche veño.

Y-o espaxelas sobre a pedra fría
Que un *Resurrexit* pra crebarse agarda,
Sinto cuase ò tremor que sentiría
O ladrón que recëa e se acobarda.

Como él, ao che deixar a miña ofrenda,
A soledade en miña axuda chamo,
Que si él ten medo que xustiza o prenda,
Temo eu que me marmuren os que amo.

Tanto d'o noso tempo a xente esquiva
As patrias glorias burla y-escarnece:
¡Xeneración de mánceres cativa
Que hastra ô pay que a enxendrara desconece!

Que hoxe é pecado lembrar fazañas
Porque impotentes pr'as facer nacemos,
E cecáis que gabar gorias extrañas
Nos console d'as propias que perdemos.

(18) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

O valor, ò carácter, as ideas,
Fala, costumes... son *lêndas douradas*.
¿De qué coör serán, ¡ay!, as alleas
Que nos fan ler á couces e pancadas?

.....

Mais dorme, Rosalía, mentras tanto
N-as almas mingoa a fe y a duda medra.
¡Quén sabe si, d'este recinto santo,
Non quedará mañá pedra con pedra!

¡Quén sabe si esta tumba, n-ese día,
Chegará á ser, tras bélicas empresas,
Taboleiro de yankee mercería
Ou pesebre de bestas xaponesas!

Santiago de Compostela, 1904.

A O POBO CRUÑÉS ⁽¹⁹⁾

Miñas donas, meus señores,
Que pol-os papés chamados
(Sempre extremosos comigo)
Vindes honrarme á este acto:
¡Que non salla d'este sitio,
Onde me trouxo ò meu fado;
Se sey cómo agradecervos
Tan lisonxeiro agasallo!
¿Qué fixen eu, ¡voto á min!,
Pra merecer estes laudos,
Pra que me tratés millor
Que si fora ò deputado?
¿Trouguen as agoas â Cruña?
¿Levey d'a Cruña á Santiago
O ferrocarril directo,
Fay medio siglo agardado?
¿Tireivos algún trabuco
D'os que vos están matando?
¿Fíxenvos algún camiño,
Anque mesmo for de carro,
Y-anque mesmo fose á dar
As miñas casas de campo?...
¿Botey abaixo os Consumos?
¿Fundey tal ves algún Banco

(19) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

Agrícola, onde se axude
Os que viven d'o traballo?
Nada d'eso. Pois, entonces,
¿Qué razón hay nin qué diaños
Pra que me henchades o fol
De ousequios e de regalos?
¡Víttores, aclamaciós,
Apoloxías y aplausos
A min, habendo outros antes
Eiquí que os teen tan gañados
E... ¿quén son eu? Un poeta,
Ou, como quen di, un paxaro
A quen tallaron ò bico
Cando empezaba ò seu canto;
E que, dende aquéla, mudo,
D'os patrios eidos xotado,
Por longas terras e mares
Arrastra as áas sangrando.
Un poeta á quen un día
Hasta ese nome negaron,
Porque arrolar nunca soupo
O sono vil d'os tiranos;
Porque despertaba ôs pobos
C'os seus alegres recramos
Y-agoiraba auroras novas
Que xa están alborexando;
Un poeta á quen xueces
Que Dios teña en seu descanso,
Condenaron â cadea
Que levan os presidarios,
E cuyos ferros, ¡ouh Cruña,
Terra de peitos fidalgos!,

Mandaches limar á rentes
Por man d'os teus maxistrados.
Mais coido que n-estas penas,
N-estes aldraxes y-escarnios,
N-os que non hay gloria algunha
(Que d'homes son os traballos)
Están as exécutorias
D'o voso tolo entusiasmo.
Y-é tamén, cecáis, motivo
Pra vir eiquí á demostrarmo
O eco d'aquela palabra
De prestixio soberano
Conque ò moderno Demóstenes,
Sol e honor d'o verbo hispánico,
Ponderou eiquí os meus versos
En fulxentes ditirambos.
Pero aquel eco abafouno
A morte, ¡e ben abafado!,
Pra que haxa paz e me estimen
Todos n-o pouco que vallo.
Que si esas razóns puderan
Abonar favores tantos,
¿A quén lle fora ò loureiro
D'a inmortalidá negado?
¿Quén non recolle inxusticias
N-o mundo e non trepa cardos?
¿Quén non probou algún día
D'a sorte ò rigor amargo?
¿Quén pol-a cega amizade
Non foy unha ves gabado,
Nin qué corazón sinxelo
Non se víu exposto á enganoso?

Os meus traballos, por meus,
Débenvos ter sen coidado,
Que s'eles son merescidos,
Con sofrilos están pagos;
Y os meus versos, se son bos,
Anque eu os teño por malos
(Y-a proba téndela n estes
En que vos estou falando),
Pois que os sabés de memoria
Y-andan en tol-os los labios,
¿Qué outro galardón precisan
Se con galardón soñaron?
Por eso, anque agradescido
A tantas mercedes, calo;
Cando me mido con elas
Tópome á seu par enano.

Cesade, pois, que estas festas
Sentan mal á un emigrado
E, máis que á min, fanlle falla
A ò triste pobo galaico.
Esta croa que me dades
Pra cando él trunfe eu lla gardo,
¡Qué abondo levou d'espíñas
O corazón coroado!
Namentras, lindas cruñesas,
D'ollos como os meus pecados,
¡Adiós! ¡Adiós, pescadores
D'o mar, n-a terra pescados
Pol-as meigas, os caciques,
A usura... y outros andacios!
¡Adiós, Orzán tempestoso,

Mestre-cantor afamado,
Que presides os concertos
D'os trovadores cantábricos;
Patria de meu pay querida,
Montes irtos, verdes campos,
Mallas, degruas, esfollas
N-as noites de luar craro,
Romarías, gaitas, festas
Arredor d'o santuario,
Adiós! ¡E adiós, compañeiros
Y amigos d'o vello bardo!
Con fonda pena vos deixa
Meu corazón desolado;
Mais así o quer ò destino
E non é ben contrarialo.
Cuba, que amey delorida,
Acólleme expatriado,
E n-ela n'ha de faltarme
Unha cunquiña de caldo.
A todos aquí vos teño
Dentro d'o peito cravados,
A todos, porque non levo
De nadie recordos malos.
¡Inda adiós! ¡E faga a sorte
Que, xa que tristes nos damos
A última aperta, vos tope
A volta alegres e salvos!

«A ALBORADA» DE VEIGA ⁽²⁰⁾

Esa celeste música que vos regala a orella,
Que vos gorenta a y-alma e arrula ò corazón,
Evos, trocada en moza, unha *Alborada* vella
Que ten catro mil anos ou máis de tradición.

O celta, que didiante d'os astros s'axoella
Deixóunos n-ese canto de multiforme son
O matinal saúdo, â luz d'o sol bermella,
Feito d'estrondos d'himno e rogos d'oración.

Com'oración, cantáron-a n-as festas familiares
Nósos abós, n-as xuntas e reunións d'o clan,
N-as procesións sagradas, de noite antr'os pinares,
Que un crego presidía c'unha segur n-a man.

N-as xornadas d'a pesca pr'a sosegar os mares,
N-as sementeiras pr'a que nos apodreza ò gran;
Por vales, montes, corgas, comaros e casares
Deixando de paz cheo e d'armonía ò chan.

Como himno modulado n-a gaita d'os antigos
Cantáron-a os gallegos qu'Anibal comandou,
E fixo d'as suas notas saetas e castigos
Viriato cando co'eles á Roma escarmentou.

(20) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Hasta estes nosos tempos chegou esa *Alborada*...
 Un grande artista viuna, moveuse á compasión,
 Coroull'os pes, vestiuna, limpióuma, e restaurada
 N-a xuventú primeira, levóuna ô Orfeón.

E vel'ahí tendes, bella, magnífica, divina,
 Com-a inventara un día ò numen ancestral,
 D'unha fe sona, nova pregaria matutina,
 De novos héroes, marcha novísima triunfal.

¡Ouh *Pange lingua* druídico, viaxeira pelegrina
 Que vés de longas terras e vas pr-o ideal,
 Como'os abós xuntache contr-a loba latina,
 Xunta os netos agora contra ò lobo central!...

¡Gloria ô xenio qu'en mares d'inspiración s'a-
[neiga
 E d'eles tira mundos que fay a luz surxir!
 ¡Gloria ô mestre que volve á esa cantiga meiga
 A maxestá perdida n-as loitas d'o vivir!

¡Gloria á quen un texouro n-esa canción nos
[leiga,
 Qu'ha ser a *Marsellesa* galaica d'o porvir!...
 ¡Eterno aplauso, vítores eternos ô gran VEIGA
 D'un polo ô outro polo, d'o cenit ô nadir!

CURROS ENRÍQUEZ Y SU OBRA LITERARIA

OPINIONES, JUICIOS Y COMENTARIOS ACERCA DE LA LABOR
POÉTICA DEL LLORADO CANTOR GALAICO, ESCRITOS
POR EMINENTES LITERATOS

ADVERTENCIA IMPORTANTE

En la imposibilidad material de insertar en este tomo todo lo que acerca de Curros Enríquez se ha escrito, desde el punto y hora en que el poeta comenzó á ser conocido y admirado por sus hermosos versos, hemos limitado á publicar en el presente volumen lo que á nuestro humilde parecer constituye cuanto de más completo se ha dicho del vate fenecido, juzgándole en su triple aspecto de pensador, político y poeta.

Los prestigiosos nombres de Vicente Blasco Ibáñez, Modesto Fernández y González, Manuel Murguía, Rodríguez Carracido, Salvador Rueda, Alfredo Vicenti, Linares Rivas, Aurelio Ribalta, Vicente de la Cruz, Camba, Leopoldo Pedreira, Riguera Montero y otros no menos ilustres, nos relevan de todo encomio, ya que España entera conoce sobradamente sus méritos y admira sus talentos privilegiados. Maestros en la novela, en el periodismo, en la historia, en la dramática, en la ciencia, en el foro, en la cátedra y en cuantas manifestaciones comprende el humano saber, basta enunciar sus nombres para que tirios y troyanos sepan á qué atenerse.

Fué también nuestro propósito — propósito cumplido — que al lado de estos nombres insignes figurasen otros no menos dignos de alabanza, cuales son los de José Ojea, Galo Salinas, José Porras, Juan Neira Can-

cela, Lisardo Barreiro, Benito Fernández Alonso, Ramón Armada Teijeiro y Manuel Lezón, amigos éstos los más entrañables del bardo celanovés, compañeros de la infancia unos, conterráneos otros, y todos admiradores entusiastas del autor de *A Virxe d'o cristal*.

De cuantos hemos mencionado, tres duermen con el poeta el eterno sueño: Modesto Fernández y González, José Ojea y Juan Neira Cancela.

Á requerimiento nuestro, y muy honrados por cierto con que sus nombres figuren en este tomo, verán nuestros lectores dos hermosas cartas, una del doctor López Pérez, ex presidente del Centro Gallego de la Habana, y otra del Sr. Sánchez Anido (D. Juan), actual gobernador civil de Sevilla.

Acompañó el primero los restos de Curros Enríquez desde la capital de Cuba hasta dejarlos depositados en tierra española, y el segundo, entonces alcalde de La Coruña, fué alma y vida del inolvidable, del magno homenaje tributado por el pueblo coruñés á su poeta máspreciado, en la hora triste de dar sepultura á su cadáver.

Ambos queridos amigos respondieron á nuestro llamamiento de manera digna; y es justicia hacer público el reconocimiento á que se han hecho acreedores.

Lamentamos muy de veras que entre tantos nombres prestigiosos no figure el de D. Nicolás Rivero, director de *El Diario de la Marina*, de la Habana. No es nuestra la culpa. En reiteradas ocasiones solicitamos unas líneas de tan insigne patricio, para que formaran parte de esta especie de corona literaria con que ponemos fin al tomo V de las Obras completas de Curros Enríquez. Sin duda las múltiples ocupaciones que pesan sobre el señor Rivero, hanle impedido, como seguramente fuera su deseo, complacer el nuestro veheméntísimo.

Otro tanto decimos del Sr. Armada Teijeiro, pero por fortuna, revolviendo papeles, hemos hallado unas líneas de este queridísimo y admirado amigo, que lo fué entrañable de nuestro deudo. Gracias á esta grata casualidad, podemos ufanarnos de que el nombre de Ramón Armada Teijeiro figure en lugar preferente de este volumen.

CURROS ENRÍQUEZ Y SU OBRA LITERARIA

CURROS ENRÍQUEZ Y SU LIBRO ⁽²¹⁾

Descubrémonos ante un poeta verdadero y demos las gracias al espíritu descentralizador del siglo que, eminentemente revolucionario, rompe las cadenas de esclavitud literaria que supeditaban el genio de las provincias á la capital de la nación.

Pasaron ya los tiempos en que para ser una notabilidad reconocida era indispensable vivir en Madrid y publicar allí las obras.

Hoy, las más galanas manifestaciones del genio nacional surgen en los últimos rincones de España. Pereda escribe sus inimitables novelas en Santander; *Clarín*, ese Voltaire de nuestros tiempos, tiene su Ferney en Oviedo; la Pardo Bazán concibe sus seductoras obras contemplando los melancólicos paisajes gallegos; el padre Coloma, encerrado en el colegio de jesuítas de

(21) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

Bilbao, teje sus *Pequeñeces*, escandaloso toque de llamada á la gente de dinero que, escéptica ya, se escapa de entre las garras de la Compañía; Llorente entona sus originales estrofas y traduce como nadie á Goethe y á Hugo á la sombra de las barracas y las palmeras de la valenciana vega; y en la industriosa Barcelona, bajo las nubes de humo que arrojan las fábricas y entre el chirrido de férreos engranajes y la agitación comercial, existen poetas que heredan la sublime lira que entonó *La leyenda de los siglos*, y novelistas que merecen el aprecio del huraño Zola, tan parco en elogiar méritos ajenos.

En las provincias es, pues, donde hay que buscar hoy las manifestaciones del genio nacional, pues la Literatura, dando sin duda con esto un alto ejemplo á la política, se descentraliza y busca para desarrollarse el amparo de una autonomía regional, aspirando á que la antigua república de las letras no sea una república unitaria, sino federalista.

Las tendencias regionales que actualmente animan á la literatura española, han producido un suceso tan transcendental como la resurrección de los antiguos dialectos, los cuales, sacudiendo la inquisitorial ceniza que sobre ellos había arrojado la tiranía de Austrias y Borbones, cuando constituyeron la unidad nacional sobre la base del despotismo, han recordado su pasada y brillante historia y hecho renacer literaturas que casi se habían perdido, facilitando el camino de la inmortalidad á genios que se ven atados y

sin alas cuando tienen que usar un idioma que, aunque nacional, no es el que balbucearon en sus primeros años, ni el que guarda en cada una de sus palabras tesoros de inspiración que evocan en la memoria imperecederos recuerdos de placer ó de dolor.

No creemos necesario pararnos á discutir con los que combaten las literaturas regionales que tienen lengua propia.

La patria no es la inmensa y variable extensión de territorio que se cobija bajo una misma bandera y obedece al mismo gobierno; la patria es el municipio, es el pueblo donde nacimos, el lugar sagrado en el cual cada casa, cada habitante y cada piedra nos recuerda un momento de nuestra existencia. Al nombrar á España, esta palabra no despierta ningún eco en nuestro pecho, si la imaginación no hace surgir ante los ojos del alma la silueta querida del lugar que presencié nuestra llegada al mundo; y siempre que evocamos la imagen de la patria para entusiasmarnos con sus glorias ó enardecernos con la consideración de sus peligros, la nacionalidad de que formamos parte, y que es conjunto de mil pueblos de origen distinto y costumbres diversas, queda relegada á segundo término, y en lugar preferente se destaca en luminoso contorno la tierra en cuyo seno duermen los propios antepasados, la que recibió la caricia de nuestra cuna al mecerse, y la que sustenta á los seres queridos ligados á nuestra personalidad por los lazos de la familia y del amor.

Legítimo, natural y lógico es, pues, que el valenciano y el gallego, el catalán y el vasco, el mallorquín y el asturiano, el que pertenece á una región con carácter propio tan duradero que tres siglos de centralismo absorbente no han conseguido borrar, no intente desconocer á su patria, no se valga de un idioma que aunque nacional le resulta extraño, y para exteriorizar en forma sublime las impresiones de su alma, emplee como fácil y conocido vehículo el habla que le enseñaron sus padres y la que á todas horas está acariciando sus oídos.

Aunque no existieran razones para defender y justificar las literaturas regionales, bastaría para que fuesen respetadas el haber producido en Cataluña un Jacinto Verdaguer y en Galicia un Curros Enríquez.

Hoy que se discute si la lírica está llamada á desaparecer, en vista de la anemia que experimenta la poesía castellana, es justamente cuando la religión del Arte encuentra más inspirados sacerdotes en esas literaturas regionales, calumniadas y escarnecidas.

La poesía castellana languidece y se enfría, por lo mismo que es hija, no de una nación entera, sino de una región que se ha extenuado dando por muchos años espiritual alimento á las demás provincias, y en cambio el Parnaso de las regiones que tienen carácter propio crece con tanta rapidez como las plantas que surgen en campos yermos y sin cultivo durante muchos años.

Los poetas españoles que hacen uso del castellano no son más que dos y medio (según la célebre expresión de un crítico eminente); en cambio, las literaturas regionales cuentan á docenas los cantores inspirados, y por encima de todos éstos descuella el autor de *L'Atlantida* y *Canigó*, obras que, como todas las de un genio verdadero, gozan el privilegio de recibir los homenajes, no sólo de una nación, sino de todo el mundo civilizado.

Si Verdaguer es el sol en el cielo de la poesía regional, en Galicia se encuentra otro astro de primera magnitud, y éste es Curros Enríquez.

El suelo gallego, á pesar de sus hermosos panoramas, de sus montañas siempre verdes y de sus valles risueños, sólo comparables con los de Suiza, á pesar, decimos, de tales espectáculos de la Naturaleza, que excitan la imaginación del que los contempla y atraen á la esquiva inspiración, no ha producido poetas en cantidad abundante.

La patria de Macías, esa región habitada por un pueblo tierno y melancólico que habla un dialecto suave, vago y dulce como los arrullos de una madre, ha sido pobre en cantores, como si necesitara todas sus fuerzas para llorar esa emigración que la devasta y que arroja á sus hijos al otro lado del mar, ó al corazón de la Península, donde mueren muchas veces asesinados por la fiebre que les produce la terrible nostalgia del país.

Curros Enríquez es la figura más saliente del Parnaso gallego. Esto lo debe á que sabe inter-

pretar como nadie los sentimientos de su patria, y al par que enaltece la vida del campo y canta las costumbres populares, maldice las llagas que afligen á su tierra, la emigración que la diezma, la usura que la devora y el cura que la embrutece.

Hay en los versos de Curros Enríquez algo nuevo que conmueve por su brillante novedad, algo que nos atrae por lo mismo que á ello no estamos acostumbrados, y que nos hace olvidar hasta la arrebatadora belleza de la forma para fijarnos únicamente en el fondo; y ese algo es que el poeta no reniega de su siglo, se tiene por legítimo hijo de él y se inspira únicamente en el ideal del eterno progreso.

Cayeron ya los viejos ídolos. La poesía no debe tener un tono dogmático, pues al fin es arte, y la principal misión de éste es agradar evitando toda pesadez, pero ha de ser algo más que una tenue nube que se desvanezca en la memoria apenas leído el último verso; ha de dejar en el público huella indeleble de su paso, y para eso es necesario que *diga algo* y que resuma en sus estrofas las aspiraciones dominantes en la época en que nace.

Los poemas de Homero, *La Divina Comedia* y el revolucionario misticismo de Milton, viven y vivirán mientras exista el mundo, porque son como fotografías instantáneas que recuerdan el pensamiento de importantísimas épocas, y en cambio otras obras de gran valor artístico sólo conservan hoy una relativa gloria y son conocidas de

pocos, por lo mismo que pueden compararse á hermosos y cincelados vasos, cuyo interior está vacío.

La poesía regional goza hoy próspera existencia, pero aun aparecería más esplendente y avasalladora si en vez de tener la vista fija en el pasado, mirase al porvenir.

Los dialectos, por desgracia, sólo se han empleado hasta el presente (salvo raras excepciones) para cantar las glorias de ridículas imágenes de santos y vírgenes autoras de milagros, cuya autenticidad testimonia el bolsillo de la Iglesia; para enaltecer el derruido y odioso castillo feudal, nido de crímenes, y pintar con risueños colores al bestial caballero y á la casquivana señora, y para hacer la apología de las trasnochadas libertades políticas de la Edad Media, llorando su pérdida después de dos siglos y queriendo acomodarlas al siglo presente, como si fuera posible vestir á un gigante con el trajecillo de un niño.

La poesía, para ser considerada como tal, debe ser semejante al dios Jano, y con ambas caras mirar al pasado y al porvenir; pero es absurdo y digno de censura que únicamente tenga abiertos sus ojos á lo que ya desapareció, porque esto sea lo más cómodo y lo más seguro, y no se tome el trabajo de desentrañar el porvenir y aportar su esfuerzo á ese impulso sublime, que empuja cada vez con más fuerza á la Humanidad en su camino.

Y no hay que decir que la poesía para ser tal

debe buscar su inspiración en las nieblas del pasado, porque los vagos celajes que envuelven los cuadros históricos cuando se contemplan á grandes distancias, agigantan las figuras, dan mayor relieve á los sucesos y se prestan mejor á que el poeta dé rienda suelta á su imaginación. Esto es un error que, si por desgracia llegase á convertirse en verdad, daría derecho á creer que la poesía es un artificio que vive de la falsedad y de la mentira, y no que es la expresión artística de sentimientos sublimes que embargan á los seres humanos.

La edad presente y los períodos históricos que aun están latentes y como al alcance de nuestra mano, presentan más ancho campo al poeta que el resto de la Historia.

Desde fines del pasado siglo hasta el presente instante, se ha desarrollado una serie de sucesos que con su acompañamiento de choques, catástrofes y apoteosis, merece mejor que ningún otro período histórico la atención de los poetas. La filosofía enciclopedista ha atacado las religiones positivas, no cejando hasta dar con ellas en el suelo; la doctrina republicana, removiéndolo los cimientos del mundo antiguo, ha derribado muchos tronos y falseado otros, hasta el punto de que hoy están próximos á caer; la regeneración social ha apuntado con la enunciación de sistemas económicos, que ya han sido bautizados con sangre de mártires; la Humanidad entera se encuentra hace más de un siglo en lucha con el abuso, la tiranía y la estafa intelectual, y este estado de

ánimo se manifiesta con agitaciones, protestas y derroches de inteligencia ó de maldad, que reclaman la aparición de un poeta que los cante ó los maldiga.

Más natural y procedente, en los presentes tiempos, es entonar un himno á la última cena de los Girondinos, hombres sublimes y valerosos que mueren después de iniciar la revolución que regenera al mundo, que glorificar la cena de los Apóstoles, conciliábulo del que hace surgir la Iglesia la odiosa autoridad de los Papas; la Montaña de la Convención merece un estro que cante sus esfuerzos en pro de la libertad del humilde, como lo tuvo la grandiosa tragedia del Gólgota, y si en otras épocas la gótica catedral, erizada de caladas agujas y rasgada por las ideales ojivas, contó con vates que la celebraran como petrificada personificación de la fe religiosa, hoy que ésta, por fortuna, está ya moribunda, debe la relampagueante barricada tener sus trovadores que la enaltezcan, como altar de sublimes venganzas elevado por los furores populares para sacrificar en ella al monstruo del despotismo. Que agote su inspiración el versificador, tomando por ideal de sus creaciones la personalidad incierta de Jesús, figura sin contorno, vida ni colorido, que en la verdadera historia apenas si tiene el valor de una sombra, pero que no falten poetas que recojan las eternas maldiciones que exhalaban los herejes al sentir sus carnes chamuscadas por la inquisitorial hoguera, que recuerden las humillaciones que á los genios de la ciencia hizo su-

frir la clerigalla ignorante, que encierren en viriles versos los lamentos de todos los mártires de la emancipación intelectual, y después los escupan sobre la calva del diosecillo que alberga el Vaticano.

En este período histórico que atravesamos, período que se inicia con la Revolución francesa y que no sabemos con qué vivificadora tragedia terminará, la poesía debe decir y significar algo, y si es que quiere interpretar las tendencias de la época, si es que quiere dejar alguna huella de su paso sobre las agitadas masas, debe ser republicana, racionalista y despreocupada, ó tradicional, fanática y rastrera.

Curros Enríquez es de los que rinden amoroso culto á la primera de ambas musas, y de aquí que su personalidad literaria sea para nosotros tan simpática y atrayente.

Entusiasmado por el espíritu de libertad que preside la marcha del siglo, ha querido verter sobre el papel sus ideas y sentimientos, y como nació poeta, y la inspiración original, ardiente y varonil le acompaña desde la cuna, ha empleado la sublime armonía para expresar su pensamiento, produciendo los *Aires d'a miña terra*, ese libro, honra del dialecto en que está escrito y perpetuo monumento de gloria para su autor.

Creo inútil hacer aquí un examen de tal obra cuando el lector, con volver tan sólo algunas hojas, puede abismarse en el mar de puras delicias que encierra cada una de sus páginas. Esto equi-

valdría á que á la puerta de un teatro, cuando ya la orquesta estuviera ejecutando los primeros compases de la overtura, un oficioso detuviera al *dilettante* queriendo explicarle el argumento de la ópera.

En el libro de Curros Enríquez hay poesías, como el soneto *¡Peregrinos, á Roma!*, formidable ataque que el autor dirige contra el gusanillo infalible que mora en la Ciudad Eterna, y que hace recordar á Víctor Hugo en su obra *Los Castigos*, cuando golpeaba con su lira de hierro la cabeza de Napoleón el pequeño; acusaciones tan justas y consoladoras para la dignidad humana como los versos titulados *Ante una imagen de Íñigo de Loyola*, apóstrofe enérgico é iracundo que recuerda al escéptico Musset cuando, en la introducción de *Rolla*, dice la verdad á Cristo; *La Iglesia fría*, magnífica descripción de aquellos buenos tiempos de que nos hablan predicadores y vates neos, cuando eran omnipotentes los frailes y el mundo estaba manejado por reyes y papas; y... ¡pero á qué seguir relatando las bellezas de tal obra, si esto equivale á despojarla de una parte de su asombrosa novedad!

Callemos, pues, y ya que del libro no es propio el ocuparnos, digamos algo de su autor, pues siempre interesa la existencia de los que logran la notoriedad reservada al verdadero mérito.

Curros Enríquez no ha escrito solamente en gallego, pues también la literatura castellana le debe notabilísimas producciones. En *La Ilustración Republicana*, que dirigía el infatigable y

popular escritor Rodríguez Solís, publicó una hermosa poesía contra las odiosas quintas, titulada *Tributo de sangre*, y en *Los lunes de El Imparcial* dió á luz una valiente *Oda á la Guerra civil*, obra tan excelente y que de tal modo entusiasmó al público, que el propietario de dicho periódico, Sr. Gasset y Artime, comprendiendo que el joven poeta era una gran adquisición para el diario, le hizo entrar á ser uno de sus redactores. En 1869 escribió, en colaboración de D. Victoriano Rodríguez Morán, una crítica en verso contra la Constitución votada por los unionistas y progresistas, como siempre revolucionarios en la oposición y moderados en el poder, y tan chistosa resultó dicha obra y de tal modo interpretaba la opinión popular, que en el mismo día de su publicación se vendieron en Madrid 16.000 ejemplares.

Desde aquella época hasta el presente, Curros Enríquez no ha cesado de escribir, y, como él mismo dice, de todas sus poesías se podrían formar algunos tomos voluminosos; pero como son castellanas y les falta el *aire de la tierra*, no satisfacen al vate gallego, que las olvida apenas publicadas. Suyo también es el hermoso drama titulado *El Padre Feijóo*.

Ha sido el poeta español que más y mejor ha traducido á los vates portugueses, y entre sus versos castellanos figuran notabilísimas traducciones de Teófilo Braga, Guerra Junqueiro, Antonio Feijóo y Anthero de Quental, que se han publicado en *El Porvenir* y en *Las Dominicales*

del libre pensamiento, y que tal vez algún día reproduzca el traductor en un tomo que se titulará *La Lira lusitana*.

En gallego ha publicado Curros muchas poesías; pero, de todas sus obras, las que han alcanzado más éxito han sido *Aires d'a miña terra* y *O divino sainete*.

Fué una de esas audacias que por lo inmensas resultan sublimes, la publicación del primero de dichos libros en un país tan fanático y dominado por el clero como Galicia. Muchas veces del seno del inmundo estiércol surgen más fragantes flores que de la tierra bien cuidada.

En junio de 1880, pocos días después de haberse publicado en Orense el libro *Aires d'a miña terra*, el obispo de aquella diócesis expidió un edicto en el que se condenaba la obra de Curros Enríquez *por contener proposiciones heréticas, blasfemas, escandalosas y algunas que merecen otra censura*.

El edicto fué publicado en el *Boletín Eclesiástico*; los curas de aquella vasta diócesis lo leyeron durante algunos domingos al ofertorio de la misa popular; las viejas beatas se santiguaron tres veces al saber que el diablo había aparecido en Galicia y se entretenía en escribir versos; los hombres pensaron que era muy del caso comprar y leer aquel libro, por lo mismo que de él se hablaba muy mal; los sacristanes lamentaron con amargas quejas que hubieran desaparecido aquellos felices tiempos en que por mucho menos asaba la Inquisición á cualquier pelafustán;

y el católico escándalo, con todo su acompañamiento de excomuniones, rezos, funciones de desagravios y gerundianas declamaciones en el púlpito, tuvo digno coronamiento en el sumario de causa criminal que el Juzgado de primera instancia de Orense instruyó contra Curros Enríquez, en virtud de oficio del gobernador civil de la provincia, por ser autor de un opúsculo en el que figuraban tres poesías que era extraño hubiesen dejado de atraer sobre Galicia, no la cólera de un Dios, sino la de todos los dioses que tenía el Olimpo. Las tres poesías eran *La Iglesia fría*, *¡Peregrinos, á Roma!* y *Mirando al suelo*.

Esta última, imitación preciosa de Béranger, poeta insigne y popular, con quien Curros tiene muchos puntos de contacto, fué la que mereció con predilección las iras de la evangélica gente.

Era monstruoso, criminal y digno del mayor castigo hacer desfilar á los ojos del lector, envueltos en el ropaje de armoniosos versos, todos los vicios, arbitrariedades y engaños que constituyen la hilaza de la tela social; hablar mal del sucesor de San Pedro, pintar la odiosidad de la pena de muerte, describir la miseria de los labriegos y los ostentosos despilfarros de los ricos, é ir relatando todos los desaguizados de los que, por lo regular, son protagonistas las gentes privilegiadas; pero aun era más censurable y merecedor de eterna maldición el presentar á Dios bajo la forma de un viejo y bondadoso señor, atacado del reuma por causa de la edad, que se

siente cansado al menor paseo y que al mirar de lejos al terráqueo globo tiene que usar gafas verdes; y los irritados católicos, al protestar contra tal irreverencia, pensaban sin duda en lo artísticos y dignos de respeto que son los figurones que en las iglesias evocan el recuerdo de ese ser creado por la imaginación de los fieles que, á pesar de todo su omnipotente poder, no logra evitar que sus adoradores lo adornen con unas luengas barbas de cáñamo y un triángulo dorado sobre la cabeza á guisa de tricornio de guardia civil.

Por fortuna, no fueron todo persecuciones é injurias para el poeta. Una parte del público declaróse á su favor, y únicamente la gente que por no saber leer no podía enterarse del libro, y los representantes de las autoridades eclesiástica y judicial, combatieron al poeta y formularon mil acusaciones para perjudicarlo. Excelentes abogados encargáronse de su defensa, tanto en primera instancia como ante el tribunal de apelación, y el autor fué absuelto libremente, terminando de un modo tan honroso para el poeta como ridículo para el obispo, aquella cuestión que puede considerarse como uno de los últimos mordiscos de la intolerancia religiosa, que ya está en la agonía.

En aquel proceso hubo una rara coincidencia. La poesía *Mirando al suelo*, que fué la que más atrajo sobre la cabeza de Curros Enríquez las iras clericales, es imitación de la de Béranger titulada *Le Bon Dieu*, que valió al popular poeta

parisién el ser procesado y perseguido por la reacción borbónica en 1821 y 1828.

Para el fanatismo no existen fronteras, es universal, y lo mismo atropella en la patria de la Inquisición, que en la de la noche de San Bartolomé.

Esta comunidad de desgracia reúne más al vate cantor de los risueños campos de Galicia con el Anacreonte de los empedrados de París, y si de Béranger se ha dicho que era un arpa eólica que tornaba en armonías los acentos de la multitud, de Curros Enríquez puede asegurarse que es la guerrera trompa de Rolando, y que así como éste conmovía las montañas, él remueve las caducas y absurdas creencias hasta derribarlas, y despierta á los pueblos más embrutecidos por el fanatismo.

En el Parnaso español debe existir un asiento para la poesía que toma al pueblo como musa, y ése nadie lo puede ocupar fuera de Curros Enríquez.

Después de hablar del libro y de su autor, hora es ya que digamos algo de la traducción que el presente volumen contiene, no sin antes examinarnos para alejar todo amistoso apasionamiento que pueda enturbiar nuestros juicios.

Si Constantino Llombart no tuviera una vida literaria que bien puede compararse á un deslumbrante mosaico de glorias y de triunfos; si no poseyera la alta honra de ser permanente personificación de una de las literaturas regionales que, aunque no la más importante, tampoco es

la última; si no contara con la enciclopédica condición de poder pasar á la posteridad como filólogo é historiador, poeta armonioso y prosista irreprochable, erudito como pocos y hombre de conocimientos casi universales; si no gozara de popular renombre como político tan avanzado en las ideas como desinteresado en los actos, y si no hubiera merecido el envidiable honor de que un genio tan eminente como D. Francisco Pi y Margall dijera de él que es una de las personas que más quiere como hombre, como político y como poeta, bastaría á hacer su nombre conocido y respetable el servicio que presta á la literatura castellana traduciendo los versos de Curros Enríquez para que toda la Península pueda apreciar la inspiración de éste, sin que la forma pierda ni un solo ápice de su belleza.

Es imposible encontrar un poeta y un traductor que mejor puedan compenetrarse, y que más identidad presenten en sus facultades y en su vida literaria.

Curros Enríquez ha animado con su brillante estro la literatura regional de Galicia, y Llombarb ha resucitado la hermosa literatura lemosina, dedicándose con su perseverancia sin ejemplo á su completa restauración; si el primero ha puesto á los pies de la imagen del siglo sus *Aires d'a miña terra*, el segundo ha compuesto sus *Cantos Republicanos*, que, en épocas más felices para nuestra patria, entonaban las masas obreras, en la más poética de las provincias, como *De profundis* de la muerta tiranía y la agonizante

superstición; y el autor de *Mirando al suelo* bien puede ser comparado con el que escribió *La borrachera*, imitación también de Béranger, canción tan seductora como punzante que ridiculiza la soberbia de los Papas al declararse infalibles.

Son, pues, el autor y el traductor de *Aires d'a miña terra* dos seres ilustres que se complementan y ajustan naturalmente, y el resultado de tal maridaje literario es el presente libro, en cuya antesala te encuentras, ¡oh benévolo lector!

Termina de pasear tus ojos por esta desabrida prosa, y apresúrate á gozar las bellezas que pronto encontrarás, y yo te juro que si piensas igual ó aproximadamente al autor del libro, al traductor ó á este humilde prologuista, de seguro que en muchas ocasiones la expansión del entusiasmo dilatará tu rostro al ver cómo hay poetas que se atreven á decir en forma hermosa las verdades que mil veces han acudido á la imaginación de muchos, pero que en unas ocasiones han sido olvidadas antes que dichas, y en otras, por expresarse en burda forma, pasaron inadvertidas.

Atraviesa rápidamente este vestíbulo y entra pronto en el eterno teatro del Arte, donde un hijo de las musas deleitará tus oídos, no con la dorada arpa de la molicie y la voluptuosidad que adormece á los pueblos y les hace grata la esclavitud, sólo porque las cadenas están cubiertas de flores, sino con la férrea lira que desde que existen en el mundo explotados y explotadores, señores y siervos, va pasando de mano en mano y guarda el recuerdo de Dante y de Milton, de

Rouget de L'Isle y de Víctor Hugo, de Quintana y de Espronceda, de ese eterno instrumento que despierta á los déspotas de su sueño de gloria, y cuyas tres cuerdas, al sonar, conmueven el espacio, gritando el nombre de la trinidad moderna:

Libertad, Igualdad y Fraternidad.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. ?

LOS HIJOS DE GALICIA ⁽²²⁾

Un poeta orensano.

Nay, ¡adorada nay!, mártir escura,
 Branca pombiña, arruladora e tenra,
 ¡Ay! si souperas cómo me deixabas...
 Non te morreras.

(*Aires d'a miña terra.*)

Un gran poeta y un eminente cirujano: he ahí las dos ilustraciones de que se envanece, y con justicia, la villa de Celanova: el uno literato sobresaliente, cantor de la libertad; el otro clínico consumado, operador peritísimo; ambos gala y ornamento de las ciencias médicas y de las letras patrias: Manuel Curros Enríquez y Cesáreo Fernández Losada.

¿Quién no conoce á Curros Enríquez, el autor de libros tan populares como *Aires d'a miña terra* y *El Maestro de Santiago*?

¿Quién no conoce, siquiera sea de oídas, á Fernández Losada, por sus lecciones de *Cirugía militar*?

Procuremos bosquejar la personalidad literaria de Curros Enríquez, harto importante en tierra de España.

(22) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

I

No faltan espíritus meticulosos y algún tanto suspicaces que se asustan, ó hacen creer que se asustan, de la literatura regional, por si afecta ó deja de afectar á la unidad de la patria.

Los que así discurren no se fijan en que todas las provincias son españolas, sin que haya decaído un solo instante el espíritu nacional.

El dialecto, el traje, las costumbres y la tradición se conservan á través de los siglos y las generaciones, y no por eso se debilita, antes bien, se agranda, fortalece y propaga el amor á España.

La centralización, más ó menos exagerada, podrá temer peligros donde fructifica la paz, podrá inventar rebeldías donde existe la concordia, podrá ver antagonismos donde reine la armonía; pero las gentes de buena voluntad reconocerán que el cariño á la tierra y al pueblo del nacimiento constituye la base del cariño á la patria común de los españoles.

Hablar y escribir en gallego, es como si se hablara y se escribiese en español, porque Galicia forma parte del territorio nacional por los siglos de los siglos.

Dejemos á un lado temores pueriles y sigamos nuestro camino, ó sea el derrotero emprendido por Rosalía Castro, José García Mosquera, Juan

Antonio Saco y Francisco Añón, de imperecedera memoria.

Todo tende á unidá, ley, d'entre todas,
A máis ineusorabre d'o Progreso;
Y-él que de cen naciós un pobo fixo,
Un idioma fará de cen dialeutos.

Como paran n-o mar todol-os ríos,
Com'os rayos d'o sol paran n-un centro,
Todal-as linguas han de parar n-unha,
Qu'hemos de falar todos, tarde ou cedo.

Esa fala pulida, idioma úneco,
Máis qu'hoxe enriquecido, e máis perfeuto,
Resume d'as palabras máis sonoras
Que aquelas n-os deixaran como en herdo;

Ese idioma, compendio d'os idiomas,
Com'unha serenata pracenteiro,
Com'unha noite de luar docísimo,
Será — ¿qué outro sinón? — será ó gallego.

II

¿Qué español no ha leído en gallego ó en castellano alguna ó algunas poesías del ilustre poeta celanovense?

Curros desde niño tuvo que andar por el mundo solo y errante, y tuvo que trabajar para vivir. De ahí que parezca un joven viejo por la experiencia y por la reflexión. Amamantado en el infortunio, curtido en el trabajo y lleno de inspiración, se dedicó á cantar melancólicamente

las desdichas de Galicia y á versificar con gran vigor las excelencias de la libertad.

Ni los desengaños, ni las amarguras, ni los quebrantos, ni el tiempo, han debilitado su fe, su entusiasmo y sus opiniones.

La política le seduce poco; la literatura le atrae y le subyuga más. Y es que el carácter y la fantasía se amoldan más á las letras que á las luchas de los partidos.

Por eso Curros, con la independendencia de su juicio y con la riqueza de su fantasía, ha penetrado en el campo de la literatura regional, adquiriendo al punto personalidad propia, que le distingue de los demás cultivadores literarios.

La versificación, el ritmo y la armonía de las composiciones de Curros Enríquez se advierten fácilmente. El poeta revela más predisposición á los asuntos que afectan á la vida del país, que á las ternezas y á los encantos del amor. Más se parece á Quintana, el cantor del *Dos de Mayo*, que á Ventura Ruiz Aguilera, el cantor de la ternura. Y es que Curros agiganta su estro poético cuando las pasiones se desenvuelven en la plaza pública, con preferencia á los dramas íntimos del hogar.

III

Las composiciones de Curros, ó son meramente descriptivas, en las que no tiene rival, ó entrañan la defensa de una idea, de un pensamiento ó de un proyecto que interesa á la generalidad.

Describe como Zorrilla, y se eleva á las más altas concepciones como López García.

En la leyenda, modelo de tradición popular y religiosa, *La Virgen del Cristal*, describe el pueblo, la ermita y los alrededores de Villanueva de los Infantes con tan vivos colores, que parece hallarse el lector frente a la realidad.

En *La boda en Einibó* retrata las costumbres del país, inspirándose en aquellos cuadros de la vida campestre que tanto encanto producen en los forasteros.

Y en *El Gaitero* presenta un tipo verdaderamente popular en Galicia, con sus arrogancias juveniles y sus eternas satisfacciones.

Y si bien el poeta prefiere cantar el progreso, la democracia y las grandes conquistas de la civilización á través de la Historia, también rinde culto al sentimiento y á la nostalgia nativa, cuando nos dice en su hermosa composición *Os mozos* :

¡Qué triste está a aldea,
 Qué triste e qué sola!
 ¡A terra sin frutos, a feira sin xente,
 Sin brazos ó campo,
 Sin nenos a escola,
 Sin sol ó hourizonte, sin fror a semente!

A pedra y-as nubes
 A sembra arrasando,
 Agoiran un ano de fame sombría;
 Sin pan os labregos,
 Sin herba pra ó gando,
 ¿Qué vay á ser d'eles n-acrua invernia?

Hace años que en Galicia tararean una *mui-ñeira*, música de Alonso Salgado, con letra de Curros Enríquez. Empieza así:

N-o xardin unha noite sentada
 O refrexo d'o branco luar,
 Unha nena choraba sin trégolas
 Os desdés d'un ingrato galán.
 Y-a coitada entre queixas decía:
 «Xa n-o mundo non teño ninguén;
 Vou morrer e non ven os meus ollos
 Os olliños d'o meu doce ben.»

Os seus ecos de malenconía
 Camiñaban n-as alas d'o vento;

Y-o lamento

Repetía:

«¡Vou morrer e non ven ó meu ben!»

Desde que Curros perdió á su santa madre, las producciones del poeta están impregnadas de melancolía:

Dende que te perdín, a terra, ó ceo,
 Todo é pr'a min d'a mesma côr d'a morte;
 O sol non m'alumea, nin os campos
 Pra min tén froes.

Y en los piadosos recuerdos de la infancia, nunca olvidados, y en el íntimo afecto que conserva á las tradiciones del hogar y de la tierra natal, se inspira el poeta para decir:

Leutores, se olvidando d'o mund'os traballiños
 Vos fórades de paseo de Vilanova ó val,
 Entrade respetosos, entrade caladiños,
 N-a primorosa ermida d'a *Virxe d'o Cristal*.

Si escasos de fortuna bicades a sua pranta,
 Si á visitala vades faltiños de salú,
 Socorrerávos logo a milagrosa Santa;
 N-o mundo non hay outra que teña máis virtú.

De tristes agarimo, de probes esperanza,
 D'os namorados guía, sostén d'o labrador,
 Canto de Dios quixere, tanto de Dios alcanza;
 Non hay quen lle non deba consolos e favor.

Cando eu era pequeno, por miña nay levado,
 D'aparición pedinlle a lenda celestial;
 Si cal a deixo escrita non for d'o voso agrado,
 A culpa non botedes á *Virxe d'o Cristal*.

IV

El gaitero es en Galicia el encanto de la gente moza, y la gaita regocija nuestros oídos y nos consuela en nuestras aflicciones. Curros presenta á sus lectores el vivo retrato del gaitero de Penalta en los siguientes hermosos versos:

Dendesd'o Lérez lixeiro
 As veigás que ò Miño esmalta,
 Non houbo n-o mundo enteiro
 Máis arrogante gueiteiro
 Que ò gueiteiro de *Penalta*.

Sempre retorcendo ò bozo,
 Erguida sempre a cabeza,
 Daba de miral-o gozo:
 Era un mociño..., ¡qué mozo!
 Era unha peza..., ¡qué peza!

Calzón curto, alta monteira,
 Verde faixa, albo chaleque
 Y-o pano n-a fraltriqueira,
 Sempre n-a gaita parleira
 Levaba dourado fleque.

Xentil, aposto, arrogante,
 En cada nota ò gueiteiro
 Ceibaba un limpo diamante,
 Que logo n-o redobrante
 Pulía ò tamburileiro.

¿Puede darse lenguaje poético más sencillo, más natural y más apropiado? ¿Puede encontrarse poesía descriptiva, de costumbres populares gallegas, que encierre mayor parecido y más vivos colores?

Curros no sólo es el continuador de Zorrilla en la leyenda y el heredero de Quintana en la forma poética, sino que sus aptitudes y su imaginación y sus sentimientos le llevan á cultivar, con igual éxito, los más variados géneros literarios. Bien puede decirse y afirmarse que el ilustre hijo de Celanova es un poeta genial, trovador de altos vuelos en *El Maestro de Santiago*, romántico y caballeresco en *A Virxe d'o Cristal*, gallego *enxebre* en *Cántigas* y *Alboradas*, y amante *d'a terra* en aquellos versos inimitables dedicados á *Mariquiñas Puga*, días antes de que nuestra joven paisana saliese del puerto de La Coruña para la Isla de Cuba:

Pombiña mensaxeira
 De branca pruma,

Fálalle ós emigrados
D'a patria sua.
Dilles, mimosa,
Que d'eles apartada,
Galicia chora.

Dilles que pr'os seus lares
Tornen axiña;
Que sin eles non queren
Pintar as viñas,
Regar os regos,
Madurar as castañas
N-os castiñeiros.

Dilles que non hay terra
Millor que a nosa,
Máis ridentes paisaxes,
Máis frescas sombras,
Máis puros ceos,
Nin lua máis luscente
N-o firmamento.

MODESTO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ. †
(*Fernán-González.*)

NUESTROS POETAS ⁽²³⁾

Manuel Curros Enríquez.

Ha nacido para la lucha. Así como del golpe del eslabón sobre el pedernal brotan chispas de oro en brillante cascada, así del choque de opuestas circunstancias que informan el proceso de nuestra vida literaria, brotaron los versos de Curros, vestidos con todas las galas del lenguaje y armados con lanza y escudo, á un tiempo arrullo é imprecación, canto de guerra y gemido de dolor, dulces y enérgicos, amorosos y batalladores. Su lira posee todas las cuerdas y á su dulce son canta ya la placidez serena de animadas escenas campesinas, que describe con mágico encanto, ya la ardiente lucha de pasiones y sentimientos que al presente nos agita. Con la misma facilidad con que domina todos los asuntos, maneja todos los metros, y precisamente esta facilidad maravillosa, amén del nervio poético de todos sus cantos, han hecho que se le aclame sin reservas como uno de los pocos soberanos de la poesía gallega.

Ésta le debe no poco. Gracias á él y á Rosalía

(23) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

atravesó el Sil y extendió su fama por España entera. La traducción que Angel Rodríguez Chaves hizo de *A Igrexa fría*, aunque bastante defectuosa, fué leída y comentada con avidez por todos los públicos españoles. El nombre de Curros contribuyó poderosamente á despertar en los literatos de las demás regiones el deseo de aprender el gallego para leerle en su idioma, y hoy no hay nadie que, siguiendo el movimiento literario aun de lejos, no conozca las poesías de Curros Enríquez, y no las tenga en tan alto grado de consideración como las de los primeros poetas de otros países.

Nadie puede dudar del mucho mérito de Curros, ascendido á la más alta jerarquía literaria por sufragio universal, cumpliéndose en él la que parece ley que rige la existencia de nuestros grandes maestros: Rosalía, Pondal y él. En efecto, ninguno de los tres ha corrido detrás de la fama para sujetarla por la suelta fimbria de su ligero manto que el viento agita: todos tres han vivido y viven (hecha lamentable excepción de nuestra insigne poetisa, que duerme para siempre en brazos de la inmortalidad) alejados del ruido del mundo, encerrados en su existencia modesta, pretendiendo anularse ante su público de devotos para todo lo que sea recibir honores y plácemes, y encerrándose en sus solitarios hogares, que ningún extraño profana, desde los que derraman sobre Galicia, como lluvia de perlas, las sonoras cadencias de sus versos, que parecen armonías celestes. Ninguno de ellos es rico en bie-

nes de este mundo, y todos tres han dado á Galicia una riqueza más preciada que el oro: la honra que le reporta tener hijos tan ilustres; y, por último, todos tres han recibido las mismas heridas, ganadas en el combate; y en la vida de todos ellos, entre los laureles plantados á la puerta por la admiración de sus paisanos, ha hecho su nido la amargura eterna, que parece ser patrimonio de los que han hecho un pueblo. Curros, amante de su patria *chica*, vive alejado de ella; Curros, amante de la poesía, vive sujeto con ligaduras de hierro á la prosa aplanadora de la vida del periódico, monstruo insaciable que todo devora: salud, energías, altos pensamientos; y así, sujeto á un trabajo diario que tiene de fatigoso lo que el trabajo de los antiguos esclavos, siente la amarga nostalgia del desterrado que vive siempre con la pena de no poder escapar de su prisión, extendiendo en el aire sus hermosas alas de pájaro. Él no está en Galicia, pero Galicia está en él. Su amor late, vivísimo y ardiente, en lo más hondo de su corazón, y para ella son los más secretos afanes de su alma siempre soñadora, de sus desfallecimientos, de sus horas negras. En una de éstas fué pasto del fuego aquella su colección de poemas gallegos titulada *Brétemas*, sobre cuyas cenizas llora nuestra poesía regional lágrimas inextintas. ¡Ah!, sólo Dios y el que las pasa saben cuán amargas son estas horas de absoluto desfallecimiento en que el poeta reniega y maldice de sí propio y de su gloria, y con sus mismas manos destruye sus versos, que es lo mismo que arran-

carse un pedazo del alma y echarla al fuego y verla arder. Después, aunque el tiempo pase y la herida se cicatrice y los años transcurran y nuevos dolores nos hagan olvidar el dolor pasado, no se pueden convertir los ojos á aquellos leños calcinados de la hoguera extinta y helada, sin sentir que ella ha destruído para siempre un pedazo de nosotros mismos.

Su historia es de ayer y su gloria es eterna. Posterior á Rosalía, á quien debemos nuestra poesía, que ella sacó de la nada; posterior á Pondal (hablo sólo de los que han vivido lo bastante para alcanzar la plenitud de sí mismos), Curros está fuera del suelo que nuestro Murguía llamó de *Los Precursores*. Curros vino al mundo literario cuando nuestra poesía era ya núbil doncella que, armada, se había hecho lugar honroso entre los que (que ya los había) renegaban de ella y trataban de sepultarla de nuevo. Cuando el combate estaba iniciado ya, cuando por todas partes se oían los himnos de las victorias que se iban obteniendo, entonces fué cuando Curros vino á la arena al frente de todos los soldados de hoy, que manejan las espadas ennoblecidas en la mano de los héroes de ayer. Apenas apareció, todos le rodearon y, aclamándole, le alzaron sobre el pavés y le hicieron caudillo de la legión nueva; desde entonces, la espada y el cetro fueron para Curros una misma cosa, porque no podían ser otra, porque no se combate agitando el ligero tirsó, cuyo alegre ruido se escucha con deleite sólo en las fiestas de la paz. Tal vez fué más lejos de lo

que debiera y, cegado por el ardor del combate, estime enemigos á los que debiera respetar; tal vez extreme contra ellos sus ataques, obedeciendo acaso á una secreta ley que haya informado esta primera etapa de su vida, que se condensa en su libro *Aires d'a miña terra*, en su novela *El tributo de sanyre*, en sus perdidas *Brétemas*; pero sobre todo en el primero de los libros citados. Su significación y su importancia condensan la significación y la importancia del autor. Vivo, inspirado y caliente en su estilo, realista en la más genuina acepción de este vocablo, tiene el secreto de conmover ó arrebatarse el ánimo del lector. Curros tiene fe sincera y ardiente, defiende sus creencias y ataca las contrarias con fiereza leonina, de frente, á pecho descubierto, exponiéndose sin titubear á los tiros enemigos: va derecho á su fin y nada le detiene ni nada le importa. La palabra usual tórnase en sus labios enérgica y precisa; la enérgica, dura; la dura, punzante y demoledora: por eso el gallego en sus labios ha acentuado sus tonos de pasión y la lengua del enamorado y dulce Macías, manejada por él, tórnase en ocasiones ronca como el sonido de la trompa épica, ó atronadora como el agitado doblar de una campana que toca á rebato. En la indudable melosidad de su idioma ha encontrado como nadie acentos arrebatadores, capaces de arrastrar al pùeblo en pos de sí, congregado á su voz, poderosa como la de un titán que llama á sus hermanos á la conquista del Em-píreo. Por esto, porque está en la plenitud de

sí mismo y tiene la conciencia de sus fuerzas, le amargó más la herida, punzóle la contrariedad, y extremando sus convicciones, llegó desde la obstinación del apóstol á la exageración del sectario. Vióse corregido, y se revolvió con ira contra su corrector; creyó que se le declaraba la guerra, y la aceptó con orgullo, sintiéndose allá adentro capaz de sostenerla, por muchos y poderosos que fuesen sus enemigos, y de esta mala disposición de su ánimo nacieron más tarde sus ataques encarnizados, sus versos que manan sangre y atropellan y hieren y contunden y flagelan sin piedad y con furor reconcentrado. Aun en esta especial tesitura, que, hay que desengañarse, no es su manera de ser; aun en esta extrema pendiente, en la que agota contra sus especiales antipatías el vocabulario de las más enérgicas reprobaciones, no descende de su altura de gran poeta, y produce versos tan llenos, tan vigorosos, tan bellos, con siniestra belleza, como los que titula *O Vento...*, que Curros quiso hacer humorísticos y no hizo sino impregnados de una grandeza trágica tal, que no les ha hallado par en ninguna moderna literatura. Curros es, en nuestra literatura, el poeta de lo que se ha dado en llamar, con frase más ó menos bruta, la nota moderna, pero no (en sus poesías está la prueba) la nota antirreligiosa. Las que dieron origen á que el vulgo lo aseverase así, sólo son desahogos aislados que se salen de su carácter poético. Más que contra instituciones, se revuelve contra personas, y más que contra los dogmas, que al fin y

al cabo ninguno niega directa ni indirectamente, contra interpretaciones de los mismos, que no respeta ni estima justas. No es, pues, antirreligioso Curros, ó mejor dicho, no se propone Curros atacar la Religión. Y á pesar de esto, pasa por antirreligioso y tiénesele por ateo, por hereje y por escéptico, cuando Curros, á mi ver, no es tales cosas, aunque en determinadas ocasiones haya dicho verdaderas herejías. No, no es esto Curros, sino algo diferente en esencia. ¿Quién ha calculado el sendero que seguiría si al comenzar los albores de su fama no se hubiera distraído su atención con las incidencias de su ruidosa causa? Después de la explosión que estos días conmueve nuestro mundo literario, ¿quién sabe si, monumentalizadas, como diría Alarcón, estas pequeñas cosas, y libre Curros de su peso, seguirá desembarazadamente y con nuevo brío, en él jamás apagado, la senda luminosa que le llevó á la cima? No es posible juzgar hoy por entero á nuestro poeta; todavía tiene mucha vida por delante y una misión muy grande que llenar. Él dirige á la hueste joven, que recita de memoria sus versos con tanto entusiasmo como la generación anterior, en toda España, los de Espronceda. Y si Curros falta, no hay nadie que le substituya, aunque hay algunos, y de no pocos alientos, que le siguen. Aun hace pocas semanas he visto algunas de las magníficas acuarelas á una tinta con que Manuel Angel está ilustrando un nuevo libro de Curros que aparecerá en breve, *El Maestro de Santiago*, en el cual veremos al

poeta tal como él es, siguiendo libérrimamente el vuelo de su fantasía, en una obra toda espontánea y libre de influencias exteriores, y tras éste confío que hemos de ver otros que hagan brillar con resplandor aún más vivo la dorada aureola del poeta.

¿Cuál es el puesto que ocupa en nuestra literatura? Lo he dicho ya. Curros es el caudillo de nuestros jóvenes poetas, es el que la mocedad gallega lee con más entusiasmo, porque parece que en sus versos bulle y alienta cierto fuego que enciende la sangre y despierta en el cerebro un brillante remolino de ideas, á través de las cuales se vislumbra la dorada perspectiva de un porvenir encantado con el encanto de lo desconocido. Las emociones de la guerra, las gratas dulzuras de la paz, esa pasmosa elasticidad con que las imaginaciones juveniles se sienten irremisiblemente seducidas, lo mismo por la parte grata de la existencia que despierta con nosotros el deseo de entregarnos á dulces sentimientos, que por las asperezas de la vida que nos impulsan á acometer empresas difíciles y levantadas, tras de las cuales no se busca más premio que la satisfacción de haber vencido, de sentirse fuerte y animoso, todo esto late en los versos de Curros y le ha asegurado la jefatura, por decirlo así, de la juventud de Galicia, que se ve subyugada por quien también es joven y tiene todos los sublimes anhelos y los bríos de los que serán dueños del mañana. Ante ellos se abre un nuevo ciclo en que emular las proezas de los que ya conquista-

ron un jirón de gloria en que envolverse; ellos serán los que lleven la poesía gallega por los nuevos derroteros que las actuales tendencias señalan á todas las artes; ellos los que coronen el edificio que tantas víctimas ilustres ha costado, los que lleven á la plenitud nuestra poesía regional. Curros amamanta á sus pechos esta legión brillante de poetas, que en sus versos beben el misterioso encanto de sus poesías, encanto sólo comparable al de algunos viejos poemas escandinavos, y ese vivísimo sentimiento de independencia que trae á la memoria el de los campesinos sardos. Los versos de Curros (los gallegos) están por completo libres de influencias extrañas, son por completo de la tierra á cuyo amor nacieron y cuyo amor anima cada una de sus estrofas. Y este amor pone en ellos tales acentos de verdad, tan poderosa fuerza descriptiva, tan amable encanto, que así como las novelas de Pereda despiertan el deseo de hacer un viaje á la Montaña, así los versos de nuestro poeta producen en quien los lee vivo afán de conocer la tierra cuyos hombres hablan este admirable idioma en el que se pueden escribir tan lindas cosas. Los caracteres fisonómicos de nuestra raza, su vida, sus costumbres, sus desdichas, sus aspiraciones, están en los versos de Curros trasladados con arte inimitable, arrancando á la verdad sus propios acentos: por eso se lee á Curros en las aldeas donde, aun en aquellos lugares que parece debían estar apartados de todo comercio literario, no es su autor un desconocido.

Lo que aún no puede saberse es adónde llegará. Su obra son, hoy por hoy, los *Aires d'a miña terra*, libro completo, aun desde sus primeras ediciones, que llena un vacío y cumple una misión que ha separado la primera etapa de la vida del autor de las que en lo sucesivo recorra. Inició su carrera con gloria. Mientras no nos presente otro libro de importancia, en cuyas páginas esté escrito otro canto del poema de su existencia literaria, nada podemos prever, pues nadie sabe los anchos senderos por donde su musa continuará en lo sucesivo su carrera de triunfos

AURELIO RIBALTA.

LA REPÚBLICA Y SUS HOMBRES ⁽²⁴⁾

Curros Enríquez.

Unid la más rica fantasía á la mayor profundidad filosófica, la ternura más exquisita y la energía más viril; sentimiento artístico rayando en lo épico y patriotismo exaltado hasta la sublimidad; una lira de oro pulsada con diestra mano, arrancando acentos tan sentidos y poéticos que hacen vibrar las cuerdas más sensibles del corazón; forma robusta, armónica y cadenciosa en el verso; clásica, acerada, firme y siempre intencionada en la prosa: estos son los rasgos morales que caracterizan las obras del ilustre poeta gallego, la fisonomía interna del escritor político Curros Enríquez.

¿Quién no conoce sus *Aires d'a miña terra*? ¿Quién como él ha sabido pintar esos cuadros llenos de melancólica luz que tan magistralmente pintan la región gallega? No, no hay un solo paisano suyo que no recite aquellos incomparables versos llenos de sentimiento y que traducen tan fielmente la nostalgia de los hijos de aquella

(24) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Suiza española, tan mal juzgada por la inmensa mayoría de los españoles.

Allá en las verdes montañas de su país, en los risueños valles en que la Naturaleza brilla con esplendor incomparable, en las frescas riberas de sus poéticos ríos, en las playas de su mar Cantábrico y entre las abruptas rocas de sus cordilleras, preguntad al pastorcillo, al marinero, al paisano ó al labrador quién es Curros Enríquez, y os recitarán tiradas enteras de sus armoniosos versos, impregnados de sentimentalismo alemán.

Y no solamente ha escrito como nadie en su dialecto; bien ha probado en *El Caballero de Malta* el corte puramente clásico castellano; fuera inútil y prolijo hablar de las demás obras de este querido hermano en letras; mas no hemos de omitir en manera alguna sus *Comentarios*, que diariamente servía al público en *El País*. ¡Con qué vigor atacaba siempre el acto político vulnerable! ¡Qué maestría para señalar siempre el defecto! ¡Qué acierto para el ataque y qué energía para la defensa! Sus comentarios políticos serán siempre página de gloria en la vida del escritor.

¿Qué más vida pública ha de tener el que no ha tenido tiempo más que para sentir y expresar su sentimiento con esa forma admirable que tiene origen en el corazón ardiente del poeta, desarrollo en su caldeado cerebro y manifestación en sus admirables composiciones?

Mas ¡ay!, como el atleta cansado del diario combate, abandonó las playas españolas por las

fértiles riberas de Cuba: allí ha sido acogido por sus paisanos como su genio merecía, y está al frente de una importante publicación, y nosotros siempre lamentando la ausencia de aquel republicano progresista de corazón, ardiente sacerdote de la idea y noble propagandista del derecho moderno, siempre en beneficio de los pueblos.

La ausencia no debilitará el cariño y admiración que sentimos por el noble poeta é ilustre republicano, del cual, no ya la futura República española, sino la raza latina, de la que es, como nosotros, decidido campeón, esperan mucho, pues es uno de los más fuertes campeones del derecho político de los pueblos.

VICENTE DE LA CRUZ.

TRIBUNA LIBRE ⁽²⁵⁾

Curros Enríquez.

De los poetas regionales gallegos, es quien más cariño y más fama ha logrado haber en su tierra. Un tiempo luchó rudamente contra las envidias, hallando en los enemigos rencores implacables y sólo desamor en los hermanos. Su vida fué sañudo y constante batallar, con descansos fugaces de angustias y de penas. Por eso, al lucir la aurora dorada de la reivindicación, logró popularidad y cariño; que el pueblo, en virtud quizás de sabias intuiciones, únicamente se rinde ante el poeta cuando su obra es fecunda y es humana, cuando es verdadera obra de apóstol.

Desde hace ya mucho tiempo Curros Enríquez vivía en países lejanos. Vuelve ahora á su tierra, y el pobre llega enfermo, vencido por una lucha constante y dolorosa. Tal vez espera curarse respirando los aires de la región natal, bajo aquel cielo gris, con los olores agrestes de las campi-

(25) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

ñas y el canto saudoso de las zagalas. Mal de nostalgia debe ser el suyo, y muy bondadosa es la influencia de cuanto hasta ahora sólo pudo ofrendarle el ensueño.

Pasea aún por las rúas de las ciudades y de las villas gallegas aquella su figura, un tiempo arrogante y varonil.

Los periódicos aroman con perfumes de incienso al hermano que viene adolorido y sin fuerzas. Toda la gente pudo oír voces santas, ungidas con el bálsamo del amor, llenas con la fiebre del entusiasmo: «Si alguna vez pasa á vuestro lado, descubríos. Ha luchado por vuestra redención, ha sufrido por vosotros, á vosotros únicamente consagró su vida.» ¡Qué hermosas son estas palabras y qué alegría llevan á los corazones! Curros Enríquez vivió siempre en lucha; su voz alzóse ruda, obscureciendo todo otro rumor, vibrante, apocalíptica. Él ha dicho con versos de gran belleza, acoplados en forma arcaica y gentil:

Triadas, miñas triadas,
Que levadel-os tres fíos
D'as frechas envenenadas...

Miñas triadas valentes,
Rachade os aires fungando
Como fungan as serpentes...

Y á esta idea ajustó siempre su vida y su obra. Hasta él, la poesía gallega había sonado con ecos de lamentación doliente. Curros Enríquez comenzó ya haciendo algo distinto. Fué su voz pri-

mera canto melodioso y dulce. Tiene estrofas de aquel tiempo donde los campos de Galicia parecen haber dejado todos sus aromas, todos sus colores. Vense allí los días siempre negruzcos, con la sonrisa pálida de un sol bien triste; se oyen esas baladas humildes de los pastores y hay en ellas olores de menta, de fresa en sazón, de resina húmeda, de flores silvestres... En estas poesías eglógicas duerme ya un secreto fondo que hace vibrar en el alma amargurada las cuerdas más íntimas del sentimiento. ¡Es que el poeta ve el paisaje de un modo suyo y llena la visión con fugaces resplandores de aquello que bien pronto había de explotar en cataratas de llamas iracundas!

Y cuando la nueva forma principia á iniciarse, los versos braman y rugen. Son constantemente una evocación á los humildes, una voz hermana que se revuelve contra los verdugos. Ondulantes y flexibles, cimbréanse como serpientes, ciñéndose, mordiendo. Á veces llegan á movilizarse, y cada verso es una flecha de cristal candente. Parece que el poeta ansiara herir deslumbrando. Todo lo sacrifica á la causa de los humildes, de los vencidos. Oye el grito del anciano que va solo por la vida, ya que sus hijos han muerto en la guerra; y lo oye junto con el sollozar de los huérfanos y el gemir inconsolable de las viudas. Oye las cuitas del labrador que ve perderse sus cosechas; oye la voz amarga del que emigra en busca de pan... Estos dolores le invaden el alma; y sus versos, entonces, parecen ansiosos de todos

los venenos y de todas las ponzoñas. Son cascadas de odio; se iluminan con luces de incendio...

*
* *

Quieren los hombres amordazar al rebelde, al jabalí herido que los busca en vez de huir. Le condenan á varios años de prisión, le absuelven después... Y el poeta, lejos de enmudecer atemorizado, habla más fuerte aún, grita con vigor más grande. Sus versos, desde ahora, no son humildes un solo instante, ni tienen jamás acentos dulces: corren como ríos de fuego por las campiñas, encienden en los corazones sentimientos adormecidos, van á estallar entre la alegría de los poderosos...

Cansino, al fin, surcó los mares. Fué á Cuba. Su producción, lenta siempre, amenguó más desde entonces; pero su voz amiga no se mantuvo constantemente en silencio. Siempre que fué necesaria, envió frases de consolación ó sonó con acentos de rebeldía. Yo recuerdo instantes en que gentes humildes lloraban grandes cuitas; y las recuerdo, en otros días, lamentando deslealtades crueles. Evoco al poeta, y su voz me parece el zigzaguar glorioso de un relámpago, ó la veo como una luz divina, que es para el alma bálsamo de gran dulzor.

Si alguna vez humilla algo el tono vibrante, aun entonces no son frívolos ni son infecundos sus versos; parecen el postrer sollozo de un arpa

que cantó sólo victorias, y que al romperse vibra en gemidos ondulantes y trémulos. Viene á nosotros enfermo. Viene buscando aires amigos que le den la salud del cuerpo y la paz del alma. Su obra es inmortal y es fecunda: nos lleva hacia nuevas visiones, engendra ansias de sublime grandiosidad. Nacido en otro tiempo este poeta, al son de su lira hubiera, sin duda, infundido alientos en las huestes amedrentadas y hubiera guiado á los combatientes á la pelea: es aún uno de esos antiguos bardos que tenían á la vez investidura de guerrero y sacerdote. Su voz resonará años y años sobre aquellas campiñas: las campiñas verdes y húmedas, donde cae mansa la luz del sol, donde cae mansa la lluvia perenne de los inviernos largos, donde las almas son humildes y resignadas...

Yo siento amor gigante por el bardo y por su obra. Aquellos versos que vengo escuchando desde niño supieron darme á menudo alientos. Unas veces han alumbrado mi peregrinación, y otras veces han sido para mí como el divino astro de la leyenda bíblica, que señalaba el camino de los pastores.

Dicen bien los periódicos gallegos. En la figura de Curros Enríquez hay algo de sagrado. Viene ahora á la corte, y se hace preciso que sepamos cómo es en la vida; si es recio ó menudo de formas; si su barba, negra hace años, se ha encanecido ya; si sus ojos brillan aún, profundos como en otro tiempo, animados por la luz interior de la idea. Es necesario conocerlo. Y entonces, cuan-

do le veamos junto á nosotros, que nuestras cabezas se descubran como al paso de un apóstol ó de un Dios. ¡Sufrió por causa de los oprimidos y de los débiles, y en la pelea ciñó á su frente las espinas de todos los dolores y gustó con sus labios la hiel de todas las amarguras!

FRANCISCO DE CAMBA.

HOMENAJE DE JUSTICIA ⁽²⁶⁾

I

Hace ya bastante tiempo. Recuerdo que una tarde huroneaba por los rincones del desván de mi casa con esa curiosidad peculiar de la infancia, instintiva y destructora, que no se da por satisfecha hasta que no encuentra cosas nuevas y lo ha mirado y revuelto todo. Después de apartar una infinidad de objetos de un montón encontré, ¡oh dicha mía!, un inmenso cajón lleno de libros muy polvorientos y amarillos, pero que á mí me parecieron interesantísimos.

Y principié á sacarlos y ponerlos en el suelo, al mismo tiempo que miraba su título. ¡Qué delicia tener tanto que leer! Pero ¿por cuál principiaría? Aquellos novelones de Fernández y González eran demasiado voluminosos, y me acordaba del *Gil Blas de Santillana*, que me dió para leer mes y medio; *La Araucana* estaba impresa en caracteres tan diminutos que me cansarían la vista; los viejos folletines coleccionados de *El Liberal* y *La Correspondencia* no los quería

(26) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

para aquel momento; me encantaban las viñetas de la *Señorita del quinto piso*, y hasta estuve por leer desde luego á *Quintín Durvard*; pero no, necesitaba saber lo que venía detrás.

Aquel cajón parecía inagotable, y yo, dominado de un ardor febril, respirando el polvo que envolvían los viejos librotos, formaba en mi cerebro una confusa amalgama de nombres y títulos. Por delante de mis ojos desfilaron las mejores producciones de Pereda, Balzac, Dumas, Espronceda, Xavier de Montepín, Pérez Escrich y otros muchos, juntamente con opúsculos de *Demófilo* y antiguas colecciones de la *Gaceta*. De pronto, al coger un libro en rústica muy usado y maltrecho, se escapó una hoja suelta: eran unos versos preciosos en gallego. Me entusiasmaron de tal modo, que decidí leer primero, y antes que nada, aquella obra; me fijé en su título, y era *Aires d'a miña terra*; busqué el nombre de su autor, y vi escrito Curros Enríquez.

No se dónde había oído decir que Curros Enríquez era enemigo de los cristianos y de los curas, y que el que tocase sólo sus libros cometía un pecado mortal que infaliblemente purgaría, tostándose en el infierno toda la eternidad. Sin embargo, cogí el libro y lo leí con ansiedad, por lo mismo que se me prohibía, y si admirable me pareció al principio, por grandiosa tuve al fin la genial inspiración de Curros. Y pensando en la campaña sin razón emprendida en contra suya, por reflejar en los ecos de su alma, que son sus versos, la verdad pura y diáfana exenta de incom-

prensibles retóricas, levanté ya entonces en mi infantil pecho un altar de admiración al ilustre Curros y volví á guardar religiosamente el volumen en el fondo del inmenso cajón, mientras murmuraba entre dientes:

Si esto é xusticia

Qu'ó demo me leve.

II

Desde entonces he vuelto á saborear varias veces sus hermosas poesías. Y siempre me encantaron por esa inagotable armonía que, dando modalidad al pensamiento, nos conmueve; por el tesoro de ternura y delicadísimos sentimientos acumulados en forma tosca á veces; por esa viva compenetración del espíritu campesino y por los áureos resplandores brotados al calor de una inspiración fogosa que abomina del despotismo, de la desigualdad y otras calamidades sociales, condensados aquéllos, bajo el marco del más dulce dialecto, en sus sentidas estrofas, melancólicas ó alegres, con su fondo inmutable de justicia, y todas sus poesías en que vaga esa nota melódica, sublime, arrobadora y fantástica, recogida en el puro manantial de concepción que prestan los dulcísimos valles y escarpadas montañas de la hermosa tierra gallega.

Y sobre todo, lo que hay que admirar es un acendrado cariño al suelo patrio, y ese espíritu

moderno que se revuelve airado luchando con las opresoras garras de un clericalismo funesto y los podridos arquitectos del armatoste social.

III

Por eso cuando supe hace pocos días que al insigne autor de *A Igrexa fría* se le había coronado en el Teatro Principal de La Coruña entre ovaciones delirantes, experimenté una inmensa alegría, la viva satisfacción que nos embarga cuando una idea nuestra se completa y armoniza con la de otros.

Yo también pensé siempre que el vate gallego era acreedor á una recompensa, y por tanto, al dedicarle varias sociedades de Galicia una corona de oro y plata que simbolizase perpetuamente su admiración, no hicieron más que rendir un merecido homenaje al cantor por excelencia de aquella tierra, al famoso autor de *Aires d'a miña terra*.

Curros Enríquez ha sufrido inicuas persecuciones. ¿Quién no las sufre cuando se trata de levantar la voz en medio de esta atmósfera saturada del mayor nepotismo y de un ambiente de refinada hipocresía; cuando se protesta de fatales imposiciones dogmáticas, y en el momento en que con patriótico anhelo se pide mucha luz y mucha justicia para caminar con paso firme en ese mar preñado de sombras obscurantistas que se llama sociedad? ¡Ah! Es necesario que haya

muchos que se templen y acrisolen sirviendo de blanco á esas ruines asechanzas, porque será señal inequívoca de que la corriente de salvación es impetuosa; es preciso que legiones enteras de hombres, imitando al insigne Curros, luchen denodadamente por extirpar del cuerpo nacional el virus inoculador de la más creciente y espantosa de las ruinas.

LUIS MÉNDEZ CALZADA.

LITERATURA REGIONAL GALLEGA ⁽²⁷⁾**Manuel Curros Enríquez y la nueva generación.**

Mis simpatías y entusiasmos por la poesía gallega tuvieron origen en las páginas de un libro cuyo mérito me pareció insuperable: *Aires d'a miña terra*, de Curros Enríquez. Era yo demasiado joven para haber oído hablar del poeta; pero á pesar de ello y de las dificultades que para mí tenía la lectura de su lenguaje, que me era extraño, no vacilé en consagrarle mi admiración. Deletreando palabra por palabra, repitiendo estrofa por estrofa, saboreando una por una aquellas hermosas composiciones conmovedoras, hondas, sinceras, intencionadas y viriles, sentía yo algo como la atracción de un imán poderoso que, haciendo vibrar las fibras de mi alma con amor á la infortunada Galicia, despertaba en mí el deseo de pelear también por la hermosa región española para hacerme digno de gozar en ella la soñadora paz de sus frondosos castaños, el deleitable encanto del habla, al que un filósofo inglés llamó *el italiano de Occidente*, la dulce cal-

(27) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

ma de las escenas campesinas, la serena placidez de aquel cielo, cobijador solemne de proezas y glorias.

Después, tras algunos años, he sabido de Curros Enríquez que nació en Celanova (Orense), que cursó la carrera de Derecho y fué desde sus mocedades periodista, y que los azares de sus campañas en la prensa y de su vida política le obligaron, primero á emigrar á Londres y después á Cuba, donde desde entonces ha vivido soñando en su patria y deseado de ella.

Al estudiar más tarde la literatura de Galicia he podido, por mí mismo, apreciar la influencia grande que las obras de Curros han ejercido en la poesía contemporánea de aquel pueblo. Y no sólo en la poesía. Acaso el fuego sagrado de la patria gallega, mantenido cada vez con mayor entusiasmo y afán, se debe más á los emigrados ilustres que á los que no han dejado de pisar el patrio suelo. Al otro lado de los mares, el nombre sacratísimo de Galicia, diariamente bendecido y glorificado, preside corporaciones doctas, ilustrados diarios y revistas, libros y publicaciones notables. Defendiéndola y honrándola viven allí sus hijos, en ese vivo amor que enciende la ausencia de la tierra querida y que tan enardecidamente inspira á los poetas, amor que llega luego hasta nosotros vigorizado por los ambientes que cruza y envuelto en las más sanas y fecundas oleadas de regeneración y progreso.

EN ELOGIO DEL POETA ⁽²⁸⁾

Transformada una vez en ave de pío dulcísimo y alas de nieve, de las que anidan en los campanarios, bañándose en luz celeste y en las ondas del incienso que trasciende de la nave, canta una tradición devota y popular, aprendida de los labios de su madre, y con tan sincero fervor como casi no es posible que brote de un ánimo ajeno del todo á las creencias en que se inspira

RVDO. P. FRANCISCO BLANCO GARCÍA. †

(Fraile agustino, profesor del Real Colegio del Escorial
y autor de *La Literatura Española*
en el siglo XIX.)

(28) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

«EL PAÍS» Y CURROS ENRÍQUEZ ⁽²⁹⁾

Seguimos hoy bajo la dolorosa impresión que nos causó en la madrugada de ayer la noticia de la inesperada muerte de nuestro antiguo compañero, el gran poeta Curros Enríquez.

Habremos de dedicarle en números sucesivos repetidos recuerdos con la ternura que se consagra á un hermano muerto.

Hoy sólo escribiremos algunas líneas biográficas.

Nació Curros en Celanova (Orense), en 1851. Su padre era notario en aquella población, muy bien reputado por su inteligencia y sus virtudes verdaderamente austeras.

Pero chapado á la antigua é intransigente en materia religiosa, estalló en el hogar paterno una verdadera tempestad el día en que el adolescente Manuel Curros reveló, no sabemos si en escritos ó palabras, que ya no estaba de acuerdo con las prácticas y las creencias ultracatólicas de su padre.

Además, éste consagraba á su hijo á la carrera notarial. Imaginaba en él un fidelísimo deposita-

(29) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

rio de su archivo y de la fe pública de aquella comarca. La protesta literaria del hijo enojó tanto al padre como su protesta religiosa.

Vino el rompimiento. Curros abandonó la casa paterna con lo puesto. Jamás su padre transigió con él. Hombre de carácter férreo, vivió hasta cerca de los noventa años sin querer oír hablar de los triunfos del poeta y mucho menos de sus campañas librepensadoras. Murió sin haber leído ni un solo verso de su hijo, y éste no volvió á cruzar el umbral de la casa paterna. Fué aquél el choque de dos trozos de granito de la misma cantera, porque Curros era tan entero, adusto y noblemente intransigente como su padre.

Adaptada á los tiempos modernos, aquélla fué una escena semejante á la del joven Cid con su padre Diego Laínez, cuando éste pone á prueba la paciencia del futuro Campeador.

Bien joven, pues, casi niño, sintió Curros las amarguras de las luchas por el ideal y por la existencia, que debían de ser su corona de gloria y de martirio.

Vino á Madrid, y no tardó en darse á conocer como insigne periodista. Durante la guerra civil fué corresponsal y cronista, corriendo los riesgos del combatiente en más de una ocasión.

Rublicano de toda la vida, en la Prensa del partido halló constante acogida y cariñoso y debido amparo.

En 1880 publicó sus famosos *Aires d'a miña terra*, versos gallegos de exquisita factura, llenos del sabor de la pequeña patria, pero con hori-

zontes sobre España y Europa y con el ambiente de libertad de la poesía moderna.

El fanático clero gallego persiguió las poesías de Curros Enríquez. Fué procesado, fué condenado en primera instancia por sus herejías líricas en las composiciones que se han hecho célebres, *A Igrexa fría*, *Pelegrinos á Roma* y *Mirando ô chau*. La Audiencia le absolvió.

Fué aquélla una de las más escandalosas persecuciones inquisitoriales con que la Restauración avergonzó á España ante Europa, período que empezó con Curros Enríquez, siguió con Rizal y aun continúa ofreciéndonos el espectáculo de condenados á presidio por anticatólicos, ni más ni menos que en los tiempos de Felipe II.

He aquí algunos de los libros más hermosos del gran escritor: *El Padre Feijóo*, obra dramática; *O Divino Sainete*, poema; *El collar de perlas*, novela; *Paniagua y Compañía*, novela; *El Maestro de Santiago*, poema legendario, y otras muchas leyendas y poesías.

Los últimos días de su vida los consagró al periodismo casi por completo, redactando el *Diario de la Marina*, de la Habana.

Allí ha muerto en la tarea devoradora y casi siempre anónima del periodista. Seguramente que la posición que supo conquistarse en América no bastó nunca para hacerle olvidar la lejana patria y los días luminosos de escaseces, de inspiración y de lucha de su primera juventud.

CURROS ENRÍQUEZ Y LA PRENSA CUBANA ⁽³⁰⁾

(Con motivo de la muerte del poeta.)

El *Diario de la Marina* :

«Desde que la enfermedad le postró vivimos bajo la tortura de una obsesión angustiosa. Día por día, hora por hora, llegaban tristes noticias de nuestro amado enfermo. Cada momento también fingía el cariño una esperanza, y con ella nos engañábamos. Curros parecía no esperar; avanzaba hacia la muerte con entereza no sobrepujada por ningún hombre, con el consuelo de haber vivido fecundamente. Se dejaba conducir sereno hacia el país del reposo, y reposar parece desde que, al fin, cayó rendido.

Quién era, lo que valía, lo que su espíritu atoraba, lo que hizo en su penosa carrera de la vida, sólo una pluma pareja de la suya pudiera escribirlo; una pluma como la suya es la sola digna de su elogio. Necesitaríamos, además, no sentir tanto como ahora sentimos para escribir una

(30) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

apología. Conturbado nuestro ánimo por dolor acerbísimo, apenas si nos es dado trazar con lágrimas estas líneas, expresión torpe de nuestros sentimientos en esta hora solemne en que aun conservamos indeleble la impresión de la agonía y muerte de nuestro grande amigo.

Curros Enríquez era como una luz en la comunidad de nuestras tareas; su mesa de trabajo parece aguardarle todavía; hoy, sola y abandonada, parece que encierra en sí la flor de los misterios del alma de su dueño, que á ella se confiaba abiertamente, en toda la plenitud de sus intimidades y en toda la extensión de sus desventuras.

Porque Curros Enríquez era también un mártir: el infortunio se hizo amante de su vida. Pero de los labios del hombre valeroso jamás brotó una queja. Cada golpe, cada mordedura, cada pena le encontraban más fuerte. Su voluntad trazó recta la senda, y por ella caminaba sin volver atrás las ojos, siempre noble, siempre bueno, siempre magnánimo, como si aquel golpear continuo de la desgracia no sirviera más que para templar sus energías y purificar más y más el vigor de sus propósitos.

Tristezas en su vida y en su canto fueron los galardones de su honradez. Y él supo dar á los demás sus propias tristezas convertidas en mieles.»

El Avisador Comercial:

«La Prensa de Cuba ha perdido uno de sus más preclaros miembros; las letras españolas uno de sus maestros más insignes; la poesía un sacerdo-

te ejemplar; Cuba un enamorado, y nosotros un compañero que respetábamos y queríamos.»

El Mundo:

«El hombre fué un león con las zarpas cubiertas de flores.

El poeta fué una estrella que brilló melancólicamente en el cielo del Arte, bañando de luz suave los abismos de la conciencia humana.

El literato fué un mágico prodigioso, cuyas ideas, al cristalizar en la cuartilla, semejaban bellos cisnes que surcasen un lago fosforescente.

El periodista fué una abeja de aguijón brillante, que hería sin zumbar, pero en lo más profundo de su adversario.

Hijo de una raza fuerte, nacido en una tierra soñadora, educado en el fragor de la lucha, su voluntad no conoció límites, su espíritu abrióse al sentimiento artístico, su mentalidad floreció como un cerezo de marzo.

Galicia, cuna de tantas inteligencias superiores, le dió la elasticidad de su fiero mar, la sonoridad de sus anchas rías, la placidez de sus tranquilos valles, la elevación de sus robustas crestas y la más inefable de todas sus gaitas.

De ahí surgió el vate insigne, el prosador ilustre, el combatiente incansable de la Prensa.»

La Unión Española:

«El poeta de Galicia ha muerto.

Su vida fué un canto de amargura dolorosa.

Nosotros le lloramos como sintiendo todo el

pesar de una desgracia propia, que nos hiere en ese fondo noble del alma, adonde el amor fraternal reside y la gratitud tiene su asiento.

Él, caballeroso, apóstol cruzado en la orden sin reglas de la más augusta nobleza, era espejo de hidalguía, honrado sin tacha, luchador sin desmayo, corazón de artista y genio singular... Era el noble aventurero que paseaba por el mundo un génesis en la mente y un evangelio en el pecho.

Esos hombres como Curros son glorias vivientes; glorias sin pedestales de granito; glorias excelsas que alientan, deslizándose tristes y dolientes entre esta bulliciosa mascarada social...»

La Lucha:

«No podía vivir. La muerte implacable le acechaba, y por muchos que fueron los desvelos de la Ciencia, los cuidados de sus amigos y las plegarias que se elevaban al Cielo, sus días estaban contados, y á las nueve y veinte minutos de esta mañana exhaló el último suspiro.

La noticia de la muerte del poeta gallego, escritor insigne y hombre todo bondad y todo cariño, será recibida en todas partes donde se habla el castellano con verdadero dolor.

Manuel Curros Enríquez era un gran estilista, un maestro del idioma. Sus producciones merecían la mayor estimación. Sus conterráneos adoraban en él. Y cuantos disfrutamos de su amable trato aprendíamos muy pronto á quererle y á estimarle.

Ya no existe. Nos sentimos muy contristados al escribir frase tan tremenda, y nuestro dolor pugna por manifestarse con lágrimas.

Descanse en paz el hombre ilustre, el buen amigo, el excelente compañero...»

La Discusión:

«La muerte tiene también sus reciprocidades: ese duelo del *Diario* velando las primeras luminarias de la víspera con los negros cortinones del dolor, haciendo de la casa el hogar del compañero muerto, dedicándole frases que se escriben con lágrimas y conceptos que brotan del corazón, y circundando el cadáver de todas las muestras del amor y de todas las pretensiones del sentimiento, son para Curros una compensación; él tenía al *Diario* un amor inmenso, y el *Diario* le corresponde como él lo hubiera deseado y agradecido. No siempre impera esa relación de justicia y de armonía, ni en la muerte ni en la vida.

Á Curros escritor, poeta, periodista, caballero y patriota le conocían todos: á Curros íntimo, muy pocos.

Su fondo bondadoso, tierno, generoso y hasta infantil estaba velado por una coraza de corte triste y casi huraño: los sufrimientos de su vida habían amargado y endurecido su exterior. Pero en lo íntimo era cada vez más sensible, más bondadoso y más dulce.

De ese doble aspecto de su personalidad, tan combatida por el infortunio y tan abrigada

por la bondad, derivaba la consecuencia de que no fueran muy numerosos sus amigos particulares; pero el que lo trataba, el que lograba comunicarse con el Curros íntimo, ése le tomaba intenso, profundo é inextinguible cariño.»

MAGNA OFRENDA ⁽³¹⁾

Curros Enríquez.

I

Espíritu abrasado de sed de lo infinito;
Alma que ardió inextinta cual taza de incensario;
Llevaste en tus entrañas un buitre solitario
Que retorció tu boca con un eterno grito.

Formó una iglesia fría con aras de granito
Tu congelado culto sin luz y sin sagrario;
Rezaste con blasfemias, grandioso visionario,
Y en versos inmortales quedó tu rezo escrito.

Están en tus estrofas cual garfios vengadores,
Colgados como en horcas, los viles y opresores
Que son de la justicia baldón y vilipendio.

Lanzas los trenos hondos del agrio Jeremías;
Escupes á los cielos las brasas de Isaías,
Y tienes en la lengua los fillos de un incendio.

(31) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

II

Alma que fuiste sátira, blasfemia y alarido;
Fué tu blasfemia espada, fué tu alarido trueno,
Fué bisturí tu sátira nutrida de veneno
Ó barra de nitrato de plata enrojecido.

Ardió tu vida en trenzas de fuego retorcido;
Tu risa fué piqueta, tu burla duro freno,
Y siendo á un tiempo mismo Luzbel y Nazareno,
Retaste á Dios y á un tiempo lo amaste conmo-
[vido.

¡Y bien!, ahora es el cielo tu cúpula gigante;
Un buque audaz, el seno de tu ataúd triunfante;
Tu séquito, la raza que consagrarte quiere.

Y es órgano el Atlántico con salmos de pro-
[fetas
Que extiende sus rodantes millones de trompetas
Y canta á lo infinito tu inmenso *Miserere*.

III

Un rayo hecho corona puso en tu sien la ira;
Te dió dardos terribles el dios de las batallas;
Sitiaste con tus versos de lumbre las murallas
Y la ciudad cercaste con lenguas de una pira.

De tu flechero rojo salió mortal la vira
Que atravesó los cascos y las guerreras mallas;

Para morder el pecho de inicuos y canallas
Seis víboras por cuerdas atástele á tu lira.

Y vienes con tu torvo cordaje de culebras
Que seis monstruos retiene por seis trágicas he-
[bras
Y forman un azote que atónito contemplo.

Y en tu Pegaso ardiente con crines de chis-
[pazos,
Marcando en las espaldas tremendos latigazos,
Como una tromba bíblica penetras en el templo.

SALVADOR RUEDA.

Fragmento de un artículo necrológico dedicado á Curros Enríquez. ⁽³²⁾

En el teclado del divino órgano de la sublime poesía, tan sólo les es permitido poner las manos á muy pocos. Apenas si aparece uno que sepa tañerlo de siglo en siglo para cuidar de que no se deteriore del todo. Los impíos, los blasfemos y los míseros desaprensivos, carecen de fuerza para mover sus teclas: Dios habita dentro de él y sólo al que le siente y adora dentro de sí mismo, le es dada la merced de arrancarle majestuosas armonías.

Curros Enríquez se acompañó en él sus cantos, compuestos del gemir de pechos, del llorar de ojos, del anhelar de almas y del rugir de gargantas oprimidas por los verdugos de su idolatrada tierra.

JOSÉ OJEA. †

(32) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

LA REBELDÍA DE CURROS ⁽³³⁾

El discordante de la normalidad de la vida social, á quien sólo mueve el propósito de satisfacer concupiscencias, es un rebelde nocivo que debe ser atajado por todos los medios de represión en sus egoístas empresas.

El caballero de un ideal que con espíritu puro, y despreciando los beneficios mundanos, forcejea para vencer las resistencias que le cierran el paso, es digno en su lucha de la más alta estimación, porque con el poderoso influjo del ejemplo vigoriza á los débiles enervados por la rutina de las mezquindades cotidianas.

La vida de nuestro Curros, desde su adolescencia hasta su muerte, fué la de un rebelde contra todo género de imposiciones; pero ¡qué rebeldía la suya! Poseedor de todo un tesoro de exquisitos sentimientos y de elevadas concepciones, lo prodigó sin calculadas reservas en la satisfacción de anhelos ideales, rechazando con olímpico desdén sugerencias de medro personal.

Curros fué de los que elaboran en la dignificación de la Humanidad, menospreciando el mundo y concentrando todas sus facultades de altísimo poeta en conservar la inmaculada pureza del hombre interior.

JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO.

(33) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

El último abrazo.

ALBORADA

Sus últimos versos. ⁽³⁴⁾

No esperábamos la fatal noticia. Sabíamos que una afección reumática articular le retenía en el lecho, pero no podíamos suponer que complicaciones de carácter cardíaco habían de arrebatárnoslo para siempre.

¡Pobre Curros! ¡Con qué crueldad y con cuánta saña te ha herido el destino! ¡Pobre!, ¡pobre Galicia! ¡Con cuánta injusticia te arrebatan tus próceres y sucumben tus dioses y desaparecen tus ídolos!

Él, sin embargo, parecía presentir su próximo fin. Á raíz, precisamente, de su viaje á Galicia, reverdecida entonces la flora gallega con el saludo cariñoso del genio, hoy mustia, descolorida é inodora con su muerte, hermanos nosotros en sentimientos y aspiraciones, estrechamente unidos por vínculos sagrados de un afecto personal inquebrantable, pronto recibimos de él cariñosa salutación, en que nos decía :

«No quiero referirle nada respecto á la velada, pues harto me conoce usted, y sabe cuán opuesto

(34) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

he sido siempre á demostraciones de esta índole. La de que se trata es un cáliz amargo, que me sentará como todas las pócimas que llevo tomadas desde mi enfermedad, y que me hará más daño, porque ésta, como sucede con todos los favores, no podré devolverla. Semejante agasajo en otra edad me hubiera estimulado; hoy, después de lo sufrido, me entristece profundamente y lo considero una fiesta fúnebre, una especie de entierro á que me hacen asistir en vida, como dicen que asistieron á los suyos D. Juan de Mañara y Carlos V el Emperador...

» ... Haré presentes sus recuerdos á los compañeros de redacción del *Diario*, cuando llegue á la Habana; pero antes de marcharme tendría sumo placer en darle mi abrazo de despedida, *que ya será el último*, PORQUE ESTO SE VA. Y las señas son mortales : ¡me aclaman!»

Del alma gallega, de aquella alma grande y gloriosa de la patria, procedía la excitación, y por realizarla era indispensable esforzarse. No transecurrió entonces mucho tiempo. Abrazados estrechamente dos días después; repetido el abrazo á bordo del vapor que á Curros condujo á Cuba, aquel abrazo fué el último en que se confundieron nuestros pechos : el del maestro con el del discípulo, el del hermano con el del hermano: la luz esplendorosa y radiante del sol de las musas, con la pálida y mortecina de la luciérnaga poética.

Afirman algunos que la lira del poeta había enmudecido en las últimas épocas. No es exacto. Organizada en la Habana, hace unos tres meses, por el orfeón *Ecos de Galicia*, una velada necrológica á la memoria inolvidable de Pascual Veiga, arbitrando recursos, á la vez, para erigir una estatua en Mondoñedo al inmortal autor de la *Alborada*, en esa velada tomó parte Curros, leyendo magistralmente, como él sabía hacerlo, una hermosísima composición, intitulada también ¡*Alborada!*, que valió al poeta aclamaciones y vítores inenarrables. Era la voz de la patria, representada allí por su cantor excelso y glorioso, en honor á la inspiración y al genio de la música popular gallega.

No quiso Curros publicar entonces aquellos inimitables versos, los últimos que su lira consagró á Galicia. Deseoso el *Diario de la Marina* de reproducir ¡*Alborada!* en sus columnas, el poeta resistió cariñosamente el ruego de los suyos, alegando *que tenía preparados para dar á la imprenta los últimos versos que él consagraba á su patria bien amada*, entre ellos los que él leyera la noche anterior en el Teatro Nacional del Centro Gallego.

Nunca, tierra querida, más grande y más gloriosa, si en estos instantes, al enlutarse tu lira y al desaparecer por siempre tu egregio cantor, el cantor inimitable de *Aires d'a miña terra*, te aprestas á recoger, como reliquia gloriosa, las últimas inspiraciones del poeta, y á perpetuar su nombre erigiéndole soberbio mausoleo, edi-

tando sus obras, cubriendo de flores su cadáver, jurando sobre su cuerpo inerte defender constantemente sus ideales de redención, las aspiraciones perennes de aquella alma pura y noble, cuyas ansias constituían anhelos de justicia, afanes de reivindicación y de gloria para su patria bien amada.

¡Adiós, Curros; hermano, hermano querido! ¡Sobre tu tumba, flores y lágrimas, mías y de los míos, besos y oraciones, habrán de recordarte perdurablemente la devoción y el cariño que por ti sentíamos!

¡Adiós; y pues tus únicos afanes fueron siempre en la vida el porvenir y la grandeza de Galicia, vela, vela desde lo alto donde moras, á los pies de aquella Virgen Santa, á cuya veneración consagraste en *Aires d'a miña terra* estrofas sublimes é inmortales, por que en tu tierra idolatrada resurja la voz de los precursores, llevando al corazón afligido de Galicia los consuelos y esperanzas de una era de redención y próxima justicia!

RAMÓN ARMADA TEJEIRO.

¡MUERTO, AHÍ OS VAI! ⁽³⁵⁾

Los restos de Curros Enríquez.

Rumbo á la tierra de sus ensueños,
Rumbo á Galicia, que tanto amó,
Van los sagrados restos del vate
Que aquí expiró.

Vivió soñando con que la muerte
En él su presa no hiciera acá.
Cayó vencido, pero no importa;
¡Muerto, ahí os va!...

Buscadle un sitio donde repose
En el regazo de esa región,
Por la que el bardo vertió á torrentes
Su inspiración.

Hacedle el lecho junto á su casa,
Junto á la cuna donde, al nacer,
Salió á la vida tras de la gloria,
Para volver...

(35) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Cubran su tumba las florecillas
Que perfumaron su vida allá.
Sobre ella el ave lance los trinos
Que al aire da.

Arrullen siempre su sueño eterno
El riachuelo murmurador,
Y de los bosques el imponente
sordo rumor.

Que así tranquilo duerma el poeta
Que de Galicia lejos murió.
Ese concierto serán los ecos
De aquella lira que enmudeció.

Cuando á vosotros lleguen sus restos,
Cuando su cuerpo veáis después,
El alma suya no reclamarnos,
Nuestra no es.

Cerró los ojos, lanzó un suspiro,
Y en él envuelta voló hacia allá.
El alma inmensa de aquel poeta
Ya por Galicia vagando está.

ADELARDO NOVO Y BROCAS.

EL PROSCRIPTO DE ALMENDARES Á CURROS ENRÍQUEZ ⁽³⁶⁾

Cal pino de *Breogán* alto e subido,
 Manífico, arrogante,
 N-a ruda canle erguido
 Dereito e ben seguido,
 Armonioso e xigante
 Quezáis de edra cinguido
 Cando cae ferido

Pol-os duros fios d'a segur cortante;
 Que sua pompa manífica en redondo
 Soe espallar con fragoroso estrondo.

.....

E astillazos e polas,
 E ramas e carolas,
 E arpados arumes
 Niños de sinfonías e queixumes,
 E armoniosos ramaxes
 Que somellan cordaxes;
 Instrumentos acordes
 Por natura concordes

A distancia grandísima espallados
 Como nobres trofeos quebrantados.

.....

(36) Véanse las notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Tal ti, Curros amigo,
Eterno honor d'o noso *Chan* antigo;
Certo caestes non inadvertido,
 En un momento breve,
 Non como cousa leve,
 Que lanza un leve ruido;
 Mais como cousa grande
 Que ò seu sonido espande,
Con un forte e grandísimo sonido.

.....
.....
Certo, tua caída estrepitosa
Chorará para sempre Erin piadosa.

EDUARDO PONDAL.

Á CURROS ENRÍQUEZ ⁽³⁷⁾

Insigne poeta, alma del alma gallega y gloria de España entera: caíste por la ley del cruel destino impuesta al hombre...

Prescindiendo ahora de lo que algunos han dado en llamar *anverso* y *reverso* de la brillante medalla de tu labor, saber me basta que la mágica armonía de tu lira fué el soberano aliento del mismo Rey de la Creación, que en tu alma despertó el sentimiento de lo bello, de lo grande y de lo sublime, para cantar *A Virxe d'o Cristal, a imaxe santa d'a bendita Nay de Dios!*...

JOSÉ MARÍA RIGUERA MONTERO.

(37) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

UN MUERTO ILUSTRE ⁽³⁸⁾

Cuando el cable transmitió la infausta nueva del fallecimiento del insigne poeta Curros Enríquez, un grito de dolor y de indecible angustia se dejó sentir en todos los ámbitos de la región gallega. No debe causar sorpresa esta unánime explosión del duelo regional provocado por la muerte de un ingenio esclarecido, que dedicó á Galicia inspirados é imperecederos cantares.

Los dioses mayores se van. Hace pocos años se nos fué Rosalía de Castro, musa elocuente del dolor, de la ternura y del sentimiento; la siguió luego Valentín Lamas Carvajal, á quien la vida del campo arrancó conmovedores acentos, y ahora echamos de menos á Curros Enríquez, cuyo numen, abierto á los ideales del espíritu moderno, imprimió á la poesía galiciana nuevos rumbos y vigorosos derroteros.

Valentín Lamas, Rosalía de Castro y Manuel Curros forman una trilogía poética, que bastaría para repoblar nuestro Parnaso, si no contase éste antes de ahora, por fortuna, con vates renombrados, que son timbre de gloria para la afortunada región en que vieron la luz primera.

(38) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Curros Enríquez residía últimamente en la Habana, en esa hermosa perla de las que fueron, hasta hace poco, Antillas españolas; pero su alma continuaba siendo gallega y su corazón latiendo al unísono de los nuestros. Galicia era el enérgico imán de sus afecciones, el preferente objeto de su culto, la prodigiosa hada que tejía con hilos de oro la urdimbre de su existencia y que mitigaba las contrariedades que la amargaban.

En el hermoso drama de Schiller, *María Stuardo*, hay un episodio conmovedor. Momentos antes de subir al cadalso aquella hermosa cuanto desgraciada reina, encargó á uno de sus leales servidores que le extrajesen, después de muerta, el corazón y lo llevasen á Francia; y luego exclamó: *Siempre lo tuve allí*. Algo parecido habrá pasado por la imaginación de Curros Enríquez en el momento postrero, pues su corazón siempre lo tuvo aquí y aquí vuelve ahora, aunque, por desgracia, insensible y yerto, saludado con efusión por todos los corazones gallegos.

Porque Curros Enríquez amaba á Galicia, como O'Connell á su Irlanda, con delirio, con frenesí, con el mismo amor que se quiere a una esposa ó á una madre. No se apartaba su memoria de la encantadora Suevia, de sus floridos vergeles, entre los cuales se yergue la blanca torre de la iglesia parroquial; de sus frondosos bosques, que parece como que guardan misteriosos el dolmen sagrado; de las rientes colinas, do se asentaron un día los antiguos castros ó los roqueros castillos medioevales; de sus azuladas rías,

en las cuales la suave brisa gime dulcemente al hinchar la blanda lona; de su purísimo cielo, dotado de tan serena hermosura; de sus verdes maizales, por los cuales corre el huracán jabalí acosado por bulliciosa trailla; de sus poéticas verbenas, de sus bulliciosas ferias y de sus alegres romerías. Todos estos recuerdos de la patria debían desfilar por su mente en óptica ilusoria; pero al volver á la vida de la realidad y al contemplarse ausente de los lugares que sonrieron á su infancia, entregaríase probablemente á las mismas lamentaciones y tristuras que el pueblo israelita cuando lloraba sus cuitas bajo los sauces de Babilonia.

Á quien sintió amor tan intenso por la pequeña patria, no puede por menos ésta que significarle profunda gratitud é imperecedero recuerdo. Al hacerlo así, Galicia patentizará á los extraños que siente con un solo corazón y piensa con una sola cabeza.

Yo sólo puedo tributarle mi admiración descubriéndome é hincando la rodilla ante los ilustres restos del inspirado autor de *Aires d'a miña terra*, de *A Virxe d'o Cristal* y de otras composiciones magistrales con que ha enriquecido la poesía gallega.

JOSÉ ANTONIO PARGA SANJURJO.

UN RECUERDO.—UNA PROPOSICIÓN ⁽³⁹⁾

Conservo de Curros Enríquez el dulce recuerdo de la Nochebuena de 1876, que pasamos juntos en Madrid. La lucha por la vida en malas condiciones acentuara la misantropía de su carácter, y aquella noche estaba triste, muy triste. La falta de preocupaciones de mi situación de estudiante, me permitieron extremar en aquella noche la alegría, compañera de los pocos años, y al encontrarse en casa del amigo Vázquez Reyes su melancolía y mis expansiones, tuve la suerte de contagiarle. Pasamos todos una Nochebuena risueña, y cuando los dos solos, discurriendo hasta la madrugada por las calles de Madrid, hablábamos de la tierra, había en su corazón alegrías y esperanzas, y con ellas alientos para la lucha. Los editores que rechazaban su novela *Paniagua y Compañía* eran su pesadilla, y juntos visitamos los días siguientes á muchos, sin obtener esperanza alguna.

No he vuelto á verle; sólo conservo de él el recuerdo de su rostro serio y triste y de su mirada vaga y profunda, propia de quien mira más

(39) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

hacia el mundo de su espíritu que al mundo exterior.

Y conservé este recuerdo porque entonces era ya para mí el verdadero poeta de Galicia. El cantor de nuestra alma gallega, tan dulce, pero *tan complicada*.

*
* *

Hoy que su cuerpo viene á descansar en la tierra que amó tanto, es la ocasión de que al saludar sus restos se rinda á su espíritu el merecido homenaje.

¿Cual será el mejor?

Curros Enríquez era un gran poeta. Pero sus versos escritos en gallego, sólo pueden hoy hacer vibrar el alma gallega; para el resto del mundo es un desconocido, por la imposibilidad de leerlo.

¿Por qué no hemos de poner en castellano sus poesías para que toda España y la América española le lean? ¿Para que después puedan ser traducidos á otros idiomas?

Este es el homenaje que me atrevo á proponer para nuestro poeta regional. Que ocupe entre los poetas españoles el elevado lugar que le corresponde; que todos puedan saborear las bellezas literarias y la profundidad de pensamiento de *A Virxe d'o Cristal* y de *Mirando ô chau*. Que los versos de Curros Enríquez, como los de Bécker y Campoamor, los recite y los sienta toda la juventud española: la de la Península y la de América.

¡CURROS! ⁽⁴⁰⁾

No precisamos hacer la apología del poeta muerto; bástanle sus brillantes versos, llenos de sentimiento y de fantasía unos; de escepticismo y de ternura inefable casi todos.

Entre varios de sus panegiristas que acuden ahora á rendir el último tributo al excepcional vate, algunos, llevados de un espíritu de secta, expresan que fué un *conocido* poeta, apostrofándolo de *impío*; y otros, de ideas abiertamente contrapuestas, enorgullécense en tildarlo de *incrédulo*.

Curros no ha sido lo que pretenden demostrar esos espíritus sectarios; ha sido y seguirá siendo nuestro primer cantor gallego, porque ante todo fué un alma cristiana; y el que lo dude, desconoce en absoluto la hermosa filosofía que entrañan sus rimas admirables...

*
* *

Pondal, el gran Pondal, no el bardo *arisco*, como le denomina un inocente escritor, sino el bardo de las sentimentales baladas, nos escribe

(40) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

desde su poética morada de Puenteceso, llorando la muerte de su hermano Curros:

«Fué un soldado extremo — dice — de la regeneración de nuestra Galicia por medio de la Poesía y de las Letras. Estos soldados no deben morir sino ocupando un lugar en la batalla de los intelectuales, bien diferente de los hombres políticos en su mayor parte, que no hacen más que destruir y alborotar...»

*
* *

Más que amigo, fué el poeta nuestro hermano mayor, cuyos consejos observábamos con aquella religiosidad á que obligaba el gran cariño que nos tenía.

En sus últimas cartas, escritas hace poco tiempo, nos decía:

«... Esta la trazo con fiebre. No es nada; una jaqueca fuerte; pero no puedo fijar la vista. Adiós y recuerdos á todos...»

«Probablemente, en abril espérame. Prepárame mi cuarto de Sergude... ¡Qué paz hay allí tan cara á los espíritus dolientes como el mío!...»

Y efectivamente, el nunca bien llorado vate cumplió su palabra: en la fecha que marcó llegará su cadáver, que recogerá con amor la tierra á quien él amó tanto...

*
* *

Curros guarda perfecta analogía con el cantor de Dusselfort: era el mismo bardo en sensibili-

dad ardiente y en delicadeza exquisita; llena de contrariedades su vida, y de negruras su alma noble.

Y lo que del último expuso Eduardo Schuré, podemos aplicarlo con igual exactitud al primero, como poeta de corazón desgarrado que dice al mundo:

¿Ves las heridas que me causaste?

Y cuando las gentes se aproximan, se yergue y hace chasquear el látigo á sus oídos...

FRANCISCO TETTAMANCY Y GASTÓN.

BANDO MEMORABLE ⁽⁴¹⁾

CORUÑESES:

Hoy llega á esta ciudad, acompañado por el señor presidente y otros miembros ilustres del Centro Gallego de la Habana, el cadáver del poeta excelso **Manuel Curros Enríquez**, gloriosa figura del Parnaso español y orgullo de la región gallega.

Dispongámonos á rendir el merecido homenaje á quien tanto enalteció la Patria, y al hacerlo así, más aún que al muerto esclarecido, nos honraremos á nosotros mismos, porque el patrimonio más preciado de los pueblos, el título que en primer término los hace acreedores á la consideración universal, se hallan constituidos por los nombres y las obras de sus hijos ilustres.

El Ayuntamiento, la Academia Gallega, la Asociación de la Prensa, las Sociedades de Recreo, los Centros de Enseñanza, las fuerzas vivas de La Coruña, en fin, trabajaron unidas para la realización de fines tan patrióticos.

Los restos mortales de **Curros Enríquez** se expondrán al público en la Casa Consistorial des-

(41) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

de las primeras horas de mañana hasta que sean conducidos al cementerio, á las tres de la tarde del próximo 2 de abril, y con el fin de que todas las Corporaciones mencionadas puedan testimoniar públicamente su duelo, haciendo entrega de coronas al pasar la carroza mortuoria ante sus respectivos domicilios, recorrerá el cortejo fúnebre las calles siguientes: Plaza de María Pita, donde se organizará la comitiva, Riego de Agua, Real, Cantón Grande, Santa Catalina y San Andrés, dirigiéndose por las de Cordonería y Panaderas al cementerio católico.

No voy á formular una súplica, que no es necesaria para este pueblo noble, culto y amante de sus glorias; me limitaré tan sólo á proponer á los vecinos de todas las vías mencionadas, que en la tarde del próximo jueves adornen las fachadas de sus casas con colgaduras, poniendo en ellas algún distintivo que indique el luto que Galicia guarda por su poeta, y al comercio en general, que cierre sus establecimientos desde las dos de la tarde del citado día hasta que haya recibido sepultura el cadáver del inmortal gallego.

CORUÑESES: En la seguridad de que habéis de convertir en iniciativas vuestras las indicaciones mías, se une á vosotros para secundaros con orgullo y entusiasmo, vuestro alcalde,

JUAN SÁNCHEZ ANIDO.

EN EL ENTIERRO DEL POETA ⁽⁴²⁾

El pueblo avanza lentamente: parece que quiere retrasar el momento terrible en que la *nada* es el final del augusto palpitar de la vida.

El sol se hunde en el Occidente, y sus últimos rayos, pálidos, débiles, se esparcen como una oración por la multitud que se agita alrededor del féretro.

Los estandartes refulgen sus colores, y en los aires se extiende el eco de la marcha fúnebre, como un suspiro de dolor que Galicia, la idolatrada del poeta, exhala para llorar la muerte de su excelsó cantor.

Los hombres, respetuosos, se descubren y murmuran una plegaria; las mujeres, las buenas mujeres del pueblo, se persignan y saludan el cortejo con frases cariñosas: todas piden sosiego para el gladiador brioso.

«¡Que Dios te acompañe! ¡*Pobriño*, descansa en paz!»

¿De quién es el cuerpo que se oculta bajo los ventanales de la carroza mortuoria?

¿Será un rey? Porque sólo los reyes reciben el homenaje de los poderosos.

(42) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

¿Será un caudillo? Porque sólo las masas populares rinden culto á los héroes.

¿Será un santo? Porque sólo la Iglesia adora á los apóstoles de la religión.

¿Quién será, mejor dicho, quién fué el que se esconde en el fondo del ataúd?

Es rey, es caudillo y es apóstol. Su poder es la musa inspirada; su valor es el centellear de su genio; su santidad es el amor profundo que derrama en el alma de los humildes.

¿No recordáis cómo Guyan, el filósofo poeta, auscultaba la Naturaleza y busca en ella el latido de un espíritu misterioso que se revela en el estro del vate, asociándose á nuestros sentimientos? Pues en esa masa viviente que se mueve y agita, vibra el himno de gloria con que el pueblo saluda á su vate insigne.

Ya han cesado los ruidos de la manifestación imponente; allá queda en la sepultura el pobre trovador; los sauces velan su sueño, y en la fresca brisa hay una caricia para los corazones doloridos.

Las pasiones todas enmudecen; ya no hieren aquella alma grande, altiva, las miserias de la tierra.

Callad, que descanse el luchador infatigable.

Alejaos de su tumba: él pide silencio, recogimiento, devoción. El gigante de fuego se envuelve en sudario frío y quiere llorar el último llanto con que se despide del mundo que tuvo para él tan crueles infortunios.

Has cumplido, pueblo gallego, con tu deber.

Así se honra á los genios, que son superiores á todas las potestades del mundo.

Pero volved á la ciudad bulliciosa que goza con las alegrías de la apoteosis; dejadle en su soledad; ¡quiere dormir el sueño eterno! Pobre poeta: descansa en paz.

MANUEL CASÁS FERNÁNDEZ.

ALFREDO VICENTI Á CURROS ENRÍQUEZ ⁽⁴³⁾

Miñas donas, meus señores...

Así comenzaba el romance con que en este mismo sitio, el 21 de octubre de 1904, se despidió de vosotros el poeta.

Es grata á mis labios la dulzura gallega de esa salutación, y creo que lo será también á vuestros oídos.

Me parece, al pronunciarla, que Curros habla dentro de mí, y que vosotros al escuchar mi voz no creéis que es mía, sino suya.

Le coronamos aquella noche, y pocas horas después le acompañábamos al trasatlántico que se le llevó á la hospitalaria Cuba, tierra para él, más que de forzado destierro, de amistoso asilo. Temíamos que no volviese los que conocíamos la índole y la gravedad de las heridas de su corazón; pero aun á los más pesimistas nos quedaba un asomo de esperanza: ahora no nos queda ninguna.

Ayer volvimos á acompañarle. Pero detrás del esquiife — por algo en nuestro vernáculo gallego-

(43) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

lusitano se llama esquife á los ataúdes— no iba, como entonces, un pelotón de admiradores, de alumnos y de camaradas. Iba todo un pueblo. Este pueblo de La Coruña, que es grande y lo será más, porque siente, y ama, y acata las grandezas inmateriales, de que otros, mayores en riqueza ó en población, apenas si se forman idea.

Tras él descendimos por las terrazas del campo-santo como quien baja por los escalones de un muelle, y allí le dejamos en el camarote mortuario, donde la carne esperará la transformación, que es resurrección, mientras el espíritu emprende su último, su eterno, su glorioso viaje.

El mar se nos lo llevó vivo y nos lo devolvió muerto. Este otro golfo del Finisterre, más piadoso, aunque más insondable, permitirá que en las riberas de acá sigamos viéndole, oyéndole y amándole, siquier su alma tenga en las riberas de allá el deseado y bien ganado reposo.

Por él y por mí quiero, *miñas donas, meus señores*, daros las gracias. Y también por todos los descarriados, por todos los itinerantes, por todos los ausentes.

En verdad os digo, que habiendo casi rodeado el mundo, no he contemplado jamás espectáculo tan bello, tan noble, tan grandioso como el que ayer ofreció La Coruña á los ojos y á las almas. Ni he sentido jamás emoción tan intensa, tan saludable, tan tónica.

La ciudad que en 1881 quebró la cadena del poeta; que en 1904 le dió á gustar, no la postrera, sino la primera alegría, y que ahora acaba de

otorgarle una radiante apoteosis, sobre el título de capital que ya en justicia tenía, ha asumido el de madre espiritual de la familia gallega.

Amorosos y agradecidos lo reconocemos los que hemos nacido en otras partes de la región. De igual manera lo reconocerán los miembros todos de esta raza esparcida por mares y continentes, y en quienes el afecto se depura y acrisola con la distancia, no de otra suerte que acontecía á las colonias de la antigua Grecia, tal vez más enamoradas del suelo patrio cuando trabajan en Asia, en Sicilia ó en Marsella, que cuando moraban en Atenas, en Esparta ó en Corinto. Sí; madre espiritual de todos desde los comienzos del siglo pasado.

Como en otras eras las repúblicas italianas, y como en época más reciente Barcelona, La Coruña, dedicada al tráfago mercantil, ha honrado al mismo tiempo las Letras y las Artes, y ha prodigado amor, calor y respeto á los que, viniendo de distintas partes de Galicia, se acogían á sus muros.

Díganlo — y hablo tan sólo de los muertos — aquellos grandes hombres, santiagueses unos, orensanos otros, que se llamaron Aureliano Linares, Luciano Puga, Juan Manuel Paz y Alfredo Vilas.

Y den testimonio por tres generaciones literarias los Juegos Florales de 1862, que fueron los primeros celebrados en Galicia, y de los cuales me complazco en evocar el recuerdo, por lo mismo que hoy está en moda el dar de mano y aun

de pie á las pobres violetas y eglantinas de Clemencia Isaura.

Barcelona, invocada siempre como modelo, no ha hecho por su gran poeta épico, Mosén Verdguer, ni por su gran poeta cómico, Serafí Pitarra, lo que La Coruña, antes y después de la muerte, ha hecho por Curros Enríquez.

Yo vi cuando el cajón fúnebre rodaba sin pompa ni aparato desde el muelle hasta el Ayuntamiento—Ayuntamiento que es, por lo generoso y por lo hidalgo, digno de la ciudad—; yo vi santiguarse á las mujeres y descubrirse á los hombres. Y confieso que, no obstante el resecamiento interior, motivado por las contiendas y experiencias de la vida, sentí primero escozor y luego humedad en los ojos, ante la tierna é ingenua sencillez del homenaje. Más tarde, en el entierro, lo grandioso de la manifestación popular me impresionó tanto como me había conmovido lo íntimo y lo personal de las anteriores manifestaciones de duelo, pues entendí que millares de corazones, latiendo al unisono, concurrían á formar el gigantesco corazón de la muchedumbre.

Alto ejemplo de cultura y de civismo y consolador ejemplo de discreta tolerancia.

Se ha comprendido que Curros era el poeta de Galicia entera, de los rebeldes y de los sumisos, de los ingenuos y de los iracundos, y nadie ha pretendido vincularle en cotos cerrados, nadie ha querido restarle fieles, nadie ha osado meter bajo un celemín la luz universal de su gloria.

Alabados sean los que entornaron piadosa-

mente sus párpados. Alabados los que, creyéndole suyo, entendieron que no era dable ni lícito monopolizar una fuente de salud, con cuyas aguas limpias y generosas tenían, tienen y tendrán derecho á refrigerarse dos millones de se-dientos.

No en vano escribió Curros la *cántiga* de *La Eira d'o trigo*, *La Virgen del Cristal*, *La Iglesia fría*, *El Mago*, *La locomotora*, los *Tangaraños* y *El Divino Sainete*, que alternativamente regalan el alma de los niños y las doncellas, de los que han hambre de pan y los que han hambre de justicia, de los creyentes y los desengañados, de los que miran á lo que se ha ido y los que tan sólo piensan en los advenimientos futuros.

Á todos amó, porque amor era hasta su odio vehemente á la iniquidad, y de todos se hizo entender según el idioma y el corazón de cada uno; por eso en el instante de la suprema despedida le han rodeado y le han bendecido todos.

Hay algo que sobrenada en los mayores naufragios y que se salva en los más tremendos conflictos: la nobleza de la aspiración, ungida con los óleos del Arte.

Testigo fué Toledo de no pocas matanzas de judíos. Y no obstante, la ciudad y la iglesia supieron respetar las dos maravillosas sinagogas de Santa María la Blanca y el Tránsito, ante las cuales coinciden hoy en la misma admiración hombres de las más enemigas confesiones y sectas.

Bien haya La Coruña, que ha registrado é ins-

erito títulos de una propiedad que antes se consideraba fantástica y nula.

Razón tiene, porque el patrimonio espiritual que no mengua ni caduca es el que más enaltece á los pueblos y á las colectividades. Los otros pasan, se desmenuzan, se liquidan. Éste subsiste, incólume y perenne.

Los ricos, los fuertes, los poderosos, si volvieran al mundo después de un centenar de años, no encontrarían ni rastro de su hacienda, y verían cómo los propios descendientes los rechazaban por presuntos usurpadores.

El poeta, el bienhechor de la Humanidad, al resucitar á vuelta de años ó de siglos, recobraría íntegro su patrimonio y lo hallaría agrandado por el reconocimiento de los pueblos, llevadores del usufructo.

FRAGMENTOS DE UN ELOGIO FÚNEBRE ⁽⁴⁴⁾

Triste cosa es, y á tristes comparanzas nos inclina, la ocasión de reunirnos para rendir el último homenaje á quien sólo pueden alcanzarle ya oraciones y recuerdos. Empleando estas dos palabras no estoy muy convencido de expresar dos ideas: quizás sean una sola y una misma, que si el rezo es la plegaria de los creyentes, el recuerdo es la oración de los incrédulos.

Y allá se irán en fuerza y en valor, en intensidad y en eficacia, ante el Omnipotente Saber y la Suprema Misericordia, las voces de los que claman amedrentados y el gemir de los que sufren silenciosos...

Yo no sé bien la historia juvenil del poeta, ni conozco á palmos su último caminar por la tierra hasta que bajo tierra lo dejamos, pero sé que amaba la Poesía, y esta diosa no concede sus favores á los felices. Cuando alguno, por su estirpe, como Byron; por su ministerio sagrado, como Verdaguer; por su independencia, como Tennison; por su altivez, como Carducci, ó por su cinismo, como Baudelaire, pudo estimarse al abrigo de pasar miserias, ó de humillarse en es-

(44) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del índice de este tomo.

píritu ante las que pasaba, pronto acudió la Musa para demostrar una vez más á sus elegidos que la Poesía es fruto de dolor y que la inspiración, como la hermana de la Caridad, no acude sino cuando la invocan sufriendo.

Sé que amaba y cantaba á su tierra, la nuestra, la de bravuras en el mar y nieblas en el mar y en el aire; la del sol pálido como galán que enamora y aguarda, no como galán indiscreto que desafía y se pavonea; la de los montes suaves y los valles abiertos, y en los montes árboles y en los valles prados; la que tiene un milagro en cada ermita y una superstición en cada aldea; la que ama el terruño y sueña con la emigración; la que ha tardado más en comprender que el amor pudiera ser pecado, creyendo sólo que era amor...

Sé que la amaba y tuvo que vivir lejos de ella.

Sé que las aves de rapiña y los pájaros más asustadizos, las fieras y los hombres, cuanto respira y tiene movimiento en la Creación, aunque sea á rastras, vuelven á morir en el nido, en el cubil ó en el hogar.

Curros murió lejos.

Y sabiendo ya que amaba á su patria, que vivió alejado y que no pudo morir aquí..., ¿qué más necesito saber para asegurar que fué desdichado...?

¿Qué compendio mayor, ni qué hoja de libro más precisa y más clara? ¿Qué va á relatarnos una angustia con más aterradora concisión que este hecho brutal de un destierro y este desapa-

recer trágico de un desterrado á quien consuelan otros desterrados como él...?

No pretendo, pues, contaros su existencia, y dejo para otros la grata labor de halagar vuestros oídos con el rimado murmullo de sus versos. La mía, hoy, no es más que una voz que se une á otras voces, á manera y semejanza del coro en las tragedias griegas, cuando prolongaba el gemido de los héroes al terminar la relación de sus homéricas peleas...

¿Y qué es una vida que acaba sino una historia que termina...? ¿Qué es la luz de una inteligencia que se extingue más que una sombra que empieza para nublarnos con mayor obscuridad las lindes insondables y misteriosas de esa tierra que llamamos cielo, porque nos repugna llamarle tierra otra vez...?

Y si aquí, por cima de prejuicios ó de rumores, de ideas que tuvo ó de ideas que le atribuyen, flota una inmensa verdad, la verdad inexorable de la nada, en que ya se ha confundido y de la muerte en que ya reposa, ¿qué más verdad buscaremos para darle derecho á nuestra compasión...?

Si morir es aniquilarse, aniquilado está; si morir es renacer á un eterno castigo ó á una gloria eterna, dejémosle á Dios la inmensidad de su juicio.

Para los que veneramos el numen del poeta y la transcendencia social del pensador, el nombre de Curros Enríquez será siempre un guía y un respeto; y á vosotros, aquellos que os creáis

más distanciados ó más ofendidos por sus opiniones, también os pido que améis el nombre del poeta, diciendo con el evangelista: « Amad á todos, á vuestros amigos y á vuestros enemigos, á los que os hacen bien y á los que os hacen mal, á todos..., que no amar sino á los que os aman á vosotros, es poco amor para un cristiano... »

He dicho: perdonadme lo que dije.

MANUEL LINARES RIVAS.

SAÚDO ⁽⁴⁵⁾

¡Saúde, compañeiros d'o loitador xigante;
 D'a alma solitaria que tanto nos amou!..
 ¡Saúde, hirmaus queridos d'o trovador errante,
 Qu'a terra en que nacera hastra morrer loou!

El foy de longos mares âs illas misteriosas
 D'as penas prisioneiro e-altiva-a honrada sen,
 Creeu..., dudou..., cingueuse d'espíñas máis que
 [rosas;
 ¡Sufreu...! Para aldraxalo non ten razón ninguén.

El era quen d'as noites de lua crara, inxentes,
 Os ritmos vagorosos sabía adiviñar.
 Maldixo d'os tiranos, d'os déspotas serpentes,
 E tuvo pr'a virtude seu peito sempre altar.

Eu veño, alá d'Arousa, d'as prayas feiticeiras,
 D'as rías briladoras tenxidas de zafir,
 D'os vales perfumados, d'as vírxenes ribeiras,
 A-os vosos frolecidos e célticos xardíns.

(45) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Eu veño, nobre Cruña, c'o corazón doente,
D'o morto idolatrado seus restos a bicar;
O labio esmorecido, sin lus n-a torva frente,
O pensamento murcho, a lira sin cantar.

¡Saúde, camaradas d'o loitador xigante;
D'a alma solitaria que tanto nos amou!...
¡Saúde, hirmaus queridos d'o trovador errante,
Qu'a terra en que nacera hastra morrer lembrou!

LISARDO BARREIRO.

HOMENAJE Á CURROS ⁽⁴⁶⁾

SEÑORAS Y SEÑORES :

Las excusas que hasta este momento opuse, no las imputéis á rebeldías de la voluntad; justificadas venían por el natural temor de ocupar una tribuna que, si honra y enaltece, va por modo obligado á denunciar mis deficiencias.

Pero hay deberes que nos interpelan con despotismo ineludible.

Celanova, mi pueblo, el que sintetiza cuanto de dulce con sus encantos, cuanto de doloroso con sus amarguras, tiene para mí la vida, quiere que hable, y yo debo estimar como honor impagable el sacrificio que me impone.

Degenerado el hijo que desoye los llamamientos de la madre, que si son siempre sagrados, lo son doblemente cuando, envuelta en crespones de luto, retuerce el corazón desesperado por la muerte del mejor de sus hijos.

Que nadie se moleste por el concepto. Curros llevó nombre y gloria á ambos hemisferios.

El verbo del sentido común, la voz de la verdad, que dotó á todos fundamentalmente de la misma conciencia, la reina del mundo, la opinión pública, dictaminó ya la valía y grandeza de nuestro vate.

(46) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Mellado afirmando que fué uno de los poetas que más intensamente sintió; escribiendo Moret gallardos artículos sobre el *Nocturno*; admirando Alfredo Vicenti la poesía *Á su madre*; emocionándose Linares en la *Muerte de su hijo*, y arrodillándose todos ante *La Virgen del Cristal*, que el solitario de Cortegada prologara, proclaman el encanto del detalle, para que resulte la grandiosidad del conjunto y la apología del poeta.

Y cuando los que lo saben y lo entienden, y por nada torcerían la rectitud de sus juicios; cuando esas clases directoras, que van iluminando el camino de la cultura humana con el faro de su inteligencia, proclaman la excelencia de Curros, nosotros, los suyos, los de casa, nada podemos decir ni hacer que no sea compartir, por ley de solidaridad, por derecho de familia, el aplauso universal que se tributa al poeta que tiene en las primeras estrofas de su primer poema arrestos homéricos y bellezas dantescas, y que encierra, por que resalten ingenio y fecundidad, tres imágenes en un solo verso, que todos saben y yo quiero recordar aquí para solaz de vuestros espíritus:

Primeiro desengano d'o noso amor primeiro
Que tras contigo ò frío d'unha mañá sin sol,
Tú roesnos com'os vermes a fror d'o naranxeiro
Y-o corazón nos trocas en seco pirifol.

No voy, pues, á definir al poeta de los fogosos arrebatos, de las tremendas osadías; pero

poeta también de lirismos suaves y santos ascetismos, que así era de compleja y varia la poesía de Curros; no vengo á decir de él absolutamente nada de lo que dije en otra velada más numerosa, no más entusiasta, pero menos familiar y casera que ésta. Vengo á poner al hijo de Celanova fuera de las sombras que sobre él quisieron proyectar espíritus que, acostumbrados á la luz crepuscular, se perturban con la intensidad meridional; que es cosa averiguada que, cuando no se puede regatear al poeta, se vayan las envidias por otros caminos para regatear al hombre.

Dijose de Curros que en su duro corazón no había una fibra que respondiese al amor. Mentira.

Yo también quiero aportar la voz de mi agradecimiento á la justificación de sus bondades; que nadie como yo, volviendo la vista á aquel período calamitoso en que me faltó la mía, pudo advertir cuán acertado anduvo el que dijo que la sociedad nos da un hermano en el amigo, y que es la amistad concordia suprema de las almas; y si dudáis de mi palabra, que tengo por honrada, ahí está Cástor Méndez, testigo inmediato de las prodigalidades del afecto de Curros conmigo. Mas yo quiero probar con el poeta mismo las ternuras del poeta. ¿Quién de vosotros desconoce aquella poesía *Á la muerte de su hijo*, en que se lee :

Non me acordo qué tempo m'estiven
Sobr'o berze de dór debruzado;
Sólo sey que m'erguin e'o meu neno
Sin vida n-os brazos?

Yo no sé que Tirso, Selgas, ni Balart ni cuantos queráis seleccionar como tipos de delicado sentimiento entre nuestros poetas, hayan acertado á formular nada más tierno. Un padre que al peso del amor cae *debruzado* sobre su hijo, que cubre maloliente viruela y manda desde el corazón corrientes de amor al cerebro que apagan el sentimiento, haciéndole perder la noción del tiempo, es grupo, es cuadro tan sublime, que yo no sé que más mimoso lo haya pintado pensamiento humano.

Así eran los afectos, así era el corazón de Curros; y esos afectos y ese corazón tenían, señoras y señores, una orientación obligada, porque si el poeta convierte en realidad sensible la belleza concebida; si á sus versos no transmite sino los adentros de su ánimo, y si en las poesías de Curros no se ven otros nombres que Celanova, Villanueva, Cristal, Soutoverde, Milmanda, Penalta y Einibó, no cabe dudar que en nuestros valles y vegas, en nuestros sotos y colinas formó su inspiración, que aquí infundió su ánimo en purísimos deleites, que con nosotros vivió vida permanente de espiritual comunicación, por lo que quiero pensar que á estos homenajes veníamos obligados por ley de reciprocidad, por ley de gratitud, por ley que tiene fuerza coactiva para toda alma bien nacida, por ley que encadena los corazones obligándonos á querer á quien nos quiso y amar á quien nos amó tanto.

Díjose también que en su corazón incrédulo no estaba consagrada ninguna religión. Mentira.

Cuando llegaba á La Coruña, los librepensadores pensaron apoderarse de los despojos del poeta, y como yo haya escrito á la eximia poetisa Filomena Dato anhelante carta para que lo estorbases, arguyendo en favor de su comunión cristiana, y buena parte de la prensa gallega me haya hecho el honor de reproducirla, el juez de Valladolid, Sr. Serantes, y el forense de Vigo, señor Brandón, apresuráronse á escribirme para que yo corroborase mis afirmaciones con sus testimonios, atinentes á demostrar un signo inequívoco de predestinación : ellos vieran á Curros la última vez que estuvo en Vigo con el escapulario de la Virgen. ¡Ah, señores!; yo, que conocía la altivez de aquel carácter indomable; yo, que sé que jamás llevó antifaces quien fustigó rabiosamente la hipocresía; yo, que conocía la dignidad de su espíritu, yo sé que, de no haber sentido movimientos é inclinaciones del alma hacia la fe, pesarían sobre él y le agobiarían con mortal disnea las telas santas del bendito escapulario.

Pero también con el poeta quiero justificar al poeta creyente. En el *Adiós á Mariquiña* concluye con este verso :

Y agora voa,
Pombiña, e que te guíe Nosa Señora.

¿Creéis que un hijo de Celanova invoca a Nuestra Señora sin que se levanten en él y asocie á la invocación todos los recuerdos benditos de nuestra niñez? ¿Quién otra es Nuestra Señora para un hijo de Celanova que la Virgen de la Ermita,

interpuesta entre los que no son y los que viven, entre nuestros padres, que duermen sueño de muerte en San Verísimo, y los que nos agitamos en este tráfago de la vida, empujados por el camino del bien, porque Ella pone alientos de vida sobre los gérmenes santos que al pie de su altar depositaron en nuestros pechos nuestras amantes madres?

Soplos virginales..., rocío del cielo..., gérmenes de vida..., manos amorosas..., cultivo cuidadoso..., leyes biológicas..., haced vosotros el discurso, ya que apremios del tiempo permítenme sólo proclamar aquí que el que amó y cantó en sus poesías á Nuestra Señora lleva en su pecho las teológicas virtudes de fe y de esperanza; y si no hubiese poesía, habría lógica, que es ley del entendimiento y enseña por inductivo método que el corazón muerto no puede generar la vida, que el espíritu lleno de negaciones no puede producir las afirmaciones sublimes de la belleza.

Curros ha creído; Curros ha querido.

No quiero abandonar esta tribuna sin dirigir un requerimiento á la gente moza. Jóvenes celanovenses, cuyo corazón se mueve á impulsos de sentimientos nobles y generosos, en cuyas venas arde la sangre de la juventud: yo os requiero á que un día enseñéis el nombre de Curros á vuestros hijos y se lo señaléis como un modelo, que bien merece serlo el que, además de su labor poética, la tiene periodística infatigable en defensa de la verdadera libertad, que es el primero de los conceptos en el trilogio de la emancipa-

ción humana; que bien merece serlo el que vivió concertada sociedad interior entre una inteligencia creadora y luminosa y una voluntad recta y enérgica. Yo os requiero á que mantengáis las corrientes de cultura que hoy cruzan los horizontes de mi pueblo, que ofrece lista inacabable de hombres ilustres; y sin referirme á los que hoy se agitan y tanto valen y significan en nuestra vida activa, permitidme que desde aquí mande un santo recuerdo á Manuel Asensio, que dejó fama de teólogo en nuestro almo Seminario; á Burdeus, que no hubo menester de Universidad para ser un modelo de erudición; á Cástor Elices, entre cuyas bellas poesías se destaca *As follas secas*, que bastaran á darle puesto en el Parnaso; á Povadura y Enríquez, modelo de sabios y rectos jueces; á Eladio Casais y Teófilo Saavedra, que brillaron como una aurora en las Universidades de Valladolid y Compostela; á Leonardo Mármol, que inundó con labor meritísima nuestra prensa regional; á Modesto Fernández, publicista notable en materias de Hacienda pública, y á Luciano Puga, que dejó reguero de luz á su paso por el Supremo.

¡Maldita sea la generación que, anémica, pasiva ó negligente, consienta que descienda á su ocaso el sol que hoy alumbra esplendoroso la villa de San Rosendo!

JOSÉ PORRAS MENÉNDEZ.

IN MEMORIAM ⁽⁴⁷⁾

No se puede entrar y salir en el valle de Celanova sin que la salutación y la despedida levanten enfrente nuestro la imagen becqueriana de la musa errante de Curros Enríquez. Desde que nos aproximamos hay más soledad, huele á trementina, á madreSelva, á lejanas brisas resinosas, á las ramizas que alfombran los pinares y á la humedad de labradíos.

En los restos del castillo de Villanueva, en el santuario de la milagrera, de la agarimosa Virgen del Cristal, en la rústica capillita de la Encarnación, y en este grandioso monasterio que á todos nos cobija para celebrar — por simpático contraste — la fiesta necrológica del poeta, revolotea su musa, flota aún en lo alto de la torre el espíritu generoso é independiente de Curros, como surge en los altares de la Encarnación y de la Santa Pastora de su inmortal leyenda el sentimiento piadoso y el culto de la delectación sublime á su madre.

Ni un solo instante podréis alejar de vuestra memoria la sonora sinfonía de los delicados versos de vuestro poeta ausente; pero sus notas han

(47) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

de sonar siempre más dulces y efusivas en la campiña refrescada por la lluvia caudalosa y en el anfiteatro de cordilleras y bosques, porque en esas robledas, por entre esas retamas espesas y derechos juncos, tocaba sus dolientes alboradas el gaitero de Penalta, y se juraron promesa de casamiento los enamorados mozos de Einibó.

JUAN NEIRA CANCELA. †

MI OFRENDA ⁽⁴⁸⁾.

En vuestra iglesia parroquial se ostentan las reliquias de muchos santos, y es esta villa y su tierra la cuna de los Feijóo, Riveras y otras nobles familias; de generales como Francisco de Novoa, que lleva su ilustre nombre hasta el Potosí, y patriotas distinguidísimos como Domingo Rodrigáñez de Araújo, fundador de la iglesia parroquial de Santo Domingo de Orense; del notable Colegio de PP. Calasanz; de jurisconsultos y literatos como los Iglesias, Porras, Lezón, Ojea, Elices, Marquina, Brandón, Míguez, etc., y especialmente del eximio é inolvidable Curros Enríquez, en honra del cual os halláis aquí reunidos.

Curros, hombre de clarísimo talento, nuevo *Munio* de Veiga, de Penalta y Einibó, como el prior de los caballeros de *Santiago de la Espada*, levanta el estandarte de la libertad y de la independencia de su pueblo y rompe lanzas contra la forma de todas las tiranías; maneja la lira como espada de dos filos, que lo mismo suena como ave de pío dulcísimo, que dijo un severo crítico, cantando tradiciones devotas y populares aprendidas de labios de su madre, como escala fortalezas, derriba castillos y arrolla supersticiones.

(48) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

El espíritu que rige su cuerpo débil y flaco, emprende así la cuesta de la vida, seca y árida y desierta, y con tan admirable tesón como lucidez, derrama fulgor por doquiera, brillando en cada asunto que toca la luz de aquella su orgullosa inteligencia, siempre olímpica y suprema.

Astro de elevada magnitud, fué marcando su estela de oro, celeste, luminosa. Alma sin hogar, pájaro sin nido, vive como fuera de su cuerpo, sufriendo con heroica paciencia traiciones de la envidia, golpes de fortuna, mudanzas y adversidades, y sin respetos mundanos combate la tiranía de los poderes, el orgullo de los soberbios y defiende la justicia de los desheredados.

Arrojado por el aluvión del infortunio, deja su ingrata tierra natal, buscando favor en extranjerías playas más hospitalarias; y Curros Enríquez, respondiendo á su promesa, por tierras y por mares habla de la patria gallega á los desterrados y de la libertad á los siervos.

Adondequiera que va nuestro poeta, los hados llevan también su *morrña*, nostalgia de la tierra amada, melancolía..., tristezas..., y á semejanza de Homero, Virgilio, Dante y Camoens, graba con péñola de oro sus épicas jornadas, legando monumentos indelebles para la tierra de España.

Sus poemas literarios serán honra inviolable y firme para Galicia, especialmente para Celanova, su cuna, sin duda para que vuestro ardiente deseo de dulce emulación no se desvanezca.

PÁRRAFOS DE UN DISCURSO ⁽⁴⁹⁾

De Celanova, donde recibió el primer beso de amor de las musas el alma solitaria y errante del poeta que glorificamos; donde lanzó el primer gemido, porque allí derramó la primera lágrima del humano dolor, que nunca le abandonó en su triste caminar por la tierra, os traigo, señores, mensaje de adhesión cariñosa, tributo de bendiciones y de lágrimas ardientes de gratitud; de gratitud, sí, porque vosotros habéisnos hecho llorar dos veces: de pena y de agradecimiento; de pena, por el poeta para siempre ido; de agradecimiento, por vuestros arrestos generosos, por vuestras ofrendas de admiración y de amor depositadas en los altares que habéis levantado al genio céltico, que encarnó en áureos versos, en estrofas de inspiración altísima, el genio de una civilización y de una raza.

Sí, en el hermoso valle de Celanova, que rodea con un cinturón de eterno verdor el ex monasterio de San Rosendo, fundado por el santo taumaturgo de la Edad Media, exhaló el primer hálito de vida el poeta inmortal; allí fué por Dios ungiendo el vate errante, porque obra de Dios es la

(49) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Poesía, con el óleo santo de la inspiración; allí sintió los primeros acariciadores aleteos de las musas el poeta de las tristezas hondas, y allí derramó las primeras ardientes lágrimas de sangre.

Por eso cantó constantemente el dolor, que nunca en la tierra le abandonara; por eso la obra de su inspiración lleva ese sello de infinita tristeza de las melancólicas tardes otoñales y de las tonalidades grisáceas de nuestro horizonte; por eso tuvo, á veces, rugidos de tempestad y fierezas de anatema; por eso fustigó á los tiranos y pidió consuelo para los esclavos y para los mártires coronas; por eso lloró lágrimas de sangre por los ancianos sin pan y sin hogar, por los hijos sin padre y abandonados, *com'os teus fillos*—decía á su santa madre—, por los que lloran y por los que sufren, por los que han hambre y sed de justicia, por todos los caídos en el calvario de los humanos dolores; por eso hizo gemir hondamente su lira con acentos patéticos, con imprecaciones de apóstol, por los dolores de cuerpo y alma de tantos seres sin ventura.

¡Ah, Dios mío, Dios mío!, que la inspiración, como la hermana de la Caridad, al decir de escritor ilustre, sólo acude cuando la invocan sufriendo; y Curros Enríquez invocóla en el calvario de los humanos dolores, que no tienen nombre en el defectuoso lenguaje del hombre.

Furores paternos arrojáronle, en edad temprana, de los patrios lares; entró ya en los dominios de la Historia, y dueña es la posteridad de sus juicios. Su madre, su santa madre, quedóse

clamando á la Virgen del Cristal — que el poeta había de cantar más tarde en estrofas de áureo misticismo y de inspiración soberana — piedad para el hijo sin ventura.

Y allá se fué, víctima de las adversidades del hado implacable, el vate errante.

Llevaba en su mentalidad vigorosa luz, mucha luz, el instinto creador, casi profético; en su corazón, sed insaciable de amor, que luego se traduce en dolores inenarrables; en su espíritu ingente, el tormento de lo infinito, el vértigo de la inmensidad...

Ansias inextinguibles del ideal, del ideal inasequible, hacían en su alma presa para apartarle de lo efímero y perecedero del vivir terrenal y hacerle interrogar el arcano del Universo.

Él, que mucho amaba; él, que mucho sufría, porque amaba mucho; él, que sentía el tormento de lo infinito, que sienten todas las grandes vocaciones que, en ascensión espiritual, en vuelo gigantesco, se levantan por encima del polvo vil del camino de la vida; él, que nacido en cuna de oro, viérase arrastrado por adversidades del destino á todos los dolores de cuerpo y de alma, que fueron el cortejo inseparable de su peregrinar por el mundo, no podía, no, del dolor desasirse. ¿Qué mucho, pues, que fuese el poeta del dolor?; ¿qué de extraño tiene que él fuese una de las musas constantemente inspiradoras de sus creaciones inmortales?

Alfredo de Musset, Carducci, Leopardi, Heine, Balart, ¿acaso como ellos, y más que ellos, no

apuró el bardo que lloramos las heces del cáliz de amargura?

Más que ellos, sí; que ellos, al fin y al cabo, lloraron en la adorada tierra nativa, y nuestro vate, ¡ah!, lloró en el destierro, y en el destierro cayó en medio del fragor del combate por la idea; en el batallar rudo y tenaz por la redención de su Galicia idolatrada, por la manumisión de los parias de los modernos tiempos.

... Poeta del dolor, de la ternura y del amor, bien pudo de sí decir lo que de sí Alfredo de Musset dijera: «El único bien que me queda en el mundo es el haber llorado algunas veces. Nada nos engrandece tanto como un gran dolor.»

Y aun añadir pudiéramos, ahondando en los océanos del alma del poeta, palabras que Guyán, en luminoso estudio psicológico, aplicara al poeta de allende los Pirineos, que, al mezclar á todos sus amores las ansias infinitas del ideal, que no pueden extinguir los pechos de bronce de la realidad, compara el deseo clavado en tierra, y aspirando siempre hacia lo alto, con el águila herida, que muere sobre el polvo, abiertas las alas y fijos los ojos en el sol.

Tal fué, creédmelo, creédmelo, el vate que lloramos, y al que, en esta apoteosis gloriosa, enaltece «La Oliva», bajo la inspiración de su cultísimo presidente D. Manuel Gómez Román, que tiene tan grande el corazón como la inteligencia, y á quien tanto debe el embellecimiento de este gran pueblo de Vigo...

Decidme ahora si quien, cual nuestro Curros,

en cimas tan altas explayó, como poeta, su vuelo ingente y en su alma sintió los aleteos purísimos del patriotismo é hizo latir, con los estremecimientos del éxtasis, tantos corazones, que aquí y allende los mares alientan, no merece que perpetuéis su memoria en lápidas y bronces, en mausoleos y estatuas; decidme si habiendo altares en las almas que sienten las glorias de la pequeña patria, altares en las almas no tienen para el que tan santo amor en la tierra tuvo y amor tan divino en la inmortalidad debe gozar.

¡Ah!, que cuando con furia insana el dolor clavaba sus envenenadas garras en el corazón lacerado del poeta de las tristezas hondas y de los cantos nostálgicos, y dábale un beso trágico en su alma, tuvo rugidos de tempestad y fierezas de anatema; que cuando la copa amarga y envenenada de vida tan tormentosa cual la suya libaba, producíale exaltaciones de embriaguez y hacíale, de vez en cuando, asomarse á los abismos de la duda sin caer en las negruras del escepticismo; que momentos hubo en que sintió frío en el alma, quien en el alma también sintiera fe acendrada y fragua de amor santo. ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Y cuál de nuestros genios exploradores de las miserias de aquí abajo, en un mundo de tantas lacerias sociales, no lo sintió?

... Una mujer excelsa, una mujer extraordinaria de nuestra tierra, de la que tuve yo también el honor de tejer su corona de gloria, que fué águila caudal y explayó su vuelo ingente por los cielos inconmensurables de la Ciencia; que esca-

ló, con su mentalidad soberana, alturas generadoras del vértigo de la inmensidad, y descendió, á manera de buzo, á la sima del humano dolor, á los antros de la suprema miseria humana; una mujer que predicó la caridad y el bien, que pudo, del dolor por ella glorificado, decir que purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo, tuvo anatema fiero, sangriento á veces, para los vicios sociales, para las babilónicas orgías que se ostentan con resplandores siniestros en las alturas, y tuvo, en cambio, arrullos de tórtola amante para los débiles, para los pobres, para los que sufren y para los que lloran, para todos los caídos en la espionosa senda, en la efímera y tormentosa jornada de la vida.

Pues así Curros Enríquez.

Los grandes genios de la poesía; los que recorren, en vuelo gigantesco, los cielos del ideal; los que se elevan por encima de la masa á alturas inaccesibles; los que sintieron sobre su frente el aleteo misterioso y divino de la inspiración y llevan en el alma el tormento de lo infinito, no en las plácidas corrientes del arroyuelo del vivir, que serpentea por entre los verdes juncos de la alegría y de la esperanza, sino en las tormentosas olas del mar de la vida, bañaron su espíritu.

Mas entendedlo bien; entre cuantos al dolor pagan tributo y del dolor recibieron el beso purísimo de la inspiración, los unos, cuando el dolor cantan, creen y esperan, y esperando y creyendo, rezan y lloran; rugen los otros porque no

creen, y maldicen porque desesperan. Forman para éstos montañas de espuma las olas encrespadas del mar de nuestra vida, y ofrécese para aquéllos serenas en su imponente majestad; pero amargas son siempre del mar las aguas, y en el fondo, ¡ah!, en el fondo está siempre el abismo; mas hay para las almas creyentes otro Océano sin fondo en esas alturas, que producen el vértigo de la inmensidad y que están por encima de los astros, adonde explayar anhelaran su vuelo.

... Pues Curros Enríquez, que recorriera todas las tonalidades del sentimiento y las notas todas del pentagrama del alma, fué creyente, y con arpa de oro cantó en estrofas inmortales á la Virgen del Cristal, que viera subir en magna visión esplendorosa á los cielos, en la hora solemne de su comunicación espiritual con las musas, en la hora augusta de su inspiración, y cantóla como sólo pueden los que llevan en el alma el lumínar bendito de la primera fe; y reanudando las cántigas marianas con que en el dulce y tiernamente melancólico dialecto gallego honrara en los medioevales tiempos el Rey Sabio, dijo de esta suerte: «Yo soy el ave de pío dulcísimo y alas de nieve que sólo anidar en los campanarios sabe, y que bañándose en las ondas del incienso que trasciende de la alta nave, va á cantaros una leyenda recogida de los labios purísimos de mi madre en los días venturosos de la infancia. Vió eclipsarse la estrella de su pequeñuelo, y, padre amantísimo, derramó lágrimas de infinita ternu-

ra. Contempló á su madre muerta, y con lamentos que desgarran el alma, llamóla

Mártir oscura, blanca pombiña
Arruladora e tenra...»

Pudo ver legiones de emigrantes, combatidos por la negra ola del infortunio, lanzarse á las tenebrosidades del Océano, á las incertidumbres del porvenir, y cruzar para extrañas tierras mares de hiel, y conturbado su espíritu, hizo gemir hondamente su lira excelsa con los dolores de cuerpo y de alma de tantos seres sin ventura, y fué para ellos golondrina de píos amorosos, cobijándolos con sus negras alas, tan negras como la pena que anidaba en su alma, y arrullándolos con cantos de amor y de esperanza. Vió en su derredor millares de parias, los nuevos siervos de la gleba, que viven como gehenas, y entonces tuvo acentos de noble indignación y fulminó el rayo del anatema, del anatema fiero, contra los tiranos, y pidió consuelo para los esclavos y para los mártires corona. Que escrito él lo dejara, para que olvidarlo no podáis:

Que eu pr'a querer nacín todo caído,
Pr'a dar a man á todo desgraciado.

Pues si fué creyente, y creyente cantó, en los centelleos de su inspiración, á la Virgen del Cristal, y si fierrezas del destino, adversidades del hado implacable, jamás negruras del escepticis-

mo, generaron á veces en su alma desmayos, creyente murió cantando á la Virgen del Cristal en la rica y sonora lengua de Cervantes, en que piensan y sienten dos mundos, en que piensan y sienten los setenta millones de almas que se dilatan por el planeta.

¡Ah!, viles gusanos que os arrastráis por el polvo de los caminos de la vida y que ni, aun muerto, le permitís descansar; ahora que desprendido del barro deleznable del mísero vivir terrenal sumergiósese en el piélago insondable de la eternidad, sed, por Dios, piadosos; dejadle dormir en paz el sueño postrero; dejadle, sí, dejadle bañarse en luz divina allá en las inmensidades de Dios.

Y ahora, señores, escuchad este ruego que el alma arroja á mis labios temblorosos: cuando paséis por delante de este monumento, que erigió la culta y floreciente Sociedad «La Oliva», compuesta por almas caldeadas por las divinas llamaradas del ideal y el fuego sacro del amor patrio, para perpetuar un nombre para nosotros tan querido, en esta apoteosis del poeta excelso, arrebatado á las charcas cenagosas del vivir terrenal, mísero y caduco, para entrar, con irradiaciones triunfales, libre ya de la mácula infecta de la carne, sin cadenas de dolor, ni gemonías, ni arreos de martirio, ni cilicios de pasión, ni mordeduras de canibalismo, en las regiones de la inmortalidad y del misterio, en el reino de la justicia y del perdón misericordioso, recordad, Dios mío, que él predicó el amor entre los suyos, el amor, la libertad y la solidaridad fraternal en

la pequeña patria y en la patria grande, en las patrias materiales y en las patrias espirituales; recordad, sí, que él lloró lágrimas de sangre por todos sus hermanos caídos en el calvario de los humanos dolores; recordad que rompió cadenas y dijo: « Levantaos, siervos »; que fué apóstol de redención económica y social, pidiendo para sus hermanos el alborear de un nuevo día sin quintas, sin foros, usuras ni pleitos, y que un nuevo sol de ventura esplendiese para su bien amada Galicia, alumbrando sus hoy negros destinos; recordad, sí, aquellos sentidos versos que son como el canto del cisne:

¡O terrón! ¡Ay! ¡Aldeña
Onde se nace e se crece,
Que inda de lonxe parece
Que nos acena e aloumiña!

¡O terrón, que cobre os ósos
D'os vellos que abandonamos,
E que con fondos recramos
Chamando están pol-os nosos!

¡O terrón! Se a sorte cruel
Me fay ó mundo deixar
Fora dél e d'o meu lar,
¡Gallegos, levaima á él,
Alí podrey descansar!

Sí, tú querías reclinar la cabeza, por la postrera vez, en la nativa tierra; tú querías dormir en ella el último sueño, que ahí está tu testamento poé-

tico, símbolo augusto de tu martirio en el mundo, en ese grito hondamente nostálgico que, como el vago y apagado lamento de un moribundo, se escapó de tu alma solitaria. ¡Oh!, que acaso, cuando estos versos escribió, mantuviera su estro creador, desde las lejanas playas de Cuba, á través de los mares, en la hora solemne de su comunicación espiritual con las musas, ese diálogo misterioso con la madre Naturaleza, que llamaba á la materia al sueño perdurable de la muerte, en la tierra bendita de sus amores, y con el cielo, que llamaba al espíritu, evocador de la Virgen del Cristal, á las inmensidades de Dios.

Suelo adorado, bendito, suelo fecundizado con las lágrimas de tus mártires y tus músicos y tus poetas, que sintieron tus hondas penas y lloraron, en estrofas y cantares de ternura infinita, tus desventuras. ¡Oh, idolatrada pequeña patria, donde nuestros mayores yacen en el eterno reposo!, tú sola nos cubrirás con las flores que festonean y embalsaman el ambiente de tu espléndida floresta y nos besarás amorosa con las tenues auras de tus amenos bosquecillos y los murmullos de tus fuentes cristalinas y de tus rías de plata, cuando el soplo helado de la muerte nos brinde por sepultura el florido lecho de tus camposantos, arrullados por el toque de Ánimas de los campanarios de tus iglesias, que yérguense gallardas por entre las verdes crestas de los frondosos castaños y pinares de tus montañas, como un suspiro del alma á Dios.

Galicia, hermosa Suevia, idolatrada pequeña

patria, por la que estamos unidos en dichosa comunidad de afectos y aspiraciones á la patria grande; nereida gentil que, reclinada sobre un lecho de flores y cubierta por el regio manto de púrpura de los crepúsculos de tu cielo, pareces mecerte voluptuosa en las rizadas ondas de tus mares, que cruzan blancas gaviotas, para ser arrullada por las drúidicas canciones de tus bosques seculares, que murmuran en sus frondas plegarias de amor, acariciada por las rielantes corrientes de tus rías de plata, en que reverbera el infinito azul y el verde esmeralda de tu floresta espléndida, y coronada, ya por las graníticas cordilleras, que te abrazan, fuertes como tu raza de héroes y de mártires, ya por las verdes crestas de los pinares rumorosos y los penachos de tus castaños frondosos, que parecen confundirse en amoroso beso con las ondulaciones etéreas del horizonte; despierta, sí, despierta, levántate y anda; sacude el yugo que te oprime; rompe las gemonías que te aprisionan; alza, alza tu noble frente, ungida de Dios, que tan bella te hizo; cobra bríos de titán y marcha, con paso firme y ánimo resuelto, á la realización de los redentores ideales del progreso. Adelante, adelante, siempre adelante...

Tú no mueres, no puedes morir, no quiere Dios que mueras; aun tienes que cumplir en el mundo grandes destinos.

Antes de poner á mis palabras remate, permítilme que del luchador gigante que murió con melancolías de añoranza en el destierro; del pre-

cursor del resurgimiento glorioso; del que subió con cruz de martirio al calvario del progreso, y en medio de la montaña del progreso cae y en la jornada sucumbe, como el águila herida que cae con las alas tendidas sobre el polvo y mirando el Sol, os recuerde aquellos sentidos versos, que son grito hondamente nostálgico del alma lacerada del poeta sin ventura en la tierra:

Si cand'á loita vaya
Tropezo n-unha foxa,
Os que, cal eu, subides
A traballosa costa,
Quando chegués á cima,
Sagrada e vitoriosa,
¡Arpas gue saudades
D'a nosa pátreia a aurora,
D'a y-arpa acordaivos qué fúnebre queda
N-a noite d'o olvido xemindo sin gloria!

¡Ah!, ya no llorará tu arpa sin gloria en la noche del olvido. Ahora que fúnebre sudario te envuelve, Vigo acoge la última palpitación de tu corazón grande y generoso y rodea tu nombre de aureola inextinguible. Ya puedes en paz dormir, ya reposas en el céltico suelo, en la pequeña idolatrada patria; ya te besa, acariciadora, la tierra bendita de tus amores; ya perduras en el amor de los tuyos y en la memoria de los buenos.

Y vosotros, señores, sabedlo. Si dicen, y dicen bien, que Dios bendice á los pueblos que honran á sus hijos ilustres, á los que son á manera de luminarias del pensamiento, que alumbran los

humanos destinos en la yerta obscuridad del mísero vivir terrenal; vosotros que, con nobles arrestos, habéis erigido altares al genio y en los altares del genio depositasteis ofrendas fervorosas, bien merecidas tenéis las bendiciones de Dios y el reconocimiento de la Historia.

MANUEL LEZÓN.

TRABAJOS ESCRITOS EXPRESAMENTE POR SUS AUTORES
PARA ESTE TOMO

TRABAJOS ESCRITOS PARA ESTE TOMO

CARTA ABIERTA ⁽⁵⁰⁾

SR. D. ADELARDO CURROS VÁZQUEZ.

Mi querido amigo: Me honra usted mucho al pedirme unas cuartillas para que figuren en el quinto tomo de las Obras de su padre, el insigne Curros Enríquez, recordando que he tenido el honor de presidir, como alcalde de La Coruña, el grandioso homenaje que Galicia entera tributó á los restos mortales del gran poeta, entregados á nuestra ciudad por la más alta representación del Centro Gallego de la Habana, y guardados amorosamente desde entonces por este pueblo, que aplaudió con entusiasmo á su Ayuntamiento, cuando acordó la construcción de un edificio que

(50) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

llevará el nombre de Curros Enriquez, y estará destinado á la enseñanza y á guardar las cenizas del poeta inmortal.

Pocas veces se habrá visto á un pueblo movido por sentimientos tan elevados.

No se trataba de pasiones políticas, de luchas de intereses, de corrientes de opinión, frecuentemente ficticias y con frecuencia también rectificadas por los mismos promovedores ó por quienes, engañados, los corearon.

Nadie esperaba recompensa por sus iniciativas, y nadie habría de sufrir perjuicios por dejar de secundarlas.

Un pueblo, una región en masa, sin distinción de clases ni opiniones, testimoniaron su duelo por la pérdida de una de sus glorias más preclaras, y demostraron con su unanimidad, con sus acentos y con sus emociones, que no hay amor comparable al que inspira la Patria, ni glorias tan imperecederas y tan gratas para la Humanidad, como las cimentadas por una gran inteligencia y un gran corazón.

Créame usted su amigo afectísimo q. l. b. l. m.

JUAN SÁNCHEZ ANIDO.

CARTA ABIERTA ⁽⁵¹⁾

SR. D. ADELARDO CURROS.

Madrid.

Mi distinguido y estimado amigo : Me pide usted, honrándome con ello, en su atenta carta de 1.º del pasado mayo, unas líneas para que formen parte de una especie de corona poética que cierre con llave de oro el penúltimo libro de las Obras completas de su ilustre padre, agregando que no me otorga escape ni disculpa alguna, dada la circunstancia de haber acompañado desde aquí los restos mortales de aquél hasta darles sepultura en tierra de Galicia.

Comprendo que las alegadas por usted son poderosas razones; pero así y todo, convencido de que debía usted eximirme de tal encargo, por impedirme realizarlo, como es debido, mi falta de aptitud para el caso, requeriría, para lograrlo, de usted su benevolencia, si no temiera me tuviese por desatento, ó no pudiera juzgarse que, más por causas del puesto de presidente del Centro Gallego de esta ciudad, que desempeñaba en aquel entonces, que por espontáneo impulso,

(51) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

acepté el honrosísimo cometido de acompañar á la madre patria los restos del más notable de los poetas gallegos.

No corresponderán, pues, estas líneas, querido amigo, á lo que siento y quisiera con ellas expresar; mas, así como en los campos se dan humildísimas florecillas de poca apariencia y aroma, para que podamos por el contraste apreciar la hermosura y fragancia de otras más bellas, así esta pobrísima ofrenda mía podrá servir para hacer resaltar el mérito de otras producciones, que serán como las rosas imperecederas del genio, que hagan deslumbrante la corona que, rindiendo culto á su amor filial y á la gloria de su padre, se propone usted formarle.

Á mi juicio, aparte la belleza de forma, son de apreciar en la obra poética de su señor padre tres marcados caracteres que le dan gran relieve y la harán inmortal, sobre todo para los hijos de nuestra amada Galicia. Me refiero al espíritu regional que la domina; al concepto transcendental ó filosófico, apareado á la profundidad de pensamiento que en seguida se nota en todas las producciones que la constituyen, aun en aquellas que tratan de asuntos sencillos, y en lo personal de la misma, por reflejar claramente, sin el más leve disfraz ni disimulo, la idiosincrasia de su autor, circunstancia que las hace ser tan sentidas é intensas.

El espíritu regional, en efecto, de tal manera se muestra en todas sus poesías, que aun aquellas escritas en castellano, revelan el temperamento

netamente gallego de su autor, por su estilo, giros y desarrollo de las ideas.

Del concepto filosófico, debido á la profundidad del pensamiento que en todas se observa, es buena prueba su *Nouturnio*, tan admirablemente estudiado por el Sr. Moret en el trabajo que remitió para que se leyera en la velada que se celebró en Coruña en honor á la memoria del poeta, á raíz de llegar sus restos á dicha ciudad, y en cuyo trabajo señala el Sr. Moret cómo dicha composición en pocos versos, y bajo una apariencia de extraordinaria sencillez, expone lo inexorable de las leyes que rigen al Universo, al par que, agregamos nosotros, contiene una acerba y justa crítica de la crueldad con que nos tratamos los hombres.

Sobre el tercero de los indicados aspectos nada debo decir, pues magistralmente se refiere á él nuestro insigne poeta Rueda en la carta que usted pone de prólogo al segundo tomo de las Obras de su ilustre padre; pero sí me parece del caso señalar una circunstancia muy especial á tal respecto; y es que, para darse cuenta exacta de ello, era necesario haberle conocido y tratado. Hombre de bien á carta cabal y de extraordinaria sensibilidad, no podía menos de dejarse llevar ya de las ideas, ya de los sentimientos profundamente grabados en su alma, y cómo algunos de éstos, sobre todo en los buenos, como él, suelen estar en contradicción con parte de aquéllas, porque las ideas, producto del estudio, conocimiento del mundo, cambio incesante de las cosas y madurez

de juicio que se va adquiriendo con la edad, no es posible coincidan exactamente con los sentimientos que la educación y tendencias predominantes en el tiempo y en el hogar donde se deslizaron nuestros primeros años, dejaron indeleblemente impresos en nuestro corazón, de ahí que exista en nosotros cierta dualidad, sólo así explicable, por virtud de la cual, y sin ser hipócritas, lloramos, movidos por el sentimiento, la ruina de cosas que nos fueron y nos son amadas por los recuerdos que nos traen, no obstante haber contribuído, á lo mejor, á tal ruina, llevados por la idea que nos impuso hacerlo como mandato imperioso del deber.

Á mí siempre me pareció ver en Curros Enríquez, torturando su alma, esa dualidad en alto grado: ¿no habrá exclamado por eso, en su hermosísimo poema *A Virxe d'o Cristal*,

..... Si amo tanto
 O progreso y-a lus, ¿por qué n-a frente
 Grabado hey de levar ò desencanto
 D'esta doce ilusión qu'ó peito sente?
 Por qué, cando profétecos levanto
 O porvir os meus ollos, tristemente,
 Fírame a seu recordamento xordo,
 E d'os pasados tempos me recordo?

Suyo afectísimo amigo y s. s.

JOSÉ LÓPEZ PÉREZ.

(Abogado y ex presidente
 del Centro Gallego de la Habana.)

Habana, junio 22 de 1911.

DOLORA ⁽⁵²⁾

¡Ay, d'os que levan n' o bico un cantar!

Así dijo, y en verdad que harto lo sabía, el desgraciado, que no tuvo en la vida ni paz ni sosiego para su alma ni para su cuerpo, agobiado bajo el peso de todos los infortunios. Porque si hubo en el mundo poeta á quien el Cielo hubiese impuesto la irremediable carga de expresar en sus versos las aflicciones que le abatían, él fué uno. Quien lo dude, lea los que produjo, mitad blanda queja, mitad implacable desesperación é ironía amarguísima. Como de fuente turbada, brotaban abundantes, únicos: no grato pasatiempo á un ánimo afligido, sino hijos de cuantos dolores pueden estrechar al hombre ante cuyos ojos se cierran todos horizontes

Mucha culpa tuvieron en ello el carácter del poeta, corazón duro como el hierro, para resistir toda violencia y toda herida; pero alma sencilla, de niño casi, para cuanto era piedad y amor para el desgraciado. Y ¿quién es el que vence, si viene al mundo en semejantes condiciones? No

(52) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

sería él, que parecía desafiar las inquietudes que le hostigaban, las luchas crueles que le affigían, y en cuyo ánimo, verdaderamente heroico, de que estaba dotado para el sufrimiento, hacía suyas todas las amarguras que le cercaban, así sangrasen, así doliesen y matasen.

Ni aun leyendo sus versos, en los cuales las asperezas de la vida soportada aparecen de manifiesto, podrá nunca adivinarse la intensidad de la tristeza que encierran en lo más oculto. Para ello es necesario haberle seguido en su peregrinación y obtener sus íntimas confidencias: verle en el mundo y verle en su encierro. Sólo así se puede penetrar en los secretos que le agobiaban y en su sellado silencio. Por eso cuando en una hora de paz desbordaban en sus labios las palabras que se referían á los breves momentos felices de su vida, podía comprenderse con cuánta piedad le trató el Cielo, cerrándole los ojos para siempre en una hora de descanso, y tal vez en el momento deseado. Como no me fué vedado el conocer el fondo de aquella alma atormentada como pocas, puedo decir que el *amargo tedio*, como él le denominaba, no le dejó un momento, fué su compañero de toda hora y todo momento, reflejándose triste y sombrío en su producción literaria. Era forzoso, siendo, como fué, un gran poeta lírico, que dominase en su obra la nota personal; que el dolor que á toda hora le tenía encerrado en su cárcel, predominase hasta el punto de que el amor—ni aun el que pudiera suponerse le hería ó subyugaba—tiene en ellos la

gran influencia que era natural. El odio sí que es las más de las veces manifiesto. El odio, hijo del infortunio, pasa sobre los versos como una fría onda que apenas templan las agitaciones del bondadosísimo corazón del poeta. Odia éste al tirano, no tanto por lo que es, como por lo que ama y compadece al que soporta las crueldades del látigo que le hiere. Si en su poder estuviera romper cuantas cadenas atan al hombre á las tormentas de la vida, hechas pedazos caerían; si sus manos pudiesen abrirse y derramar la riqueza sobre los infortunados, las abriría sin tasa. Es más: aquella alma, que algunos se complacieron en suponerla alejada del cielo, ni siquiera negaba la ofrenda de sus oraciones á cuantos de su estimación no necesitaban ya de otro auxilio.

Qu'inda recey pol-a probe d'a tola

Eu, que non teño quen rece por min!

exclamó dolorido al pie del sepulcro de aquella cuya obra fué su preferida, porque como él se vió maltratada de la suerte, clavada por el mismo dardo, sangrando por la misma herida. Igual desamparo los había envuelto en sus sombras y hecho hermanos por el destino contrario. Diríase que en su soledad buscaba el amor de los muertos, pues los vivos le parecían adversos. Diríase que le rodeaba la soledad de sentimientos, la soledad de ideas, la soledad de todo, menos la del agrio sufrimiento que le separaba de los demás, le hacía aborrecible la vida, le amargaba los más

felices instantes y ponía un vacío inmenso entre sus agobios y el consuelo que le debían los cielos compasivos.

Y tan es así, que en aquella para él y para Galicia dichosa noche, en la cual espontánea, cariñosísima, tuvo lugar en La Coruña su coronación, no fué para nuestro infortunado tan santo triunfo todo lo satisfactorio que debiera presumirse. Parecía que una duda involuntaria lo empañaba, que un misterioso recelo le entristecía y velaba la íntima satisfacción que debía experimentar en tan gloriosos momentos. Y eso que el poeta amaba La Coruña y no dudaba de su lealtad. En las sentidas estrofas de su poema *Saúdo* puede verse cuánto la amaba y cómo conservaba todavía su alma algo de los alegres días de su niñez, porque para él había sido entonces, y era ahora, una ciudad *franca* abierta á todas las corrientes, á todas las glorias positivas, á los más generosos sentimientos. Porque al decir ¡Adiós! á su país, á toda esperanza y hasta á la misma vida, lo había hecho desde su puerto y entre los buenos amigos que le rodeaban en tan amargo momento.

En verdad, él agradeció con toda su alma esta despedida, como agradeció el amor con que se le recibió á su vuelta, la corona que el entusiasmo público costeó, y el entusiasta aplauso con que fué saludado en el escenario en que tuvo lugar su coronación. Conociendo su lealtad, aseguro que en aquel instante fué tan grande su reconocimiento, que nada en el mundo podía

aminorarlo. Sería sin límites, si pudiese adivinar entonces que había de ser tan grande, tan espontánea como fué la prueba de amor que dió La Coruña al poeta el día que recibió como una madre dolorida los restos mortales de Curros Enríquez. Las cuarenta mil almas que le acompañaron á su última morada, llenas iban de dolor y de aquel santo respeto que la muerte de los grandes hombres impone á las multitudes. Porque en tales momentos no se finge, el duelo sale del alma, de la sencilla pero amorosa alma popular, que sabía que algo suyo, algo que merecía el sufragio de su pena, algo, en fin, que le pertenecía; porque en aquel corazón que había cesado de latir no hubo nunca sino piedad y amor para los heridos por la desgracia.

Puedo decirlo así; es más, debo decirlo; porque fueron tan pocos aquellos a quienes merecí pruebas de estimación en días más que amargos!... Sería un ingrato si así no lo dijera y si en honor de aquella grande alma no hiciese en este momento, como quien dice, mi confesión. Proclamando en estas páginas el generoso auxilio que le debí en momentos tan difíciles, que equivaldrían á la muerte, pues me vi despojado de todo, no trato de librarme del peso de mi reconocimiento, porque éste me es grato é inolvidable y porque—perdonad mi inmodestia—hay algo de honroso para quien recibe beneficios, si el que los rinde es digno del general aprecio. Dios que todo lo ve y todo lo juzga y pone en la balanza la justicia más estricta, sabe bien que si

recibí de la mano bondadosa de mi amigo la necesaria ayuda, ni hice menos los favores recibidos, ni quiero que queden ignorados. Espero que el Cielo me permitirá verle bien pronto — pues por mucho que tarde, la partida está cercana —, y entonces podrán las dos sombras continuar los terrenales coloquios que una muerte inesperada vino á interrumpir. No deseo otra cosa, pues allá me esperan los que amé en este mundo. Y dejando á un lado toda la triste impedimenta de las ingratitudes humanas, partir libre, en busca de la paz que sólo puede hallarse en los lugares en que todo dolor se pierde y toda piedad se alcanza.

MANUEL MURGUÍA.

La Coruña, septiembre de 1911.

MANUEL CURROS ENRÍQUEZ ⁽⁵³⁾

Yo aprendí sus versos de memoria; y como yo, los ha aprendido el pueblo gallego; la cántiga *N'o xardín unha noite sentada*; los versos *Ten a serena ó canto, a serpe ó alento*; la poesía burlesca *Tangaraños*, han pasado á formar parte del caudal de la música y la poesía popular en nuestra Galicia y en esa gran Galicia espiritual que se extiende al otro lado del Atlántico, donde dos millones de gallegos sienten palpitar, en la tristeza inmensa de la ausencia, las fibras del alma regional.

Es Curros el príncipe de nuestros poetas, como es Cervantes el príncipe de los escritores de Castilla; como es Shakespeare el gran poeta de Inglaterra, y Dante el patriarca de las letras italianas.

Desde que allá, en el siglo XI, dió su primer vagido la musa galiciana hasta el renacimiento literario regional de nuestros días, no hubo un artista del habla gallega tan grande, tan excelso, tan inspirado como Manuel Curros Enríquez.

Hace ahora diez y ocho años, cuando el autor de *La Virgen del Cristal* estaba en el apogeo de sus maravillosas facultades, en torno de su corona de laurel y encina, de su corona de poesía y de

(53) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

civismo, se enroscaban las serpientes de la envidia y de la calumnia. Entonces publiqué mi libro *El Regionalismo en Galicia*. Dedicué todo un capítulo á Manuel Curros Enríquez, y demostré que era Curros —lo que hoy reconoce Galicia entera— el primer poeta de la más poética de las lenguas de la Península.

Y si se compara á Curros con los otros grandes poetas españoles del siglo XIX, será vencido por Zorrilla en la música y el ritmo de la rima, no igualará á Núñez de Arce en la clásica armonía de los versos, ni competirá con Campoamor en intención, filosofía y humorismo; pero superará á todos en entonación, en energía, en arrogancia viril; desde Quintana á Curros, no apareció en España un poeta de tanto nervio y que llevase tan de acuerdo sus actos con sus obras.

La musa de Curros es la musa triste de los pueblos que perdieron su personalidad, musa de quejas y de protestas como la musa rumana y la musa polaca; pero hay en el vate gallego tan alto espíritu de rebeldía, tal sublimidad y grandeza en los apóstrofes, tanta valentía en el estilo, tanta arrogancia en la frase, que elevan al poeta á las cumbres más altas de la gloria, recordando á Dante en las invectivas del *Divino Sainete*, y recordando á Víctor Hugo cuando, en la *Virgen del Cristal*, describe la muerte trágica de Martiño, tan semejante á la muerte de Gilliat en *Los trabajadores del Mar*.

LEOPOLDO PEDREIRA.

CURROS ÍNTIMO ⁽⁵⁴⁾

*... Que non abrir a porta cando chaman,
E d' homes ruins, non de fidalgos peitos.*

M. CURROS ENRÍQUEZ.

Poesía «A Sociedade Lirica d'Habana».

Y como yo no soy, ni he sido, ni seré jamás hombre ruin, y como por otra parte fermentan en mi pecho todas las hidalguías — con la venia de la modestia y sin rendir pleitesía á la vanidad —, he aquí que con toda suerte de buenas intenciones, abro de par en par las puertas de mi voluntad al llamamiento de Adelardo Curros Vázquez, sin parar mientes en el éxito de mi empresa y sólo atento á que reclama mi cooperación para la suya, en nombre de su padre, de aquel gran hombre que yo amé, y del que he sido amado; que conmigo rió y lloró conmigo, y que en las horas grises en que las almas de los buenos se asocian para sentir, las nuestras, unidas por el vínculo de la simpatía y el cariño, han comulgado juntas en el altar de los recuerdos, que tiene un ara para los días alegres de policroma y radiante coloración, y otra para las noches tristes de espantable obscuridad.

(54) Véanse las Notas del recopilador, que figuran después del Índice de este tomo.

Todos cuantos de Curros Enríquez hablan en sus tertulias y en sus mudas conversaciones con el público, merced á los caracteres impresos, aseguran que lo han comprendido, y todos desconocían á Curros Enríquez, porque al mencionarlo veían en él al ser de potente mentalidad, al cerebro privilegiado que legó á su patria inmortales producciones literarias, al excelso vate en cuyas manos el arpa de la divina poesía vibraba con seductores acentos, en los que ondulaba toda la gama de la inspiración; pero al Curros afectivo, al Curros familiar, al Curros íntimo, á ése, pocos, muy pocos pueden vanagloriarse de haberlo conocido y comprendido, porque el inclito poeta, amargada su existencia por engaños é ingraticudes, habíase formado una segunda naturaleza, y escudado tras ella como en inexpugnable baluarte, escondía, huraño, sus pensamientos, para apartarlos de la profanación de que fueran víctimas aquellos otros de su adolescencia y de sus viriles días de titánica lucha.

No fué Curros Enríquez, por unas y otras causas, gran sembrador de afectos, y aun aquellos pocos que esparció, no siempre cayeron en suelo grato; esto le tornó desconfiado, y tal vez en alguna ocasión injusto, porque el dolor del desencanto borró de sus labios la sonrisa, arrugó su entrecejo, puso saetas en sus mirares y endureció su corazón, determinando todo ello el escepticismo que engendró la melancolía, ya para siempre compañera suya inseparable.

Mortificado desde su infancia por crueles con-

trariedades, presumía de excéntrico, y displicente seguía su ruta hastiado de todo.

No pudo ser estoico y no quiso officiar de cínicó, quedándose en un perfecto misántropo.

Era preciso prodigarle mucha tolerancia, mucho cariño, mucha disculpa para sus genialidades, si se quiere extravagancias, para ganar su voluntad y conquistar su confianza. Entonces, aquella almita enferma é infantil se entregaba, porque siendo asequible á todos los bellos afectos y sentimientos, se dejaba apresar, moldeándose á merced de quien, acariciándola, la transformaba.

Y éste era el secreto de nuestra entrañable é indisoluble amistad.

Nunca su errabundo paso tropezó con la dicha; no pudo ser feliz, no ensayó el abyecto caracolear para conseguir la fortuna. ¡No debía ser feliz! El serlo, prerrogativa es de los que militan en la legión del egoísmo, de los vulgares, no de aquellos que él, compadeciéndolos, cantó en esculturales versos:

¡Ay d'os que levan n-a frente unha estrela!

¡Ay d'os que levan n-o bico un cantar...!

*
* *

Poco más de un año antes de venir á España por la primera vez, Curros Enríquez leyó en el Teatro Tacón de la Habana, la noche del 11 de enero del año 1903, en la velada conmemorati-

va del XIII aniversario de la fundación del Centro Gallego, una valiente poesía titulada *A espina*, en la que ponía de relieve el proceder de algunos que habían convertido en odio la veneración que por todos conceptos merecía; él, que no vaciló en arrostrar toda clase de sinsabores y tirar su porvenir por la ventana en holocausto al buen nombre de la colonia gallega; yo, en 20 de junio del mismo año publiqué en mi bien recordada y queridísima *Revista Gallega* la composición mía *O dardo*, como respuesta á la suya, en la cual me dolía de la sinrazón con que era combatido el amado poeta, y denostaba á los que tan desconsideradamente lo trataran.

Al agradecérmelo decíame:

.....

«Celebro le hayan complacido mis versos *A espina*. La llevaba dentro y me la saqué en público. La chusma bramó porque le cogí la cara y se la abofeteé de lleno. Ya sé que no debía medirme con ella; pero debo prevenirme contra las calumnias y justificar mi desvío de esta Galicia lazarina que, sin saber leer ni escribir, viene aquí á escupir sobre su historia y la de sus padres. Felizmente, los de esa Galicia son los menos, y hoy, faltos del apoyo que les daba España, vense impotentes; pero ellos me hicieron todo el daño que han podido, y yo, que he vivido y vivo sin ese apoyo, estaba en el deber de demostrarles que no había muerto...»

.....

La carta á la que pertenece el párrafo trans-

crito, vió la luz en el número del 23 de agosto de 1903 en la referida *Revista Gallega*, y al ser conocida en la Habana levantó tal polvareda entre los que con sus desatenciones habían originado los apóstrofes del ofendido, que al mortificarle con sus denuestos recrudescidos, hicieron buena la razón que le asistiera para devolverles en parte mínima algo de la ponzoña que sobre él tan copiosamente, impíos y rencorosos, habían vertido, porque en el mundo mientras á unos suele enaltecerseles por sus maldades, á otros por sus bondades se les deprime, por raro que parezca el caso.

Yo conceptué deber de amistad volver por sus fueros y lo hice en números sucesivos de mi hebdomadario, exponiendo enérgicamente verdades que borbotaban en mi cerebro pugnando por expansionarse, que también los que no sabemos ofender tenemos á veces necesidad de defendernos: lo contrario sería hacernos indignos del respeto y de la estimación de los buenos, y con esto no transige ninguna conciencia honrada, ningún hombre de honor.

*
* *

He de referirme, siquiera sea someramente, á la fecha más culminante en la historia de Curros, su coronación por Galicia y su apoteosis en La Coruña; y he de recordar, también de una manera sucinta, otra fecha memorable: su entierro en La Coruña y el homenaje que á su egregio poeta muerto tributó Galicia.

Pero antes daré unos ligeros datos biográficos del insigne pensador, del rimador sublime.

Don Manuel Curros Enríquez y Nogueira nació el 14 de septiembre de 1851 en la villa de Celanova, provincia de Orense.

Desde su primera edad sintió irresistible seducción por la literatura en general y especialmente por la poesía, publicando muy hermosos versos en diversas hojas periódicas.

Cuando apenas se iniciaba su adolescencia hubo de abandonar el paterno solar, comenzando la odisea que terminó con el fin de su vida.

A causa de un artículo que á raíz de la revolución de septiembre de 1868 publicó atacando al general D. Leopoldo O'Donnell en *El Combate*, que en Madrid dirigía el agitador D. José Paul y Angulo, se vió obligado á expatriarse, huyendo á Londres, donde se ganó el sustento dando lecciones de lengua española á una familia inglesa que llegó á profesarle entrañable cariño.

Sintiendo enervantes nostalgias por la patria, regresó á ella, estableciéndose en la Corte, y al paso que aprobaba en la Universidad Central algunos cursos de Derecho, colaboraba en varios periódicos republicanos de los de más renombre, haciéndose notable por sus viriles artículos, pues era Curros un polemista contundente que esgrimía denodado su agresiva péñola.

Veinte años contaba cuando se casó con la señora D.^a Modesta Vázquez, nacida en Puebla de Sanabria (Zamora), y de los varios hijos que tuvo

en su matrimonio, sólo al presente viven dos: Adelardo y Manuel.

En 1873 fué redactor en la *Gaceta de Madrid*, dirigida á la sazón por su excelente amigo don Felipe Picatoste, y ya en esta época el nombre de Curros Enríquez gozaba de la merecida reputación que le daban sus escritos.

Una bellísima oda que dedicó á la *Guerra civil*, en 1875, le valió ser nombrado redactor de *El Imparcial*, siendo más tarde corresponsal de dicho diario en el campo de batalla, publicando admirables crónicas con el epígrafe *Cartas del Norte*.

Próximamente en la misma fecha se le premiaron en un certamen literario, celebrado en Orense, su inspiradísimo poema gallego *A Virxe d'o Cristal* y sus encantadoras poesías descriptivas *O Gueiteiro* y *Unha boda en Einibó*.

Al promediar el año 1877 marchó con su familia á Galicia para desempeñar un modesto empleo en la Administración de Hacienda de Orense, consolidándose entonces el apogeo de su brillante historia literaria, que tan justamente había de confirmarse andando el tiempo.

En Madrid escribiera su ensalzada leyenda *El Maestro de Santiago*, prologada por el sabio químico y catedrático santiagués D. José Rodríguez Carracido, y diera comienzo á su libro sin rival en la poética galaica *Aires d'a miña terra*, que prologó el malgrado erudito cortegadense don José Ogea, cuyo libro se imprimió en Orense.

La publicación de este volumen marcó el pri-

mer paso en el horrendo *Vía crucis* que hubo de recorrer el poeta filósofo.

Fué así:

En 1880, el entonces obispo de la Sede orensana, Dr. D. Cesáreo Rodrigo (bien es dar el nombre para que por su impertinencia é intolerancia se perpetúe y reciba su merecido de cuantos respiren aires de libertad); el obispo orensano, repito, anatematizó y denunció las composiciones que integraban la obra, por *heréticas, blasfemas, escandalosas* y excesivamente censurables.

El autor fué procesado, y en Orense, *como no podía menos de suceder*, se le condenó á destierro, indemnización de daños y perjuicios y pago de las costas, no obstante la admirable oración forense que en defensa de aquél hizo el ilustre jurisconsulto D. Manuel Paz Novoa.

No se conformó — y era natural — Curros con la sentencia del Inferior, y apeló al Superior, viéndose de nuevo la causa en la Audiencia de La Coruña.

El Sr. D. Luciano Puga y Blanco, insigne letrado de bien cimentada fama, se encargó de defender al autor atropellado, y tal habilidad puso en su elocuentísima y doctrinal defensa, y de tal modo supo dirigir su discurso á la inteligencia del Tribunal, que éste, convencido y subyugado por la arrebatadora palabra del defensor, falló absolviendo á Curros Enríquez, declarando las costas de oficio y manifestando que la formación de la causa en nada perjudicaba el buen nombre y reputación del autor del libro, mandando de-

volver los ejemplares secuestrados y cancelar la fianza prestada...

¡El día 4 de marzo del año 1881, Themis se atavió con sus más preciadas galas y se presentó en la Sala de Audiencia de la capital de Galicia para entonar su más vibrante y armonioso himno de democracia y redención!...

Á consecuencia de este fausto acontecimiento, el nombre de Curros fué llevado en triunfo y repetido con admiración por todos los ámbitos de la Península y Américas españolas, y de *Aires d'a miña terra* se hicieron nuevas y copiosas ediciones, agotadas no bien vieron la luz.

Esta ha sido la malaventurada victoria del señor obispo de la diócesis de Orense, doctor D. Cesáreo Rodrigo (q. e. p. d.).

En Orense fundó y dirigió Curros un periódico titulado *El Trabajo*, del que era propietario su gran amigo el impresor D. Antonio Otero, editor asimismo de la obra denunciada y absuelta. También en Orense estrenó su admirable loa *El Padre Feijóo*.

Vuelto á la Corte en 1882, fué redactor de *El Porvenir*, órgano zorrillista que defendía la política de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y más tarde colaboró en *El Progreso*, publicación asimismo republicana avanzada, que vivió pocos años. En *El Porvenir* publicóse como folletín *La Lira Lusitana*, traducción de las mejores obras de los poetas portugueses Guerra Junqueiro y Teófilo Braga.

Publicó en 1888 su famosísimo poema en ocho cantos *O Divino Sainete*, escrito en rotundas tria-

das, estructura poética genuinamente gallega.

Sus tríadas recuerdan los sublimes tercetos con que el Dante construyó su *Divina Comedia*, y, como ésta, *El Divino Sainete* se dirige á fustigar vicios sociales y personales, falacias é hipocresías, fanatismos y convencionalismos que ejercen su maléfico influjo en pueblos, familias é individuos.

En este poema se destacan el nervio rítmico flagelador y la inspiración del autor.

*
* *

Por esta época tradujo el hermoso drama portugués de Pinheiro Chagas *A Morgadinha de Val-flor*, con el título de *La Condesita*, obra admirable por las bellezas que Curros aumentó á las muchas del original.

Al fundarse en Madrid *El País*, se le nombró redactor-jefe, y en él esculpía diariamente sus notables *Comentarios*, hasta 1893, en que partió para la isla de Cuba, con gran sentimiento de los que, como hombre y como intelectual, le queríamos.

Poco tiempo después de su llegada á la Habana, fundó y dirigió su memorable revista *La Tierra Gallega*, y fué entonces que, por caballero, desinteresado é independiente, le ocurrieron á Curros cosas de las que ya resulta extemporáneo tratar, pues se relacionan con las causas que motivaron la publicación de *A española* y con lo expuesto por él en el párrafo que dejo trans-

crito de su carta, y no es bien oficiarse de Eolo cuando la bonanza acalló ya las furias de la tempestad.

Desaparecida *La Tierra Gallega*, ingresó Curros como redactor político, teniendo á su cargo la crítica de la Sección de la Prensa, en *El Diario de la Marina*, y en este puesto le sorprendió la muerte en 7 de marzo de 1908.

Tanto la Redacción de este importante periódico cubano como la colonia gallega, representada por su glorioso y patriótico Centro, se portaron en esta ocasión de un modo que son pocos todos los elogios para encomiar su conducta.

*
* *

Una tarde de la primera semana del mes de mayo del año 1904 fondeó en la bahía de La Coruña el hermoso trasatlántico *Alfonso XII*, á cuyo bordo venía Curros Enríquez.

Su llegada, aunque se esperaba, sorprendió á sus amigos, pues con objeto de evitarse emociones que empeorasen su quebrantada salud, sólo á muy pocos nos hizo saber el vapor en que se embarcara.

En la Habana fuera despedido por cuantos elementos constituyen la actividad intelectual, en todas sus manifestaciones, de la capital de Cuba.

Cuando, al vernos, en un abrazo fuerte, intenso, sintetizamos todos los sentimientos que nos embargaban, algo detuvo la voz en las gargantas, y sólo humedecidos los ojos, hablaron con esa elo-

cuencia muda que algunos *sprits forts* se esfuerzan en ocultar, siendo así que su manifestación es la mayor prueba de virilidad que el hombre puede dar cuando una causa superior le impele á esa bendita expansión.

Curros llegaba muy enfermo; desmoronábase, respiraba fatigoso, jadeante.

— ¡Vengo muerto, querido!... — me dijo.

Yo pretendí quitar importancia á su dolencia; él me sonrió; mi humanitaria intención no le engañaba.

Pasaron días; me convertí en su enfermero, en su inseparable acompañante. ¡Cuánto charlamos! ¡Qué de ilusorias esperanzas juntos forjamos! ¡Cómo actuamos de profetas desacertados, pues irrealizables han sido todos nuestros designios!...

Algo restablecido, se marchó á recorrer la Galicia de sus nostálgicos amores, yendo á depositar un ramo de flores en el mausoleo que en la iglesia de Santo Domingo de Compostela custodia los adorados restos de la divina soñadora Rosalía de Castro, flores cuyo más preciado y penetrante perfume era el recuerdo y la admiración del genial bardo peregrino...

Y luego, á Madrid..

Mucho había en la Corte que le reclamaba: familia, amigos, memorias de cosas que fueron, compañeros de vigiliás periodísticas y escarceos literarios, correligionarios y personajes encumbrados que no supieron adivinar el ansia de Curros de no volver á su ostracismo consumidor de sus días, pues si espontáneamente se le hu-

biera ofrecido un puesto en la Prensa ó en otro lugar en consonancia con sus disposiciones, él, que por delicadeza y caballerosidad nada quiso insinuar, no se hubiese ido otra vez de su patria, y los que bien le amábamos probablemente disfrutaríamos todavía de su amistad.

Pero el pecado de los que no acertaron á adivinarlo no debe imputársele exclusivamente á los que, sin comprenderlo, en sus manos tuvieron los destinos de Curros; el mal ya se ha generalizado; la egolatría arraigó en las entrañas, y los seres superiores y altruístas ya se agotaron en el mundial comercio de gentes.

Mientras duró la excursión de Curros, Galicia se preparó para festejar á su poeta predilecto, y en la noche del 21 de octubre de 1904 el Teatro Principal de La Coruña se pobló de eminencias que de todos los pueblos de la región y de fuera de ella acudieron á rendir tributo de honor, amistad y admiración al excelso cantor del alma gallega.

Cultivadores de las bellas artes, estilistas del bien expresar, poetas y músicos, cuanto vive y bulle en las esferas del entendimiento con fulguraciones talentosas, formaron alrededor del genio, le vitorearon clamorosos, le ungiéron con el óleo de la inmortalidad, alzáronle pedestal, ciñéronle la áurea y argentada corona que Galicia le ofrecía, y eleváronlo á la altura y nivel de los ínclitos maestros Quintana y Zorrilla.

El acto fué solemne, majestuoso.

Mientras las voces aclamaban, las manos aplau-

dían y lloraban los ojos, y ha sido aquel momento, quizás, el más emocionante y memorable de la vida del gran hombre.

Todos los poetas dirigieron las producciones de su estro á ensalzar el talento del que en la magnífica velada reconocieron como rey suyo, como insuperable modelo: yo canté á su alma, simbolizada en su hijo Manuel, que se llevaba consigo á otro mundo, del que al poco tiempo volvió tornando á su Madrid querido, porque su organismo no estaba templado para soportar el padecer de las nostalgias de la patria y del hogar.

La gloriosa efemérides que en la historia de Curros Enríquez señala este tan notable suceso, al par que galardón para el glorificado es honra para Galicia, que demostró por medio de sus hijos más distinguidos que sabía enaltecer y recordar con entusiasmo y amor al que amoroso y entusiasta la había recordado y enaltecido.

Dos días después de la coronación del poeta, éste embarcó en el vapor *La Champagne*, con rumbo á la Habana.

La población entera acudió al muelle de La Coruña para despedirle, y á bordo del trasatlántico fueron Comisiones de todas las corporaciones y clases sociales para decirle «¡Adiós!...»

Jamás hombre alguno, sin más condiciones y circunstancias que su valimiento personal, mereció agasajos tan unánimes y sinceros como los ofrecidos al insigne vate al partir por segunda y última vez á su destierro, destierro tanto más triste cuanto, pocos meses transcurridos, volvió

á encontrarse nuevamente solo, con la única compañía de su melancólica y destructora *morrina*, que fué minando su existencia hasta invadirle el corazón y paralizar en él sus palpitaciones...

.....
 ¡Y se me murió!...

*
 * *
 *

El día 8 de marzo de 1908 — tres años y medio más tarde de la partida de Curros Enríquez —, Galicia se vistió de luto al recibirse la funesta y tristísima noticia de la muerte de aquél, acaecida en la Habana á las ocho de la mañana del día anterior.

Aquel portentoso cerebro ya no generaría más ideas; la inspiración enmudeciera; el coloso se rindiera, y su alma, libre de las trabas carnales y emancipada de las sugerencias de la inteligencia, entregárase al Eterno...

Al Eterno, sí, porque Curros Enríquez era creyente: uno de los testigos de sus últimos instantes aseguró que había recibido los auxilios espirituales, y es muy posible que al empañarse sus ojos para no ver más la luz, haya resbalado por sus labios la misma consoladora frase que selló los suyos en el inmenso y universal lírico, el creador de *Notre Dame*, de París, el inmortal Víctor Hugo:¡

¡Creo en Dios!...

.....
 El 31 del referido mes de marzo arrió anelas

en el puerto coruñés el palacio flotante *Alfonso XIII*: en él venía embalsamado el cadáver de Manuel Curros Enríquez.

Coincidencia extraña: cuatro años antes condujera al poeta enfermo, pero lleno de esperanzas y con algunas ilusiones, el vapor *Alfonso XII*, y era el *Alfonso XIII* el que, al presente, nos traía los sagrados restos del amado patricio.

Hay simbolismos fatales para el destino de ciertos seres...

Yo residía ya en Madrid y conceptué deber de amistad afrontar las molestias del pesado viaje para recibir y acompañar el cuerpo rígido del querido hermano. Todo me lo merecía.

Su hijo Adelardo también quiso, con la pena consiguiente, cumplir la filial imposición de ir á sumarse, el primero, á la gran manifestación de duelo que Galicia y España rendían á su esclarecido padre.

La recepción de las adoradas cenizas; la exposición del cadáver en un salón del Ayuntamiento herculino convertido en lujosa capilla ardiente, cuyos enlutados muros desaparecían tras el centenar de coronas riquísimas enviadas de todas partes; el paso por las calles de la fúnebre comitiva, presenciado por millares de personas; la concurrencia al majestuoso acto de cuanto en el mundo de la inteligencia brilla, para acompañar al pobre muerto en su último viaje; todo ello ha sido de una tal magnificencia cual no se recuerda nada que pueda comparársele.

El pueblo de La Coruña, siempre noble y gene-

roso, y su digna representación concejil, han estado sencillamente grandes: sólo á los héroes, á los caudillos se les prodigan honores tan fastuosos, tan espontáneos, como los que Galicia y su capital tributaron al eximio vate, cuya tumba está defendida y custodiada por las ondas oceánicas que, rompiendo en Punta Herminia, al pie del gigantesco faro de Hércules, resbalan por San Amaro y mueren en los Pelamios.

Al sepelio siguió la velada necrológica, que revistió igual solemnidad y el mismo esplendor que aquella otra gaya de glorificación en que todos cantaban y reían, en antagonismo con la de ahora, en que todos gemían y rezaban.

Sólo una pequeña discrepancia se señaló en el entierro, y ha sido que algunos elementos de los que todo pretenden convertirlo en propaganda de sus ideales, dando un alcance erróneo, si no intencionado, á los del finado, querían que dicho entierro fuera civil: Adelardo Curros vacilaba; consultó pareceres y, con muy buen criterio, se le aconsejó que depositara á su padre en lugar sagrado, como así se efectuó en un nicho adquirido á perpetuidad por el correctísimo Ayuntamiento coruñés, merecedor de toda loa.

Y muy bien hecho: Curros, ya lo he dicho, era creyente.

Podría menospreciar determinados convencionalismos doctrinales y no estar conforme con procedimientos que suelen metamorfosar la seriedad del dogma en jovial caricatura; pero allá en el fondo de su pensamiento, en lo sacrosanto

de su fuero interno había fe, como en su conciencia caridad, que es amor, y con semejante consorcio no hay quien no abrigue esperanzas de un algo de abstrusa realización, y he aquí constituida la trilogía teologal, base de la creencia de un alma pura.

Además, no es, no puede ser ateo— caso que el ateísmo realmente exista— quien, como Curros, ideó aquella bellísima y mística leyenda *A Virxe d'o Cristal*; que escribió en su poesía ¡*Sola!*... este endecasílabo:

¡Quién tan dichoso que topase á *Dios!*

que en la encantadora despedida á *Mariquiñas Puga*, la espiritual hija de su insigne defensor, arrebatada á la vida cuando ésta le ofrecía pródiga todos sus dones, le dice:

Y- agora voa,
Pombiña, e que te guíe
Nosa Señora,

y muchísimos versoŝ más en los que repetidamente nombraba á *Dios*, á *Jesús* y á su *Madre*.

Y esto no era puro lirismo, no; esto era..., lo que era; lo que puso de manifiesto en un templo católico al visitar el sepulcro de Rosalía, ante el cual se postró con la frente inclinada.

Conmigo penetró en humildísimas iglesias aldeanas, y yo vi la unción en su semblante y oí los suspiros profundos que exhalaba: tal vez estos suspiros eran una plegaria mental en substitución

de las oraciones quizás olvidadas, y como tal habrá ascendido llegando adonde su pensamiento la enviaba, sin que esto implique fanatismo ni hipocresías, como quieren significar los hipócritas fanatizados por la idea del no pensar ni sentir, que los esclaviza, encerrándolos en el espinoso cerco de sus libertades, aunque el concepto así expresado resulte paradójico.

Curros, á pesar de su misantropía, y bien pudiera ser por esto mismo, lo repito, era creyente... ¡Quién puede descifrar los misterios que se elaboran y anidan en el espíritu!

No esté, pues, pesaroso Adelardo de que el cuerpo de su progenitor repose donde yace: ante él se entonan preces; si se pierden en la oquedad del ambiente por falta de sitio en que acogerse, siempre llevan consigo partículas de respeto y de afecto que llegan á alguna parte, porque las genera el corazón de los buenos que creen y esperan y aman la memoria de los que en el pasional ajeteo del vivir también han sido buenos, nobles y leales.

*
* *

Adelardo Curros Vázquez sintió renacer en su pecho los chispazos de filial cariño que entre cenizas se ocultaban, y para demostrarlo de una manera palpable, se arriesgó en la aventurada empresa de reimprimir las obras de su inolvidable padre, el cual, si no es un mito la convivencia psíquica, desde las regiones en que vague su

alma, agradecerá por el cariñoso culto brindado á su labor intelectual, y bendecirá, como sanción de reconocimiento, á quien por tal modo honra su memoria.

Merece, por lo tanto, Adelardo — que también es poeta y tampoco debe nada á la fortuna — que se estime su proceder, tanto más, cuanto algunos de los trabajos de su ilustre padre estaban agotados y otros inéditos.

Á mí acudió, y si bien en un principio sentí recelos, concluí por atender su deseo, y al correr de la pluma, obediente al imperativo de la concepción, escrito queda cuanto se me ocurrió relativo á aquel genio que en el mundo se llamó Manuel Curros Enríquez, que amé y que lloro, porque no en vano duele el corazón cuando un rudo golpe hace estallar sus fibras, y las del mío, con la para mí honrosa invitación de Adelardo, estallaron con amenaza de romperse.

Queda satisfecha su petición.

No me lo agradezca, porque al complacerle pago una deuda sagrada de amor, ya que su próximo ascendiente, el hermano mío de mi alma, que recuerdo y nunca olvidaré, desdeñando necias y presuntuosas inmodestias, me ha enseñado con autoridad de maestro

... Que non abrir a porta cando chaman,
É d' homes ruis, non de fidalgos peitos.

GALO SALINAS RODRÍGUEZ.

Índice de las materias que contiene este tomo.

	<u>Páginas.</u>
Á guisa de prólogo.....	5
La Lira Lusitana.....	15
La Señorita de aldea.....	87
De mi álbum.....	107
Artículos y poesías.....	169
Curros Enríquez y su obra literaria.....	247
Notas del recopilador.....	419

NOTAS DEL RECOPIADOR

(1) **Á guisa de prólogo.** — *Escuchando el Nouturnio.* (Pág. 5.)

Nos ha parecido tan soberanamente bello este trabajo suscrito por el Sr. Moret, que no hemos vacilado un punto en que figure al frente de este tomo.

Es *Nouturnio* una de las más hermosas, de las más hondas concepciones que brotaron del numen altísimo de Curros Enríquez.

En todo el poema vibra una grandeza trágica que abisma, late una ironía cruel que hiela la sangre en las venas.

Leyendo los versos maravillosos, que unas veces invitan á la ternura y otras ponen en el alma una ráfaga de odio para la Humanidad, se comprende mejor y se admira más la suprema inspiración del poeta.

El ilustre hombre público D. Segismundo Moret ha hecho un estudio concienzudo de la obra del vate, quintaesenciándola en unas cuantas líneas, que por su concisión y energía merecen la alabanza de propios y extraños.

(2) **La Lira Lusitana.** (Pág. 15.)

Así como el gran Teodoro Llorente — muerto también para desdicha de las letras patrias — supo, como ningún otro poeta español, comprender y traducir las

magnas creaciones de Schiller y Goethe, no cabe dudar que Curros Enríquez fué el único en España que mejor y de manera más acabada ha trasladado al idioma de Cervantes cuanto de más grandioso y excelso ha producido el estro de los poetas de la patria de Camoens.

Los versos de Guerra Junqueiro, á las veces demoleadores y á las veces plenos de una ternura incomparable, no tuvieron mejor intérprete en castellano que Curros Enríquez. Muestra de los primeros, pueden admirar los lectores de estas *Obras completas* la famosa *Circular* que publicamos en el tomo III; de los segundos, basta leer *Tragedia infantil*, que se inserta en este volumen y es un verdadero primor. Leído en portugués este idilio soberano, indudablemente el espíritu del lector ha de experimentar una grande emoción artística; pero leído en castellano, las bellezas de la traducción cautivan y embelesan.

Estas excelencias de la traducción hecha por Curros Enríquez las hemos apuntado ya en el tomo III de estas *Obras completas* al hablar de *La Condesita*, el hermoso drama que avaloró el poeta orensano, acumulando bellezas á los hermosos pensamientos con que el gran Pinheiro Chagas esmaltara su *Morgadinha de Valflor*.

Las producciones de Teófilo Braga, tan insigne poeta como pensador insigne, fueron también fidelísimamente trasladadas por Curros Enríquez á nuestro idioma. Ahí están, para demostrar cuanto decimos, *La sombra del Profeta*, *Samiasa ó el amor de los ángeles*, *Fin de Satanás* y *La infancia de Homero*.

*
* *

La Lira Lusitana insertóse en forma de folletín en el periódico *El Porvenir* — órgano del partido republicano zorrillista —, que se publicaba en Madrid por los

años de 1883 al 86. Este diario, que tenía su redacción en el número 14 de la calle de la Luna, esquina á la de la Madera, dejó huella imborrable en la historia del periodismo español, así por la valentía de sus campañas como por la exquisitez de sus trabajos periodísticos y literarios. Propietario de *El Porvenir* lo fué un entusiasta progresista asturiano, D. Enrique Menéndez, quien gastó en el periódico casi toda su fortuna, que era respetable.

Dirigía el susodicho diario un periodista notable, don Eduardo Peña, que ya rindió su tributo á la muerte, si nuestra memoria no es infiel; y la redacción de *El Porvenir* hallábase constituida por una verdadera pléyade de escritores y periodistas brillantísimos, entre los que recordamos á Curros Enriquez, Pedro Ruiz de Ávila, José Miralles, los sabios doctores Escuder y Gordillo, Segovia Rocaberti, Serrano Barradas, Fernández Diéguez y otros. Casi todos los anteriormente nombrados ya no existen.

(3) **La Señorita de aldea.** (Pág. 87.)

Este notable opúsculo—que algunos biógrafos de Curros han hecho pasar por novela—se publicó en *Heraldo Gallego*, que fundara y dirigiera en Orense el gran poeta D. Valentín Lamas Carvajal, allá por los años de 1875 al 78.

La Señorita de aldea es una fidelísima pintura de la señorita lugareña, con relación á la época en que su autor escribió dicho trabajo. De entonces acá las circunstancias han variado muchísimo; y á buen seguro que de escribirse hoy *La Señorita de aldea*, su autor hubiera modificado no poco su texto. Desde que el ferrocarril, primero, y el automóvil después, han llevado desde las metrópolis á las aldeas, y desde las ciudades á los villorrios, bocanadas de un aire progresivo y cul-

to, ya no es la señorita de aldea lo que fué en otro tiempo, por más que aun hoy conserve reminiscencias de antaño, heredadas por ley de la costumbre.

(4) **De mi álbum.** (Pág. 107.)

Aunque nos propusimos guardar un perfecto orden cronológico en la inserción de los trabajos que integran este tomo V, comenzando por los de fecha más antigua y siguiendo por los que su autor escribiese en fechas subsiguientes, hémonos visto precisados á alterar aquel orden, en razón á que las composiciones poéticas que constituyen *De mi álbum* no pueden conceptuarse como una composición aislada, sino que forma lo que debe incluirse por derecho propio en la categoría de *obra completa*. A partir *De mi álbum*, y en cuantos artículos y poesías insertamos á continuación, seguimos el orden de fechas, que estuvo siempre en nuestro ánimo guardar.

*
* *

Las múltiples composiciones poéticas que bajo el epígrafe de *De mi álbum* publicamos, nos fueron remitidas desde la Habana por D. Ramón Armada Teijeiro, el año de 1911. En atentísima carta que con los versos recibimos de nuestro querido amigo, nos decía éste que había recogido cuidadosamente los originales enviados, del cajón de la mesa donde Curros Enríquez trabajaba en *El Diario de la Marina*.

Es de suponer que se escribieran estos versos desde el año 1897 al 1907, y no es aventurado creer que ellos constituyen toda la labor poética gestada y laborada por el poeta en los últimos años de su vida.

Nosotros agradecemos profundamente el honroso cumplimiento de un deber que llevó á efecto nuestro

queridísimo amigo Sr. Armada Teijeiro, pues de lo contrario, veríanse privados nuestros lectores de admirar la labor del poeta y su facundia extraordinaria.

Abrumado Curros Enríquez ante la diaria petición de un autógrafo, vióse precisado á improvisar un día y otro versos y más versos para cuantas señoritas de la capital de Cuba solicitaban una peregrina muestra del talento del vate insigne.

Algunas de estas composiciones — escritas al correr de la pluma y alternando con otras ocupaciones del periódico, que al poeta robaban tiempo y energías — bastarían por sí solas para dar patente de poeta glorioso á quien ya la tenia de antiguo conquistada. Dominando en unas la más exquisita de las ternuras, en otras la amarga ironía, en éstas un acendrado patriotismo y en estotras la estridente carcajada de un terrible escéptico, campea en todas una inspiración grandiosa y privilegiada.

(5) **Confidencias.** (Pág. 171.)

Insertamos en este tomo, con sumo gusto, el hermoso prólogo que Curros Enríquez escribió para la novela que lleva por título el epígrafe de esta nota, y se debe á la pluma galana del meritísimo publicista D. Luis Pardo, amigo entrañable del poeta. Esta novela fué escrita el año 1888 y publicada á principios del 91.

Por más que se trate de un prólogo, que como es natural, forma parte de una labor ajena, no hemos querido omitir su publicación en estas *Obras completas*, para que en ellas figure todo aquello que firmado va por el autor insigne de *Aires d'a miña terra*.

(6) **La mujer gallega.** (Pág. 176.)

El día 27 de mayo de 1893 publicó la revista madri-

leña *Blanco y Negro* un número extraordinario, dedicado á la mujer española.

Torneo glorioso fué aquél, en que todas las liras y las péñolas todas se conjuraron al unísono para enviar á nuestras incomparables mujeres un tributo de admiración idolátrica. La lira de José de Vellilla, desbordándose en halos de luz multicolor, cantó á la mujer *andaluza* como él solo sabía hacerlo; «Kasabal», para la *madrileña*, puso en su pluma todos los donaires, y con ellos formó un palio de flores, para que bajo de él paseara su belleza triunfante la que es encanto de las verbenas y sabe enredar en los flecos de su pañolón de Manila todos los corazones masculinos que cruzan por su senda; Sinesio Delgado glosó las gracias de la mujer *castellana* con su proverbial donosura; la *aragonesa* tuvo en Royo Villanova su cantor prodigioso. Y así, en gradación ascendente de piropos, fueron incensadas con la mirra de sus ditirambos, por otros ingenios cuyos nombres no recordamos, la *nescacha polita*, moradora de los caseríos de Euskeria, la *chiqueta bonita*, que refulge en las barracas levantinas, y la intrépida *astur*, que lleva en sus sayas poemas de reconquista.

Como no podía menos de suceder, Curros Enriquez fué invitado á terciar en el palenque, y, armado de punta en blanco, sobre alazán brioso, fuése á la palestra, pluma en ristre, decidido y animoso, para entonar su romance de gesta en loor de la mujer *gallega*.

Él la coloca por sobre el nivel de las demás mujeres españolas; si apasionado fué, que en esto no hay duda, no es menos cierto que todos llevaron su pasión al límite máximo en la respectiva defensa de sus mujeres.

Y después de todo, lógico es y natural que esto ocurra, siempre que de cantar á la mujer se trate. Cada uno hallará bellezas y encantos insuperables en la de su región, siendo así que, colocándonos en el campo neu-

tral, éstas y aquéllas, por el solo hecho de ser mujeres, merecerán nuestra alabanza, pues que de ellas nacimos y en ellas consagramos á nuestras madres y á nuestras esposas.

(7) **Morsamor.** (Pág. 180.)

Este admirable juicio crítico de la novela así titulada del inmortal Valera, se publicó en *El Diario de la Marina*, de la Habana, á los pocos días de ponerse á la venta *Morsamor*, el año 1899.

Coincidiendo la publicación de la novela susodicha con el epílogo de la hecatombe colonial, Curros Enríquez desmenuza con garra de león la obra del autor de *Pepita Jiménez*, haciendo muy atinadas observaciones, que podrá apreciar en toda su significación quien lea detenidamente este juicio crítico y conozca la novela del maestro Valera.

(8) **El Mayorazgo de Villahueca.** (Pág. 187.)

Con el mismo título de la novela de Atanasio Rivero, redactor de *El Diario de la Marina* y compañero de Curros Enríquez, se publicó este admirable juicio crítico en *Revista Gallega*, el año 1904.

Revista Gallega, fundada y dirigida en Coruña por nuestro querido amigo — y entrañable del poeta — Galo Salinas y Rodríguez, cesó en su publicación desde el punto en que Salinas trasladó su residencia á la Corte, obligado por el importante cargo que ocupa en la Cancillería de la República uruguaya.

El trabajo origen de esta nota fué escrito expresamente para la hebdomadaria revista por su autor, y enviado desde la capital de Cuba á la de Galicia. Publicamos gustosísimos esta labor de Curros Enríquez, por las mismas razones que expresadas quedan en la nota 5.

(9) **Horas de ocio.** (Pág. 197.)

Para la colección de artículos literarios de J. Ramón Somoza, intitulada *Horas de ocio*, publicada en la Habana el año 1905, escribió Curros Enríquez el bien escrito prólogo que incluimos en estas obras, por las mismas razones que exponemos en la nota 5.

(10) **El aniversario.** (Pág. 207.)

Este bello artículo, que es ante todo y sobre todo un viril canto á la libertad de los pueblos, insertóse en la revista *Remedios Ilustrado*, de Remedios (Cuba), en junio de 1906, habiendo sido escrito en la Habana el mes de mayo de aquel año.

Es cosa fácil que los espíritus malévolos tachen de antipatriota á Curros Enríquez por cantar á la libertad de Cuba en su primer aniversario; pero no hay que olvidar que Curros fué ante todo un poeta de altísimos vuelos, y un poeta de su estirpe está obligado á entonar un himno de alabanza á todo pueblo, cuando éste sacude el yugo de sus tiranos.

Nadie más patriota que Curros en la Habana. Él siempre concitó á la paz, á la unión.

Acaso y sin acaso fueron los antipatriotas aquellos hombres de memoria infausta que nos llevaron á un desastre ominoso, que nos cubrió de oprobio y de vergüenza, sin que un poeta de alientos vigorosos rompiese su lira para maldecirlos y execrarlos.

Un reparo, no obstante, habremos de poner a este hermoso himno de salutación á un pueblo libre, que escribiera Curros Enríquez, solazada su alma de poeta ante la buena nueva de la emancipación de un Estado.

Se escandaliza Curros, rememorando un episodio de la noche en que se proclamó en Madrid la República española, cuando un ladrón salió al encuentro del poeta y trató de desvalijarle en un barrio apartado de la

villa y corte. ¡Ah, esas son las tremendas caídas que el ideal experimenta frente á la realidad grosera de la vida! Quizás aquel hombre fuera un desalmado, un ladrón de oficio; pero, también, ¿por qué no suponer que se tratara de un desdichado padre de familia que, en medio de las férvidas aclamaciones de entusiasmo de un pueblo, veíase precisado á exigir por la fuerza un pedazo de pan para sus hijos, que le negaba esta sociedad cruel y atávica?

(11) **A nena n-a fonte.** (Pág. 211.)

Esta composición poética aparece inserta en *Heraldo Gallego*, de Orense, año I, núm. 25, 1874. Suponemos que se trata de una colaboración para dicho periódico, por cuanto en aquel entonces residía Curros Enríquez en Madrid con su familia.

No terminaremos esta nota sin hacer constar que, como hemos separado las composiciones escritas en gallego de las en castellano, el orden cronológico de las fechas en que fueron publicadas tiene que ser independiente, así en unas como en otras.

(12) **A fouce d'o abó.** (Pág. 212.)

No podemos decir á ciencia cierta la fecha ni el periódico donde se publicó esta hermosa poesía, por la sencilla razón de haberla visto reproducida en distintos periódicos y semanarios gallegos. Sin embargo, creemos firmemente que se trata de una composición escrita por su autor el año 1874, é insertada en *Heraldo Gallego* el propio año que la anterior.

(13) **A Cristobo Colombo.** (Pág. 213.)

En 1892, *La Correspondencia de España* tuvo la excelente idea de abrir un certamen en honor del descubridor de América, llamando á todos los poetas regio-

nales para que cantaran el glorioso acontecimiento, llevado á efecto por el que un día se creyó genovés de origen y quizás dentro de poco tiempo quede aclarado que nació en Galicia.

Por aquellos días se celebraba en Madrid el cuarto aniversario del descubrimiento de América. Á dicho concurso acudieron los vates más inspirados. Curros Enríquez, por su brillante historia literaria, no podía faltar al llamamiento, y escribió este magno soneto, en el que campea, como en todas las producciones del poeta celanovense, un viril acento de epopeya.

Para dar fin á esta nota, y por que se vea de qué modo tan mezquino se pagan en España las producciones artísticas, solamente diremos que *La Correspondencia* pagó á Curros Enríquez la exigua cantidad de 20 pesetas, habiendo sido nosotros portadores de un recibo en blanco, que subscribió nuestro deudo, y entregado fué por nosotros al insigne periodista y ex ministro de la Corona D. Andrés Mellado, director entonces del popular diario madrileño.

(14) **N-a apertura d'o Centro Gallego.** (Pág. 214.)

La noche del 27 de marzo de 1893 será recordada siempre con profundo cariño por los gallegos que en Madrid residen y fueron testigos de aquella gratísima función. Se inauguraba el Centro Gallego de Madrid, y para solemnizar acto tan transcendental, organizóse una velada en el Teatro de la Comedia. Todos los elementos de más valía ofrendaron en la fiesta memorable su singular tributo. Y aquella noche Curros Enríquez, después de la frenética ovación con que sus paisanos pagaban su estupenda, su magnífica poesía, fué coronado por la mano de D. Manuel Becerra, aquel hombre que supo colocar su honra por encima de toda merced cortesana.

Respecto del mérito que la poesía de Curros Enríquez

atesora, callamos nosotros para dejar la palabra á *El Globo* correspondiente al 28 de marzo del año que se cita. El diario posibilista—en aquel entonces—decía lo que copiamos á continuación:

«En la segunda parte fué lo más principal una poesía admirable del gran Curros Enríquez. Muerta Rosalía Castro, es Curros el mayor de los inspirados que en Galicia quedan y pueden figurar entre los mejores españoles con la categoría de *primus inter pares*.

»En sus manos se ennoblece y acrisola el dialecto, descubriendo su buena sangre helénica y latina.

»Ya otra vez lo hemos dicho: la lengua poética de Curros es comprendida de seguro por provenzales é italianos con tanta facilidad para ellos como pudo serlo para los habitantes del Ática el dialecto de los eolios.

»La estrofa sale rotunda y clásica, sin que el nervio de erudición que la anima quite nada á su facilidad correcta y armoniosa, ni enfríe el palpitante calor interno. Del barro hace ánforas, y dentro pone el más nuevo y generoso vino. Aparte va la poesía, de la cual debe enorgullecerse el Centro Gallego, porque también se ufanará con ella la patria literatura. Curros Enríquez fué aclamado por la concurrencia, cuyo entusiasmo rayó en el limite extremo cuando, en nombre de todos los asociados, ofreció la Junta una corona al primer poeta de Galicia.»

(15) **Aturuxos.** (Pág. 219.)

Á últimos de noviembre del año 1907, es decir, cuatro ó cinco meses antes de morir el autor de *O Divino Sainete*, publicó un libro de cantares, en la capital de Cuba, nuestro querido amigo Ramón Armada Teijeiro, nominado *Aturuxos*, al que puso Curros Enríquez el sentido prólogo que insertamos en este volumen, por las razones que expusimos en la nota 5.

Escrito el prólogo de referencia en el dulce dialecto gallego, los gallegos saborearán con deleite la ironía, la sal ática y el patriotismo que encierran aquellas pocas líneas de su paisano insigne.

(16) **En corso.** (Pág. 222.)

¡Qué valiente y qué patriótica esta composición! ¡Y aun habrá quien, después de leer estos versos, dude si Curros Enriquez fué ó no patriota!

¡Es un bello apóstrofe que el poeta lanza contra los norteamericanos, que á socapa y prevaliéndose de la anemia de una nación y de la cobardía de sus gobernantes, nos arrebataron, sin lucha, lo que no era suyo, ni nuestro, en última instancia!

Nosotros ignorábamos la existencia de esta composición. Nuestro querido amigo el ilustre gallego D. Manuel López Peña, director de *El Acreedor del Estado*, nos la facilitó, ya en prensa los primeros pliegos de este tomo.

López Peña, que combatió en Cuba por la integridad de su patria, y que es un entusiasta por todo lo de su *terraña*, copió los versos de Curros de un periódico y se guardó la copia, habiéndose ésta traspapelado entre el inmenso farrago de sus papeles. Regresado á España López Peña cuando la repatriación dolorosa, buscó muchas veces la copia de aquellos versos, y tantas como lo hizo con afán creciente, obtuvo negativo resultado. Muchas veces nos habló de estos versos, desde que nos deparó el destino la fortuna de conocer á López Peña, ha seis ó siete años.

Y cuando menos lo esperábamos, como antes decíamos, y ya en prensa este tomo, halló López Peña la copia ansiada y se apresuró á facilitárnosla.

No podemos precisar, pues, en qué periódico se publicó *En corso*, ni la fecha. Lo más acertado es suponer

que tal vez se publicara en *Tierra Gallega*, periódico que dirigió y fundó en la Habana Curros Enríquez, y que veía la luz pública en la época de la declaración de guerra á España por los Estados Unidos.

No hay para qué decir cuánto estimamos á López Peña la atención que ha tenido para con nosotros.

(17) **A espiña.** (Pág. 225.)

Aun juzgando nosotros un deber de conciencia traer á estas *Obras completas* todo cuanto escribió Curros Enríquez, hemos vacilado en más de una ocasión si dar ó no á la publicidad esta hermosa poesía, que revela la amargura que en el ánimo de su autor pusieran un día reales ó aparentes agravios, cometidos contra su persona.

Á nadie debe extrañar este reparo que en determinados momentos sentimos nosotros, si en cuenta se tiene el magno proceder, digno de todas las alabanzas, que con ocasión del fallecimiento de Curros Enríquez llevó á efecto el Centro Gallego de la Habana, trasladando á sus expensas los restos mortales del insigne poeta desde la capital de Cuba á la de Galicia. Por acción tan meritoria, la familia de Curros Enríquez conservará siempre debido recuerdo de imborrable gratitud.

Si diferencias hubo entre Curros Enríquez y determinados elementos del Centro Gallego de la Habana, no somos nosotros los llamados á comentarlas ahora. Á nosotros, imparcialmente y en conciencia obrando, sólo nos es dable publicar la composición, y al propio tiempo dedicar al Centro Gallego de la capital de Cuba, y á su entonces dignísimo presidente, nuestro querido amigo D. José López Pérez, un entusiasta, un sentidísimo tributo de admiración y de reconocimiento, al que se hicieron uno y otro acreedores por su conducta, verdaderamente ejemplar.

Galicia y España entera pusieron honroso comento en marzo de 1908 á la gestión de ambos, y fuera ocioso repetirlo, pues que vive impreso en la memoria de todos.

Muerto el poeta, y con él desaparecidas las diferencias que originaron *A espiña*, sólo nos resta hacer presente que la familia de Curros Enríquez testimonió en su día la inmensa gratitud que profesa al Centro Gallego de la Habana, donándole la corona que el pueblo coruñés dedicara al poeta la memorable noche del 21 de octubre de 1904 en el Teatro Principal de Coruña.

Humilde, humildísima fué la ofrenda dada, en relación á la magna labor del Centro Gallego recibida; pero quien, como la familia de Curros Enríquez, vive en medio de honrada pobreza, no podía demostrar su gratitud de otra manera. ¡Ojalá que el Destino hubiérale proporcionado otros medios para mejor demostrarlo, que á buen seguro lo habría hecho de manera espléndida!

Y por lo que al insigne muerto atañe, si existe alguna convivencia espiritual entre los que se van del Cosmos y los que en el Cosmos quedan, creemos firmemente que el espíritu de Curros Enríquez se enorgullecerá de haber pertenecido, en vida, á ese Centro Gallego, que tan altos colocó siempre los timbres de la augusta región que en Cuba representa.

(18) **N-a tumba de Rosalía.** (Pág. 237.)

Cuando, al mediar el año 1904, emprendió el poeta su postrer viaje á la tierra de sus ensueños, no bien hubo pisado el solar de sus mayores, fuése á ofrendar el recuerdo de su admiración al sepulcro donde yacen las cenizas de aquella gran poetisa que en vida se llamó Rosalía Castro.

Llevó el poeta á su compañera un ramo de flores y la hermosa poesía, que publicaron, á poco de ser cono-

cida, todos los periódicos de las cuatro provincias gallegas.

Campea en toda la composición una ternura infinita para la llorada cantora, y las dos últimas estrofas, por lo viriles y rotundas, cautivan y estremecen.

¡Quién sabe— dice Curros Enríquez— si mañana, en este recinto santo, no quedará ni piedra sobre piedra! Y ¡quién sabe— repite— si este sepulcro algún día llegará á ser, tras bélicas empresas, el mostrador de yanqui mercancia ó pesebre de bestias japonesas!... Apóstrofe tan grandioso parece rememorar la lira brava del sublime Tirteo.

(19) **A o pobo cruñés.** (Pág. 239.)

La noche del 21 de octubre de 1904 marca en los fastos gallegos una fecha memorable.

El Teatro Principal de Coruña ofrecía un aspecto deslumbrador. Galicia entera estaba allí en cuerpo y en espíritu para consagrar á Curros Enríquez con el óleo de su admiración. De todos los ámbitos de España fué un hálito del alma nacional para sumarse al homenaje; cuanto en arte y ciencia vale y significa, envió á Curros Enríquez tributo de admiración entusiástica. ¿Á qué citar nombres? No hace falta. Con versos, flores, palomas y aplausos, testimonió el pueblo gallego su cariño y su admiración al poeta, cuando éste, fatigado, con la respiración anhelosa y asomando lágrimas á sus ojos, comenzó á leer su despedida á quien de tan solemne manera le tributaba ofrenda semejante.

Y así que Curros Enríquez terminó la lectura de su viril romance, una corriente de duda y otra corriente de pena, fueron recorriendo los corazones todos. Y es que todos se preguntaban: ¿Será ésta, acaso, la vez postrera que los labios del vate se abran para dedicarnos las exquisiteces de su lira augusta?

Epílogo hermoso de aquella fiesta memorable, fué la valiosa corona de plata y oro que La Coruña ciñó á las sienes del poeta. ¡Por desgracia, la poesía hermosa y vibrante de amor á su patria chica, fué la última que escribiera el bardo celanovense en España!

Á los cuatro años, no cumplidos, de partir allende los mares con la idea de pisar otra vez los amados terruños, traían su cadáver á La Coruña, que nuevamente se desbordó en lágrimas y en plegarias para recibir los restos del hombre que tanto había amado á su tierra.

(20) «**A alborada**» de Veiga. (Pág. 244.)

Llegamos á la última nota explicativa de cada una de las composiciones que forman este volumen; y como la más importante, de intento la dejamos para que ocupe el último lugar.

«*A alborada*» de Veiga es el postrer vagido de la musa de Curros Enríquez. El plectro del poeta aparece de pronto vestido con todas sus galas, mejor diríamos que resurge de sus cenizas, como el ave fénix, para asombrar á los que creían muerta para siempre aquella musa.

Escrita la composición tres meses y días antes de la muerte de su autor, sobrecoge el ánimo tanta grandeza encerrada en un pequeño número de palabras rimadas. La crítica más descontentadiza seguramente pusiera toda la gama de sus adjetivos para esta poesía, é igualmente para la que su autor leyó otra noche memorable en el Teatro de la Comedia de Madrid, al inaugurarse el Centro Gallego. Ambas figuran en este tomo, y ambas nos parecen no sólo bellísimas, sino estupendas, por lo grandiosas.

La noche del 20 de diciembre de 1907 celebróse en el Teatro Nacional de la Habana una velada para arbitrar recursos á la erección de un monumento que en Mondoñedo (Galicia), pueblo natal del célebre músico don

Pascual Veiga, perpetúe su memoria. Curros Enríquez asistió á la velada, y en ella leyó su magna poesía, que el público que llenaba el teatro acogió con una estruendosa ovación.

¿Quién no conoce, ni quién no ha sentido su alma transportada á las regiones puras del ideal, escuchando las notas sublimes de esa *Alborada* bella? En todo el mundo conocido, la *Alborada* de Veiga se escucha siempre con arrobo, y es sencillamente porque en sus notas va reflejada el alma de un pueblo triste, que llevó á todos los ámbitos del planeta ecos dulcísimos de una añoranza ancestral.

Curros Enríquez, para identificarse en un todo con el alma musical de Veiga, que se desbordó magnífica en el pentagrama, hizo estremecer con el tañido de las cuerdas de su lira el alma de Galicia; y en la velada memorable, retumbaron sus versos con el estruendo épico que perdura y vive siempre grabado en las almas y en los espíritus de una raza.

(21) **Curros Enríquez y su libro.** (Pág. 253.)

El hermoso trabajo del insigne autor de *La Barra-ca* que publicamos en este tomo, sirvió de prólogo á la traducción que de *Aires d'a miña terra* (primera edición) hizo un poeta valenciano de merecido renombre: Constantino Llombart, fenecido también, para duelo de las musas levantinas, ha varios años.

Llombart, en vez de trasladar los versos de Curros al dialecto de Guillén Sorolla, los trasladó á la rotunda lengua de Cervantes. Muchas veces oímos decir á nuestro deudo que no le satisfacía del todo la traducción hecha; pero también recordamos que siempre tuvo Curros frases de reconocimiento para Llombart, pues en algunas de las poesías supo traducir fielmente el pensamiento del vate gallego.

Luchando Llombart con las dificultades propias que siempre ha de encontrar el que pretenda traducir fielmente los versos gallegos al idioma castellano, no hay duda que supo salir airoso de su empeño, y que es digna de pública alabanza su labor, honrándonos nosotros hoy con dedicar un sentido recuerdo á su memoria.

Y vamos á otra cosa.

Dice Blasco Ibáñez en su prodigioso artículo-prólogo, que Curros Enríquez escribió en 1869 una *critica en verso de la Constitución votada por los unionistas, en colaboración de D. Victoriano Rodríguez Morán*. Efectivamente, de este trabajo hemos oído hablar muchas veces á nuestro deudo, quien se lamentaba de no poseer ni una copia.

Infructuosas han sido las pesquisas por nosotros hechas después del fallecimiento del poeta para obtener un ejemplar. ¡Ojalá que hubiésemos encontrado uno! Á buen seguro que figuraría en estas *Obras completas*.

En cuanto á *La Lira Lusitana*, que forma parte de este tomo, dice el Sr. Blasco Ibáñez que Curros Enríquez publicó, además de los versos de Guerra Junqueiro y Teófilo Braga, otros de Antheiro de Quental, Oliveira Martins y Antonio Feijóo en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Las que á nuestro poder han llegado, coleccionadas y publicadas en *El Porvenir*, son sólo las que ven la luz en este libro.

Otra afirmación hace el autor de *Arroz y tartana* al decir que con las poesías castellanas que ha escrito Curros Enríquez podríanse formar algunos tomos voluminosos.

El Sr. Blasco Ibáñez parte de un error. Curros Enríquez escribió muchos versos en castellano, pero todos ó casi todos se han publicado en estas *Obras completas*; y si alguno quedó desperdigado, no ha sido ciertamente nuestra la culpa en no coleccionarlo, sino la de no ha-

ber quedado ni rastro de muchas publicaciones donde aquellos versos se insertaran.

Nadie mejor que nosotros sabe lo mucho que hemos buceado por esas bibliotecas de Dios para topar con producciones de nuestro deudo.

Y nada más se nos ocurre decir en esta nota sino alabar como se merece el magno prólogo que el insigne autor de *La Catedral* escribió para la traducción de *Aires d'a miña terra*, hecha por aquel gran poeta levantino que se llamó en vida Constantino Llombart, y que con Llorente compartió el cetro de la lírica valenciana.

Para terminar, diremos que la traducción referida se publicó en Valencia el año de 1892, siendo editores de la misma los Sres. Sempere Hermanos, quienes tan buenos servicios han prestado á las letras patrias con su Biblioteca Económica, llevando y difundiendo los destellos de nuestras más genuinas celebridades á todos los ámbitos del mundo.

(22) **Los hijos de Galicia.** (Pág. 272.)

Don Modesto Fernández y González, de grata recordación para los gallegos, hizo célebres dos seudónimos: «Fernán-González» y «Camilo de Cela». Con este último publicó en *La Correspondencia de España* magistrales artículos, todos dedicados á su pequeña patria, á la que amaba con delirio. Nacido en Celanova, en la misma villa, cuna de Curros Enríquez, fué uno de los más entrañables amigos del poeta, debiéndose á su iniciativa el certamen que premió *A Virxe d'o Cristal*, *O Gueiteiro* y *Unha boda en Einibó*.

El célebre cirujano Fernández Losada, también celanovense, que se cita en el artículo de «Fernán-González», ha fallecido ha pocos meses en Barcelona, después de haber prestado relevantes servicios á España en la

campana colonial. Fué una gloria de la ciencia médica, y sus obras son admiradas dentro y fuera de la Península.

El artículo objeto de esta nota se publicó en un periódico de Galicia, allá por los años de 1888 al 90, si no es infiel nuestra memoria.

(23) **Nuestros poetas.** (Pag. 281.)

En el número 9 del tomo II de la revista *Galicia*, correspondiente al mes de septiembre de 1888, figura el trabajo que, debido á la pluma del ilustre escritor gallego D. Aurelio Ribalta, publicamos en este volumen. Dirigía la revista en cuestión el meritísimo D. Andrés Martínez Salazar, á quien tanto deben las letras gallegas por su célebre Biblioteca, en la que colaboraron los más eminentes escritores.

Aunque pudiéramos oponer no pocos reparos á diversas manifestaciones que hace el Sr. Ribalta, no es oportuna la ocasión para entrar en discusiones, máxime cuando todo lo que podemos hacer en este caso es agradecer de manera grande al Sr. Ribalta sus manifestaciones encomiásticas para Curros Enríquez.

Como aclaraciones á algunos datos que aporta el gran escritor, cúmplenos manifestar lo siguiente: al hablar de la producción del poeta celanovense, cita el Sr. Ribalta «como novela» *Tributo de sangre*. El Sr. Ribalta está en un error. *Tributo de sangre* no es novela; se trata de una magnífica composición poética que Curros Enríquez publicó en *La Ilustración Federal*, dirigida por Rodríguez Solís, en los años subsiguientes á la revolución del 68. La composición aludida, que es una viril protesta contra las quintas, aparece inserta en el tomo II de estas *Obras*.

Habla el Sr. Ribalta de unas perdidas *Brétemas* (nieblas, en castellano). Verdad será su afirmación, y tal

vez en un momento de pesimismo arrojase al fuego nuestro deudo los versos expresados; pero, honradamente hablando, nosotros también podemos afirmar que jamás tuvimos noticia de semejantes *Brétemas*.

Para poner fin á esta nota, sólo se nos ocurre hacer constar que, en la época en que se publicó el admirable artículo del Sr. Ribalta, aun no había publicado Curros Enríquez *El Maestro de Santiago*, ni otros trabajos con los que acabó de consolidar su fama como altísimo poeta.

En cuanto á la opinión del Sr. Ribalta *de que Curros haya dicho muchas herejías*, no estamos conformes. Todo gran poeta está llamado á decir grandes herejías, si por tales se tienen el condenar las grandes, las atroces injusticias que se cometen por aquellos que están llamados á dar ejemplo de alto civismo.

(24) **La República y sus hombres.** (Pág. 291).

En este hermoso artículo del Sr. D. Vicente de la Cruz, publicado en *El País* el año 1897, más que como poeta, se habla de Curros Enríquez como político y periodista.

Para nadie es un secreto que Curros Enríquez fué toda su vida un republicano convencido, y que si excelente fama gozó de poeta, en el periodismo alcanzó merecido renombre.

Si la labor periodística de Curros Enríquez no hubiera sido anónima y sus célebres *Comentarios* figurasen con la firma del autor de *Aires d'a miña terra* al pie de cada uno de ellos, por cosa segura tenemos que el Curros periodista acaso rebasara la gloria del Curros poeta. Y conste que no decimos nada que á sacrilegio se le parezca.

Con aquellos *Comentarios* que en *El País* escribió Curros Enríquez años y años, podrían formarse varios

volúmenes. ¡Lástima grande que la índole de aquellos admirables trabajos nos haya privado de la satisfacción de publicarlos en estas *Obras completas*!

Nos habla el Sr. Cruz de una composición de Curros Enríquez, *El Caballero de Malta*, obra para nosotros desconocida. Existirá, sin duda; se habrá perdido, quizás; pero ¿no querrá referirse el Sr. Cruz á *El Maestro de Santiago*? Nosotros creemos que se trata de un error.

Repetimos que nunca tuvimos noticia de la existencia de tal *Caballero*. ¡Ojalá que, de existir, leales admiradores de nuestro deudo hubiéranla hecho llegar á nuestras manos! ¡Cuánto se lo hubiéramos agradecido!

(25) **Tribuna libre.** (Pág. 294.)

Este artículo del Sr. Camba (D. Francisco), que hizo célebre en las letras el seudónimo de «El Hidalgo de Tor», se publicó en *El Globo*, de Madrid, correspondiente al año 1904, ó sea por los días en que Curros arribó á las costas de España.

Este trabajo del Sr. Camba está magistralmente escrito, y hace en él una fidelísima pintura del poeta.

Nacido Camba en Galicia, y siendo un escritor que siempre prodigó en sus producciones la rebeldía, lógico es y natural que sienta por Curros Enríquez, otro rebelde, una admiración entusiasta.

(26) **Homenaje de justicia.** (Pág. 300.)

Cuando nos disponíamos á coleccionar los diversos trabajos que en loor de Curros Enríquez escribieran sus amigos y admiradores, encontramos al azar este hermoso artículo, que firma un escritor desconocido para nosotros. Debe ser el tal un mozo de valía, á juzgar por la brillantez de su bien tajada pluma.

Rindiendo, pues, debido tributo á la justicia, publica-

mos con sumo placer tan meritisimo trabajo en lugar preferente de este tomo.

Homenaje de justicia aparece inserto en *El Porvenir Asturiano*, semanario de Navia (Oviedo), correspondiente al día 26 de noviembre de 1904.

Don Luis Méndez Calzada pertenece, sin duda, á una honorable familia asturiana que legó á España hombres de privilegiado talento y reconocido patriotismo. Ahí están, para no desmentirnos, D. Rafael y D. Carlos Calzada, ex diputado á Cortes el primero, excelente abogado el segundo, y ambos paladines incansables de la causa republicana. Vayan, pues, para el Sr. Méndez Calzada—que no puede negar que es astilla de un palo ilustre—nuestro parabién y nuestro reconocimiento, ya que en *Homenaje de justicia* se juzga la labor literaria de nuestro deudo con un acierto digno en verdad de justas alabanzas.

(27) **Literatura regional gallega.** (Pág. 305.)

Debido á la galana pluma de Mariano Miguel de Val, que honra la literatura de su patria chica (Aragón), enalteciendo al par la de su patria grande, aparece inserto este artículo notable en *Diario Universal*, de Madrid, correspondiente al día 24 de septiembre de 1905.

(28) **En elogio del poeta.** (Pág. 307.)

El tan discutido P. Blanco García, muerto ha pocos años, dice de Curros Enríquez, refiriéndose á la leyenda *A Virxe d'o Cristal*, las frases que se consignan en el lugar correspondiente, y que copiamos del tomo III de *La literatura española en el siglo XIX*, obra del célebre agustino.

(29) **«El País» y Curros Enríquez.** (Pág. 308.)

Por ser este simpático periódico en el que escribió

Curros Enríquez muchos años—fué uno de sus redactores fundadores—, insertamos con mucho gusto el artículo necrológico objeto de esta nota. Se publicó el día 9 de marzo de 1908, ó sea al siguiente de conocerse en Madrid la triste noticia del fallecimiento del gran poeta.

Cita *El País* entre las obras de Curros Enríquez la novela *El collar de perlas*. El querido colega está en un error. *El collar de perlas* fué el primitivo título de una zarzuela, que más tarde cambió su autor por el de *El último papel*, y que nosotros incluimos entre las producciones que forman el tomo IV de estas *Obras completas*.

(30) **Curros Enríquez y la Prensa cubana.** (Página 311.)

Por haber fallecido el poeta en la Habana, nos ha parecido oportuno insertar en este tomo los comentarios de duelo escritos por los más importantes diarios de la metrópoli de Cuba. No hay para qué decir cuánto agradecemos las sentidas frases que dedican á nuestro deudo.

(31) **Magna ofrenda.** (Pág. 317.)

Salvador Rueda, ese admirable brujo que hace de la rima cuanto quiere, trocando en oro de ley lo que en otras manos no pasaría de dublé fino, publicó en *Heraldo de Madrid*, á los pocos días de morir Curros Enríquez, los tres magníficos sonetos, cuyas bellezas innumerables saborearán con deleite los lectores de este volumen.

Curros Enríquez, sin conocer personalmente á Rueda, rindió culto de admiración idolátrica á la obra poética de nuestro querido amigo. Prueba de cuanto decimos, es el admirable prólogo que figura en el último libro de poesías del bardo malagueño.

Los sonetos son, como obra de Salvador Rueda, insuperables, estupendos, grandiosos. De «ofrenda magna» merecen reputarse, y por cuenta propia pusimos tal epigrafe, creyendo con fe sacratísima que es el más adecuado y merecido.

(32) **Fragmento de un artículo necrológico.**
(Página 320.)

Á los dos días de conocerse en Madrid la noticia del fallecimiento de Curros Enríquez insertó *El Liberal* un hermoso artículo, del que copiamos tan sólo uno de sus párrafos, el mejor y el más sentido. Por carecer de espacio nos hemos visto precisados á reproducir no más que un fragmento. Basta y sobra, en verdad, con lo transcrito para comprender las bellezas de la labor del gran D. José Ojea, quien ha tres años rindió su tributo á la muerte.

Ojea, nuestro entrañable amigo y maestro, el «Solitario de Cortegada», fué el prologuista de Curros Enríquez en *Aires d'a miña terra*, amigo del alma de su autor y uno de los literatos gallegos de más enjundia. Diputado á Cortes el año 1872, vino al Parlamento y en él pronunció enérgicos discursos. Al ocurrir los memorables sucesos del 3 de enero, separóse de las huestes del inmortal tribuno D. Emilio Castelar y marchó á Cortegada, de donde no volvió más á salir hasta el año 1904, en que acudió á hacer acto de presencia en el magno homenaje que La Coruña dedicó á nuestro deudo.

¡Bien hayan los hombres que, como Ojea, desprecian asqueados el vivir de la farsa cortesana para consagrarse á las supremas delicias del hogar! El ilustre autor de *El mundo rural*, á semejanza de Carmen Sylva— aquella gran reina de Rumania—, hizo de su comfortable casa solariega hospedajepreciado para los poetas.

(33) **La rebeldía de Curros.** (Pág. 321.)

Del sabio Carracido, honra y prez de la ciencia española y de las letras patrias, es el admirable artículo que con el título que antecede se publicó en *Galicia Solidaria*, de Coruña, correspondiente al 30 de marzo de 1908. Todo el número está dedicado á la memoria de nuestro deudo, y de su texto hemos copiado varios trabajos de otros distinguidos literatos, que también figuran en este tomo.

Goza el maestro Carracido de renombre tal, que sería vano empeño el de dedicarle un ditirambo más. Carracido no los necesita; sus obras son su mejor elogio.

Curros Enríquez y Carracido se profesaban un fraternal cariño y una mutua admiración. El prólogo que para el *El Maestro de Santiago* escribiera el doctísimo catedrático de la Universidad Central, es una página exquisita soberanamente bella.

(34) **El último abrazo.—Alborada.—Sus últimos versos.** (Pág. 322.)

Ramón Armada Teijeiro, amigo queridísimo, y á quien debemos no pocas de las composiciones de nuestro deudo, que creíamos perdidas, ha escrito un hermoso artículo, digno por todos conceptos de figurar en este volumen. En todos los tomos de estas *Obras completas* escrito está el tributo de nuestro reconocimiento, que repetimos hoy para que nunca ni por nadie pueda tachárenos de ingratos. Y baste con lo dicho.

(35) **¡Muerto, ahí os va!** (Pág. 326.)

Poesía de Adelardo Novo y Brocas, inserta en *Follas Novas*, semanario científico y literario de la Habana, correspondiente al día 15 de marzo de 1908.

Es nuestro homónimo un periodista notable y un inspirado poeta. Desciende de una familia para nosotros

muy querida y de recordación siempre grata. Victorino y José Novo, padre y tío, respectivamente, de Adelardo, dejaron huella endeble en el periodismo y en la literatura regional. Rama de árboles de tan buena savia, lógico es que heredara de ellos vigor y lozanía. Por su talento, logró pronto Adelardo Novo ocupar el puesto que por derecho propio le correspondía, y desde ha dos lustros bien cumplidos, dirige con singular pericia *El Diario Español* en la metrópoli cubana.

Adelardo Novo fué uno de los contados seres que asistió con solicitud filial á los postreros anhelares de nuestro deudo, y por este solo hecho acreedor es á nuestro reconocimiento, que nos complacemos en testimoniar con estas líneas.

La composición poética *¡Muerto, ahí os va!* nos parece notable de veras. ¡Lástima grande que los anhelos de Novo no se hayan cumplido por tristes designios de la fatalidad! Celanova primero y Orense en última instancia, debieran haber rivalizado en querer guardar las cenizas de su poeta más glorioso... No fué así, y sin duda no debió ser. Coruña supo salir por los fueros de Galicia, y la que un día rompió las cadenas que un obispo de recordación triste quiso poner al pensamiento de un rebelde, acogió como madre amorosa los restos de Curros Enríquez, dando así una severa lección de patriotismo á otras regiones, en las que aun parece levantarse, tétrica y sombría, la hopalanda del inquisidor.

(36) **El proscrito de Almendares á Curros Enríquez.** (Pág. 328.)

¿Quién es el proscrito de Almendares? Uno de los *Precursores* que el insigne Murguía cita en su libro así titulado, el poeta glorioso, autor de *La campana de Anllons*, el venerable Eduardo Pondal, que hoy, octogenario y decrépito, mora en la ciudad herculina, espe-

rando tranquilo el último viaje á la región del eterno permanecer.

Pero este hombre, ya caduco de cuerpo y siempre de alma joven, tuvo alientos para cantar de manera exquisita el dolor que le produjo la muerte de su compañero; el plectro del anciano bardo aun pone en las cuerdas de su lira augusta tañidos de titán, cuando rememora la rebeldía que vibró en otra lira, rota por las manos impalpables de la muerte. Tan bella composición aparece publicada en *Galicia Solidaria*, de Coruña, en su número correspondiente al 30 de marzo de 1908.

(37) **Á Curros Enríquez.** (Pág. 330.)

El sabio catedrático que fué del Instituto de La Coruña, Dr. Riguera Montero, publicó en el periódico aludido en las anteriores notas un sentido artículo necrológico, dedicado á Curros Enríquez, del que copiamos un fragmento tan sólo, por carecer de espacio para reproducirlo íntegro, como fuera nuestro deseo.

(38) **Un muerto ilustre.** (Pág. 331.)

Don José Antonio Parga Sanjurjo es un afamado escritor gallego. Mucho nos complace, en verdad, dar sitio preferente en este tomo á su admirable trabajo acerca de nuestro deudo. (*Galicia Solidaria*; Coruña, 30 marzo 1908.)

(39) **Un recuerdo.—Una proposición.** (Pág. 334.)

En nuestro deseo de que figure en este volumen cuanto de honrar trate la memoria de Curros Enríquez, publicamos de bonísima gana el hermoso artículo necrológico de D. Manuel Olivié, á quien no tenemos el gusto de conocer. Dice el Sr. Olivié *que los versos de Curros Enríquez, escritos en gallego, deben ser traducidos al castellano.* No dude el cariñoso amigo de nues-

tro deudo que ese, su deseo lo experimentamos nosotros, y que en día no lejano, si el Destino nos da vida, procuraremos llenar ese vacío que se deja sentir. (*Galicia Solidaria*; Coruña, 30 marzo 1908.)

(40) **¡Curros!** (Pág. 336.)

Don Francisco Tettamancy Gastón es un notable publicista que conquistó un nombre en las letras por su talento y laboriosidad. Si otros títulos no ostentara el Sr. Tettamancy que los que posee ganados en honrosa lid, existe uno que le hace acreedor á nuestro reconocimiento: el de haber sido un amigo entrañable de Curros Enríquez. (*Galicia Solidaria*; Coruña, 30 marzo 1908.)

(41) **Bando memorable.** (Pág. 339.)

No cumpliríamos con los dictados de nuestra conciencia, que impone ahora el imperativo categórico de la gratitud debida al pueblo de Coruña y á su entonces dignísimo alcalde, Sr. Sánchez Anido, si no insertásemos en este tomo el memorable bando que apareció fijado en todas las esquinas de la capital gallega en las primeras horas de la mañana del 31 de marzo de 1908.

Honra de igual manera este documento — que nosotros no tenemos inconveniente en reputar de «histórico» —, así á la culta ciudad herculina como al presidente de su ilustre Concejo, ya que de consuno, una y otro, testimoniaron ante España entera de qué modo sabe comportarse un pueblo cuando de rendir tributo se trata á las glorias de sus hijos predilectos.

Todas las fuerzas vivas de la cultísima Coruña respondieron de manera gallarda á la invitación de su alcalde, y nosotros, testigos presenciales de aquella manifestación grandiosa, imponente y magnífica, conmovidos, rememorándola, no vacilamos en declarar que no hemos visto, en los años que contamos de vida, acto

semejante que compararse pueda con el llevado á efecto por La Coruña.

Roma con sus Césares y Bizancio con sus emperadores, no pudieron hacer más que hiciera Coruña con nuestro deudo, en la inolvidable tarde del 2 de abril de 1908. Sólo tiene par con acontecimiento tan solemne el tributo por París ofrecido cuando el cadáver de su hombre incomparable, del gran Víctor Hugo, mirábase bajo el arco de la Estrella, endoselado por los rayos del sol y santificado por las lágrimas que Francia vertía en holocausto de su hijo inmortal.

Si en aquellas horas — en que el cadáver de nuestro progenitor era visitado en la capilla ardiente por todo un pueblo — experimentamos muy hondas amarguras y fuimos objeto de toda clase de dicterios por ciertos y determinados elementos, que sin consideración á lo atribulado de nuestro espíritu nos hicieron blanco de sus iras, hemos arrojado ya su recuerdo á la insondable sima del olvido, para rememorar sólo la grandiosidad de aquel homenaje, en que el pueblo gallego puso su alma toda, dando ejemplo altísimo del acerbo dolor que sentía por la muerte de su poeta, en cuya lira vibraron siempre las cuerdas para maldecir y execrar á los verdugos de Galicia.

(42) **En el entierro del poeta.** (Pág. 341.)

Ya hemos dicho que el Sr. Casás Fernández fué uno de los factores más importantes para todo cuanto relación tuvo con la velada necrológica verificada en memoria de Curros Enríquez en el Teatro Principal de Coruña la noche del 2 de abril de 1908. Publicamos con sumo placer el galano artículo que, debido á su bien acreditada pluma, aparece en las columnas de *La Voz de Galicia* de la capital gallega, correspondiente al día 3 de abril de 1908.

(43) **Alfredo Vicenti á Curros Enríquez.** (Página 344.)

Puso digno remate á las exequias de nuestro deudo la magna velada necrológica celebrada en el Teatro Principal de Coruña la noche del 2 de abril de 1908. En esa fiesta triste, porque en ella glorificábase al poeta ausente de la vida, pusieron á contribución sus talentos los primates de la literatura gallega.

El ilustre director de *El Liberal*, el maestro de periodistas, D. Alfredo Vicenti, ocupó en aquel homenaje póstumo el puesto de honor que en derecho le correspondía.

Ofrecemos integra á los lectores de este tomo la bellísima oración por el Sr. Vicenti leída y al poeta muerto dedicada.

Á nosotros, que hemos aprendido las lecciones amargas de la vida, estudiadas en el libro de la experiencia, nos repugna ofrendar culto á los hombres y preferimos rendírsele á las ideas, que son lo inmanente, lo que vive y perdura á través de los siglos y de las razas. Por esta razón no somos cortesanos del Sr. Vicenti, ni formamos en el coro de sus turiferarios, por más que admiremos muy de veras su labor periodística y sus indiscutibles talentos literarios, sin apenas cruzar con el maestro nuestra palabra, ni menos solicitar de él merced, favor ó venia.

El que se llamó siempre amigo entrañable de nuestro progenitor — y nosotros creemos con fe sacratísima que lo fué —, en trance decisivo tuvo para nosotros algo de olimpico desdén; y á buen seguro que no se lo hemos tomado en cuenta, porque, como antes decimos, la experiencia nos ha hecho grandes, á pesar de nuestra infinita pequeñez.

Sabemos muy bien que los pigmeos no deben compartir con los gigantes su convivencia: quedemos nos

otros en nuestra humilde choza, viviendo nuestra pobreza honrada, que á nada ni á nadie debemos el pan que es sustento de nuestra familia, sino á nuestro propio esfuerzo, y en buen hora lo digamos; y gocen de las primicias de sus dorados alcázares los que en buena lid penetraron en ellos por la justicia merecida de sus talentos privilegiados.

La hermosa oración del Sr. Vicenti, que con sumo gusto publicamos en este tomo, no necesita de nuestros elogios; ya en ocasión oportuna se los prodigó á manos llenas la Prensa y el público. Resplandece en ella el talento singular que fué y es patrimonio augusto del actual diputado á Cortes por Canarias.

Hay un párrafo magnífico en esa oración por el señor Vicenti dedicada á nuestro deudo, que merece grabarse en letras de oro. El maestro ofrendador dice del maestro ofrendado: *Los ricos, los fuertes, los poderosos, si volvieran al mundo después de un centenar de años, no encontrarían ni rastro de su hacienda, y verían cómo los propios descendientes los rechazaban por presuntos usurpadores.*

Parafraseando nosotros las admirables, las proféticas palabras del insigne director de *El Liberal*, diremos solamente: *Muchos de aquellos grandes hombres que ya no existen, y en vida confiaron en los que se llamaran sus cormanos é amigos et firmes vasallos, si volvieran al mundo después de unas cuantas semanas de ocurrir su muerte, reirían con homérica carcajada, al ver en qué paran las cosas de esta vida miserable y engañosa, y con ellas el cariño y la amistad tantas veces decantados.*

Y no decimos más, como no sea tributar al maestro Vicenti nuestro sincerísimo reconocimiento por su hermosa, por su incomparable ofrenda á nuestro progenitor.

(44) **Fragmentos de un elogio fúnebre.** (Página 350.)

Hermoso de veras es por todos conceptos el elogio fúnebre que en memoria de Curros Enríquez pronunció en la velada necrológica el insigne dramaturgo D. Manuel Linares Astray.

Enemigo en ideas políticas de Curros Enríquez, tuvo el Sr. Linares el singular acierto de apartarse de aquéllas para rendir sincero tributo de admiración á la obra literaria del vate fenecido.

De propósito hemos dejado para su inserción en este tomo los párrafos más bellos y esculturales del elogio.

Los que lean todas y cada una de las frases que integran su texto, han de sentirse admirados ante las bellezas de pensamiento que lo avaloran.

Tenga por seguro el celebrado autor de *Aire de fuera* que nosotros compartimos esa admiración entusiasta con el lector, y que guardamos para el Sr. Linares Astray una profunda gratitud por el trabajo realizado en loor de nuestro llorado deudo.

(45) **Saúdo.** (Pág. 354.)

De las risueñas playas de Arosa, rincón galaico el más hermoso de la provincia de Pontevedra, vino á sumarse al homenaje tributado por Galicia entera á su poeta muerto, en la memorable velada necrológica, otro poeta que vive para encanto de las musas, y se llama Lisardo Barreiro.

Saúdo es una hermosa, una bellísima oración hecha rimas, digna de figurar en este tomo.

Nosotros, que apenas conocemos á Barreiro, pues sola una vez estrecharon las suyas nuestras manos, nos ufanamos en que tan bella ofrenda á nuestro deudo figure en estas páginas. No nos lo agradezca el señor

Barreiro; nosotros somos los que en primera y en última instancia le debemos gratitud, y por eso se la testimoniamos aquí, insertando su admirable, su sentida composición poética.

(46) **Homenaje á Curros.** (Pág. 356.)

En las postrimerías del año 1908, y con motivo de la colocación de una lápida en la casa en que naciera Curros Enriquez—lápida que costearon admiradores del poeta de allende los mares—, tuvo lugar en Celanova una simpática fiesta de honor, en la que tomaron parte principal varios amigos y paisanos del bardo celanovense, pronunciando sentidos discursos.

La noche de aquel día, y en el salón de actos del histórico monasterio de San Rosendo, celebróse una velada en loor á la memoria del bardo. Casi íntegro publicamos el hermoso discurso pronunciado por D. José Porras Menéndez.

Este querido amigo nuestro, que es un abogado prestigioso y posee un verbo cálido, ya en la velada de Coruña testimoniara su afecto á nuestro progenitor con otro discurso magistral.

Respecto á las afirmaciones hechas por el notable orador en su discurso, no somos nosotros los llamados á hacer comentarios. De hacer alguno—y créanos el excelente amigo Porras que no es aviesa nuestra intención—, nosotros, en lugar suyo, hubiéramos lanzado trenos de justa indignación para condenar el olvido en que Celanova y Orense incurrieron cerca de la memoria del magno poeta, que supo cantar como ninguno sus costumbres y su carácter.

Y nada más decimos, sino enviar con estas líneas un efusivo abrazo al excelente jurisconsulto gallego que honra el foro de su pequeña patria por manera notable.

(47) **In memoriam.** (Pág. 363.)

Don Juan Neira Cancela, escritor á las veces festivo y á las veces serio, pero poeta siempre — que no sólo son poetas aquellos que escriben renglones cortos—, supo testimoniar de modo galano su fervorosa admiración á nuestro deudo.

En la velada de Celanova dejó bien puesto el pabellón de su prosapia literaria, y ahí está, para que los lectores de este tomo aprecien en lo que vale, la hermosa oración fúnebre que con exquisitez suprema salió de los labios del malogrado Neira, quien duerme ya el eterno sueño.

¡Descanse en paz nuestro infortunado amigo!

(48) **Mi ofrenda.** (Pág. 365.)

Es D. Benito Fernández Alonso un erudito insigne, á quien deben no pocos descubrimientos la arqueología y la heráldica de Galicia; es también un literato de la buena cepa, y sobre todos estos títulos honorables tiene uno, para nosotros preeminente: el de haber sido el amigo mejor y más entrañable de Curros Enríquez.

Así en las horas sedantes como en los momentos grises del poeta muerto, Fernández Alonso fué su mejor consejero y su más desinteresado camarada.

Si de tales virtudes — hoy, por desdicha, bien raras en la amistad — no hiciéramos en estas líneas público testimonio, faltaríamos á uno de los más elementales deberes que imponen la verdad y la justicia.

Y es más de apreciar y de reconocer cuanto dejamos manifestado, teniendo en cuenta que el Sr. Fernández Alonso — con cuya amistad nos honramos desde niños — milita en campo político diametralmente opuesto al en que militó Curros Enríquez durante toda su vida.

La ofrenda testimoniada á Curros Enríquez por el Sr. Fernández Alonso en la velada de Celanova cons-

tituye una página sincerísima de admiración, que por lo sencilla y conmovedora hace asomar lágrimas al balcón de nuestros ojos.

¡Ojalá que todos los que se titulan amigos entrañables del bardo desaparecido, hubieren imitado el ejemplo del erudito Fernández Alonso!

(49) **Párrafos de un discurso.** (Pág. 367.)

La culta Vigo, siguiendo á La Coruña en la hermosa obra de enaltecer y glorificar la memoria del poeta orensano, se ha hecho digna del reconocimiento de España entera.

De ese reconocimiento somos nosotros los más deudores, y con estas líneas enviamos á cuantos elementos coadyuvaron á la realización de tan excelso homenaje el testimonio de nuestra eterna gratitud, ya que asumimos la representación de la familia del vate glorificado.

Á la iniciativa del gran periodista y literato D. José Ortega Munilla, al magno desprendimiento de la Sociedad coral «La Oliva» y al talento artístico del próximo descendiente de aquel insigne novelista que en vida se llamó D. Juan Valera, deben España y Galicia que la memoria de su poeta regional se perpetúe en mármol, para que sirva de recordación á las generaciones futuras.

Antes de entrar en la explicación de varios puntos de esta nota, copiamos á renglón seguido cuanto acerca de la inauguración del monumento erigido á Curros Enríquez escribía *El Imparcial* al siguiente día de la fiesta cívica celebrada en Vigo el día 12 de agosto de 1911:

«*Homenaje á un poeta.*— *El monumento á Curros Enríquez.*— Por telégrafo. (De nuestro corresponsal.)— Vigo, 13 (3,40 tarde).— En el paseo de Alfonso XII se organizó esta tarde una procesión cívica en honor del poeta Manuel Curros Enríquez. En la comitiva figura-

ban las autoridades, Círculos y Sociedades obreras, la Prensa y colectividades de todas clases, una representación de Cuba, en cuya tierra murió el poeta, y más de veinte carruajes llenos de coronas. La procesión recorrió varias calles de la población y se dirigió á uno de los jardines de la Alameda, donde está emplazado el monumento, de mármol blanco, rematado por el busto del poeta, obra de Coullant Valera. En el momento en que el alcalde tiraba del cordón, dejando caer la bandera de Galicia que envolvía el monumento, las bandas de música entonaron vibrantes aires gallegos, entre los frenéticos aplausos de millares de personas que presenciaban el solemne acto. Pronunciaron discursos el señor López Mora, como presidente honorario de «La Oliva», Sociedad que ha erigido el monumento; D. Manuel Lezón, registrador de la Propiedad y representante de Celanova, pueblo natal del vate, y el alcalde de Vigo. Las coronas fueron depositadas al pie del monumento, ante el cual desfilaron cincuenta hermosas jóvenes, dejando ramos de flores. Entre las coronas figuraba una del Círculo de Bellas Artes de Madrid, que estaba representado por el arquitecto Sr. Palacios. Terminado el acto, se celebró en el Hotel Moderno un banquete, organizado por «La Oliva», en obsequio de las autoridades, de los oradores y de las representaciones que asistieron á la procesión. Hubo brillantes brindis, dedicándose un cariñoso recuerdo al Sr. Ortega Muniña, iniciador de la idea del monumento, y á *El Imparcial*, en cuyas columnas brillaron tantas veces los destellos de la inspiración del poeta.—*Pascual.*»

*
* *

Debemos una explicación á los lectores de estas *Obras completas*, y nos complace sobremanera dársela

muy cumplida en este tomo, ya que la ocasión muéstranos propicia.

Habrá parecido extraña nuestra ausencia en aquel homenaje con que Vigo honró la memoria de nuestro deudo; y como los espíritus malévolos suelen interpretar á su capricho ciertos actos, de ahí que necesariamente tengamos que hacer un poco de historia para dejar sentadas las causas que nos impidieron concurrir á la inolvidable fiesta cívica de Vigo.

Dos ó tres días antes de inaugurarse el busto de Curos Enríquez, recibimos un telegrama de la Sociedad «La Oliva» invitándonos al acto y recordándonos una carta que decía habernos dirigido con anterioridad. El telegrama en cuestión fué dirigido á *El Liberal*, y de *El Liberal* enviado á nuestro domicilio por el cariñoso amigo D. Galo Salinas Rodríguez. La carta á que el telegrama se refería, según nos dijo Salinas, sufrió extravío en la redacción del periódico aludido, y claro está que por esta causa ni la recibimos ni menos podíamos contestarla.

Por aquellos días hallábase enferma de algún cuidado nuestra madre; y á mayor abundamiento de peripecias, nuestro hermano, con su señora é hija, habíanse dirigido á un puerto de la costa cantábrica para reponer la salud de la niña, también enfermita. No teniendo nadie que al cuidado de nuestra madre quedara, no creímos oportuno dejarla sola en trance como aquel, y nos apresuramos á contestar al telegrama exponiendo las causas que nos obligaban á no acudir al acto de Vigo, bien á nuestro pesar. Y como en el telegrama era difícil puntualizar aquellos motivos, prometimos explicarlos más extensamente en carta por separado, como así lo verificamos á las pocas horas de depositar el despacho telegráfico.

La Sociedad «La Oliva», ó mejor dicho, su dignísimo

presidente, no contestó á nuestra atenta y expresiva carta, ni al telegrama anterior; y como á nosotros no nos duelen prendas, y de la verdad de nuestras anteriores aseveraciones puede testificar nuestro entrañable amigo Sr. Salinas Rodríguez, hacemos aquí punto, dejando que el lector haga el comentario que le plazca. La verdad de lo acaecido es ésta, y nuestra conciencia tranquila queda, porque la verdad la informa.

*
* *

Don Manuel Lezón, sociólogo eminente, jurisconsulto notabilísimo y amigo entrañable de nuestro progenitor, llevó á la fiesta de Vigo la representación de Celanova; y de su discurso magno, de su oración magistral, hemos copiado los párrafos más importantes, lamentando de todas veras que la extensión de este volumen nos haya privado del placer de insertar íntegra la pieza oratoria. Casi entera va, y los lectores de este tomo saborearán con verdadero deleite las innúmeras bellezas de pensamiento que encierra, la ternura exquisita que resplandece en cada una de las frases, y la grandilocuencia soberana con que el orador supo expresar su gratitud á la culta Vigo, á la ilustre Sociedad «La Oliva» y á todos los elementos que fueron alma y vida de aquel homenaje solemne é inolvidable.

Celanova, la que debía haber reclamado para sí los restos de su más glorioso cantor, tuvo su único acierto al nombrar emisario tan insigne como el Sr. Lezón para que la representara en la memorable jornada de Vigo. La modestia del Sr. Lezón, que es tan grande como su talento, aunque no lo diga, opinará seguramente del mismo modo que nosotros.

El orador, con su discurso estupendo, ha vindicado á Celanova, y la cuna del poeta muerto, gracias á la ma-

ravillosa elocuencia del Sr. Lezón, halló en ella el Jordán que la redimiese de sus culpas.

Los fragmentos del discurso del insigne abogado, honra y gloria del foro español, ocupan en este tomo el lugar que por derecho propio les corresponde, y al no insertarlos hubiéramos cometido un pecado horrendo de lesa ingratitud.

Gratitud inmensa le guardamos al ilustre amigo, y muy gustosos se la testimoniamos, así en nombre propio como en el de nuestra familia.

(50) **Carta abierta.** (Pág. 383.)

Al hablar en la nota correspondiente á *Bando memorable* del magno homenaje que La Coruña dedicó á nuestro progenitor con motivo de la recepción de sus restos, primero, y del entierro, después, hemos elogiado la labor de este hombre insigne, que era entonces alcalde-presidente del Concejo coruñés.

El Sr. Sánchez Anido, cifra y compendio de aquella inolvidable apoteosis de gloria para Curros Enríquez, defiriendo á nuestro ruego, nos envió unas cuantas líneas para que figurasen en lugar preferente de este libro. Lean, pues, los lectores de estas *Obras completas* la hermosa *Carta abierta* del hoy gobernador civil de Sevilla, en la que rebosa una sinceridad desusada en estos tiempos y una fervorosa admiración sentida y demostrada hacia el autor inmortal de *Aires d'a miña terra*.

(51) **Carta abierta.** (Pág. 385.)

Todo cuanto decimos en la nota anterior, agradeciendo la gestión llevada á cabo por el Sr. Sánchez Anido, repetirlo debemos en ésta para testimoniar nuestra gratitud al Sr. López Pérez, presidente del Centro Ga-

llego de la Habana en la triste ocasión del fallecimiento de nuestro deudo.

Al comenzar el año próximo pasado nuestra tarea laboriosa de reunir materiales para el tomo presente, creímos cumplir un sacratísimo deber pidiendo unas líneas al ilustre abogado para que figurasen en el volumen que hoy publicamos. Quien como el Sr. López Pérez se portó de tan gallarda manera en ocasión para nosotros memorable, derecho tiene á honrar con su firma el penúltimo tomo de las *Obras completas* de Curros Enríquez.

Por más que algunos espíritus mezquinos hayan hecho aparecer á nuestros ojos como un enemigo del poeta muerto á nuestro amigo respetable, en la obra realizada por el Sr. López Pérez está patentizado el más rotundo mentís. Nosotros no olvidaremos nunca el proceder caballeroso del ex presidente del Centro Gallego de la Habana, y en la memoria de los buenos gallegos seguramente vive impreso el gratisísimo recuerdo que en Galicia dejó.

Mucho, muchísimo hemos agradecido al Sr. López Pérez la hermosa epístola que á nuestro requerimiento tuvo la bondad de escribir para este tomo. Tenga, pues, la seguridad nuestro respetable y querido amigo que la familia de Curros Enríquez le vivirá siempre muy reconocida.

(52) **Dolora.** (Pág. 389.)

Del venerable D. Manuel Martínez Murguía, del historiador gallego más eminente de los tiempos contemporáneos, del que fué compañero de aquella excelsa poetisa cuanto infortunada mujer que en el mundo se llamó Rosalía Castro, es la *Dolora* que en loor de Curros Enríquez figura en este tomo, y para él fué expresamente escrita.

Hay un párrafo en esa *Dolora* que nos ha conmovido profundamente: Martínez Murguía no canta sólo el dolor que le produce la muerte de su amigo, de su compañero; Martínez Murguía hace público reconocimiento de pruebas de estimación recibidas de Curros Enríquez en momentos amargos, en días crueles, en instantes críticos...

¡Y es tan íntima, es tan sincera esta confesión, que nuestros ojos se nublan de lágrimas y nuestro corazón se oprime de pena!...

¡Ah, lectores queridos, y qué altísimo, qué noble es el ejemplo dado por el insigne historiador gallego!

Muchos que en vida del poeta muerto se llamaron sus amigos «entrañables», y á los cuales hemos negado hasta el saludo, después de leer innúmeras cartas que poseemos, y que una bendita casualidad trajo á nuestras manos, debían á Curros Enríquez acaso todo lo que son y todo lo que valen, y ninguno de esos caballeros tuvo el nobilísimo rasgo de Murguía.

Vaya, pues, para el Sr. Martínez Murguía, con estas líneas, el tributo de nuestro reconocimiento, que bien acreedor á él se ha hecho por la sentidísima *Dolora* con que nos ha honrado.

(53) **Manuel Curros Enríquez.** (Pág. 395.)

Más de veinte años van transcurridos desde que nos honramos con la amistad del Sr. Pedreira y Taibo, hombre de clarísimo talento, por todos reconocido.

Muy joven, y sin otro auxilio que su propio esfuerzo, ha llegado á ocupar honroso puesto en el profesorado, después de reñidas y brillantes oposiciones, en las que demostró á sus jueces aptitudes nada vulgares.

La publicación de su libro *El regionalismo en Galicia* levantó tempestades de indignación en unos y de clamoroso aplauso en otros, lo cual supone que Pedrei-

ra fué discutido, y esto dice mucho en pro de nuestro querido amigo.

Pretendiendo demostrar las excelencias del color verde sobre las del negro, sostuvo una ardorosa polémica con el llorado poeta Alfonso Tobar en *La Revista Contemporánea*, que le colocó en el número de los literatos de la buena cepa.

Á nuestro requerimiento escribió las cuartillas que con sumo placer figuran en este tomo, y no hay para qué decir cuánto hemos agradecido al cariñoso amigo el hermoso artículo dedicado á la memoria de nuestro progenitor.

(54) **Curros íntimo.** (Pág. 397.)

Hermoso de veras es el artículo con que Galo Salinas nos ha honrado. Patentiza en él su autor de manera admirable el inmenso cariño que á nuestro deudo profesó; y de su pluma brotan como de su alma notas agudas de un acerbo dolor. Algunos reparos habremos de oponer, sin embargo, no á la hermosa ofrenda del amigo, sino á juicios erróneos en que ha incurrido Galo por lo que respecta á nuestra persona.

¿Qué éxito podía prometerse nuestro querido amigo en su empresa *al abrir de par en par las puertas de su voluntad al llamamiento nuestro*, de que su nombre figurase en este tomo? ¿Á qué hablar igualmente de *recelos sentidos*?

Galo Salinas no tiene derecho á decir cosa semejante de nosotros.

Como queremos muchísimo á Galo Salinas, y siempre de la persona que más se quiere es de la que más duelen las injusticias recibidas, creemos con sacratísima fe que Galo ha sido notoriamente injusto con nosotros en esta ocasión, y por eso no tenemos inconveniente en proclamarlo aquí de manera rotunda. Desde el instante

mismo que pensamos en que figurasen en este tomo diferentes trabajos literarios de amigos y admiradores de nuestro progenitor, Galo Salinas fué uno de los primeros, por no decir el primero, á quien nos dirigimos en solicitud de un artículo dedicado á la memoria del inmortal poeta, su amigo del alma.

Bastaba, pues, este honroso título, por nosotros tenido en cuenta, para que creyéramos un deber de conciencia que el nombre de Galo Salinas figurase por derecho propio en este volumen.

Si es verdad que en algunos momentos Salinas puso ligerísimos reparos á nuestra petición, no es menos cierto que aquéllos eran fundados en una exagerada modestia, pero nunca por lo que atañe á nuestra lealtad, jamás con él desmentida, ni á nuestra intención, que tuvo siempre por guía el recuerdo de la amistad entrañable que existió entre Manuel Curros Enríquez y Galo Salinas.

*
* *

Y dicho esto, justo es que consagremos por entero toda la gama de nuestros elogios para el hermoso, el sentido, el vibrante artículo necrológico que á nuestra instancia, y con el exclusivo fin de que figurase en el lugar más preferente de este tomo, salió de la bien tajada pluma de un hombre bueno y honrado, porque Galo Salinas Rodríguez es, ante todo y sobre todo, eso: bueno y honrado.

Galo Salinas posee un alma de niño, y á veces, como los niños, tiene la hermosa vehemencia del impúber. Poeta, autor dramático, escritor, periodista y literato, en todas estas manifestaciones del saber ha conquistado un nombre y una posición brillantes, que no debe á nadie más que á su firmeza en el trabajo y á su probidad en la concepción literaria.

Galo Salinas ha sufrido en Galicia una odisea grande, y desde su célebre *Revista Gallega* defendió los justos intereses de la región galaica, poniendo todas las iras de su alma honrada en combatir al cacique y al oligarca.

Como todos los hombres honrados que desprecian el artificioso y miserable vivir logrado á costa de doblar el espinazo, Galo Salinas supo siempre mantener enhiesta y firme su voluntad, sin que la rindiesen jamás el favor ni la dádiva.

Nosotros nunca podremos olvidar á Galo Salinas aquella hermosa poesía que dedicó á nuestro querido hermano Manuel, cuando éste partió á Cuba en unión de nuestro progenitor á la Habana el año 1904. *El alma de Curros*, cuyo era el título de la bellísima composición, arrancó lágrimas acerbas á los ojos de cuantos la escucharon, y patentiza de manera palmaria el gran amor que Salinas profesaba á Curros Enríquez.

Hemos querido nosotros que el hermoso artículo de Galo cerrara con llave de oro esta especie de corona poética con que ponemos fin al tomo V de las *Obras completas* de Curros Enríquez, creyendo firmemente que cumplimos un sagrado deber de gratitud.

Respecto de algunas frases que en este artículo nos prodiga el entrañable amigo, no se las agradecemos, por creer que son hijas de la más estricta justicia.

Efectivamente, nada debemos á la fortuna y todo á nuestro esfuerzo propio, ó á lo sumo, al cariño de la familia materna. Nada debemos tampoco, y hemos de repetirlo en buen hora, á aquellos que pudieron ayudarnos en horas afflictivas y de dolor supremo. ¡Mejor para nosotros, pues de esta manera no tenemos derecho á guardar ciertas y determinadas gratitudes, ni mucho menos á rendir culto á ídolos falsos!

NOTA FINAL

En los postreros días del mes de junio, y ocupándonos en la corrección de las últimas pruebas de las *Notas* de este volumen, la Casa editora de estas *Obras completas* nos envió una carta que, con el sobre á ella dirigido, decía lo que á continuación copiamos *ad pedem literæ*:

«Habana, 22 de mayo de 1912.— Señores editores de las obras de Curros Enríquez.—Muy señores míos: Tengo el gusto de remitirles algunas poesías, recogidas en recortes, de tan ilustre poeta, para que las publiquen en el tomo V, en publicación. Al mismo tiempo les mando un trabajo literario que el autor dedicó á los niños de Ares, y forma parte de una Memoria que se publicó en esta capital. Sin más, de ustedes, — *Un admirador del poeta.*»

Acompañaban á la carta del anónimo admirador de nuestro deudo una *Ribeirana*, escrita en el dulce y agarimoso dialecto gallego; *Vacilación*, hermosa poesía en castellano; un fragmento de otra poesía en gallego; un artículo en prosa dedicado á los niños de Ares, fechado en la capital de Cuba el año 1906; «*A alborada*» de *Veiga* y *A espiña* (estas dos últimamente citadas se insertan en el presente volumen).

Lamentamos de todas veras que las composiciones amablemente remitidas hayan llegado tarde á poder nuestro, y que por la razón apuntada de estar ya concluso el tomo, nos veamos en la imposibilidad material de insertarlas.

Á haber sido más oportuno en el envío el desconocido admirador de Curros Enríquez, tenga aquél la seguridad de que estos trabajos verían la pública luz en el presente tomo.

Agradecemos en lo mucho que vale, y para nosotros significa, la bonísima intención del anónimo caballero, y crea de buena fe que sentimos mucho no conocer su nombre ni las señas de su domicilio, para escribirle y demostrarle nuestra profunda gratitud. Téngala por expresada con estas líneas, aunque más nos complacería el testimoniársela á cara franca y nombre descubierta.

POST SCRIPTUM

Después de innúmeras vigiliass y de improbos trabajos hemos llegado al fin de nuestra empresa con la satisfacción única de haber cumplido, en la humilde medida de nuestras fuerzas, el deber que nos impusimos.

Fué nuestro deseo que en la recopilación de estas *Obras* hubiera presidido un perfecto orden cronológico, por lo que respecta á las fechas en que las poesías y los artículos de Curros Enríquez se publicaron. Esto nos ha sido materialmente imposible. Excepción hecha de *Aires d'a miña terra*, *O Divino Sainete*, *El Maestre de Santiago*, *Paniagua y Compañía* y *El Padre Feijóo*, el resto de la obra literaria de nuestro progenitor estaba desperdigado en libros, periódicos y revistas. De aquéllos y de éstas se ha dado el caso repetido de no existir ya colecciones ni en bibliotecas públicas ni en particulares, y por tal causa, dicho está que no nos fué posible la obtención de algunas producciones.

Lo que decíamos en el primer tomo de estas *Obras completas* — y queremos referirnos al prólogo que por designios de la fatalidad nos vimos precisados á escribir — habremos de repetirlo hoy: todas las deficiencias que el lector haya podido observar se deben á nosotros, y fuera indigno no proclamarlo con honrada firmeza.

Si las nulidades de nuestro talento fueron la causa

primordial de deficiencias tales, conste de ahora para siempre que nuestra intención fué la de haber querido acertar. Hecha, pues, esta sincera declaración, sólo nos resta encomendarnos á la benevolencia de todos, ya que nuestro deseo dedicado por entero estuvo á honrar y enaltecer la memoria de nuestro progenitor, dando al público lo que á nosotros llegó de su labor inmortal.

Si algunos trabajos han dejado de publicarse en estas *Obras*, expuestas y razonadas quedan las causas, que repetimos fueron ajenas á nuestra voluntad.

Lo que reputarse debe por *obra completa* en estos tomos figura, y con esto nuestra conciencia tranquila queda, pues hemos cumplido el sagrado deber impuesto.

El *Estudio biográfico-político de Eduardo Chao*, que ha de constituir el sexto y último tomo de estas *Obras*, hubiera ocupado el lugar quinto, de no haberlo impedido dificultades de orden privado, que hasta el presente no hemos podido vencer y que en plazo brevísimo han de quedar orilladas.

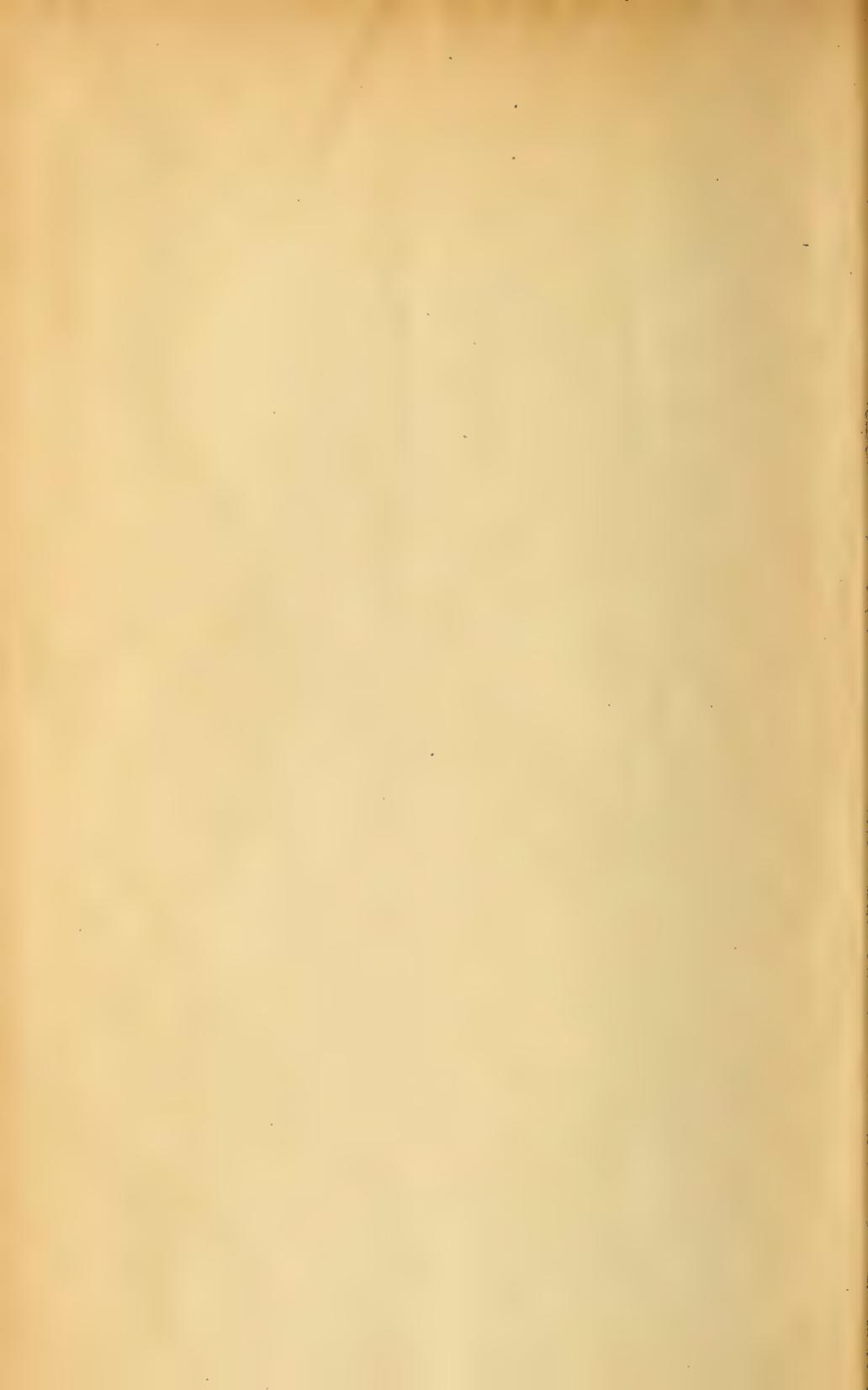
Y para concluir. Por lo que respecta á los trabajos que en este volumen figuran y escritos fueron por amigos y admiradores de Curros Enríquez, nada hemos de decir, como no sea tributar de nuevo á todos y á cada uno de ellos nuestra profunda gratitud.

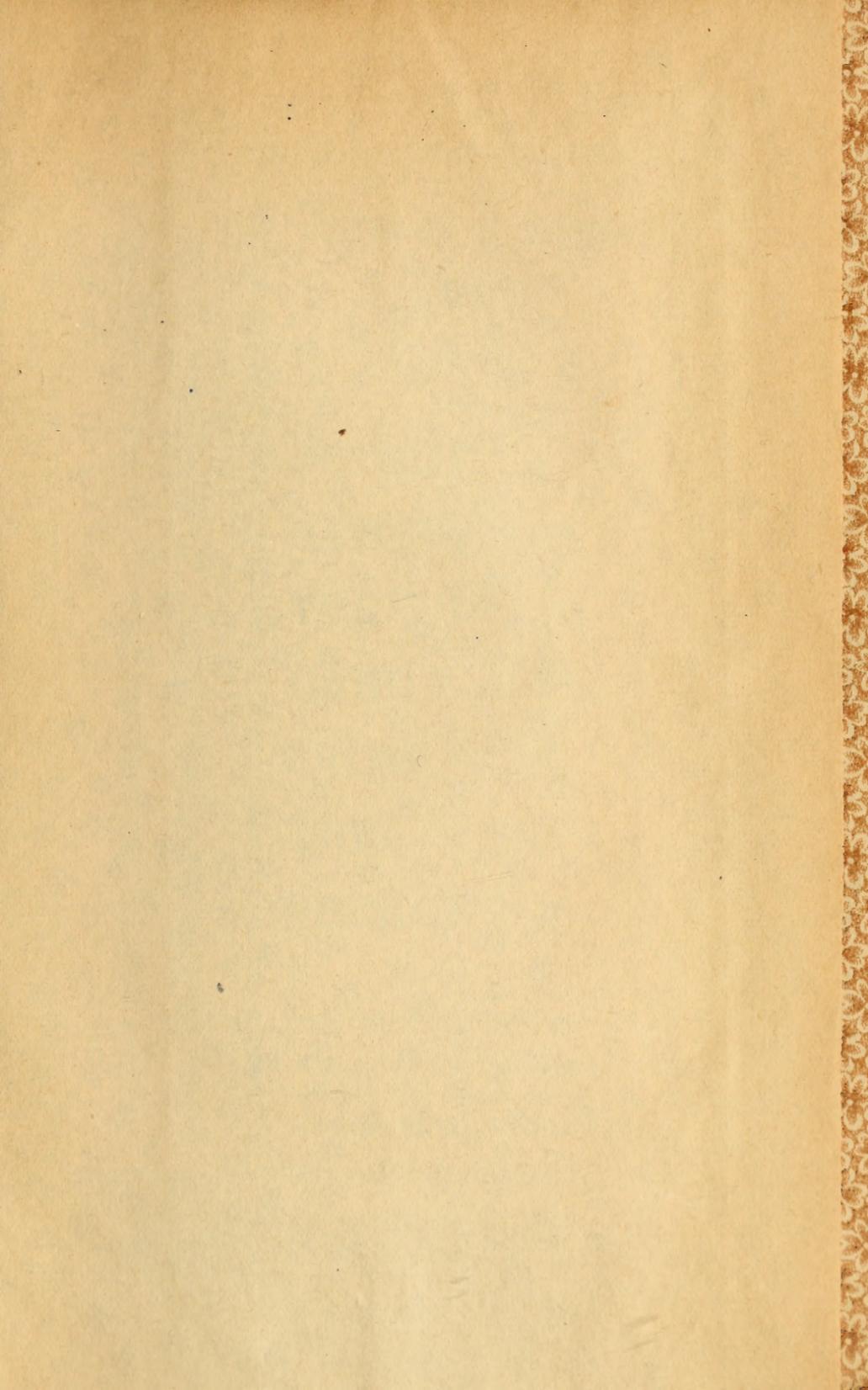
Si unos colocan á Curros Enríquez en distinta mira que otros lo hacen, en lo atinente á las creencias del poeta fenecido, no somos nosotros los llamados á poner un definitivo comentario. Nuestro inmortal progenitor pertenece á la posteridad, y su obra literaria ahí queda, para que los hombres presentes y las generaciones futuras puedan juzgarla.

Errata.—En la página 376, línea 14, donde dice «¡O terrón! ¡Ay! ¡Aldeña», debe decir «¡O terrón! ¡Ay! ¡A aldeña».











LS

C9766k

233725

Author Curros Enríquez, Manuel

Title La lira lusitana.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

